

EL ÚLTIMO CARNAVAL



Menchu Garcerán

EL ÚLTIMO CARNAVAL

MENCHU GARCERÁN

TÍTULO: EL ÚLTIMO CARNAVAL

© 2018, Carmen Pérez García (Menchu Garcerán)

© Diseño cubierta: Menchu Garcerán

“Poco importa que seamos sólidos o espectrales. Igual da. Venecia toda es un fantasma. No expide visas de entrada a favor de otros fantasmas. Nadie los reconocería por tales aquí. Y así, dejarían de serlo. Ningún fantasma se expone a tanto.”

Carlos Fuentes

PRÓLOGO

La mujer lloraba desconsolada. Su llanto, desgarrado y sobrecogedor, habría ablandado el corazón más duro. La melena rubio platino ocultaba su rostro, enterrado entre unos dedos largos y pálidos, mojados por las lágrimas. La luz de la luna, ajena a la tragedia, entraba a través de los arcos lobulados de la ventana gótica, arrancando destellos plateados de su cabello suelto. Vestía una bata de seda blanca y larga, que le daba un aire etéreo, casi fantasmal. Otra mujer, ataviada con ropas sencillas, sin duda una sirvienta, entró en la estancia iluminada por cuatro o cinco candelabros, cuyas velas estaban casi consumidas debido al tiempo que llevaban encendidas. La chimenea hacía horas que se había apagado, ni siquiera los rescoldos ofrecían un poco de calor.

–Señora, hace frío. Debería acostarse –Su voz era suave y persuasiva. A buen seguro, no era la primera vez que intentaba que su ama se quitara del mirador improvisado.

La aludida ni se movió. Era como si el frío no la afectara. Su dolor era tan grande que, ninguna otra cosa podía apartarla de él o consolarla.

–Señora –volvió a llamarla a la vez que le ponía la mano sobre el hombro helado–, a él no le gustaría que usted enfermara y muriera. Él era un luchador.

La dama pareció reaccionar ante esas palabras. Levantó la cabeza y dirigió su mirada vacía hacia la puerta. Se comportaba como si allí hubiera alguien. Miró directamente hacia el frente, reconociendo a la persona que acababa de llegar.

El hombre le dirigió una triste sonrisa de ánimo. Ella estiró la mano hacia él con intención de tocarlo. Se levantó y fue a su encuentro. Quería guardarlo en su memoria, quería que su recuerdo perdurara en ella a través de los siglos.

Cuando llegó a su lado, la figura se desvaneció dejándola sola y vacía.

La mujer se volvió hacia su observadora y la miró con ojos desesperados.

–Gabriela –susurró con voz hueca– Gabriela. Ayúdame. Ayúdame.

Capítulo 1

ANTEPASADOS

Gabriela despertó sobresaltada por el sonido de esa voz suplicante. Se sentó y miró la hora en el reloj de la mesilla de noche. Hacía frío. Mucho. Entonces reparó en que la ventana estaba abierta y las cortinas se agitaban con furia a merced del viento y el agua. «¿Qué diablos?» se dijo saltando de la cama y cerrándola de golpe. Estaba segura de que la había cerrado. El tiempo no se mostraba muy propicio para ese tipo de descuido. Calefacción encendida y ventanas abiertas eran hechos incompatibles y un atentado contra el ahorro, como diría su padre. No, se volvió a decir, estaba cerrada. Seguro. Y ¿quién era la mujer que la había despertado llamándola por su nombre? Una voz femenina, aterrada y lejana la había llamado y le había pedido ayuda. De pronto recordó el sueño. No reconoció el sitio pero la escena sucedía tiempo atrás. Veía con total precisión las tracerías de la ventana junto a la que estaba sentada la mujer. El trabajo elaborado de la piedra, como si de una pieza de orfebrería se tratara, la situaba en un palacio, cuya decoración recargada podría corresponder a los finales del siglo dieciocho. Podía identificar todos aquellos detalles porque era profesora de historia del arte en la universidad de Barcelona y porque, sin saber muy bien el motivo, se había especializado en Venecia, en el siglo al que creía pertenecía la escena de la que había sido testigo. No obstante, no eran sus estudios los que la hacían sentir tan rara con respecto a esa habitación. Aquel lugar parecía algo muy próximo a ella. Sintió un escalofrío, que no se debía precisamente a la baja temperatura del cuarto, cuando recordó algo. El rostro de la dama que le había pedido ayuda. Cuando la miró directamente a los ojos y la llamó, descubrió su propio rostro.

No pudo volver a dormirse. Estaba demasiado impresionada. El sueño había sido tan real que había hecho suyo el estado de ánimo de la mujer. Y la ventana ¿por qué estaba abierta? No se consideraba una persona miedosa pero aquel tema le provocaba un extraño presentimiento.

Al final, apartó el edredón y apoyó los pies descalzos en el suelo de madera. Estaba frío y mojado por la lluvia que había entrado por la ventana abierta. La imagen de la mujer volvió a golpearla, produciéndole un extraño desasosiego. Sacudió la cabeza para alejar aquella figura llorosa y encaminó sus pasos al cuarto de baño con la esperanza de que el agua de la ducha aclarara sus sentimientos y pensamientos.

Quince minutos después, estaba sentada en la mesa de la cocina tomando un café con leche en compañía de su madre. Aquél era su momento preferido del día. Se encontraba descansada y disponía de tiempo para una charla relajada. En aquella estancia, en la que predominaban los muebles de pino y que constituía el corazón de la casa, se sentía segura y protegida.

–¿Vas a trabajar esta mañana? –preguntó su madre mientras servía unas tostadas–. Has madrugado.

Gabriela disfrutaba de un año sabático, durante el cual se dedicaba a profundizar en sus estudios. Unos días se acercaba a la biblioteca de la universidad y otros se dedicaba a la

investigación en distintos archivos de la ciudad. El trabajo en casa era el que resultaba más aburrido.

–No podía dormir –contestó intranquila–. Me ha despertado un sueño muy extraño.

Su madre la miró con atención. Gabriela poseía unos rasgos atractivos y una inteligencia aguda. Estaba muy orgullosa de ella.

–¿Y bien? –preguntó haciéndole una seña para que continuara hablando.

Le contó lo soñado con todo lujo de detalles, tantos que parecía estar sumergida de nuevo en él. Cuando terminó, el silencio cayó sobre ellas como una losa dejándolas pensativas.

–¿Tú, qué crees que significa?

–Es un sueño muy curioso –fue la ambigua respuesta de Lucía, su madre, quien le hizo a su vez otra pregunta que le hizo pensar– ¿Te has dado cuenta de que vuelves una y otra vez a Venecia o a cosas y personas que se refieren a ella?

Gabriela se había dado cuenta, por supuesto. Estaba acostumbrada a vivir con esa especie de fijación, pero lo que más le llamaba la atención era que alguien la llamara pidiendo su ayuda y que ese alguien tuviera su propio rostro. Así se lo comentó a su madre. Ésta la miró pensativa durante unos segundos y salió de la cocina. Al momento volvió con una pequeña caja, que depositó sobre la mesa con suavidad.

–Creo que ha llegado el momento de que conozcas algo más sobre tu pasado. Nunca te he comentado nada porque siempre has estado obsesionada con el tema y no quería darte más motivos, pero aquí –señaló la caja– puedes encontrar respuesta a algunas preguntas que te has hecho durante toda tu vida.

Gabriela miró la cajita con curiosidad. Era antigua, una especie de baúl pequeño de madera tallada y decorada en colores suaves. Apartó la tapa y se la acercó cuidadosamente. Casi con reverencia, levantó la tapa a la vez que miraba a su madre, quien, hizo un gesto animándola a continuar. Dentro, había un libro y un pequeño retrato pintado con verdadera maestría. Una obra de arte. Alguien había mandado hacerlo y lo había conservado con auténtico cariño. La imagen representaba a una mujer hermosa, poseía unos límpidos ojos azules, inocentes y brillantes. Llevaba el pelo, de un color rubio pálido, peinado en una sofisticada masa de rizos, muy acorde a la moda del siglo dieciocho pero sin llegar a ser exagerada. No se veía nada del vestido, el artista se había centrado en su rostro y había difuminado lo demás. Por un momento, se olvidó de que tenía que respirar. La mujer del retrato podía ser ella, si se hubiera peinado de aquella manera. Dejó la pintura a un lado y tomó el libro entre sus manos. Lo abrió con delicadeza y leyó la primera página “*Diario de Gabriella*” Totalmente desconcertada, dirigió a su madre una mirada interrogante.

–Sí. Te llamas Gabriela por ella –le aclaró Lucía–. Era nuestra antepasada y sí, era veneciana. Como habrás observado, has heredado de ella algo más que el nombre –comentó haciendo referencia al enorme parecido físico.

Gabriela miró los dos objetos aturdida. Ahora empezaba a comprender algunas cosas. No es que fueran muy lógicas, pero a ella le servían y estaba deseando poder leer ese diario que, estaba segura, despejaría muchas incógnitas de su vida, por lo menos, de la parte que tenía que ver con su amor por aquella lejana y bella ciudad italiana.

–¿Puedo quedármelos? –preguntó.

Lucía hizo un gesto de asentimiento.

–Es tuya. A mí me la dio mi madre, a quien a su vez se la dio la suya –le explicó–. Ha pasado de generación en generación para que nunca olvidemos cual es nuestra procedencia. Verás, cuando lo leas, que sucedieron cosas que solo Gabriella sabía, porque nunca las llegó a escribir ni explicar. Solo en su lecho de muerte dijo a su hija que alguien en el futuro resolvería la injusticia cometida y se vengaría. Nunca supimos qué pasó, salvo que ella salió de Venecia y nunca más volvió. Se estableció en esta casa, que le compró su marido porque desde aquí, en aquella época, se veía el mar y le recordaba su tierra. Aquí vivió todo lo feliz que pudo llegar a ser en compañía del hombre que la protegió y amó durante toda su vida.

Gabriela apretaba el libro contra su pecho mientras escuchaba hablar a su madre. Gabriella, un misterio, una mujer que se llamaba como ella y que podría haber sido su hermana gemela. Sufrimiento, sueños, voces en la oscuridad. Tembló al pensar en todas las posibilidades que se abrían ante ella. Levantó los ojos hacia su madre, quien la observaba con intensidad y algo parecido al miedo.

–Creo que eres la elegida –concluyó Lucía en un tono adusto.

Sin comprender muy bien lo que aquello significaba, Gabriela se levantó con su pequeño tesoro entre las manos y anunció que volvía a su habitación a leerlo. Aquel hallazgo cambiaba los planes del día porque sabía que hasta que no conociera el contenido del libro, no sería capaz de concentrarse en otra cosa.

Se instaló en el cómodo sillón orejero, que usaba para sus lecturas, encendió la luz situada sobre él y se sumergió en la vida de su antepasada.

1 de enero de 1796

“Hoy he vuelto a verlo, es el hombre más guapo de toda Venecia. Estoy segura. Sus ojos grises se han detenido sobre los míos durante un instante. ¿Sabrá que existo? Tengo que averiguar quién es y dónde vive, así que esta tarde mandaré a Marta a hacer algunas averiguaciones”

3 de enero de 1796

“Lo logré. Sé quien es y mis padres conocen a su familia, una de las más importantes de la ciudad. Se llama Angelo y vive en un palazzo en el Gran Canal. He estado allí muchas veces pero nunca había coincidido con él. A partir de ahora, eso va a cambiar. Sé que no le soy indiferente y en Marta tengo una gran aliada.

La primera parte del diario estaba escrito por una jovencita soñadora y enamorada, que, con ayuda de su sirvienta, intentaba conocer al amor de su vida. Por lo que contaban las hojas siguientes, fue una época dorada y feliz porque no solo logró conocer a Angelo sino que él se enamoró perdidamente de ella. Al principio, se veían a escondidas, las calles tortuosas y oscuras de Venecia fueron testigo de sus encuentros y su amor, lo mismo que lo fueron algunos discretos gondoleros, que los llevaron de un sitio a otro sin levantar sospechas.

1 de febrero de 1796

“Esta tarde me he llevado un gran disgusto. Mi padre ha requerido mi presencia en la sala de visitas del palazzo, un lugar diseñado para impresionar. Soy consciente de que, como hija única suya, heredaré algún día todo lo que ahora es suyo y eso provoca sobre mí una gran presión. Nada más entrar, me he tropezado con la mirada analítica de un hombre alto y atractivo, rodeado de un aura de poder que casi asustaba. He sentido hacia él un rechazo instantáneo. No sé por qué, pero así ha sido. Vestía una casaca larga de brocado de seda azul claro con bordados en plata y calzón a juego. Su indumentaria, desde su pelo castaño recogido en una coleta hasta la punta *de sus maravillosos zapatos, ponía de manifiesto su riqueza. Y su mirada... esos ojos fríos y especuladores, no me han gustado nada. Me lo ha presentado como Lucca Francetti, conde de Francetti. Muy bien, será un conde, pero a juzgar por lo que he visto, es un conde orgulloso y arrogante.*

He estado en la estancia el tiempo suficiente para no parecer maleducada pero, en cuanto ha surgido la oportunidad, que se ha presentado en forma de Marta, bendita sea, he huido de ese ambiente oprimente.”

A partir de esa página el tono de la escritura cambiaba. Ya no hablaba la joven enamorada sino la mujer que amaba a un hombre y esquivaba a otro que, para sus padres, era el más apropiado. Gabriella escribió su pena y su rabia y dejó bien claro que nunca accedería a casarse con el conde por muy rico e influyente que éste fuera.

24 de febrero de 1796

“Mañana es el gran baile de carnaval. Toda la ciudad anda revuelta buscando el disfraz apropiado para destacar. Estos días son una verdadera locura. Los nobles se mezclan con el pueblo sin que sea posible distinguirlos bajo sus máscaras. Se juega y se baila, y otras cosas, que una dama ni siquiera se atreve a pensar. Pero yo sé dónde hay un lugar, la casa de Angela Zafeta, en el que las góndolas entran y salen a todas horas trayendo y llevando a hombres con rostros satisfechos, pagados de sí mismos, que saludan, sin ninguna discreción, a las mujeres que los despiden desde las ventanas.

Volvamos al baile. Asistirá toda la alta sociedad, no solo nobles; también están invitados comerciantes y mercaderes. Ya lo tengo todo preparado y estoy deseando que llegue el momento de ver a Angelo. Él también irá y ya hemos quedado en encontrarnos”

En estas confesiones, Gabriella parecía haber olvidado los problemas con Lucca. Tenía toda su ilusión puesta en el famoso baile. Lo curioso era que a partir de ahí no había nada escrito. Un montón de hojas en blanco hasta llegar a la final.

22 de agosto de 1796

“Hoy empiezo una nueva vida lejos de mi tierra. He encontrado un buen hombre y con él espero conseguir la paz que perdí aquella noche. La noche del último carnaval”

Gabriela cerró el librito con respeto. Su antepasada debía haber sufrido mucho y esa última frase lo resumía. Por alguna extraña razón, se identificaba con ella, tanto en la alegría, cuando había estado con Angelo, como en el enfado cuando hablaba de Lucca. Sin mencionar la tristeza de lo que, suponía, fue una separación. Y ahí empezaban a surgir las preguntas: ¿Qué fue de Angelo? ¿Por qué salió de Venecia? ¿Cómo había sido su vida en Barcelona? Sentía una necesidad irrefrenable de conocer todas las respuestas, de averiguar el motivo de la infelicidad de aquella mujer hermosa y vital, que había tenido los anhelos e ilusiones de cualquier joven de su edad.

Llevaba todo el día leyendo. Solo durante unos minutos, había aparecido por la cocina para comer con sus padres. Lucía le lanzó una mirada comprensiva puesto que ella había pasado por esa misma fiebre años atrás, cuando su madre le entregó el legado. Ahora

le correspondía a su hija. Daniel, su padre, ajeno al ambiente que dominaba su casa ese día, relleno los silencios contando la última anécdota de uno de sus compañeros de trabajo. Tras un rápido café, Gabriela volvió a su habitación a leer de nuevo las palabras de su predecesora, buscando alguna respuesta que, por supuesto, no encontró.

A última hora de la tarde, con el cuerpo dolorido por mantener la misma postura durante horas y la cabeza llena de pensamientos y sensaciones, decidió que necesitaba asimilar toda aquella información. Vino a su mente la imagen de Marc. Él podía ayudarla. Su mente lógica y pragmática pondría las cosas en la perspectiva adecuada. Por lo menos, eso esperaba. Lo llamó al móvil y, tras unos instantes de conversación, anunció a su madre que iba a salir y que no la esperaran para cenar.

Salió a la calle y respiró hondo. Había humedad en el ambiente y tras la puesta del sol, la temperatura había bajado varios grados. Se abrochó bien la cremallera del chaquetón y se dirigió a pie a la cafetería en la que había quedado.

La casa, donde se había instalado Gabriella cuando llegó a España, era un edificio de dos pisos, situado muy cerca del barrio gótico. En la época en que se construyó, no había edificaciones delante y se podía ver el mar. Con el tiempo, se vio rodeada de otras viviendas y quedó alejada de las vistas que su primera ocupante disfrutó. Durante más de dos siglos, sus descendientes la habían cuidado y conservado. Debido a su gran tamaño, la mansión inicial se había dividido en dos viviendas que, en la actualidad, estaban ocupadas por Gabriela y sus padres y por el hermano de su madre, su mujer y sus hijos, quienes aún se dedicaban a la importación de telas y a la confección.

Aunque ya había anochecido, los turistas seguían pululando por las calles estrechas y oscuras del barrio, así que decidió atajar metiéndose por allí. Sumida en sus pensamientos se encontró en la carrer del Bisbe, un sitio por el que había pasado docenas de veces sin prestar más atención que la de detenerse unos segundos para admirar la bella galería que unía los edificios del Palau de la Generalitat con su colindante al otro lado del reducido callejón. Se detuvo, y esta vez lo observó con otros ojos. El silencio la envolvió y los transeúntes desaparecieron. Quedó ella sola ante aquel arco de estilo neogótico con indudables influencias venecianas. Para alguien que hubiera vivido en la ciudad italiana y que hubiera sentido nostalgia de su tierra, le habría recordado el puente de los Suspiros.

–Tienes que ir allí, Gabriela.

La aludida se volvió con rapidez hacia la mujer que le había hablado con voz dulce y clara. Pero no encontró a nadie. Miró a su alrededor, extrañada. Estaba segura que alguien había hablado a su lado. Seguía sola en la calle.

–Gabriela, ve a Venecia. Limpia su nombre –oyó de nuevo con total nitidez.

¿Qué pasaba allí? ¿Se estaba volviendo loca? Volvió a girar la cabeza para comprobar que seguía sola. Aquello ya no tenía ninguna gracia. Al final de la calle le pareció distinguir una figura femenina vestida con un traje largo de color claro al mismo tiempo que sentía cómo algo caía a sus pies. Miró hacia abajo y descubrió un trapo junto a su zapato. Lo recogió con cuidado. Identificó el objeto como un guante largo de seda bordado con hilos metálicos, de un color verde pálido. Se estremeció sin poderlo evitar. Aquello era una verdadera locura.

Alguien tropezó con ella y le pidió disculpas. El ruido volvió y la luz se intensificó. Si no fuera porque conservaba el guante en la mano, pensaría que lo había soñado pero, desgraciadamente, no se trataba de un sueño.

Cuando diez minutos después entró en la cafetería, su estado de ánimo era bastante lúgubre y confuso. Era incapaz de encontrar una explicación a lo que había vivido y pensaba que si se lo contaba a alguien, la tomarían por chiflada. Echó un vistazo. Al fondo, sentado junto a la barra, distinguió a Marc. Se conocían desde sus tiempos de estudiantes y para ella significaba un punto de anclaje a la realidad. Se dirigió hacia él.

–Hola –saludó al llegar a su lado.

Él la miró con cariño a la vez que se inclinaba a besarle en la mejilla.

–Hola. No esperaba verte hoy.

Ella se encogió de hombros. Normalmente los lunes trabajaba hasta tarde, pero aquel día era especial y toda su rutina se había visto alterada.

–Necesitaba tomar el aire y hablar con alguien.

Marc desplegó una amplia sonrisa.

–Gracias por elegirme –comentó en tono de broma–. Ya sabes que estoy a tu disposición.

Gabriela sabía que, a pesar de la ligereza de su tono, decía la verdad. Él siempre estaba cuando lo necesitaba. Había sido así durante años.

Podía definir a Marc como un hombre amable. Sus cálidos ojos marrones animaban a las confidencias. También ayudaba mucho que sabía escuchar. Desde que ella recordaba, había sido un hombro sobre el que llorar, primero en su juventud y después en su etapa de adulta. Tras algún descalabro, tanto profesional como personal, él la había ayudado a poner las cosas en perspectiva, a sacar lo bueno y desechar lo que le había hecho daño. Admiraba esa capacidad suya tan lógica, puesto que ella era visceral y emotiva. Cuando se veía envuelta por esas emociones que amenazaban con ahogarla, ahí estaba Marc manteniendo su cordura.

A pesar de su mente objetiva, o quizá gracias a ella, también era capaz de captar cuando algo no iba bien, y en esa ocasión Gabriela proyectaba todo tipo de señales: palidez, mirada perdida, respiración agitada..., un amplio muestrario de características típicas de la intranquilidad y el nerviosismo.

–¿Qué es lo que te preocupa? –preguntó con interés.

Ella señaló una mesa retirada de la barra. Él comprendió lo que quería, agarró las consumiciones de ambos y la siguió hasta el rincón.

–Estás muy misteriosa –comentó.

–Cuando te cuente lo que me ha pasado, vas a comprender el significado de la palabra misterio.

–Ahora sí que has captado todo mi interés. Esa palabra y todo lo que conlleva me encanta.

Gabriela lo miró sin decir nada. No sabía muy bien por dónde empezar. ¿Le contaba lo del guante o le hablaba del contenido del pequeño cofre? Era todo tan surrealista que lo más probable es que le dijera que necesitaba un descanso porque empezaba a ver seres irreales y a oír voces imaginarias.

–Vamos –dijo dando un golpecito en su mano–, cuenta.

Al final decidió empezar por el sueño. Por la cara de su amigo, se debía de estar explicando muy mal. Le había dicho que ella era la protagonista pero luego no lo era porque en realidad debía de ser su antepasada.

Él hizo un gesto para detenerla.

–Espera, espera. Has soñado contigo pero no eras tú –sonrió divertido–. Será mejor que empieces de nuevo porque no entiendo muy bien donde quieres ir a parar. Si es que tú lo sabes –añadió.

Ella le devolvió una mirada irónica.

–Si yo supiera dónde quiero ir o qué tengo que entender...–comentó para sí misma.

–Si tú te decidieras a contarlo, por fin, y me sacaras de esta incertidumbre...–habló él imitando su tono.

Ella respiró hondo y empezó de nuevo. Le contó el sueño en el que aparecía la mujer llorando, cuyo rostro era igual que el suyo, le habló de cómo había despertado al oír su nombre y de la ventana abierta. Seguía estando segura de que la había cerrado. Detalló la conversación que había tenido con su madre y describió el contenido del joyero.

–Esa mujer era igual que yo –comentó todavía desconcertada.

A esas alturas del relato, había conseguido atraer la atención de su amigo por completo.

–Seguramente, eres tú la que eres igual a ella –puntualizó.

Gabriela lo miró sopesando si se burlaba de ella o solo quería aligerar el ambiente, puesto que ella se había puesto muy seria.

–Vale –aceptó–. Yo soy como ella. Pero que sepas que podríamos ser gemelas. Luego te enseñaré el retrato. Y es la misma mujer con la que soñé y abrió mi ventana.

Marc la miró con el ceño fruncido.

–No pongas esa cara, estoy segura de que abrió mi ventana –protestó– y aún no he terminado.

Se volvió hacia el bolsillo de su chaquetón y sacó el guante. Sin pronunciar palabra, lo dejó sobre la mesa.

–¿Qué es esto? –Preguntó desafiándolo con la mirada.

Marc lo cogió con curiosidad y lo examinó. Era una pieza muy antigua. Esos diseños ya no se hacían, ni nadie los llevaba. Un guante largo, bordado con delicadeza con hilo metálico.

–¿De dónde lo has sacado? Es muy antiguo.

Gabriela le explicó detalladamente, lo que le había pasado en el camino a la cafetería.

–Ha salido de la nada –comentó–. De repente, estaba en mis pies.

Ambos se quedaron en silencio, mirando el guante y observándose mutuamente. En sus mentes se estaban formando todo tipo de posibilidades lógicas pero, en el fondo, solo tenía un nombre, que el uno no podía reconocer y que a la otra aterraba.

–Alguien debe de haberlo perdido –apuntó finalmente Marc–. Es lo más normal y debe tener un buen disgusto porque es muy bonito y valioso.

Gabriela no apartaba la mirada de la prenda. Era posible que lo hubieran perdido, pero no había nadie a su alrededor cuando la tela verde apareció a sus pies hecha un gurullo. En su interior había algo que le decía que la aparición del guante en la calle desierta tenía otras implicaciones, sobre todo si sumaba el hecho a los de la noche anterior en su dormitorio. Reflexionó unos segundos más y murmuró en voz baja, como si hubiera recordado algo en lo que quería concentrarse.

–Cuando he buscado a la dueña, solo he alcanzado a ver a una mujer que doblaba la esquina, llevaba un vestido del mismo color.

Marc se echó hacia atrás en su silla con expresión relajada.

–Ahí tienes a la propietaria.

Seguro, se dijo Gabriela, no le cabía la menor duda. Lo que le intrigaba era de dónde había salido y por qué iba vestida de aquella forma.

–Entonces –continuó terca–, ¿quién me habló? ¿Quién me dijo que fuera a Venecia? ¿Cuál es el nombre que tengo que limpiar? ¿Cómo se movía tan rápido? –Las preguntas se sucedían una tras otra hasta dar la sensación de girar a su alrededor.

–¡Para! –ordenó Marc, quien se había vuelto a incorporar–. A ver, ¿qué tiene de raro que una mujer pierda un guante?

Ella lo miró y comprendió lo que pretendía. Quería racionalizar todo aquello, buscar una explicación sensata a lo que, ella sabía, no la tenía.

–Marc, yo sé lo que he visto. Lo que he oído. Esa voz me susurraba al oído –sintió un pequeño escalofrío–. Me llamó por mi nombre y sonaba igual a la mujer de mi sueño. Si a eso añades que aún no había dejado de oírla cuando he visto su vestido al final de la calle –lo miró fijamente a los ojos–, tú me contarás qué explicación puedo darle.

–¿Me estás forzando para que mencione la palabra fantasma? –Dijo él en tono de burla–. Es lo único que se me ocurre como explicación, nada razonable, por cierto. Lo que quieres que te diga es que el fantasma de tu antepasada quiere que hagas algo por ella –concluyó.

Lo había comentado como si fuera una barbaridad, para así, poder enfrentarla a lo ridículo de toda su excitación y preocupación. Sin embargo, cuando vio cómo los ojos de su amiga se abrían por la incredulidad y la comprensión, tuvo que replantearse que aquello no era ningún disparate para ella, sino algo muy importante a tener en cuenta. Se tendría que haber mordido la lengua, se riñó en silencio.

–¿Crees en fantasmas? –Preguntó con cautela y temiendo la respuesta.

Gabriela levantó sus ojos azules hacia él. Era algo que ni siquiera se había atrevido a pensar.

–No.

Era cierto, nunca había creído en esas cosas.

–Yo tampoco –aclaró él–. Así que todo lo que te está sucediendo tiene una explicación coherente. Nada de seres del más allá.

Gabriela se encogió de hombros y lo miró pensativa.

Marc era un hombre práctico con una mentalidad lógica. Había estudiado arte, lo mismo que ella y daba clase en un instituto de la ciudad. Era un adulto que tenía poco tiempo para fantasías y su profesión no le dejaba mucho espacio para cosas sobrenaturales. No obstante, ella seguía teniendo un presentimiento.

–No sé qué pensar –comentó sin apartar su mirada de la de él– No sé qué hacer.

–Pues está claro –dijo él, quien sabía lo que Gabriela tenía en mente desde el principio–: hacer lo que te ha pedido.

La sorpresa se reflejó en la cara de Gabriela.

–¿Hacer caso a un fantasma en el que no creemos? –Se removió en su asiento con nerviosismo–. Me estoy volviendo loca. Y tú más. Se supone que tú eres el que tiene los pies en la tierra.

–Por eso tienes que hacerlo, para demostrarte que esto no es un invento paranormal, que puedes encontrarle una explicación.

–Y para demostrar que esto no es algo paranormal, le hago caso a un fantasma –dijo con sarcasmo–. Tú sí que sabes.

Marc agarró sus manos con suavidad y la hizo mirarlo a los ojos.

–Es la única manera de que te quedes tranquila y lo sabes.

Sabía que tenía razón. Con toda seguridad ya había decidido lo que iba a hacer antes de encontrarse con él, pero había necesitado que alguien se lo dijera.

–Entonces...– habló él.

Ella se echó hacia atrás en su asiento y soltó un suspiro.

–Me voy a Venecia.

Capítulo 2

VENECIA

Lucía no se mostró muy sorprendida cuando su hija le dijo que viajaría a la tierra de su antepasada. En el fondo, lo esperaba. Durante años, desde que le habían hecho depositaria del legado familiar, había pensado en hacerlo ella misma pero había algo que se lo impedía, algo que le decía que no era la persona indicada. Cuando Gabriela fue creciendo y observó el gran parecido que tenía con la imagen de la miniatura, no tuvo ninguna duda. Había llegado la persona que desentrañaría el misterio.

Gabriela había esperado algo de resistencia por parte de sus padres, algunas palabras disuasorias para que no emprendiera aquel viaje un tanto disparatado. Pero no solo no encontró impedimentos sino que su madre se ofreció a acompañarla ante la expresión pasmada de su padre.

–No es necesario que me acompañes mamá –Una oleada de intranquilidad la envolvió. Quería hacer aquello sola. Necesitaba estar sola–. Prefiero ir a mi aire y papá solo es un desastre –aludió a su progenitor con la esperanza de que su madre recapacitara.

–Tu padre sabe lo importante que es para mí este asunto. Lo hemos hablado muchas veces, incluso me animó a que investigara hace años, pero yo sabía que no me correspondía a mí hacerlo –Gabriela la miró estupefacta. No imaginaba que su madre, tan seria y sensata, hubiera pensado viajar a Venecia a resolver un misterio de hacía más de dos siglos–. De todas formas, si puedo ayudarte, ya sabes que puedes contar conmigo.

–No te preocupes –la tranquilizó– me arreglaré. Además, no estaré sola, Helena me dará alojamiento y seguro que me ayudará con sus contactos y sus conocimientos.

No había más que hablar. Unos días más tarde, con muchos de sus asuntos académicos arreglados, iniciaba una aventura que, probablemente, cambiaría su vida.

Era noche cerrada cuando el taxi la dejó en la plaza de Roma, último lugar de acceso al tráfico rodado. A partir de allí, la firmeza del asfalto daba paso a la sinuosidad e inconsistencia del agua. El Gran Canal iniciaba su andadura como si de una gran avenida desleída se tratara. Transcurría ligero y gris a lo largo de la ciudad a la que dividía en dos. De él salían pequeños canales que constituían la red urbana.

Gabriela salió del vehículo y se subió el cuello del abrigo. En febrero, las bajas temperaturas unidas a la humedad, traspasaban tejidos y músculos hasta calar los huesos sin piedad. Aún así, el lugar era precioso. Pagó al taxista con una sonrisa amable y arrastró su maleta hasta la parada del vaporetto.

Conocía la ciudad como la palma de su mano desde sus tiempos de estudiante. Una vez finalizada esa etapa, había vuelto una y otra vez tanto para disfrutar del sitio como para visitar a profesores y amigos que había dejado allí.

Pasó por el puente de Calatrava. Hasta el siglo veintiuno, Venecia solo había tenido tres puentes que permitían pasar de una a otra orilla sin utilizar ningún tipo de embarcación. Ahora, un cuarto lazo, de estilo totalmente diferente, había aparecido, tanto para facilitar el tránsito, como para embellecer la ciudad dándole un toque vanguardista.

Cuando llegó el autobús acuático, subió y se instaló en la cubierta. La cabina habría sido un lugar más acogedor pero le habría privado de las maravillosas vistas. Permanecer al aire libre era la mejor forma de tomar contacto de nuevo con la ciudad que, bajo la oscuridad reinante, parecía sumida en un manto de misterio al que contribuían las luces de los palacios reflejadas en las turbias aguas.

Durante la época del florecimiento de Venecia, la abundancia de dinero permitió la construcción de fabulosas mansiones en las que se asentaron las grandes familias patricias. Con el paso del tiempo, muchas se transformaron en museos y otras, se acondicionaron como hoteles. Se dirigía a uno de ellos, propiedad de la familia de su amiga Helena. Cuando iba a Venecia, siempre disponía de una pequeña y encantadora habitación que pertenecía a la parte privada. Desde la primera vez que se había alojado allí, se había sentido tan cómoda como en su casa.

A su derecha distinguió el palazzo Rusconi, perteneciente a una de las familias más antiguas y conocidas. Un poco más adelante distinguió Ca' Foscari, sede de la universidad. Aunque ella había realizado sus estudios en el campus de la isla de San Giorgio, ese edificio encerraba años de historia y sabiduría. Se recordó que tenía que hacer allí algunas visitas.

El barco se deslizaba con suavidad bajo el ronroneo del motor de gasoil. En otros tiempos, sólo las góndolas y barcazas transportaban a los nativos y visitantes pero el progreso había traído las embarcaciones motorizadas que, aunque rompían el encanto, facilitaban la movilidad.

Santa María de la Salud quedó a la derecha con su inmensa y característica cúpula. A la izquierda el embarcadero de la plaza de San Marcos, el pequeño puente de los suspiros, tan parecido al arco bajo el que había encontrado el guante desencadenante de su precipitado viaje y, por fin, la última parada frente a su hotel.

En el pasado, había pertenecido a otra familia patricia de la que se sabía muy poco. Recordaba su fachada color granate. Miró hacia arriba, donde sabía que estaba su habitación. En el último piso, en una esquina, desde donde se dominaba toda la isla de San Giorgio y casi el mar abierto. Pensó en las personas que vivieron allí y que tuvieron que desprenderse de ese maravilloso lugar. Para su fortuna, fueron los abuelos de Helena los que lo adquirieron, permitiendo así que ella disfrutara de sus estancias.

Nada más entrar en el edificio, sintió una extraña emoción, como si, por fin, hubiera llegado a su hogar. Dio su nombre al recepcionista y observó el vestíbulo mientras esperaba a su amiga. Conservaba todo el esplendor del viejo *palazzo*, provocando a los huéspedes la sensación de haber viajado en el tiempo al siglo dieciocho, cuando Venecia se vestía de gala para deslumbrar al resto de Europa. Si se miraba con ojos nostálgicos, se podía tener la ilusión de chocar con un joven Casanova dispuesto a consumir su siguiente conquista.

–¡Gabriela! –La voz cantarina de Helena la sacó de su ensoñación. Giró hacia ella y descubrió a su propietaria, quien no ocultaba ni un ápice la alegría que experimentaba al verla.

–¡Helena! –se fundieron en un abrazo–. ¡Cuánto me alegro de verte!

–Hace mucho tiempo que no venías –apuntó.

–He estado muy ocupada –se disculpó por su larga ausencia.

–Ya lo sé. Por eso me alegro de que hayas decidido venir para los carnavales. Es nuestra mejor época.

Para cualquier veneciano, los carnavales eran la culminación de todo el año. Prohibidos durante los años siguientes a la caída de la ciudad, nunca habían podido acallarlos del todo y, a la menor oportunidad, habían resurgido con fuerza, manteniendo el espíritu de sus años de gloria. La mezcla de todas las clases sociales, nobles y pueblo llano, bajo una máscara constituía la clave del éxito. Todo el mundo era quien quería ser sin tener que dar ningún tipo de explicación por ello. La diversión constituía la única meta.

Al principio, Gabriela disfrutaba de la fiesta y la novedad, pero ahora prefería un poco de tranquilidad. La urgencia por resolver su problema no le había hecho pensar en las fechas en las que estaban.

–Helena, no te dispares. Vengo a trabajar –frenó su entusiasmo.

–Trabajo, trabajo –protestó a la vez que la acompañaba al ascensor–. Tienes que divertirme.

Gabriela pensó en la caja que llevaba en la maleta con el diario y el retrato. Estaba decidida a descubrir la identidad de su antepasada y a conocer el motivo por el que no volvía a mencionar a Angelo. También tenía intención de averiguar por qué se había casado con un español y había abandonado su tierra.

–Nos divertiremos –aseguró–. Sin embargo, tienes que ayudarme con el asunto que me ha traído tan precipitadamente.

–¡Por supuesto! Si es un misterio, estoy dispuesta a meter las narices y resolverlo contigo.

De eso estaba segura. Helena era una historiadora de reconocido prestigio. Si se empeñaba en descubrir algo, lo hacía. Así que sería su mejor aliada.

Llegaron al último piso, a la zona privada y Helena abrió la puerta de la habitación.

–Ahora instálate y después, durante la cena, podrás contarme en qué nuevo proyecto te has metido.

–Si no te importa, prefiero acostarme y mañana hablamos. –Estaba demasiado cansada para explicar las cosas de forma que no la dejara como una completa pirada–. Esto es personal.

A la italiana le extrañó aquella actitud. Primero porque no estuviera deseando contarle lo que la había llevado hasta allí, y segundo porque Gabriela nunca hacía personal su trabajo. Ahora, sí que la había intrigado.

En todas las visitas que Gabriela hacía a Venecia, siempre dedicaba un tiempo a visitar el palacio ducal. Disfrutaba tanto de la belleza de las columnas de mármol y las arquerías de piedra como del ambiente mágico que envolvía las galerías que dominaban el Gran Canal. No le importaba pasar el día entero vagando por los salones y el patio de aquel lugar encantado, majestuoso y voluptuoso. Cualquier tema relacionado con sus estudios y su especialización se desarrollaba dentro de una nebulosa para ella. Se movía por instintos y necesidades. Tenía un don especial para asimilar todo lo que a aquella época y ciudad se refería.

Había pasado buena parte de la mañana disfrutando de la pintura con que Tintoretto redecoró la inmensa sala del Gran Consejo tras su incendio. *El Paraíso* Ciento cuarenta metros cuadrados de óleo para disfrutar. Le era todo tan familiar que se sentía allí como en su casa y era capaz de deambular de una sala a otra sin cansarse. Decidió acercarse a la sala de la Brújula por la que sentía una rara atracción. En aquel lugar se realizaban los juicios hechos por la inquisición. Al entrar en la estancia, percibió un cambio sutil. El ambiente resultaba diferente, hacía más frío y olía de manera extraña. De pronto se dio cuenta de cuál era la naturaleza del cambio. Parecía haber retrocedido en el tiempo. No había luz eléctrica y el olor, que le había llamado la atención, correspondía al que desprendía la cera de las velas al arder. Un hombre alto, de pelo castaño y ricos ropajes parecía acusar a otro, rubio y bien parecido, que lo observaba con ojos fríos y mirada orgullosa. Por unos locos segundos, pensó que esos ojos grises, porque estaba segura de que ése era su color, la habían observado detenidamente con un destello de sorpresa.

Parecía la puesta en escena de un juicio en el que el hombre se enfrentaba a diez personajes vestidos de negro. Sus jueces, sin lugar a dudas. Quedó impactada por la vehemencia del acusador y por la indiferencia de los magistrados a quienes parecía darles lo mismo el futuro del acusado.

No esperó más. No entendía qué le pasaba ni por qué veía aquello, no obstante, si sabía que tenía que salir lo antes posible de allí. Necesitaba respirar.

El hombre la miraba con curiosidad desde una de las esquinas de la sala. Llevaba detrás de ella, observándola, desde que la había descubierto una hora antes mientras estudiaba los frescos de la sala del Gran Consejo. Mostraba un comportamiento chocante y errático para ser el de una turista que visitaba el palacio. Iba de un sitio a otro sin un orden establecido, pero lo que llamó su atención no fue solo su actitud, sino su físico. Era una mujer alta y delgada, el pelo tenía una tonalidad dorada y sus rasgos eran finos y delicados. Él conocía ese rostro. Si su cabello hubiera sido más pálido y hubiera ido vestida como las damas del siglo dieciocho, bien hubiera podido ser la modelo del retrato que desde bien pequeño le había fascinado. Se trataba de un óleo de considerable tamaño que decoraba su dormitorio. Lo había encontrado abandonado en una de las salas que no se usaban y cuando mencionó su interés, sus padres le dijeron que hiciera lo que quisiera con él. Nadie conocía la identidad de aquella mujer, que no pertenecía a su familia, pero que sin lugar a duda, fue muy importante para algún antepasado suyo. El palazzo en el que vivía era enorme y estaba lleno de obras de arte pertenecientes a diferentes siglos. La extraña atracción que sintió por esa figura, le llevó a instalarlo en el ala donde él tenía su pequeño apartamento. Aunque

visto desde fuera, el edificio heredado de generación en generación guardaba su forma inicial, su interior, llevados por la necesidad y la práctica, había sido modificado y adaptado en pequeñas y no tan pequeñas estancias que compartía toda la familia. Solo los salones habían mantenido su inicial esplendor y se utilizaban en fechas muy concretas. Durante algunos días, se abría al público para recoger dinero extra que después se usaba en la restauración. Lo malo de un legado como aquél era que resultaba muy caro mantenerlo.

Se sentía orgulloso de sus raíces venecianas. De hecho, se había especializado en la historia de Venecia y había terminado trabajando en el principal museo de la ciudad; el palacio ducal. Volvió a mirar a la mujer, que estaba totalmente abstraída, con los ojos fijos en un punto indefinido. Parecía que veía más allá de las paredes de la sala.

Tras el suceso de la sala de la Brújula, Gabriela se sintió intranquila. Salió precipitadamente y se dirigió a la zona de las prisiones. Había sacado un pase especial para poderlas visitar con detenimiento. Simplemente, le fascinaban. Conocidas como *Piombi*, debido a que estaban situadas bajo un techo de plomo, estas cárceles fueron de las primeras en ser construidas con el fin único de albergar prisioneros. Sus pasos se encaminaron hacia el puente de los suspiros, un pasadizo estrecho que unía el edificio de los calabozos con el palacio. Los muros blancos y gruesos intentaban aislar la humedad. El silencio la rodeó y sus zapatos rechinaron sobre el suelo de madera. Una cucaracha pasó por entre sus pies, produciéndole un sentimiento de repulsión, las antorchas encendidas, sujetas a las paredes, provocaban sombras oscuras que se elevaban hacia el techo junto con un pesado humo negro. Un momento. Se detuvo. ¿Cómo es que estaban encendidas? En sus otras visitas las había observado, pero siempre permanecían como un mero adorno, para que los visitantes se hicieran una idea de cómo era estar prisionero en un lugar como aquél. Otra cucaracha rozó sus botas negras. ¿Qué pasaba allí? Miró a su alrededor y se dio cuenta de que solo estaba ella en aquel angosto pasillo. Avanzó un poco más hasta quedar frente a una puerta de madera con refuerzos de hierro. Un cerrojo enorme la atrancaba. Atrajo su atención que la pequeña ventana, que se utilizaba para pasar la comida a los presos permanecía abierta. Una fuerza invisible la arrastró hasta allí. Miró a través de la abertura y estudió su interior con interés. Lo que vio la hizo dar un salto hacia atrás. La celda no estaba vacía como esperaba, pero no era ningún visitante. Volvió a acercarse con cautela. Un hombre permanecía sentado en una especie de banco tallado en la piedra. Parecía decaído. Se mostraba cabizbajo, tenía los brazos apoyados en las piernas y movía los dedos entrecruzados en actitud pensativa. Su cabello, castaño claro, casi rubio, se escapaba de la coleta que en algún momento estuvo bien peinada. Vestía un calzón oscuro, medias de seda y una camisa blanca. Junto a él, se distinguía un trozo de tela del mismo tono que los calzones. Bien podía haber sido la casaca que hacía juego con ellos. Gabriela se movió inquieta y miró a su alrededor. ¿Podía ser un actor? Que ella supiera, allí no se hacían representaciones de ese tipo. Seguía sola y el olor al sebo de las antorchas se mezclaba con el de la humedad. Según recordaba, había una zona dedicada a los presos más influyentes e importantes. Ahí, la hacinación se reducía, incluso los carceleros permitían que les llegara mejor comida a cambio de alguna compensación. Si se fiaba de su instinto, aquel hombre era un noble metido en problemas. Gabriela siguió mirando, era incapaz de alejarse, se sentía etérea y rara, atrapada entre aquellos muros de la misma manera que podía estar el prisionero. De pronto, él levantó la mirada y la clavó en ella. Gabriela emitió un grito

involuntario, asustada. Esos ojos grises ya la habían mirado en la sala de la Brújula, donde había tenido lugar el juicio. No tenía más que mirar dónde se encontraba para adivinar que lo habían condenado. ¿Cómo había llegado tan rápido? Miró a su alrededor. No había nadie. Volvió a mirar al hombre. Por su expresión, la había reconocido.

–Gabriela –pronunció su nombre en un susurro, con adoración. La frialdad y el orgullo que había observado en él durante el juicio, se habían transformado en calidez y un inmenso cariño–. Ponte a salvo. Huye y no me olvides.

Había hablado en italiano, pero ella le entendió a la perfección. Extendió una mano a través del pequeño cuadrado, intentando tocarle. La imagen de él se desvaneció, dejándola aturdida y conmocionada.

Más allá de los corredores se oía el ir y venir de los turistas y las antorchas se mostraron apagadas, como siempre habían debido estar. Del suelo de madera clara habían desaparecido los bichos y todo parecía normal. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había visto a aquel hombre? Se sentía como si hubiera hecho un viaje en el tiempo. Volvía a experimentar lo mismo que cuando el hombre la había mirado mientras le juzgaban o lo que notó en Barcelona cuando apareció el guante a sus pies.

Mario Rusconi, intrigado, la había seguido en su recorrido. Vio cómo se dirigía a la zona privada de las prisiones y observó con curiosidad que se movía por allí como si conociera el lugar palmo a palmo. Ella se detuvo ante una puerta cerrada y miró al interior, después hizo algo realmente extraño, extendió la mano a través de los barrotes de la gruesa puerta de madera y se tambaleó. Ya no esperó más, acudió con rapidez en su ayuda.

– ¿Puedo ayudarla?

Gabriela se volvió con rapidez. No esperaba que nadie le hablara. Ante ella estaba el hombre de la celda. Vestía un impecable traje gris marengo que resaltaba el color de sus ojos. Su pelo era más corto y más oscuro, pero podría ser él perfectamente.

Los ruidos volvieron a desaparecer, dejándola inmersa en una especie de cámara insonorizada. Dejó de ver al hombre que le hablaba, quien experimentó un extraño cambio: el elegante traje se transformó en una casaca azul oscuro y su pelo creció y se aclaró. Solo sus ojos permanecieron iguales, mirándola con intensidad y súplica.

–Tienes que hacer algo Gabriela, tienes que detenerlos. Mi apellido ya ha sido mancillado demasiadas veces sin motivo.

–Sí. Tienes que ayudarlo –junto al hombre apareció la figura de una mujer rubia, llevaba un vestido verde manzana, un poco más claro que el guante, que tenía en su poder. La reconoció de inmediato; era Gabriella, su antepasada. La miró fijamente y ella volvió a hablar–. *Es un buen hombre, todo fue una trampa.*

Transcurridos unos segundos, ambos desaparecieron, dejándola confundida y desorientada.

Mario observaba a la extraña turista. Parecía que ni lo veía ni lo oía. Lo miraba como si viera a través de él. Cuando ella volvió a desestabilizarse, la sujetó por ambos brazos y volvió a hablarle.

–Señorita, ¿se encuentra bien? –su pregunta salió un poco brusca. No terminaba de entender el motivo por el que la había seguido y tampoco sabía qué hacía hablándole. Un sexto sentido le avisaba de que solo le traería problemas, y a esas alturas de su vida, lo último que necesitaba era uno con forma de mujer rubia de aspecto angelical, que le recordaba al cuadro de su dormitorio.

Gabriela salió de su especie de trance y observó a su interlocutor. Se estaba volviendo loca. No podía ser que hubiera dos hombres tan iguales. ¿Tenía cara de que le gustaran las bromas? porque eso era lo que parecía, que alguien le estaba gastando una de mal gusto. Muy mal gusto.

El desconocido le decía algo que podría ser amable, pero su expresión adusta se contradecía y la confundía. ¿Quién era aquel hombre y qué quería de ella?

Mario la sacudió con suavidad y elevó el tono de voz. A lo mejor era sorda y por eso no respondía a sus palabras.

–¡Señorita!

¿Por qué no dejaba de gritar? Le dolía la cabeza y aquel insensible no la dejaba en paz. ¿Qué había que hacer para conseguirlo? Seguramente, decírselo.

Empezó a hablar pero las palabras murieron en sus labios. Aquellos fríos ojos grises la miraban molestos, casi enfadados.

–¿Sabe usted que no se puede permanecer en esta zona a estas horas? –La voz brusca y ronca del hombre volvió a elevarse con aspereza a la vez que la sacudía por el brazo.

Ella se deshizo de la mano con un gesto y lo miró con furia. ¿Qué se había creído aquel energúmeno?

«Por Dios» ¿Qué le pasaba a aquella mujer?

–Señorita, no puede estar aquí –insistió.

Ella reaccionó al fin, fulminándolo con la mirada. Entonces le respondió en su idioma.

–Hace años que vengo y nunca me han prohibido pasar –protestó con voz molesta.

Aquello era cierto, se dijo él. Hacía muy poco tiempo que se había restringido el paso a aquella zona. Ella parecía saber a la perfección dónde iba y dónde se encontraba. Era una mujer muy rara y, vista tan de cerca, resultaba más inquietante el parecido con su retrato. Ese mero detalle, ya lo puso en guardia contra ella.

–Bueno, pues ahora sí está prohibido. No puede permanecer en esta parte de las prisiones, están en proceso de restauración –apuntó en tono brusco–. Ahora, si me lo permite, la acompañaré a la salida–. Hizo intención de sujetarla de nuevo por el brazo pero ella saltó hacia atrás cuando sintió su contacto.

Acababa de ver a aquel hombre por primera vez hacía unos segundos y ya la exasperaba.

–¿Y usted es...? –preguntó con cierta impertinencia sin moverse del sitio. Conocía a un montón de personas que trabajaban allí, pero a él no lo había visto jamás. Si lo hubiera hecho, no se habría olvidado. Seguro.

–Mario Rusconi –se presentó extendiendo su mano–, responsable del palacio.

La mano de Gabriela se detuvo a medio camino cuando identificó el apellido. Lo conocía perfectamente de cuando había vivido en la ciudad. Ni siquiera había oído su cargo, solo el apellido retumbó en cada parte de su cerebro.

–¿Rusconi? ¿De los Rusconi?

Mario se sintió divertido ante la expresión estupefacta de la turista. Para ser extranjera, hablaba muy bien italiano y parecía conocer algo sobre las antiguas familias venecianas. Decidió presionarla un poco más.

–¿De qué Rusconi?

Ella hizo un gesto de impaciencia cargado de encanto.

–Ya sabe, de esos que viven en un enorme palazzo en el Gran Canal.

Así que sabía de lo que hablaba.

–Sí. De esos –confirmó con la diversión iluminando sus adustas facciones–Vivo allí.

–Vaya –pronunció Gabriela para sí misma.

Nada más llegar había chocado, literalmente, con la leyenda, para ser más exactos con un miembro de su familia. Aquel tema la había atraído durante años. Se refería al asunto turbio de la traición de uno de sus antepasados al Dux. Ella tenía su opinión formada al respecto pero quería saber más. A lo mejor él se prestaba a proporcionarle algún dato nuevo. Con la emoción del encuentro había olvidado la mutua animadversión que habían sentido al encontrarse. Sopesó las probabilidades y vio que no tenía muchas de que fuera a contarle algo.

–¿Podemos marcharnos ya? –preguntó él, que había vuelto a recuperar su seriedad.

Ella parecía haberse olvidado de él y de lo que estaban hablando.

–¿Qué? –Lo miró con expresión ausente– Ah, sí. Podemos irnos. ¿Cómo es que ahora no se puede visitar esta parte de la prisión? ¿Sabía que Casanova se escapó de aquí?

¡Pues claro que lo sabía! ¡Todo el mundo lo sabía! La rubia estaba verdaderamente chiflada. Saltaba de una cosa a otra en la conversación, haciéndole muy difícil seguirla.

–¿Quién me ha dicho que es usted? –preguntó mirándolo de nuevo a la vez que se detenía.

–Mario Rusconi...

Ella lo detuvo con un gesto algo brusco.

–Sí, ya sé, de los Rusconi del Gran Canal, pero ¿qué hace usted «aquí»? –comenzó a caminar otra vez por el estrecho corredor.

–Trabajo «aquí» –Decididamente, estaba loca.

–¿Es el jefe de seguridad? –preguntó con aire ausente. Había llegado al interior del puente de los suspiros. Volvió a detenerse y miró a través de las celosías al exterior. Frente a sus ojos se extendía el mar y una sensación de tristeza se apoderó de ella–. ¿Puede usted sentirlo?

–¿El qué? –le seguiría el juego, a lo mejor no era peligrosa.

–La sensación de pérdida al mirar hacia afuera. ¿Qué sentirían las personas que pasaban por aquí por última vez, sabiendo que no iban a ser libres nunca más?

A lo mejor no estaba tan loca. Él se había hecho esa pregunta en multitud de ocasiones. Debía de ser muy frustrante saber que uno no volvería a recuperar su libertad.

–Sentirse preso tiene que ser horroroso –comentó sin entrar en más detalles.

Ella se volvió hacia él y lo miró con ojos brillantes.

–¿Sabe? Hace muchos años, un hombre muy parecido a usted estuvo preso en esa celda –señaló hacia el corredor que habían dejado atrás–. Y estoy segura de que era inocente.

Las desconcertantes palabras le produjeron un ligero escalofrío. ¿Quién era aquella extraña y qué sabía de su familia? ¿Cómo se había enterado de que uno de sus antepasados había estado prisionero en aquel lugar?

Gabriela no volvió a mencionar ningún hecho inquietante, sin embargo, insistió en el tema donde lo había dejado minutos antes, saltando de nuevo a su trabajo, volviendo aquella conversación disparatada.

–Entonces, ¿es usted el jefe de seguridad o no? –reanudó su marcha, dejándolo allí plantado y totalmente desconcertado.

Mario reaccionó y la siguió. Por el momento, ella marcaba el ritmo.

–¿Es que no escucha cuando le hablan? –preguntó con tono áspero– Hace un rato que le dije que soy el responsable de este lugar.

Ella volvió a pararse, provocando que chocara contra su cuerpo.

–¿Dónde está Giuseppe? –Giuseppe Leonardi había sido la persona encargada por la Fundación de museos de Venecia para dirigir el palacio ducal. De hecho, ella había hecho prácticas allí bajo su supervisión.

–¿Conoce a Giuseppe? –preguntó extrañado.

–¡Todo el mundo conoce a Giuseppe!

«Todo el mundo que tenga que ver con el mundo del arte, más concretamente con el arte y la historia de Venecia», se dijo Mario. ¿Quién era aquella rubia chiflada que conocía tanto los entresijos de su ciudad y que estaba poniendo en peligro su propia cordura? Decidió contestar de forma escueta y librarse de ella lo antes posible. Ni siquiera iba a preguntarle de qué lo conocía porque aquello podría derivarle a algo peor.

–Giuseppe se jubiló el año pasado.

Mientras hablaban, habían dado toda la vuelta. Se encontraban en el primer piso, junto a un tramo de la escalera de oro, cuando ella se detuvo de nuevo para poder mirarlo de frente.

–¿Sigue viviendo donde siempre?

Aquella última pregunta terminó de desconcertarlo.

–Sí, claro –contestó con un titubeo.

–Es un hombre magnífico –sentenció con convicción–. En cuanto salga de aquí, tengo que llamarlo.

Bueno, ya estaba bien. No iba a pasar más tiempo con aquella enigmática joven que hablaba tan rápido y de tantas cosas diferentes. Estaba agotado de intentar mantener una conversación con ella. Aunque, bien pensado, ella hablaba y él respondía. Era ella la que parecía ser dueña de todo aquello y él quien había sido pillado en falta.

–Señorita, me parece que a partir de aquí ya no necesita mi ayuda para salir. Creo que conoce bien el lugar, así que, con su permiso, vuelvo a mis obligaciones.

Ella le dedicó una mirada escrutadora.

–¡Por supuesto, señor Rusconi! Después de trabajar aquí durante meses, seré capaz de encontrar la salida.

Dio media vuelta sin molestarse siquiera en volver a mirarlo. Cierto era que le intrigaban sus ojos y sus facciones pero no estaba de humor para batallar con un gruñón engreído.

Por supuesto, no pudo advertir el gesto pasmado que se dibujó en el rostro del actual director, cuando oyó su última revelación.

Mario se dijo que ni siquiera conocía el nombre de la mujer. Él se había presentado, incluso ella había reconocido su apellido y lo tenía perfectamente localizado, pero la dama seguía siendo un enigma para él. Pensó en remediar el error de inmediato y bajó las escaleras corriendo en su busca, pero cuando llegó al patio, no había ni rastro de ella. Se sintió un poco frustrado, la había perdido y ahora no sabía ni quién era, ni cómo podría localizarla. Sería para él la mujer misteriosa.

Cuando se reunió con Helena para comer, todavía estaba alterada por su encuentro de la mañana. A pesar de la brusquedad de su comportamiento y de las ganas que seguía teniendo de estamparlo contra algo, el señor Rusconi la intrigaba más que otra cosa. ¿Cómo aquel hombre arisco había llegado a sustituir a su querido Giuseppe? Seguramente el peso y la influencia de su familia lo habrían conseguido. Se negaba a pensar que fuera por méritos propios. Era demasiado joven y demasiado guapo para haberlo logrado por sí solo. Se detuvo en su reflexión ¿Había dicho guapo? Eso no era lo que más le había impactado ¿verdad? Ella no caía en ese tipo de prejuicio. Una cara bonita no excluía una buena inteligencia y el señor Rusconi podía tenerla aunque fuera acompañada de un carácter de lo más desagradable.

Por otro lado, estaba el parecido con el hombre de sus ¿visiones? No sabía qué nombre poner a ese extraño fenómeno pero sí podía asegurar que ese parecido contribuía a

aumentar su inquietud. Quería saber qué le estaba pasando. Una cosa era tener un sueño mientras dormía y otra muy distinta quedarse parada como un pasmarote asistiendo a una especie de representación teatral fuera del tiempo. No encontraba ninguna explicación a esa insólita vivencia.

Debido al encuentro con su nuevo «amigo» no había reflexionado mucho sobre aquel suceso, pero ahora que lo pensaba con detenimiento, no le encontraba ninguna explicación que tuviera un mínimo de lógica.

Poco antes de chocar con Mario Rusconi, había visto a un hombre muy parecido a él y a Gabriella. Ahí surgía otra pregunta. ¿Por qué aparecía su antepasada junto a él? ¿Estaba relacionada su relación con el motivo de su viaje? ¿Sería posible que aquél fuera el hombre, cuyo nombre había que limpiar? ¿Por qué se parecía tanto al gruñón señor Rusconi? ¿Los había visto éste y por eso estaba tan molesto?

Si seguía formulando preguntas sin encontrar ninguna respuesta, terminaría con un tremendo dolor de cabeza.

–Gabriela, pareces muy lejos de aquí.

La voz de Helena la sacó de sus cavilaciones.

–Pareces preocupada –insistió al ver que no decía nada.

Gabriela no había notado su llegada. Estaban en el restaurante del hotel, lugar donde la familia cenaba en muchas ocasiones.

–No he visto aún a tus padres –comentó mirando alrededor y esperando que aparecieran en cualquier momento. Les apreciaba y le gustaba su compañía. Eran dos personas encantadoras que se habían portado siempre con ella de manera maravillosa durante sus estancias en la ciudad. Le habían proporcionado el cariño y la preocupación que le hubiera dado su familia. Tenía suerte de haberlos conocido.

–Están de viaje –explicó Helena mientras se sentaba–. Volverán mañana para el comienzo de las fiestas. No se las perderían por nada del mundo.

–Tengo ganas de verlos.

Helena observó que su amiga estaba inquieta. La forma de sentarse sobre el borde de la silla, el movimiento continuo de sus manos y su mirada, que no permanecía quieta en ninguna parte, le indicaban su intranquilidad. La conocía demasiado para que pretendiera ocultarle que le pasaba algo.

–Bueno, ¿qué te preocupa? –preguntó sin dejar de observarla

La paciencia no era una de las virtudes de su amiga y la discreción tampoco, se dijo Gabriela. De todas formas, tendría que contárselo todo si quería su ayuda, aunque la mandase de vuelta a casa con la recomendación de visitar a un buen psiquiatra cuando terminara.

Comenzó contándole su sueño. Cuando le explicó que la imagen del retrato que su madre tenía guardado era su vivo retrato, la cara de Helena mostró todo el pismo que experimentaba. «Ah, pensó, esto no es nada, espera a que sepas lo demás»

El episodio de la aparición misteriosa del guante añadió otro toque de fascinación al relato.

–Pero ¿cómo? ¿Quién? –un montón de preguntas surgían en cascada.

–Espera –puso una mano sobre su brazo para detener las preguntas–. Ahora viene lo mejor.

Le contó la experiencia vivida en el palacio ducal sin hablarle de su encuentro con el director del mismo. Eso lo dejaba como golpe de efecto.

Cuando terminó de hablar se limitó a observar el rostro de su interlocutora. La veía pensar con rapidez, intentando encontrar algo que pudiera explicarle pero, por una vez, la había dejado sin palabras. Si no fuera porque estaba muerta de miedo y preocupación, se habría echado a reír. Helena siempre tenía algo que decir.

–No es posible que puedas ver cosas que pasaran en otro tiempo. Es como si ellos te hubieran arrastrado hasta aquí para que hagas lo que no pudieron hacer por sí mismos –murmuró pensativa. Después la miró fijamente y soltó el aire mientras movía la cabeza en gesto negativo–. Esto es de locos.

–Sí. Es más o menos lo que me dijo Marc. Puede que esté loca pero tengo que hacer algo, porque lo cierto es que veo esas escenas como si estuviera sentada en la primera butaca de un teatro y los personajes de la obra se dirigiesen a mí directamente.

Helena seguía mirándola y pensando en algo sensato, pero no lo encontró.

–No sé qué decirte.

Bueno, no podía reprocharle nada. Ella tampoco sabía qué pensar o qué hacer salvo aceptar las cosas como venían. Total, ya se había embarcado en aquel viaje y había entrado en el juego.

–Necesito saber quiénes son –le informó–. Ella se llamaba Gabriella, como yo pero con una *e* más, y era antepasada mía. Vivía aquí y su padre pertenecía a la nobleza. Nunca escribió su apellido de soltera. Siempre usó el español de su marido. En su diario menciona a un chico del que estaba enamorada, Angelo, pero tampoco dice como se apellidaba, únicamente menciona que pertenecía a una familia conocida por sus padres. Así que tenemos dos nombres: Angelo y Gabriella. Una pareja que vivió en mil setecientos noventa y seis. Tenemos que descubrir sus identidades y qué les pasó.

A aquellas alturas de la conversación, a Gabriela se le había olvidado su encuentro con el nuevo director del Palacio ducal y su parecido con el hombre de sus *sueños*. Ni siquiera lo mencionó. La conversación se dirigió a otros derroteros, como la familia y las próximas fiestas. El motivo que la había llevado a Venecia quedó relegado a un segundo plano

Capítulo 3

EL VUELO DEL ÁNGEL

Aquel domingo por la mañana, la plaza de San Marcos se hallaba tan abarrotada que estaba segura de que no entraría ni una persona más. Se equivocó. Helena se abrió paso a través del gentío con la destreza que le habían conferido años de práctica en aquellas lides. Los empujones parecían no importar mucho a toda aquella gente, cuyos ojos no se apartaban de un punto en concreto, el campanario de la torre. Desde allí, en pocos minutos se iniciaría *El vuelo del ángel*. Aquella ceremonia que contaba con siglos de tradición, inauguraría una nueva edición de los carnavales. A partir de ese momento, la ciudad se inundaría de fiesta y alegría. Se avecinaban días de vacaciones, bailes y máscaras. Gabriela no sabía muy bien qué hacía allí pero Helena la había arrastrado sin compasión dentro de aquella marea humana. Miró a su alrededor, sintiendo un poco de claustrofobia al verse rodeada por tanta gente. Apretó el bolso contra su pecho con intención de alejarlo de manos rápidas que quisieran aliviarlo de su contenido. La décima sinfonía de Mahler se empezó a oír por los altavoces y todas las miradas se centraron en la parte alta de la torre. Una mujer vestida de blanco quedó suspendida en el aire. Había salido por una pequeña ventana, después, ayudada por una polea se deslizó hacia abajo, descendiendo hacia el escenario situado en el centro de la plaza con el fin de recrear aquella primera vez en la que un funambulista turco realizó la proeza para deleite del Dux y sus invitados. El vestido, largo, de un blanco reluciente, flotaba alrededor de las piernas del *ángel*, acompañándola en aquel descenso lento y parsimonioso. Por fin, una vez hubo puesto los pies en el suelo, se desveló la identidad de la persona encargada de asumir dicho papel. Por lo que consiguió oír, se trataba de una modelo famosa que fue recibida por el maestro de ceremonias vestido como si fuera el auténtico Dogo. Ambos abrieron el desfile que se completaba con comparsas, compañías callejeras de teatro, máscaras y personas disfrazadas con trajes venecianos del siglo dieciocho.

Buscó a su amiga con la mirada, esperando no haberla perdido entre aquel gentío. No. Seguía allí casi pegada a su lado, mirando todo con la misma ilusión que si lo hiciera por primera vez. Era increíble cómo alguien que pasaba por aquello todos los años, disfrutara una y otra vez del mismo espectáculo.

La plaza se vació un poco, lo suficiente para andar con algo de soltura. Y entre todo aquel tumulto, lo vio. Estaba parado en la fachada del palacio, apoyado con indolencia sobre una de las columnas de mármol rosado mientras observaba todo lo que le rodeaba. Sus ojos se deslizaban perezosos por aquella mezcla de gente, vestida de diferentes maneras y que se divertía sin cortapisas. Vestía un abrigo negro de corte clásico sobre un traje oscuro tan serio y estirado como cuando lo vio por primera vez. A pesar de ese rechazo que surgió hacia su persona, sentía una extraña fascinación que la empujaba a mirarlo una y otra vez. «Un hombre impresionante». Tuvo que reconocerlo muy a su pesar. Eso sí, no estaba dispuesta a acercarse ni un paso en su dirección.

Supo el momento exacto en que la descubrió. Se enderezó. Su postura relajada se tornó rígida y la miró directamente a los ojos. Se sorprendió al descubrir cierta hostilidad en

esa mirada. ¿Por qué esa antipatía? ¡Si no se conocían de nada! Y otra cosa, ¿cómo era posible que después de conocer a tantas personas a lo largo del día la recordara a ella? Iba a dar media vuelta cuando observó que él se ponía en movimiento y se dirigía hacia donde se encontraban. ¡Ah, no! No pensaba hablar con él. Intentó escabullirse pero Helena descubrió al hombre y lanzó una exclamación de alegría.

–¡Mario! –Se dirigió hacia él a la vez que le mostraba ambas mejillas para que la besara a modo de saludo.

–Helena ¡Cuánto tiempo! Hace mucho que no nos veíamos. ¿Dónde te escondes?

–¿No serás tú el que no se deja ver?

Sus labios se distendieron en una sonrisa que transformó por completo su rostro adusto en otro inmensamente atractivo. ¡Oh Señor! Era un tío antipático y estirado muy guapo y estaba hablando con su amiga en un tono cordial, incluso cariñoso.

–Gabriela –la sacudió por el brazo para sacarla de su embobamiento–. ¿Me escuchas?

–¿Eh? –La miró como si recordara en ese momento que seguía allí– No. Lo siento.

–Te estaba presentando a mi amigo Mario –Se volvió hacia él–. Mario, esta despistada es Gabriela.

¿Despistada? Se dijo él. Más bien parecía un poco ida. Trató de ser amable y se inclinó hacia ella en un gesto cortés mientras se acercaba la mano a los labios, sin llegar a tocarla.

Gabriela soltó una risita ante aquella manifestación de cortesía. No sabía qué le pasaba pero la sola presencia de aquel individuo la alteraba profundamente.

–¡Vaya! Acaba de recordarme usted a un conde del siglo dieciocho.

Helena la miró con la boca abierta, asombrada por esa respuesta tan impropia del carácter de su amiga.

–¡Gabriela! –pronunció el nombre como lo habría hecho su madre si le riñera.

Mario no sabía si echarse a reír o soltarle algo acorde a lo que acababa de decir ella. Definitivamente la rubia parecía un poco excéntrica pero lo que más le molestaba no era eso, que podría resultar hasta divertido, lo que le fastidiaba de verdad era la semejanza con la mujer del cuadro. La noche anterior, cuando llegó a su casa, se fue derecho a mirarlo y decidió que el parecido era asombroso.

–Señorita, solo espero no estar a la altura de sus expectativas. Creo que eso no sería muy beneficioso para mí –le espetó en tono ácido.

–Si usted se acercara un poco a mis expectativas, ganaría muchos puntos, amigo.

–Ni loco haría un esfuerzo por conseguirlo.

Helena asistía a aquel duelo como si estuviera en un partido de tenis. ¿Qué les pasaba a aquellos dos? Ella sabía que eran dos personas serias y educadas. ¿Por qué se tiraban pullas como si fueran enemigos ancestrales?

–Mario, ya que mi amiga parece haber perdido el sentido común, te pido disculpas en su nombre.

Ellos seguían mirándose.

–No te preocupes –dijo él sin apartar la mirada, un tanto burlona del rostro ruborizado de Gabriela–. Me parece que el sentido común la abandonó hace algún tiempo. Ayer hacía cosas más bien raras.

–¡Como se atreve...! –La aludida se mostró indignada, pero Helena la detuvo a tiempo de que soltara algún otro inconveniente.

–¿Ayer? –Su desconcierto resultaba evidente.

–Sí. Nos conocimos ayer –Volvió a mirar a Gabriela–. La señorita vagaba por lugares del palacio prohibidas a los visitantes.

–¡Yo no soy una visitante! –protestó.

–¡Por supuesto que lo es! No tenía permiso de nadie para estar en la prisión.

Helena dedujo que hablaban del momento en que había tenido la visión, por lo que no le extrañaba que la hubiera visto hacer cosas raras. Tenía que intervenir antes de que aquella conversación se les fuera de las manos, porque, si eso sucedía, los dos se arrepentirían. Lo sabía.

–Señor, he estado cientos de veces en esas mazmorras –Lo fulminó con la mirada a la vez que un pensamiento se filtraba a través de su cerebro. Durante todas las ocasiones en las que había estado en aquel lugar, nunca había visto lo que día anterior. Aunque si se empeñaba en analizarlo, nunca había visto fantasmas hasta hacía una semana.

–Pues si tan bien las conoce, debería saber que están cerradas al público –«¿Por qué era tan obtusa?»

–Ya le he dicho que yo no soy público –habló, conteniendo las ganas de gritar a aquel cretino, que por muy director que fuera, no tenía ni idea de cómo tratar a una invitada.

–Gabriela estuvo trabajando en el palacio durante algunos meses bajo la tutela del señor Lombardi –intervino Helena antes de que siguieran enzarzados en aquella discusión absurda.

Él la miró entrecerrando sus ojos grises, con expresión escrutadora.

–Sí, algo me pareció oír ayer. ¿De qué conocía a Giuseppe? –Recordaba que durante el encuentro ella lo había mencionado.

–Fue profesor mío y después un buen amigo –le explicó con mirada retadora. Solo le faltó añadir, «y es bastante más simpático que tú» pero optó por callarse.

–¿Ha estudiado aquí? –preguntó perplejo.

–Sí, señor. Me especialicé en la historia y el arte veneciano. ¿Algo que objetar?

Pues la verdad es que no tenía nada que objetar, pero aquella mujer lo sorprendía con cada nueva palabra que pronunciaba. Era un enigma que tenía intención de resolver.

Helena pensó que Gabriela no estaba en su mejor momento, así que empezó a hacer preguntas sobre algunos de los conocidos comunes para sacarla del centro de atención.

Mientras que ellos hablaban, un movimiento cercano captó la atención de Gabriela que se desentendió por completo de la conversación. El doble del señor Rusconi la miraba a unos metros de distancia. El hombre iba vestido con un calzón marrón oscuro y una casaca del mismo tono. Por la abertura de ésta se podían ver los faldones y parte del encaje de la camisa. Sin duda el hombre gozaba de cierta fortuna porque semejante despliegue no se lo podía permitir alguien de bajo poder económico. A sus ricas vestiduras se unía un porte elegante y distinguido. Miró a Mario. Curiosamente podría imaginarlo vestido de aquella manera. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. El hombre seguía allí y sin ninguna duda, ambos serían clavados si no fuera por la coleta de uno y el pelo corto y moreno del otro. ¿Por qué? ¿Por qué la perseguían aquellos ojos acerados?

–¿Habéis visto eso? –preguntó en voz casi inaudible. Ambos la miraron a la vez.

Gabriela tenía la mirada fija en un punto detrás de Mario, estaba muy pálida y temblaba ligeramente. Helena se asustó y su interlocutor la miró con curiosidad.

–¿El qué? –preguntó.

–Allí –señaló el lugar donde estaba su visión–, aquel hombre vestido de época con un traje marrón.

–No hay nadie vestido de marrón y sí muchos vestidos de época.

Gabriela volvió la vista a su amiga y después al director del palacio. Los dos la observaban casi con lástima. No había nadie, pero ella sabía que existía. Seguía allí, mirándola, implorándole ayuda con su gesto.

–¿No lo veis? Está ahí. –Su expresión desconcertada indicó a Helena que lo mejor era sacarla de allí cuanto antes. Como empezara a hablar de fantasmas, ya no podría arreglar su reputación.

–Gabriela, será mejor que hablemos luego. Mario, ¿qué vas a hacer esta noche? –preguntó. Si la excluía de la conversación, evitaría que volviera a meter la pata o que hiciera algún comentario que convenciera a su amigo de que realmente estaba como una cabra–. Ya sabes que tenemos el baile del minuetto en el hotel.

Siguiendo la tradición, en el hotel se celebraba todas las noches durante los días de carnaval un baile de máscaras llamado *El baile del minuetto*. Era una tradición familiar que sus padres seguían manteniendo.

–Lo siento –se disculpó él–, pero esta noche tengo un compromiso con mi madre y ya sabes por experiencia que eso es ineludible.

Ella sonrió con complicidad. La condesa de Rusconi era toda una institución en la ciudad. A la mujer le gustaba celebrar fiestas y reuniones en las que implicaba a todo el mundo sin posibilidad de escapatoria. No le extrañaba la cara de resignación que mostraba su hijo.

–No te preocupes, otra vez será –De reojo vio que la expresión de Gabriela se relajaba. Ésta había mantenido la respiración al escuchar la invitación. Lo último que

necesitaba era pasar una velada entera con aquel estirado, que la miraba como si hubiera llegado de otro planeta.

–Intentaré que sea pronto. Mañana o pasado te llamaré –No era una falsa promesa. Intentaría que su madre las invitara al baile que ofrecería en unos días. Quería volver a ver a la extranjera. Sentía por ella una extraña atracción mezclada con rechazo, que no podía explicar. Nunca había sentido algo semejante por ningún ser humano. Por norma general la gente le caía bien o mal, pero no las dos cosas. Se agachó con el mismo gesto que la había saludado, no sabía si para molestarla o para reírse de ella–. Señorita, ha sido un placer conocerla.

El tono en que pronunció su despedida puso en duda que esas palabras fueran ciertas. Gabriela le dirigió una mirada furibunda a la vez que inclinaba la cabeza a modo de saludo, pero no pronunció ni una palabra. Helena, por su parte, se despidió de él con otros dos besos y un guiño cariñoso.

–Espero tu llamada –añadió cuando ya se retiraba–, no valen las excusas.

Él hizo un gesto con la mano, haciéndola saber que la había oído. Helena pensó que se avecinaban tiempos extraños en los que aquella pareja estaría involucrada, lo presentía.

Esperó a que se retirara unos pasos y se volvió hacia su amiga que seguía con la mirada fija en la espalda del hombre que se alejaba.

–¿Te has vuelto loca? Si tu madre te hubiera visto actuar así te habría dado una azotaina.

Gabriela la miró con expresión obstinada y permaneció en silencio. No tenía nada que decir. Sabía que había sido grosera y maleducada pero la presencia del señor Rusconi despertaba sus peores instintos.

–¿Gabriela? ¡Por favor, di algo! –Casi la zarandó–. ¿No tienes nada que decir? ¿Por qué no mencionaste ayer que te lo habías encontrado?

La aludida hizo un gesto con la mano para ahuyentar aquel interrogatorio.

–Demasiadas preguntas –consiguió decir en un tono de voz neutro.

Helena pasó del pasmo provocado por la actitud de su amiga, a la preocupación.

–Gabriela. No estás bien ¿Qué te pasa?

Ésta la miró enfadada, más consigo misma que con ella. Estaba a punto de explotar.

–¿Qué me pasa? Pues que veo a gente del pasado mezclada con gente del presente, que me persigue un hombre de ojos grises que podría ser tu amigo Rusconi disfrazado de época, que el mencionado señor, me trata como si me faltara un tornillo o no mereciera ni siquiera el esfuerzo que hace en mirarme. ¡Creo que me voy a volver loca de verdad!

La angustia que destilaba aquella confesión hizo que Helena la sujetara del brazo y la empujara en dirección a su casa. Si era cierto que veía gente del pasado, aquello se estaba convirtiendo en algo muy serio, tan serio que iban a necesitar ayuda de alguien que controlara aquellos temas y ella conocía a ese alguien. Siempre se había mantenido en secreto, pero sabía quién podía ayudarlas.

Mientras tanto, unos ojos grises especulativos las siguieron con interés hasta que desaparecieron por la esquina.

Capítulo 4

EL MINUETTO

El vestíbulo del hotel brillaba en todo su esplendor. Las lámparas de cristal de Murano refulgían lanzando destellos, como si fueran inmensos diamantes, sobre las personas que se habían congregado para el baile tradicional del minuetto. Para asistir, además de pagar una buena cantidad de euros, era imprescindible vestir con atuendos del siglo dieciocho. Gabriela deslizó la mirada sobre los asistentes, que parecían pasarlo en grande, y se preguntó por enésima vez por qué se había dejado convencer por Helena.

El baile del minuetto se celebraba en el hotel, por lo que se requería la presencia de los anfitriones. A pesar de su renuencia, había asistido para acompañar a su amiga. La excusa de no tener un vestido adecuado había sido vana. En unos minutos había aparecido por arte de magia uno precioso. Se miró con disimulo en uno de los espejos y casi no se reconoció. No podía decirse que fuera un típico traje de época pero tenía que reconocer que le sentaba muy bien. De color rojo apagado, casi granate, llevaba todo el cuerpo cubierto de cristales, que reflejaban la luz de las lámparas. Se ensanchaba en las caderas sobre un pequeño miriñaque, no tan excesivo como los auténticos pero que le proporcionaba el toque adecuado. Tampoco se había puesto la peluca blanca de tirabuzones sino que se había dejado la melena rubia lisa y suelta, tapada por un velo de gasa del mismo color rojo, que le cubría la mitad del rostro. Paseó entre las columnas de mármol rosado con una copa en la mano, observando sin mucho interés a los danzantes y sumida en sus pensamientos. Parecía un pez fuera del agua. Todo el mundo reía y se divertía y ella vagaba casi como el fantasma de su antepasada, a quien, por cierto, no había vuelto a ver. Se hallaba en un estado de tensión permanente, esperando encontrársela en cualquier momento y en cualquier lugar, igual que le había pasado con el hombre. «Uf», pensó, el hombre. Ese sí que la traía loca. Tanto en su versión fantasma como en su modalidad «carne y hueso», se le aparecía en los momentos y en los sitios más inesperados; de cualquiera de las dos formas la alteraba más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Además, siempre aparecían a la vez. Como consecuencia, ella se portaba como una soberana mema ante la versión humana del hombre de ojos grises. Mario Rusconi. Sus pensamientos volaron hacia él. Si no fuera tan estirado, hasta le gustaría, le gustaba hasta siéndolo...; Ah no! De eso nada. No le gustaba. No podía gustarle. Por muy atractivo que fuera, no dejaba de ser un antipático y había algo en él que no la dejaba bajar la guardia. Un sexto sentido le avisaba de que en el señor Rusconi del Gran Canal había muchos y grandes problemas. Lo presentía. Y ahora que se había vuelto tan susceptible respecto a esos temas, si era capaz de hacer caso a un fantasma, también lo era de hacérselo a sus presentimientos. Sacudió la cabeza. Se estaba volviendo majara de verdad. Miró con nostalgia hacia arriba, hacia el techo del patio central del vestíbulo, en torno al cual se habían construido tres pisos de galerías con arcos góticos. Allí se distribuían las habitaciones y, en el último piso, estaba la suya, su refugio ante todo aquel jolgorio. Sentía la necesidad de huir de la fiesta y esconderse en su pequeño santuario, donde podría dedicarse a pensar. Al menos eso esperaba porque hacía días que era incapaz de hacerlo con coherencia. Tenía la sensación de caminar por una senda llena de bruma que

le impedía ver más allá de unos metros. Se estremeció ante esa situación nueva para ella ya que no le gustaba sentirse tan insegura.

–¿No baila el minuetto? –La voz surgió a su derecha, pero ni se molestó en comprobar a quien pertenecía.

–No lo he bailado en mi vida –respondió, siguiendo con la vista los movimientos complicados del baile.

El hombre observaba el perfil de la desconocida con total embeleso. Era una mujer preciosa. Con ese vestido rojo, destacaba como una llama en aquel entorno. La había visto desde el otro extremo del salón. Parecía sola y perdida, no dudó ni un segundo en acercarse. Sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella.

–¿Se atreve a intentarlo?

La proposición la desconcertó. Se volvió hacia su interlocutor, esperando encontrar a algún caballero entrado en años con ganas de conversación pero lo que vio la dejó pasmada. Si existía un estereotipo de hombre italiano, estaba frente a ella, con una sonrisa perfecta. Pelo moreno, ojos negros y risueños: un hombre que podría bailar con cualquiera de las mujeres que había en el local y que, sin embargo, estaba pidiéndoselo a ella. Volvió a mirar a los bailarines. Éstos completaban extraños círculos sobre el suelo. No sabría hacerlo. Era demasiado complicado.

–No, gracias –respondió con una media sonrisa–. No tengo ningún interés en hacer el ridículo.

–¿Quién dice que lo va a hacer? –insistió–. Conmigo es imposible que se equivoque.

Ella le dedicó una mirada irónica.

–Y, por supuesto, su nombre es Modesto.

Él se limitó a encogerse de hombros en un gesto simpático.

–No. Mi nombre es Bruno y es cierto que puedo enseñarla a bailar.

Gabriela se sintió tentada. Bailar con un hombre atractivo y simpático podría ser muy agradable y al menos no estaría tan aburrida, incluso podría entretenerse hasta que pudiera retirarse a su habitación. Lo miró con expresión calculadora y al final aceptó.

–¿Por qué no? Lo único que puede pasar es que tropiece con todos y nos echen de la pista. ¿No?

Él le dedicó una amplia sonrisa a la vez que el aire que había estado conteniendo en sus pulmones salía de golpe.

–Eso no va a suceder. Confíe en mí –dijo a la vez que sujetaba su mano y la llevaba a reunirse con el resto de los bailarines–. Aún no se su nombre –pronunció estas palabras al tiempo que hacía una reverencia para iniciar la danza.

Gabriela estaba concentrada en los movimientos lentos y ceremoniosos de la danza. Se sentía transportada y ni siquiera se dio cuenta de lo que él le había dicho. Cuando comenzaba una empresa se dedicaba a ella en cuerpo y alma y aquel italiano la había metido en una nueva. Aprender a bailar una danza antigua se había convertido en un reto.

Bruno la miró fascinado. Absorta en el movimiento de los pies, la desconocida sin nombre se había olvidado de su presencia. Él estaba acostumbrado a otro tipo de reacción por parte de las mujeres que conocía y aquella, aunque educada y correcta, había pasado totalmente de él como hombre. Tenía la sensación de que había aceptado la invitación porque no tenía otra cosa que hacer. Bien, conseguiría que se fijara en él. Tenía que descubrir quién era y qué hacía allí. Estaba dispuesto a hacerla reaccionar como una mujer y no como la niña que parecía en aquellos instantes.

Casi había conseguido hacerlo bien, cuando Helena se acercó a la pareja. Había perdido de vista a su amiga, pero después de un rato, la descubrió bailando con su

Bruno y pensó que estaba en buenas manos. Como parecía que se estaban divirtiendo, los dejó. Sabía que ella necesitaba un poco de relax. Desde que había puesto sus pies en Venecia, estaba rara. Muy rara. Sin embargo, había encontrado a una persona que podía ayudarla en la cuestión de los fantasmas y las estaba esperando.

–Bruno, tengo que llevarme a mi invitada –dijo cuando estuvo a la altura de ambos.

–¿Tu invitada? –Eso sí que era un buen golpe de suerte.

–Gabriela –señaló a la aludida– es mi amiga. Creía que os habíais presentado.

–Pues la verdad es que no. Me he convertido en su maestro de baile, pero está tan absorta que no me ha dicho ni su nombre

Gabriela lo miró un poco avergonzada.

–Lo siento –se disculpó–. No me había dado cuenta, pero usted ha tenido la culpa por insistir en que bailara.

–Y no me quejo. He disfrutado de cada minuto.

Helena apreciaba mucho a Bruno pero tenía prisa, si no el señor Salviati se impacientaría.

–Discúlpalos. Tenemos que irnos. Es muy importante que hablemos con alguien.

Gabriela la miró con expresión interrogante. Había despertado su curiosidad. Olvidó rápidamente lo que se traía entre manos, más bien entre pies y se volvió hacia él, pidiendo permiso con la mirada. Había sido tan correcto con ella que le parecía mal dejarlo plantado de aquella manera.

–No se preocupe. Lo entiendo. Ahora que sé dónde encontrarla, nos veremos en otra ocasión –Hizo una reverencia, un tanto exagerada, muy acorde con el papel que había desempeñado durante el baile, y se alejó.

–Es encantador –comentó Gabriela mientras seguía a Helena a través del salón.

–Sí que lo es –confirmó ésta–. Ya hablarás con él otro día.

Caminó hacia una de las puertas situada en un costado. Llevaba a un salón de dimensiones bastante más reducidas que el vestíbulo aunque igualmente decorado con tapices y frescos en las paredes. En uno de los sofás, tapizado en brocado dorado, se hallaba sentado un anciano que se levantó en cuanto las vio aparecer.

Helena llevó a su amiga hasta él.

–Gabriela. Te presento al señor Salviati. Es un experto en ciencias ocultas y creo que puede ayudarnos.

–Encantado de conocerla, señorita. Helena me ha comentado que tiene usted un pequeño problema.

«¿Pequeño?» Pensó ella «¿Problema?» Bueno, sí. Podría decirse así, si quería tomárselo con filosofía. Y dada la naturaleza del tema, era lo mejor que podría hacer, tomarlo filosóficamente.

Al otro lado del canal, casi al comienzo del mismo, la figura de un hombre se recortaba en una de las ventanas del palazzo Rusconi. Todavía llevaba el esmoquin que se había puesto para el baile, se había soltado el nudo de la pajarita y con las manos en los bolsillos miraba el discurrir tranquilo de las aguas. Había pasado toda la velada con el pensamiento puesto en una extranjera de pelo rubio, algo chiflada pero muy hermosa, que lo alteraba hasta no dejarlo disfrutar de una noche de fiesta. La sensación de atracción–rechazo que despertaba en él lo desconcertaba por completo. Él estaba acostumbrado a tratar con mujeres. Su madre, la cual tenía un carácter bastante particular, su sobrina, diminuta pero con carácter, sus alumnas, jovencitas con las hormonas alborotadas a las que había que tratar con sumo cuidado. Sin embargo, ninguna lo confundía tanto como la joven de las mazmorras, como él la llamaba.

Se apartó de la ventana y se dirigió a su dormitorio. A la vez que avanzaba, se desprendió de la chaqueta y desabrochó los botones de la camisa. Estaba agotado pero no pudo evitar detenerse ante el cuadro de la mujer. Era hermosísima. Tenía una expresión pícaro en los ojos y una sonrisa contenida. Sin duda, reía con facilidad y el pintor le había ordenado que se mantuviera seria porque la sonrisa bailaba en unos labios de color rosado, que atraían poderosamente la atención. Le recordaba mucho a la expresión de la amiga de Helena cuando se había burlado de él esa mañana. Otra vez su mente volaba hacia ella. Volvió a mirar el retrato, comparando a las dos mujeres. Ésta tenía el pelo rubio claro y lo llevaba peinado formando tirabuzones. Debía de haber tenido una personalidad espontánea, nada afectada, puesto que había pasado del peinado elaborado y exagerado de la época. Sus ojos azules eran similares a los de Gabriela. Sí, sería mejor que empezara a llamarla por su nombre porque tenía intención de conocerla mucho mejor. Le intrigaba ese parecido asombroso con la dama misteriosa.

Cuando descubrió la similitud entre las facciones de la chica de carne y hueso y las de la dibujada, casi había sufrido un shock. ¿Qué probabilidades había de encontrar a dos personas que se parecieran tanto? Se sentía extrañado por su reacción ante ella. Unas veces le fascinaba y otras tenía una irreprimible necesidad de alejarse lo más posible. No lo entendía. Sin embargo, tampoco lo podía evitar. Aquella *intrusa* le ponía los nervios de punta.

Lanzó un suave suspiro, echó un último vistazo a la sonriente muchacha y se dispuso a acostarse. Con un poco de suerte, desconectaría de todos sus problemas y conseguiría descansar. Lo necesitaba.

–¿Usted cree en los fantasmas? –Gabriela soltó la pregunta a bocajarro. Había perdido la paciencia con respecto al tema y ya no le daba vergüenza que la tomaran por una demente si planteaba ese tipo de cuestiones.

El señor Salviati la miró casi divertido. La chica no se andaba por las ramas.

–¿Y usted? –respondió a su vez.

–Pues no. No creo en fantasmas. Nunca he creído –Permaneció en silencio unos segundos y continuó–. No puedo negar la evidencia y ésta es que veo gente de otra época, pero no me creo que haya fantasmas paseándose por toda la ciudad y que estos hablen conmigo como lo hacemos nosotros ahora.

El hombre estaba acostumbrado a ese tipo de actitud. Él nunca había visto a alguien que ya estaba muerto, pero había hablado con algunas personas que sí lo habían hecho.

–Explíqueme usted qué es lo que ve. –La animó.

Gabriela le contó sus sueños y lo que le había pasado en los calabozos del palacio ducal.

–Esa pareja me persigue –dijo en tono quejumbroso– y no sé qué quieren. ¿Por qué no me hablan claramente y me dicen quiénes son y qué puedo hacer por ellos?

–No es tan fácil. Hay veces que solo llaman la atención sobre algo pero no pueden hacer más –explicó el señor Salviati.

–Pero ¿existen o me los he inventado?

Salviati comprendía aquella actitud. Había personas que se negaban a pensar que eran las elegidas. La verdad era que daba un poco de miedo y había que ser muy equilibrado para no perder la razón.

–Existen. No lo dudes.

–¿Cómo sabe usted eso?

–Me dedico a este tema desde hace años y he hablado con muchas personas que han pasado por lo mismo que tú.

Bueno, lo que le decía no le hacía dar saltos de alegría pero podría servirle de alivio.

–Verá. Tengo un nombre –explicó un poco renuente. No terminaba de fiarse. Era un tema demasiado delicado.

El hombre la miró con renovado interés.

–¿Y cómo es que no lo ha dicho? ¡Eso es mucho! Podemos empezar a partir de ese dato.

–La mujer es una antepasada mía. Se llamaba Gabriella.

La expresión del anciano se alteró visiblemente.

–¿La conoce? –preguntó con ansiedad–. ¿Sabe quién es?

El hizo un gesto ambiguo que ni confirmaba ni negaba.

–Déjeme unos días –pidió–. Pronto tendré noticias completas. Por el momento puedo contarle que este hotel antes era un palazzo, que pertenecía a una familia muy importante. Durante la segunda mitad del siglo dieciocho, en este lugar se reunía gente que estaba interesada en el ocultismo, espiritismo, magia... En fin, ese tipo de temas. Uno de los propietarios a quien todo el mundo conocía como *El conde*, era un gran aficionado. Fue una época bastante oscura en la que sucedieron cosas extrañas. ¿Sabe que Casanova se reunió aquí mismo un montón de veces?

Ella negó con la cabeza. Escuchaba con atención lo que le contaba sin saber muy bien donde quería ir a parar.

–Entonces ¿Puede ayudarme?

–Lo intentaré. Lo que sí puedo decirte para que te tranquilices un poco es que hay testimonios de que en este palacio ha habido algunas apariciones. No se sabe si es porque el dueño tenía algún tipo de poder o simplemente por casualidad.

¿Por qué eso no la tranquilizaba lo más mínimo y sí la alteraba aún más?

–Pero... ¿Por qué yo?

Ahí estaba la eterna pregunta.

El hombre se echó hacia atrás en el sillón.

–Eso, señorita, tendrá que averiguarlo usted misma. Lo que si me gustaría es que me fuera informando de la evolución de los acontecimientos.

–Claro. Le contaré lo que quiera.

Estaba un poco desconcertada.

Salviati se despidió y salió del saloncito dejando solas a las dos amigas.

–Pues vaya ayuda –comentó desanimada–. Ha sacado él más que yo.

–No creas –rectificó Helena–. Te ha dicho que no estás loca, que más gente ha pasado por tu experiencia, ha prometido investigar el nombre de Gabriella y, lo más importante, nos ha dado una información que muy poca gente conoce. Aquí en el hotel, cuando todavía era un palacio privado, han sucedido experiencias paranormales. Todo empezó con uno de los dueños. A lo mejor él también veía personas que habían muerto. Tenemos que saber quién era Gabriella y dónde vivía. A lo mejor estaba relacionada con alguno de los hombres que se reunían aquí.

–Hemos vuelto al principio. Hasta que no conozcamos la identidad de los fantasmas, no podremos empezar a trabajar.

–Tenemos que volver a la fiesta. Mis padres nos van a echar de menos.

–Si no te importa, yo me voy a retirar. No me encuentro con fuerzas para conversar con nadie.

–¿Y Bruno, el agradable? –La provocó.

Gabriela sonrió al recordar al hombre, no obstante, no tenía ganas de ver a nadie.

–Puedo prescindir de él por esta noche.

Nada más pronunciar esas palabras, unos ojos plateados aparecieron en su mente, como si los hubiera invocado. Por lo visto, no podía prescindir de su dueño. ¿Es que ni en su casa se iba a librar de la presencia del señor estirado?

Capítulo 5

ALGO EN COMÚN

Gabriela entró en el vestíbulo de Ca' Foscari, sede de la universidad de Venecia. Quería visitar a algunas amigas que trabajaban allí y había ido con la intención de darles una sorpresa. Miró hacia arriba y contempló el edificio. Construido en un gótico tardío constituía el entorno adecuado para dejarse llevar por la imaginación y aunque se hubiera transformado en lugar de estudio y trabajo, seguía siendo un espacio maravilloso. Las personas que acudían a ese lugar cada día, eran muy afortunadas de poder disfrutarlo.

Caminó en diagonal y se dirigió al pie de las escaleras. Un movimiento junto a una de las puertas, llamó su atención. Cuando vio al causante, dio un traspie y aterrizó junto al primer escalón. Ni siquiera sintió dolor. Volvió a mirar al personaje y confirmó que seguía en el mismo sitio. Un hombre atractivo, vestido con sombrero de tres picos, calzón y casaca. No se había disfrazado para las fiestas, lo sabía. Era su ropa habitual. La miraba con una expresión expectante.

–¿Se ha hecho daño, señorita?

La voz provenía desde arriba. Levantó la mirada y se encontró con unas botas color cámel, tipo Panama Jack, después, ascendió por unas largas piernas, enfundadas en unos vaqueros descoloridos y un chaquetón *jacket* parecido a los que llevaban los motoristas. Su rostro se llenó de consternación al encontrar unos labios que sonreían con socarronería y unos ojos que brillaban burlones. Llevaba barba de un día y su aspecto era... peligroso. ¡Jesús, María y José! Era imponente y estaba imponente pero no podía ser él. ¿Por qué tenía que aparecer en aquel lugar y en esas circunstancias tan humillantes para ella? Recordó el motivo por el que estaba en el suelo y dirigió su mirada hacia el lugar en que había visto al caballero veneciano para comprobar que no se había movido. En efecto, no lo había hecho. Seguía en el mismo sitio. Estaba, inmóvil, como si tuviera todo el tiempo del mundo. De hecho, lo tenía. Llevó otra vez sus ojos al hombre que intentaba ayudarla y después los miró alternativamente. *Salvati* diría que no estaba loca pero aquello no podía ser normal en personas lúcidas. Siempre que veía al señor Rusconi, su doble estaba cerca o viceversa. A lo mejor era un reflejo y el hombre ni siquiera existía, se dijo esperanzada.

Mario Rusconi había visto a la muchacha tropezar y caer sobre el primer escalón. Cuando descubrió la identidad de la accidentada, no pudo evitar una sensación de regocijo. Acortó la distancia que había entre ellos y la ayudó a levantarse. A pesar de que le dio las gracias, no parecía particularmente contenta de encontrarlo en su camino.

Gabriela sentía en su brazo el calor de la mano de su auxiliador. Quemaba. Durante escasos segundos olvidó al señor del sombrero de tres picos.

–Parece que siempre que la encuentro está en apuros.

La voz, cargada de sorna, la devolvió a la realidad.

–Y usted siempre aparece cuando menos falta hace –le contestó con acritud. Le costó trabajo mantener el sarcasmo cuando volvió a ver su atractivo rostro, pero tenía algo que conseguía exacerbarla.

Él levantó la ceja en un gesto irónico y decidió contestar con sentido del humor

–Tengo un sexto sentido para saber cuándo me necesitan y usted parecía necesitar ayuda.

–Ya. Una especie de superman veneciano –se burló.

Él hizo algo del todo inesperado. Soltó una carcajada que la descolocó por completo. Ese sonido ronco y alegre le removió todo el cuerpo. Perfecto. Era lo que su vida necesitaba en esos momentos; un hombre atractivo y arrogante con ciertos efectos hipnóticos sobre ella.

La mirada azul de Gabriela se clavó en algún punto por encima del hombro de Mario para distinguir cómo el espíritu se desvanecía. Genial, pensó con mal humor. Entre los dos iban a terminar con ella.

Mario la observó con renovado interés. Gabriela parecía una mujer normal e inteligente y, si gozaba de la amistad de Helena, no debía de estar loca. Sin embargo, la actitud que descubría en ella cada vez que se encontraban resultaba, cuanto menos, intrigante. Miró hacia atrás, hacia el punto donde ella había dirigido su mirada al hablar. No había nada, solo descubrió el vano de la puerta vacío.

–Gabriela. ¿De verdad está usted bien? –Se inclinó hacia ella y la sujetó por el brazo a la vez que clavaba en su rostro esa mirada clara y penetrante que le causaba escalofríos.

Ella sacudió la cabeza al tiempo que tiraba de su brazo.

–No ha visto al hombre ¿verdad?

Conocía la respuesta pero tenía que asegurarse. Si él lo hubiera visto, se sentiría la mujer más feliz del mundo. A pesar de todo, sabía que solo ella podía verlo. No era fruto de su imaginación, estaba segura. Era demasiado real. Lanzó un suspiro resignado.

–No he visto ningún hombre cerca –confirmó. «¡Qué persona más extraña!»

–No se preocupe. Son cosas mías –Después le preguntó algo que la intrigaba desde el momento en que le había reconocido– ¿Qué hace usted aquí?

Él se sintió tentado de responderle con alguna impertinencia pero después optó por decirle la verdad.

–Doy clases. Imparto un curso de italiano y vengo algunas horas a la semana –Al ver la cara que ponía ella añadió–. ¿Le sorprende?

Pues sí. Le sorprendía. En ese momento podía parecer cualquier cosa menos un serio profesor de universidad. Estaba segura de que las alumnas se pelearían por estar en su clase. Otra cosa era cuando iba perfectamente afeitado y con su impecable traje oscuro. Entonces podía llamarle don estirado pero así, movió la cabeza, parecía un chico malo.

–Me sorprende un poco –dijo sin mencionar el aspecto–. Yo también doy clase en la universidad.

Esa vez le tocó a él el turno de sorprenderse. La mujer hermosa y algo majara que él conocía, no encajaba en el papel de profesora.

–Vaya, no lo habría imaginado. Parece que tenemos algunas cosas en común.

Si él supiera... pensó ella. No solo tenían eso. Había un personaje fantasmagórico que también los unía, por el momento, de forma inexplicable.

–Bueno, damos clase, nos gusta el palacio del Duque y compartimos conocidos y aficiones. No está mal para dos personas que no se llevan demasiado bien.

–Eso no es culpa mía –declaró, aún a sabiendas de que su actitud provocaría otra respuesta belicosa por parte de ella.

–¿Quiere decir que yo soy la culpable? –Ya estaba otra vez. Tenía el poder de enfadarla con unas simples palabras.

–Quiero decir que podría poner un poquito de su parte para no terminar siempre discutiendo –apuntó con cierta frialdad en su tono. La chica no tenía sentido del humor y saltaba a la mínima.

–Si usted no fuera tan repelente...

Los ojos azules de Gabriela empezaban a lanzar destellos furiosos, así que Mario optó por abandonar la lucha, si no, no conseguiría saber qué hacía ella en la sede de la universidad.

–¿Cómo es que la he encontrado aquí?

La pregunta sonaba a interrogatorio pero, por algún motivo de satisfacción, decidió contestarle.

–Estudié en esta universidad y, aunque usted no lo comprenda, tengo amigos entre los trabajadores y los profesores de este edificio. He venido a saludarlos.

Mario la miró con los ojos entrecerrados. La caja de las sorpresas se había abierto de nuevo. Había estudiado en Venecia, había trabajado en el palacio y él nunca había coincidido con ella. Era algo extraño porque se movían en un círculo de personas bastante cerrado en el que la mayoría de la gente se conocía. Sin embargo, no se habían visto nunca. Si eso hubiera ocurrido, la recordaría porque su rostro habría sido inolvidable para él.

Gabriela, al ver que él no hacía ningún comentario, murmuró una disculpa alegando que iba en busca de sus amigas y se despidió de forma precipitada. No le gustaba la intensa mirada que le había dirigido. La ponía demasiado nerviosa. Cuando la miraba de esa manera, no sabía cómo manejar los sentimientos que se despertaban en ella.

Mario la vio desaparecer escaleras arriba sin comprender por qué había salido corriendo de forma tan brusca. Nunca entendería el comportamiento errático de la amiga de Helena y le gustaría hacerlo porque para él, se estaba convirtiendo en un reto.

Se volvieron a encontrar una hora más tarde. Esta vez fue Gabriela quién lo vio primero. Esa ventaja le proporcionó la ocasión de estudiarlo sin que él tuviera la guardia levantada por causa de su presencia. Hablaba con una jovencita que lo miraba embozada mientras él le decía algo en tono cordial, casi cariñoso. Sintió algo parecido a los celos. Con esa chica se mostraba encantador. En cambio, con ella lo hacía de forma distante y fría. Si no fuera porque no se conocían con antelación de nada, pensaría que le tenía manía. Conforme se acercaba, distinguió su voz y lo que decía. Le daba algunos consejos para preparar un trabajo, incluso se ofreció a ayudarle fuera del horario de clase si tenía algún problema. Sintió pena por la muchacha que al oír aquello suspiró hipnotizada ante la

presencia de su profesor. Le gustaría asistir a alguna de las conversaciones que tendría más tarde con sus amigas.

Hablando de amigas, recordó que iba acompañada de las dos que había ido a visitar. Se volvió para mirarlas y descubrió a ambas con la vista fija en él. ¡Por Dios! ¿Es que les tendía algún hechizo especial?

En ese momento él la descubrió. Durante unos instantes sus ojos despidieron un fulgor cálido que se deshizo con rapidez, volviendo a mostrar esa quietud helada con que la obsequiaba cuando no se burlaba de ella. La saludó con un gesto altivo y siguió hablando con su alumna.

–¿Conoces al profesor Rusconi? –preguntó una de sus amigas pasmada por la emoción.

–Es un conocido. ¿Por qué pones esa cara?

La otra hizo un gesto cómico y puso los ojos en blanco.

–Ese hombre está en el punto de mira de todas las solteras venecianas.

–Pues no veo por qué es tan codiciado –apuntó en un tono molesto.

–¿Es que estás ciega? –Su amiga no podía creer que no se hubiera dado cuenta de su atractivo– ¿Tú lo has mirado bien?

–Sí. Por desgracia.

Las dos chicas se miraron sin entenderla.

–Por desgracia –musitó una de ellas– ¿Tú estás loca?

–Sí. Eso cree él, que lo estoy. ¿Habéis visto cómo me ha mirado? Solo le ha faltado pedirme que le hiciera una reverencia. Es la persona más orgullosa que he conocido en mi vida.

Una de sus amigas la agarró del brazo y la arrastró fuera para que él no pudiera oírlas.

–Es la persona más amable que conozco. No tiene problemas en trabajar más horas y sus alumnos lo adoran.

Sí. No le extrañaba, sobre todo en lo que a las del sexo femenino se refería.

–¿Amable? ¿Estás segura de que hablamos de la misma persona?

–Si no tiene un hermano gemelo, hablamos de él.

El estómago de Gabriela dio un salto. Mejor no hablar del gemelo del profesor. Si lo hacía, terminaría encerrada en alguna institución mental.

–Dejemos a Rusconi –propuso–. ¿Qué vamos a hacer esta tarde?

Los planes que le habían preparado, las hicieron olvidar a Mario, que era lo que pretendía. Ojalá para ella fuera tan fácil dejar de lado al hombre que, cada vez con más frecuencia, se filtraba en sus pensamientos.

Llegaba tarde. Se había entretenido demasiado y ahora le tocaba correr. Había quedado con Helena para cenar y se le había echado la hora encima. Ahora estaba pagando las consecuencias de su despiste. Por ganar tiempo, se había alejado de la ribera del Canal. Si se metía por las callejuelas acortaba el camino, no obstante, no había contado con que por esas zonas, el bullicio de la gente desaparecía y con él aumentaba la sensación de soledad. Sus pasos resonaban sobre el pavimento. Miró hacia atrás. Tenía la sensación de que alguien la seguía, sin embargo no vio a nadie. La calle estaba desierta y demasiado lóbrega para su gusto. Giró a la derecha y cometió la estupidez de meterse en una travesía tan estrecha que sus hombros tocaban prácticamente las fachadas de los edificios de ambos lados. «¿Para qué construirían de esa manera?» Se preguntó mientras avanzaba con rapidez. Seguía oyendo la reverberación de unos pasos. Volvió a mirar y su corazón se detuvo durante unos segundos interminables, después se aceleró hasta hacerla temer una explosión dentro del pecho. Al principio del pasaje vislumbró a una persona con el típico disfraz veneciano. El tabarro oscuro y la máscara blanca que le ocultaba el rostro, le conferían un aspecto siniestro que, acompañado de la soledad y el silencio, se convertía en pavoroso. Se quedó paralizada durante un espacio de tiempo que no supo determinar. Podían haber sido un minuto o media hora. Después, cuando vio que el enmascarado se acercaba, reaccionó. Corrió sin importarle lo que la gente que la viera pudiera pensar, si bien era cierto que no había nadie que pudiese hacerlo. Tenía que salir de aquel callejón y llegar a un sitio donde hubiera luz y, sobre todo, gente. Los pasos que la perseguían aceleraron su ritmo y ella pensó que la alcanzaría. Giró varias veces sin tener una noción exacta de hacia dónde y de pronto se encontró rodeada de máscaras que giraban a su alrededor y cantaban con alegría. No sabía si gritar de terror o lanzar un suspiro de alivio cuando descubrió que había ido a parar a la plaza de San Marcos, donde todo el mundo se divertía a lo grande. Respiró hondo varias veces mientras la comparsa giraba a su alrededor y, cuando la dejaron libre, reanudó su camino en dirección al hotel. Se había llevado un susto de muerte y estaba segura de que aquella persecución tampoco había sido producto de su imaginación.

Helena estaba preocupada por Gabriela. No había sabido de ella nada en todo el día y todavía no había aparecido. Era extraño que se retrasara, y dadas las circunstancias que la rodeaban últimamente, se temía cualquier cosa. A la preocupación ocasionada por su tardanza se añadía el miedo a su reacción cuando le contara lo que tenía que decirle. Sonrió. Una de las cosas le causaba cierta diversión. Tenía que comunicarle que la condesa de Rusconi y madre de Mario, al parecer enemigo, las había invitado al baile de máscaras que celebraba en su palacio. No entendía la antipatía que se demostraban el uno al otro, aunque pensándolo bien, a lo mejor ese sentimiento ocultaba algo más poderoso. La otra cosa que tenía que contarle era más seria. El señor Salviati había descubierto la identidad del dueño del palacio donde en la actualidad se encontraba el hotel de sus padres.

Capítulo 6

CIENCIAS OCULTAS

–Siento haberme retrasado –Gabriela se disculpó por su tardanza a la vez que tomaba asiento frente a su amiga. Ni siquiera había pasado por su habitación. A pesar del susto, había ido directamente al restaurante para no hacerla esperar más.

–No te preocupes –Helena la disculpó sin mencionar que empezaba a intranquilizarse, pero al darse cuenta de la palidez de su rostro y su respiración agitada, no pudo contener la pregunta. –¿Qué te ha pasado?

Gabriela se sentó y trató de recobrar la compostura, que había perdido en el callejón. No le apetecía hablar de ello, no obstante, su amiga se había dado cuenta de su conmoción y la pregunta iba dirigida a obtener una explicación sobre su causa.

–Me han seguido –contestó sin más rodeos.

Helena la miró con extrañeza. Esa afirmación era un tanto ambigua y no justificaba su estado de ánimo ¿O sí?

–¿Como que te han seguido? ¿Quién?

Gabriela tomo aire y lo soltó despacio, intentando recuperar la calma y la objetividad para poder dar una respuesta coherente.

–Venía tarde y me he metido por algunas callejuelas –Al ver la cara de su amiga ante esas palabras, se anticipó a lo que iba a decirle–. Sí, lo sé. No se me debería haber ocurrido, pero tenía prisa. El caso es que me he dado cuenta de que alguien ha estado siguiéndome.

–¿Has podido identificarlo?

–No. Llevaba la capa negra típica y una máscara blanca y siniestra. Imposible verle la cara.

No tenía sentido decirle que meterse por esos callejones en carnaval era una temeridad. Cualquiera, amparado en el anonimato de un disfraz, podía cometer una fechoría y quedaría impune casi con total seguridad. Últimamente Gabriela no actuaba con mucha lucidez.

–Seguramente quería robarte –comentó– Los robos durante las fiestas aumentan. Menos mal que has podido escapar.

–Sí, menos mal. –Cabía la posibilidad de que hubiera sido un vulgar ladrón pero algo le decía que no era así, que la persecución estaba relacionada con el motivo de su viaje a Venecia. Probablemente, sus experiencias con fantasmas y demás la estaban volviendo demasiado paranoica, pero no se fiaba de nada.

–¿Estás mejor? ¿Te has recuperado del susto? –Helena quería que estuviera lo más serena posible para poder hablarle de sus noticias. No podía haber escogido peor momento. Ella no había contado con un intento de asalto, a pesar de todo, tenía que transmitirle la invitación de la condesa e informarle del tema de Salvati.

Tan ocupada había estado en su problema, que Gabriela no había reparado en la actitud de Helena. Se conocían muy bien y lo mismo que aquella detectaba sus estados de ánimo, la cosa también funcionaba a la inversa e intuía algo que la molestaba o inquietaba.

–A ver, cuenta qué te pasa a ti.

Helena se reclinó en su silla y soltó el aire.

–Tengo algo que contarte.

–¿Y es tan malo? Porque tu cara no es muy alegre.

–Bueno... –dudó.

–Venga, suéltalo –La apremió.

–Vale, pero recuerda que solo soy el mensajero.

Gabriela le dirigió una mirada de advertencia.

–La condesa de Rusconi nos ha invitado a una velada en su palacio.

–¿La madre de Mario? ¿Velada? –Abrió los ojos espantada. – ¡Ah no! No pienso ir. No tengo intención de ser un bicho bajo el microscopio de esa señora.

–Esa señora, como tú dices, tiene mucha clase y no te va a hacer pasar ningún mal rato. –Al menos eso esperaba porque como detectara el más mínimo interés de su hijo por ella, lo del microscopio no iba a ser ninguna exageración. Por supuesto, no le dijo nada. –. Además, es un baile de máscaras en el que habrá un montón de invitados. Seguro que ni te hace caso –¡Ja! Qué bien mentía. Dado que Mario había sido quien le había pedido que las invitara, estaba segura de que no la iba a apartar de su punto de mira. Sería muy divertido observarlos.

Gabriela le dedicó una mirada cargada de suspicacia. Seguramente Helena intentaba tranquilizarla, pero sentía que si aceptaba la invitación, se metería en un avispero. Nada menos que el gran Mario Rusconi y su poderosa madre. No. No podía.

–Lo siento. No puedo ir. Me pone demasiado nerviosa.

–Gabriela –le puso la mano sobre la suya– he aceptado. He dicho que íbamos.

Si no hubiera estado en un lugar público, se habría levantado y le habría pegado un par de gritos para desahogarse, pero como eso no era posible, la miró con los ojos llenos de furia.

–No tenías derecho a aceptar por mí. Yo tomo mis propias decisiones y decido dónde voy –Se había pasado, seguro. Aún así, la perspectiva de ver a Mario en su terreno, la alteraba demasiado.

Helena, que había estado presente en su anterior encuentro y que había visto saltar las chispas, se hacía a la idea de sus sentimientos, así que no se enfadó por el tono y se limitó a insistir.

–Hazlo por mí –Usó la técnica de la súplica–. He dado mi palabra.

Su ira se desinfló. ¿Cómo podía negarse? No era capaz de estar enfadada con ella mucho tiempo. Al final aceptó.

–Está bien, pero me debes una muy gorda. Ah, y del vestido te encargas tú.

La cara de Helena se iluminó con una sonrisa.

–De acuerdo, yo me encargo. Y a lo mejor, algún día, tienes que reconocer que me la debes tú a mí.

Gabriela la miró sin entender pero Helena sabía perfectamente de qué hablaba y qué favor le debería. Ahora, lo que necesitaba era saber algo más de aquella familia, así que le pidió que le contara algo sobre ella.

Helena desplegó una amplia sonrisa, encantada con que Gabriela se interesara por conocer algo más a sus anfitriones.

–No hay mucho que contar. Bueno, sí que lo hay si te remontas siglos atrás. Por el momento, no creo que sea necesario retroceder tanto en el tiempo. La familia Rusconi es una de las más antiguas de Venecia. Tenían muchísimo dinero, ya verás el palacio, es impresionante. Han sabido mantener su fortuna con el paso de los años y ahora siguen siendo igual de influyentes. El padre de Mario era el heredero. Se casó con Mónica, ya comprobarás que es la perfecta anfitriona y una gran mujer. Tuvieron dos hijos: Mario y Paolo. Éste, aunque es el menor, está casado y vive en Milán, tiene una niña pequeña a la que su tío adora. Mario estuvo comprometido. Unos meses antes de la boda, sin dar explicaciones, rompió el compromiso y hasta ahora. Las mujeres lo persiguen, él se limita a dejarse querer y defender su soltería, cosa que pone a su madre de los nervios.

Gabriela absorbió cada detalle. Lo que más llamó su atención fue que Mario había estado a punto de casarse. A lo mejor, por eso era tan antipático con ella. Lo mismo creía que se trataba de otra mujer que corría detrás de él con la intención de cazarle, se dijo molesta.

Otro rasgo que la sorprendió fue el hecho de que le gustaran los niños. Su imagen seria y adusta no encajaba con alguien que disfrutaba jugando con su sobrina.

Bueno, por lo menos, con lo que le había contado Helena, podía hacerse una composición de lugar. No le gustaba ir a ciegas.

Helena la dejó asimilar la información antes de atacar el segundo tema.

–Gabriela...

–¿Hay más? –preguntó con miedo.

–Es otro tema. El señor Salviati ha descubierto algo –anunció.

–¿Sobre la identidad de mi fantasma? –El interés sobre la nueva noticia la hizo olvidar de golpe el malestar despertado por la asistencia al baile.

Helena asintió.

–Me ha comentado que, cuando le diste el nombre de Gabriella, recordó una historia antigua y desconocida por la mayoría de la gente. Como no estaba seguro, decidió investigar un poco más.

Ya sabes que en este palacio se celebran reuniones para tratar sobre ciertos temas bastante delicados. Al dueño se le conocía en el ambiente como *El conde*"

Gabriela se removió en su silla ante el mal presentimiento que se formaba en su interior. Se preparó para algo malo, pero no estaba preparada para conocer la auténtica noticia.

–¿Y...? –la instó a seguir.

–Era el Conde de Monteverdi y tenía una hija que se llamaba Gabriella. Poco se sabe de ella, solo que desapareció de Venecia y que él la desheredó. El palacio pasó a unos sobrinos lejanos que lo pusieron en venta en cuanto pudieron. Se cuenta que durante algún tiempo, Monteverdi se recluyó aquí y se dedicó por completo a sus aficiones ocultistas, incluso dicen que hablaba con los espíritus que invocaba.

Aquella información fue penetrando con lentitud en su cerebro. Poco a poco fue tomando forma y encajó con perfección en su puzle particular. El propietario de aquel palacio era el padre de Gabriella. Gabriella Monteverdi. Su antepasada.

Todo aquello suponía demasiado. Esa revelación entrañaba, que ella era la descendiente de un conde, que además era el dueño de... abrió mucho los ojos al comprender.

–Este hotel... –balbuceó–, el palacio... ¡Ella vivía aquí! Tu hotel es ¡mi palazzo!

Helena tuvo que reírse.

–Que no te oiga mi padre decir eso.

–Pero ¿sabes lo que eso significa? –insistió.

–Pues claro. He tenido más tiempo que tú para asimilarlo. Quiere decir que este lugar perteneció a tus antepasados y que tu fantasma vivió aquí hasta que sucediera lo que quiera que sucediese y se marchó a España.

Gabriela estaba conmocionada. Siempre, desde que ella recordaba, su vida había estado relacionada con Venecia. Había estudiado sobre ella y en ella. Tenía muchos amigos venecianos y, cuando vivía allí, se alojaba en un hotel que había sido el hogar de sus antepasados. Si eso no era suficiente, tenía que añadir que uno de ellos era aficionado a la parapsicología y a tratar con espíritus. Temblaba con solo imaginar las implicaciones de todo lo que acababa de conocer. ¿Sería posible que ella hubiera heredado ciertas capacidades del conde de Monteverdi? Eso aclararía por qué veía lo que veía. Todo aquello resultaba absurdo pero necesitaba encontrarle una explicación lógica y la de la herencia le servía. Por el momento.

–¿Crees que alguien está predestinado a ciertas cosas desde el momento en que nace?

Helena supo enseguida por donde iba aquella pregunta. Todas las circunstancias que estaban viviendo o había vivido Gabriela eran tan extrañas, que ella también se había planteado ciertas cosas desde que Salviati le había contado quién había sido el dueño del palacio. Había casualidades que no sabía cómo tomar. ¿Cómo llegó Gabriela a su vida? ¿Cómo terminó ésta viviendo en el sitio que, por derecho, correspondía a su predecesora? ¿Por qué veía a ciertos personajes de otra época? A lo mejor, simplemente, las historias de algunas personas necesitaban más tiempo que el de una vida para completarse y le correspondía a su amiga cerrar el círculo. Quería encontrar algunas palabras que pudieran

tranquilizarla pero no pudo hacerlo. De hecho, ella también estaba poniéndose nerviosa ante el giro inesperado que tomaban los acontecimientos.

–Es posible que sí –se limitó a contestar.

Esa noche, los sueños de Gabriela fueron agitados y turbulentos. La imagen de Mario Rusconi se superponía a la Angelo como si jugara con algún programa informático de fotografía. Mientras, Gabriella le hablaba desde algún lugar que no podía identificar. Los personajes reales se mezclaban con los incorpóreos en una danza fantasmagórica que le aceleraba el pulso y la respiración. Se despertaba y volvía a dormirse para que sus pesadillas siguieran atormentándola.

Gabriella hablaba con su doncella y le comentaba lo bien que lo iban a pasar en el baile. Sobre el lecho, extendidos en todo su esplendor, había dos vestidos espectaculares entre los cuales tenía que elegir uno.

–¿Qué te parece, Marta? –La miró con los ojos cargados de ilusión –. ¿El verde manzana o el rosa?

Los dos atuendos estaban confeccionados en ricos tejidos. La seda del verde le daba un aspecto etéreo y elegante. El otro, de color rosa palo, estaba elaborado en terciopelo sugerente y cálido.

La aludida no dudó ni un segundo. Se decantó por el verde.

La escena se desarrollaba en una habitación acogedora. La chimenea, encendida, proporcionaba el calor necesario para caldear el frío ambiente de febrero. La lámpara, de cristal de Murano, reflejaba la luz de sus velas sobre las cortinas de seda, que protegían las ventanas ojivales y proyectaba sombras sobre los tapices de las paredes.

De pronto Gabriella, miró hacia la puerta, mostrando su rostro al completo. Se dirigió a alguien que las observaba desde la oscuridad.

–¿Cuál elegirías tu, Gabriela?

Gabriela abrió los ojos de golpe. Había vuelto a pasar. Soñaba con su antepasada y asistía a un pasaje de su vida. Apostaba a que era eso lo que sucedía cualquiera de las noches en las que asistía a un baile. La muchacha dudaba sobre la elección de su traje para la fiesta, como harían todas las jovencitas que acudirían a un evento de esa importancia. Lo enervante, lo realmente perturbador era que le había preguntado a ella cual elegiría. Se pasó una mano por la cara e intentó despejarse.

Si Gabriella vivía allí, esa estancia se encontraría en el hotel. Miró a su alrededor. Su habitación no era muy grande, tenía las ventanas con los arcos ojivales característicos del gótico veneciano, al igual que un gran número de las ventanas de ese edificio. Si pudiera recordar más detalles..., si pudiera identificar esa habitación..., si pudiera estar en ella unos minutos, a lo mejor sentiría algo especial. Por el momento solo conocía la ubicación de la chimenea y las ventanas, eso, si no se habían corrido tabiques.

El palacio, se había construido y reconstruido durante los siglos catorce, diecinueve y veinte. El resultado era tres palacios diferentes. Había sufrido tantas reformas, que sería casi imposible dar con la habitación de Gabriela. Sin contar con el arreglo definitivo cuando se convirtió en hotel. Suspiró con desánimo. Tendría que hacer como en las entregas de las películas, esperar a la próxima para intentar identificar el lugar. O se lo tomaba con humor o terminaría hablando de fantasmas y de sueños con la misma facilidad con la que hablaba de ver una serie de televisión, se dijo mientras se recostaba otra vez sobre la almohada con total resignación.

Capítulo 7

EL PALAZZO RUSCONI

Faltaban veinte minutos para que las estatuas del reloj de la plaza de San Marcos anunciaran la llegada de las nueve de la noche. La calle seguía llena de gente, algunos como meros espectadores y otros como protagonistas de la fiesta. Las máscaras lucían en todo su esplendor, compitiendo en originalidad y extravagancia. Las luces de la explanada contrastaban con la oscuridad de las calles adyacentes. La música incitaba al baile y la alegría. Todo el mundo parecía disfrutar el momento. Siglos atrás, el carnaval llegaba a durar hasta seis meses, pero en el siglo veintiuno, sus diez días de duración apremiaban a aprovechar el tiempo al máximo.

En el embarcadero, dos mujeres ataviadas con sendas capas de terciopelo negro con capucha, subieron a una pequeña lancha que partió en dirección al puente de Rialto, dejando una estela plateada sobre el agua.

Conforme se acercaban, Gabriela apreció la majestuosidad de palazzo, a aquellas horas, bellamente iluminado. Destacaba, quizá, por estar construido de un modo discordante al resto de las edificaciones del Gran Canal. La combinación del estilo tradicional veneciano con el romano de la Toscana, le habían llamado siempre la atención, como se la llamaba el hecho de que alguien se hubiera atrevido a levantar algo tan diferente en aquel entorno. La pequeña lancha se aproximó al embarcadero, el conductor las ayudó a bajar y las dejó ante las inmensas puertas, que se abrieron como por arte de magia ante su presencia. Un empleado recogió sus capas y las invitó a entrar.

Gabriela sintió frío al verse despojada de su prenda de abrigo, o quizá fuera que se sentía desprotegida e impresionada por la magnificencia del interior. La claraboya piramidal que dominaba el vestíbulo, proporcionaría durante el día la luminosidad necesaria para mantenerlo iluminado con la cálida luz natural. No se había acostumbrado todavía a estar allí cuando la voz de Mario Rusconi, surgida a sus espaldas, le provocó un intenso escalofrío. Ya no había escapatoria.

–Me alegro de que hayáis venido –dijo a la vez que saludaba a Helena con un par de besos. A ella, se limitó a extender el brazo para estrecharle la mano– Gabriela...

«Como si hubiera tenido opción» se dijo mientras correspondía al saludo.

–Gracias por invitarnos –respondió sorprendiéndole.

Mario esperaba algún comentario ácido, no un agradecimiento. No obstante, estaba casi seguro de que sus deseos estaban más cerca de tirarlo al canal que de permanecer en su territorio, donde se sentiría en total desventaja. Intuía que a ella le gustaba controlar las situaciones.

Observó como erguía la espalda y lo miraba con cierto desafío. Su actitud cambiaba ante su presencia porque cuando había entrado, su comportamiento había sido amable con la persona que la había recibido, incluso le había recompensado con una sonrisa. Una sonrisa que, esperaba, algún día le dirigiera a él.

Era probable que se sintiera nerviosa, él tampoco se quedaba a la zaga. Por supuesto que nunca lo iba a reconocer y menos ante ella, pero había estado pendiente de su llegada, temeroso de que, al final, se hubiera arrepentido y no hubiera ido. La había visto entrar y se había quedado en su pequeño observatorio, estudiándola. Lo que veía lo había dejado paralizado. Iba cubierta con una capa de terciopelo. Al desprenderse de la prenda oscura, dio la impresión de que la luz surgía de ella. Llevaba un vestido del mismo tejido de la capa en color rosa claro. Casi se confundía con el tono de su piel. En otra persona habría resultado soso pero en ella parecía refulgir. El corpiño en forma de uve se estrechaba en su cintura y de ahí salía una voluminosa falda que, a buen seguro, iba reforzada por un armazón metálico como los que llevaban las damas del siglo dieciocho. Las mangas, ajustadas, llegaban hasta el codo y de ahí salía varios volantes de encaje. Por el borde de la falda asomaban unos zapatos de seda con bordados en oro de tacón alto. Se acercó dominado por una extraña atracción y repleto de nervios. Aún no comprendía por qué cuando estaba cerca de ella, se comportaba como un jovencito inexperto. Era una sensación a la que no estaba acostumbrado y que intentaba dominar sin muchos resultados.

—Estamos encantadas de estar aquí —anunció Helena en tono jovial. Ella constituía la versión morena de Gabriela. Con un vestido del mismo estilo, en tonos granates, desprendía seguridad en sí misma y sensualidad por todos los poros. No obstante, no despertaba en él lo mismo que su acompañante. No podía decirse lo mismo de algunos asistentes masculinos a la velada que, parecía, no podían desprender la mirada de ella. Bueno, de ellas. Su entrada había causado algún revuelo.

El carnaval llevaba ese año el sobrenombre de ottochento, haciendo referencia al siglo en torno al cual giraba la fiesta. Todos los asistentes llevaban trajes de esa época pero las dos jóvenes destacaban como perlas blancas en un cesto de perlas negras.

Sobre el primer tramo de la escalera, una pareja observaba los acontecimientos del vestíbulo. Desde su posición privilegiada, ambas personas dominaban todo lo que ocurría en la planta baja. Así fue como descubrieron a las dos recién llegadas. La mujer las miró con curiosidad. Conocía a Helena pero la otra mujer era una completa desconocida. Vio como el anfitrión las recibía y también cómo las estudiaba antes de acercarse. Una actitud muy interesante por su parte.

—¿Quién será? —preguntó sin despegar la mirada del trío.

El hombre respondió sin vacilar.

—Se llama Gabriela, es amiga de Helena.

La mujer se volvió sorprendida ante esa respuesta tan segura.

–Y tú ¿cómo lo sabes?

Habló con tono petulante, como si no diera crédito a que él supiera más cosas que ella sobre la vida social de la ciudad.

–Coincidió con ella el otro día en el baile del minueto –La miró con suficiencia, pensando que, por una vez, le había sacado ventaja en un cotilleo– .Y he de añadir que es encantadora y muy guapa.

Ella torció el gesto, que desfiguró por unos instantes su bello rostro.

–Bruno, no me fastidies. ¿Qué más sabes de ella?

–Se llama Gabriela, es amiga de Helena y es muy atractiva –insistió donde sabía que más le dolía– Yo de ti, me andaría con ojo, hermanita.

La aludida lo miró con irritación.

–¿Por qué dices eso?

Él hizo un gesto hacia abajo.

–Porque parece que tu futuro novio tiene mucho interés en ella.

Aunque le hubiera encantado que la invitada fastidiara a su hermana en ese sentido, la realidad era que a él le atraía mucho y le gustaría tratarla más. De modo que con toda probabilidad, ambos trabajarían por una misma causa y se despejarían el camino mutuamente.

Alessia, la hermana de Bruno, era una auténtica belleza. Su pelo oscuro, sus ojos azules y su buena figura unidos al patrimonio familiar la ponían como un excelente objetivo para muchos solteros venecianos, sin embargo, ella tenía el suyo puesto en el conde Rusconi. No había nada que le gustara más que convertirse en la dueña de ese palacio. Tampoco hacía ascos al dueño. El paquete, hombre atractivo con poder e inteligencia era un reto para ella y también un deseo. Lo quería todo y estaba dispuesta a cualquier cosa por conseguirlo. Bruno lo sabía y disfrutaba cada vez que podía fastidiarla con ese tema.

–¿Qué te parece si te la presento? –Le propuso.

–¿Harías eso por mí? –De pronto comprendió y una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios pintados de rojo intenso– ¿O es por ti?

Bruno la agarró del brazo y puso cara de pocos amigos.

–¿Quieres conocerla o no?

–¡Oh! Sí. Quiero conocerla –Esa era su prioridad. Más tarde se encargaría de que su hermano colaborara en su causa– Vamos.

Bajaron la escalera saludando a algunos invitados y sin perder de vista a la muchacha. Cuando llegaron a su lado, Alessia lucía una encantadora sonrisa, y Bruno deseaba volver a encontrarse frente a la extranjera.

–Gabriela –Habló para llamar su atención.

Ella se giró extrañada de que alguien supiera su nombre. Al reconocer al hombre que le había enseñado a bailar el complicado minuetto hacía dos noches, se acercó con la mano extendida para saludarlo en un gesto amable y encantador.

–¡Bruno! –exclamó– Me alegro de volver a verte.

La cara de Mario sufrió una transformación evidente. Su gesto se endureció y miró al recién llegado con exasperación. Por su parte, Alessia se había colocado a su lado y se inclinaba hacia él para besarle la mejilla, gesto que no pasó desapercibido para Gabriela. A Helena solo se le ocurrió salir pitando de allí porque, conociendo a la mujer y las intenciones evidentes hacia Mario, la situación se iba a poner tensa. Por otro lado, también podían ofrecerle un espectáculo entretenido. Se retiró hacia atrás y los dejó como actores en una obra de teatro, en la que ella se convirtió en mera espectadora. Solo esperaba que no le salpicara la sangre.

–¿Os conocéis?

No era curiosidad lo que denotaba su voz. Más bien era irritación. ¿De dónde había salido aquel cantamañanas y de qué conocía a Gabriela?

–Hemos bailado juntos.

La explicación salió de labios de Bruno que, por una vez, tuvo la satisfacción de ver a Rusconi descolocado. Éste se limitó a arquear las cejas en un gesto interrogante. Gabriela se decidió a intervenir. Los hombres no se miraban precisamente como amigos y quería evitar un enfrentamiento.

–Nos conocimos en el hotel de los padres de Helena. Me enseñó a bailar el minuetto. No lo conseguí pero pasamos un buen rato.

Por la expresión que puso, no había acertado mucho con la explicación. ¿Por qué le molestaba tanto?

–Mi hermano siempre ha sido un buen bailarín.

De esa manera Alessia les recordó que seguía allí, medio colgada del brazo de Mario, quien se había limitado a corresponder al saludo casi sin mirarla.

–Perdona. No os he presentado. Gabriela, ella es mi hermana Alessia Francetti.

Gabriela la saludó mientras el apellido resonaba en su cabeza. Sabía que había oído antes ese apellido.

–Encantada –contestó Alessia sin poder evitar una mirada especulativa. Efectivamente la invitada era una mujer muy atractiva y Mario no le quitaba la vista de encima. No le gustaba la competencia. Tenía todo demasiado planificado para que viniera nadie a romperle los planes. Y menos alguien de fuera–. No eres italiana ¿verdad?

–No. Soy española. –Hablaba mientras seguía intentando recordar de qué le sonaba el apellido– Pero tengo ascendentes venecianos.

Los hombres la miraron con interés.

–¿Sí? ¡Qué bien! –Le importaba muy poco de dónde hubiera salido, lo único que quería era que se apartara de su camino.

Sin embargo Mario aprovechó para indagar más. Aquello le interesaba.

–¿Qué clase de antepasado?

–No tiene importancia. La rama materna desciende de Venecia. Mi antepasada se casó con un español y se fue a vivir a España.

Conforme hacía un escueto informe de sus orígenes, vio claro lo que le rondaba por la cabeza. Recordó el diario de Gabriella y de qué recordaba el nombre. Francetti era el apellido del conde que quería casarse con ella. Durante unos segundos pensó que el aire abandonaba sus pulmones y no podía volver a llenarlos.

–¿Francetti? ¿No hay un conde Francetti? –Tenía que preguntarlo.

Bruno soltó una carcajada.

–Claro que lo hay –contestó Bruno–. Soy yo.

Ella lo miró sorprendida. Así que el encantador Bruno era descendiente del hombre que Gabriella odiaba.

–Querida –intervino Alessia–, estos salones están llenos de condes. Sin ir más lejos, aquí tienes al conde Rusconi –Señaló a Mario con zalamería.

Gabriela se volvió a él con estupor. Así que él era el conde de aquel castillo y en ningún momento le había mencionado nada. Necesitaba tiempo para asimilar todo aquello. Acababa de encontrar a los descendientes de uno de los protagonistas de su historia y el otro, el estirado, resultaba ser conde. Necesitaba respirar.

La suerte no estaba de su lado esa noche. Una mujer de una edad indefinida, vestida con un vestido espectacular, que podría haber recordado a Madame Pompadour, se acercó a ellos atrayendo su atención.

–Mario, querido. ¿No vas a presentarme a tu invitada?

–Claro. Mamá, esta es Gabriela. La amiga de Helena de quien te hablé. No conozco su apellido –La miró con toda la intención, para que supiera que no estaba de acuerdo con la forma en que lo había tratado desde que se conocieron. Siempre intentando ocultar su identidad.

–Tenía muchas ganas de conocerte, querida –le estampó dos besos entusiastas en ambas mejillas. Por lo visto todo el mundo era querido para ella. Una mujer muy peculiar, por lo que podía apreciar.

Gabriela consiguió recuperar la voz lo suficiente como para contestar.

–Muchas gracias por haberme invitado a última hora, condesa.

–Nada de condesa. Mónica. Mis amigos me llaman Mónica.

Alessia la miró con los ojos entrecerrados. Que la condesa aceptara a aquella advenediza con semejante entusiasmo, no le gustaba nada. Se adelantó y ella también la saludó.

–Mónica, qué alegría volver a verte, hacía mucho que no coincidíamos.

Su intención era dejar bien claro que conocía a la condesa y que la trataba con asiduidad, que se movían en los mismos círculos.

Por su parte, la aludida pareció recordar su presencia y la de su hermano.

–Alessia, Bruno, me alegra contar con vuestra presencia. Ya conocéis a mi invitada, ¿verdad?

Los dientes de Alessia rechinaron en silencio y Bruno desplegó una amplia sonrisa en dirección a Gabriela.

–Nos conocimos la otra noche y tengo que decir que tu invitada, además de hermosa, es encantadora y una gran bailarina –A la vez que lo decía le guiñó un ojo con complicidad, a lo que ella contestó con otra sonrisa.

El detalle no pasó desapercibido para Mario y la reacción de éste no pasó desapercibida para su madre.

Mónica había visto llegar a la muchacha y le había dejado tiempo para que se acostumbrara al lugar. Tenía muchísima curiosidad por conocerla porque su hijo, en los más de treinta años que tenía, nunca le había pedido que invitara a una mujer. El hecho insólito había despertado la expectación que todas las madres sienten cuando ven que sus hijos tienen un interés especial por alguien. Solo había conocido, y de manera muy superficial, a la que fue su prometida. Cuando él rompió el compromiso, no dio explicaciones. Ella se limitó a suspirar aliviada porque la chica no le gustaba. Desde entonces, si había visto a alguna, había sido por casualidad. Nunca había llevado a ninguna al palacio. Una vez conocida a la que en esos momentos parecía atraer su atención, lo que más le chocaba era que ella no parecía estar muy interesada. No entendía por qué. Era guapo, bien educado, con una posición social y económica inmejorable y ella parecía inmune a todo. Por lo poco que había observado, la chica sabía comportarse, no estaba fuera de lugar, sus modales eran impecables y la había mirado con franqueza y sin ninguna afectación, no como Alessia, quien, cuando se encontraba a alguien nuevo, calculaba las ventajas e inconvenientes de su posible amistad.

También había visto a su hijo observarla desde encima de la escalera, cuando ella todavía no lo había descubierto. Esa mirada decía mucho y temía que a partir de ese encuentro, la vida de Mario iba a tener algunos sobresaltos. No sabía si aquello era bueno o malo, pero tenía el pleno convencimiento de que él necesitaba una buena sacudida. Su existencia se había vuelto demasiado monótona. En su opinión, necesitaba acción y presentía, que junto a Gabriela, la iba a encontrar.

Si hubiera sabido cuánta verdad encerraban esos deseos, con toda seguridad habría deseado que su vida siguiera siendo un tanto aburrida.

–Querida, una tarde de éstas, cuando haya pasado la locura de las fiestas, tienes que venir. Estaría encantada de hablar contigo y conocerte mejor. Helena puede acompañarte.

Gabriela se sorprendió de aquella petición. Pensaba que no volvería a verla después de esa velada. Miró a Mario para ver su reacción ante la petición de su madre. Lo único que descubrió fue cierta diversión en sus ojos claros. Él debía saber muy bien que una finísima tela de araña se estaba tejiendo a su alrededor.

Helena también parecía estar disfrutar con la situación. Ver a la condesa desplegar sus encantos constituía todo un espectáculo y ver la cara de Alessia, relegada a un segundo plano al que no estaba acostumbrada, bien valía asistir a un sarao como aquél.

Gabriela aceptó la invitación con un asentimiento y Alessia aprovechó su silencio para recobrar su protagonismo.

–Hace mucho que no vienes por casa, Mónica. El conde y tú no os prodigáis mucho últimamente.

–El conde, puede hablar por sí mismo, en cuanto a mí, he tenido mucho trabajo con la última parte de la restauración y he salido poco.

Al oír llamarlo conde otra vez, Gabriela volvió a pensar en lo que significaba para ella que Mario lo fuera. Lo que le faltaba. Y ¿por qué nadie se lo había dicho? Con razón era tan estirado. Sabía que eso era una tontería porque un título nobiliario no tiene por qué hacer de alguien un arrogante, pero estaba empeñada en buscarle defectos. Nada más haber sido consciente de su presencia, su corazón se había acelerado, y al verlo vestido con su esmoquin ya que era uno de los pocos invitados que no iba disfrazado, había pensado que su atractivo y elegancia igualaban su altivez. Lo miró con el ceño fruncido y Mario supo a la perfección lo que pasaba por su cabeza. Decidió que había llegado el momento perfecto para sacarla de allí y apartarla de las intenciones maternas de Mónica y las imprudencias de Alessia. Sabía por experiencia que podían ser muy incómodas.

–Gabriela –habló por primera vez desde que había aparecido su madre– ¿Me concedes este baile?

Antes de que ella se negara o pudiera abrir la boca, la sujetó por el codo y se dirigió hacia el centro de la sala, donde algunas parejas bailaban un vals.

–No he dicho que quiera bailar con usted. Señor conde. –recalcó la palabra conde para darle a entender que estaba molesta con él.

Él enlazó su cintura con el brazo derecho mientras que con la mano izquierda asía la suya y comenzaba a bailar. No tuvo más remedio que seguir los pasos y el ritmo que él marcaba.

–¿Prefieres que te deje en las garras de Alessia o bajo la atenta mirada de mi madre? –preguntó en tono irónico.

Ella sintió la tentación de darle un pisotón. ¿Por qué siempre tenía que decir la última palabra? Ni siquiera contestó a la pregunta.

Bailaron en silencio. No conseguía relajarse del todo, el brazo que la rodeaba quemaba su espalda y la palma de su mano ardía sobre su piel. No se atrevía a levantar los ojos. Temía encontrarse con su mirada socarrona. No obstante, fue incapaz de resistir la tentación y lo que encontró no fue burla sino algo impreciso, que podría reconocer como deseo. Un escalofrío la recorrió en contraste con el calor de su piel. No era posible que aquel hombre que le había mostrado su antipatía desde que se cruzaron por primera vez, la deseara.

–Así que conde –parecía más una acusación que un simple comentario.

Él le dirigió una mirada especulativa.

–¿Te molesta?

–¿Por qué habría de molestarme? –¿Quién se había creído? ¿El centro de la creación? Le importaba un comino si era conde, duque o el príncipe de las galletas. Era su persona la que le fastidiaba.

–Parece que no te gustan los títulos nobiliarios.

«Si él supiera», pensó recordando las últimas noticias sobre sus antecesores. En esa ocasión prefirió apartarlo de su mente.

–Ni a ti tampoco. Si te gustaran, no ocultarías el tuyo.

La mano de Mario se cerró un poco más en torno a su cintura y la hizo dar una vuelta alrededor de la pista de baile. Le gustaba sentirla pegada a él y, sobre todo, le gustaba saber que tenía el control. En esa situación él mandaba, ella obedecía.

–Yo no oculto el mío. Todo el mundo en Venecia me conoce.

–Por supuesto. Por eso pensaste en reírte de la pobre extranjera. He estado a punto de meter la pata con tu madre.

Por primera vez, la boca del hombre se distendió en una sonrisa sincera y llena de cariño. Su rostro pétreo se transformó en otro mucho más atractivo y peligroso.

–No te preocupes por mi madre. Parece que se come el mundo y a sus habitantes, pero es todo corazón.

–Eso lo dices tú que eres su hijo. Pregúntale lo mismo a tu amiga Alessia – comentó con cierta maldad–. Parece que le preocupa mucho lo que piensa y hace la condesa.

–A Alessia le gusta relacionarse con la gente adecuada, como ella misma reconoce.

–¿Conoces mucho a los hermanos Francetti? –Ya que estaba atrapada entre sus brazos y que había mencionado a una de ellos, conseguiría alguna información. Oír uno de los apellidos escritos en el diario, le había provocado primero un sobresalto y después, su curiosidad. Francetti era el hombre que quería casarse con su antepasada. El hombre de ojos azules y algo prepotente que ella había descrito. Por lo visto, las grandes familias de la época habían conseguido sobrevivir al paso del tiempo. Aunque pensándolo bien, siempre lo hacían.

–Nuestras vidas se cruzan con bastante frecuencia. –Manifestaba una patente indiferencia. La señorita Francetti no debía pensar lo mismo a juzgar por sus insistentes miradas y su zalamería.

–Bruno parece buena persona.

Mario no sabía por dónde iba el interés de Gabriela pero no le hizo ni un ápice de gracia que preguntara por él. Por lo que había visto, habían congeniado, y no iba a permitir que el muchacho ocupara sus pensamientos.

–¿Qué interés tienes en él? ¿Te parece un buen partido? Si es eso lo que buscas, yo también lo soy.

La furia rugió en la cabeza de Gabriela y se propagó por todo su cuerpo, alcanzando cada rincón. No debía haberse confiado con él. No debía haber pensado que era normal y

que iban a poder tener una conversación sin altercados. Tiró de su brazo para separarse pero él la sujetó con fuerza.

–Suéltame –ordenó–. No estoy dispuesta a escuchar insultos, aunque vengan del señor conde.

–Gabriela...–No sabía que decirle. Todo lo que hacía o decía le sentaba mal y la ponía hecha una furia. Le tenía totalmente desconcertado y no estaba acostumbrado a que una mujer le provocara ese sentimiento.

Ella se detuvo. Si no quería soltarla, bien. No iba a seguir bailando. A ver qué decía cuando todo el mundo los viera parados en medio del resto de las parejas que bailaban. Le lanzó una mirada de advertencia que él comprendió. ¡Señor! Que mujer más irascible. Lo único que él quería era... ¿qué era? Probablemente ella tenía razón. Sus palabras habían sido provocadoras. Había insinuado que ella buscaba una relación ventajosa para su situación social. Quizá estaba demasiado habituado a que las mujeres se acercaran a él por ese motivo y había hecho extensivos a ella sus prejuicios.

–Será lo mejor –musitó en un murmullo que ella apenas escuchó. Después, con algo de renuencia por su parte, la dejó libre. Por unos locos instantes, Gabriela sintió la necesidad de volverse a refugiarse en aquellos brazos que la habían rodeado ya que se sintió helada cuando se separó de él. Se frotó los suyos en un gesto inconsciente que provocó en Mario las ganas de volverla a abrazar, cosa que, por supuesto, no hizo. Se limitó a mirarla con fijeza.

Ella decidió que era el momento de huir. Quería alejarse de su lado lo más rápido posible. Quería huir de él, de sus ojos, de su calor y de su arrolladora personalidad. Inclino la cabeza a modo de saludo de despedida y prácticamente salió corriendo sin saber muy bien qué dirección tomaba.

Capítulo 8

ANGELO

Subió dos tramos de escaleras. El ruido se redujo considerablemente y durante unos maravillosos segundos, se sintió sola y a salvo. El incómodo traje le impedía la libertad de movimientos; así que cuando llegó al rellano, se recostó contra la pared. Estaba acalorada, cansada y muy, muy enfadada con su anfitrión, el único hombre que conseguía sacarla de sus casillas. Una pena, porque su enorme atractivo contrastaba con su actitud, molesta hasta la saciedad. Ella tenía un carácter alegre y tranquilo, por consiguiente, lo que menos deseaba en su ordenada vida era un conde veneciano, arrogante y malhumorado.

Conforme se fue tranquilizando, su respiración se hizo más regular y empezó a percibir lo que la rodeaba. En su huída, había llegado al último piso. Se encontraba en uno de los vértices de un cuadrado, una especie de galería que daba al patio central. Si se asomara a la barandilla de mármol, vería a los invitados. Prefirió seguir apoyada sobre la pared. Las paredes estaban decoradas con pinturas alegóricas al fresco y las puertas, altas y esbeltas, estaban embellecidas con unos impresionantes marcos de madera dorada. Aquel edificio era un señor palacio.

Durante unos segundos, tuvo la sensación de que alguien la observaba. La avisó ese sexto sentido que, en ocasiones, la había hecho mirar hacia atrás para descubrir a alguna persona, conocida o no, que la miraba fijamente. Eso era lo que le pasaba en ese instante. Alguien la contemplaba desde algún punto de ese corredor. Se puso derecha y ojeó la pared en que había estado apoyada, la única que no tenía pinturas. Sobre su color ocre, muy pálido, destacaba el marco de un cuadro. Dio un paso atrás para poder verlo mejor. Al final terminó reclinada en una de las columnas que sujetaban la balaustrada de arcos góticos. Menos mal que pudo asirse a ella con fuerza, si no habría caído al vacío. Unos ojos grises que ella conocía a la perfección, llamaron poderosamente su atención. Perteneían al hombre que había visto tantas veces, que se habían grabado a fuego en su mente. En realidad dos hombres en uno. Sintió cómo se tambaleaba. ¿Por qué? ¿Por qué le pasaban a ella esas cosas? Sus ojos volvieron de nuevo al cuadro. Aquel rostro sonriente seguía mirándola de forma despiadada. Allí estaba su fantasma. Pero ¿qué hacía su retrato en casa de los Rusconi?

–Gabriela...

El tono preocupado de la voz de Mario Rusconi la hizo girarse con los ojos muy abiertos. Como si lo viera por primera vez.

–¿Estás bien? ¿Qué ocurre? –Las preguntas se sucedieron sin obtener respuesta.

Mario la había seguido pero uno de los invitados le había entretenido. Después había visto un vestido rosa moverse entre las blancas columnas del último piso y había supuesto que era ella. Al llegar, la había descubierto casi en el mismo estado que la primera vez que la había visto en las *Piombi*. Su rostro mostraba una palidez casi cerúlea y sus pupilas, dilatadas, le miraban con espanto.

–Parece que has visto un fantasma. –añadió a la vez que se acercaba a ella para sujetarla. No estaba muy seguro de que, en su estado, no terminara en el suelo del vestíbulo.

Nada más oír la palabra fantasma un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de Gabriela. Si él imaginara lo cerca que estaba de la realidad...

Mario sintió en sus manos el estremecimiento. No cabía duda. Ella no respondía, no estaba en condiciones de seguir en la fiesta. Tenía que sacarla de allí. Le rodeó los hombros con el brazo y con mucho cuidado, como si esperara alguna reacción adversa, la empujó hacia una de las puertas. Ella se dejó llevar sin emitir un sonido de protesta, otro motivo para pensar que la cosa no andaba bien.

Alessia no perdió detalle, desde que la chica había salido corriendo, pasando por la persecución de Mario, hasta la manera en que los dos habían desaparecido tras la puerta que llevaba al apartamento de Mario. La furia se adueñó de su mente y su cuerpo. No iba a permitir que aquella niñata se interpusiera en sus planes. Tenía que hacer algo.

Mario cerró la puerta y el ruido de la fiesta quedó amortiguado. Durante un brevísimo instante dudó del acierto de meter a Gabriela en su casa, sin embargo, era el único sitio donde podrían encontrar un poco de tranquilidad. Desconocía el motivo por el cual estaba tan pálida. Ya la había encontrado así en otra ocasión y le intrigaba. A lo mejor tenía algún tipo de dolencia que la ponía en estado de trance. Fuera lo que fuese, necesitaba ayuda y ante todo, calma. La sentía rígida bajo su brazo, ni siquiera mientras bailaban se había relajado. Aquella mujer era puro nervio. La condujo al sofá y ella se sentó obediente. Malo. Debía de estar muy mal para hacer lo que él le indicaba sin oponer algún tipo de resistencia. Esa obediencia pasiva lo desconcertaba y, sobre todo, lo preocupaba. Se inclinó hasta quedar a su altura y la observó de frente. Sus pupilas seguían dilatadas, tanto como para hacer desaparecer el color azul de los ojos.

–Gabriela, ¿Estás bien? ¿Te traigo algo de beber?

Por primera vez, mostró signos de haberlo oído.

–Me gustaría beber algo frío. –Él asintió con alivio y se levantó para ir a buscarlo– Que no lleve alcohol –puntualizó.

Bien. Por lo menos volvía a dar órdenes. Eso significaba que había empezado a recuperarse.

Al cabo de unos minutos, volvió con dos vasos con cubitos y una bebida oscura. Le tendió uno, que ella aceptó murmurando un «gracias». Se lo llevó a los labios y dio un trago largo. Los ojos de Mario siguieron el movimiento, que despertó en él un anhelo inesperado. Ver como el líquido se deslizaba por su garganta desnuda mostraba cierta voluptuosidad que le enardeció todos sus sentidos sin previo aviso. Casi tuvo que tomar aire extra para mantener la calma.

–¿Mejor? –Consiguió decir sin que se le atragantaran las palabras.

–Sí. Gracias.

En ese momento pareció volver a la realidad y tomar conciencia del lugar en que se encontraba. Miró a su alrededor. Las ventanas seguían siendo arcos ojivales y los techos eran altísimos. Las paredes tenían algunos frescos, pero el resto de la sala estaba decorada en estilo moderno. Dos sofás de cuero, uno blanco y otro negro, una mesa de cristal, una

alfombra también blanca, mucho metal y halógenos para iluminar la estancia. Un contraste muy marcado, obra sin duda de un profesional.

–Bonito lugar –Comentó algo sorprendida–. No pensaba encontrar algo así en este sitio.

–No sé si tomarlo como un cumplido o una crítica –Viniendo de ella podría ser cualquiera de las dos cosas.

–Es solo la verdad –Se limitó a decir sin sacarlo de la duda.

Bueno, seguía siendo exasperante. Probablemente eso quería decir que la crisis ya había pasado.

–Es mi apartamento. Vivo en el palazzo pero dispongo de mi propio espacio– explicó.

–Muy oportuno, sin duda.

No tenía arreglo. Si seguía contestando así terminaría por ahogarla.

Pero ella ya estaba en otras cosas que le interesaban bastante más.

–¿Quién es el hombre del cuadro del rellano? –preguntó sin rodeos. Tenía que saberlo– Se parece mucho a ti.

A Mario le costó un tiempo entender qué le preguntaba. El cambio brusco de tema lo había confundido. Recordó que la había encontrado bajo el retrato de un antepasado suyo.

–Es uno de mis antepasados. Vivió a finales del siglo dieciocho y sí, parece que he heredado muchos de sus rasgos.

–Su nombre. ¿Cuál es su nombre? –Preguntó con urgencia.

–Creo que se llamaba Angelo. –Aclaró sin dar demasiada importancia al tema.

La cabeza de Gabriela volvió a girar. El *Angelo* de Gabriella. ¡Su fantasma era Angelo Rusconi y Mario, su descendiente! Si tuviera valor, se desmayaría en aquel cómodo sofá, pero sería poner al señor conde las cosas muy fáciles. Ni hablar. Asimilaría la información y saldría de allí como si lo que acababa de decirle fuera una anécdota más.

–¿Sabes algo de él?

–No. Nunca he oído nada sobre él. El retrato, simplemente, siempre ha estado ahí – Había mentido descaradamente. Conocía la historia de Angelo Rusconi al pie de la letra, incluso había investigado algo por su cuenta, pero siempre topaba con una palabra: traición. Lo que le parecía extraño era que alguien que no tenía nada que ver con su familia y que ni siquiera había nacido Venecia, formulara una pregunta como aquella –¿Por qué te interesa?

No podía decirle que era un fantasma que veía algunas veces y siempre cuando él andaba cerca. Tampoco podía contarle que creía que había tenido una relación con una antepasada suya. Se encogió de hombros, quitando importancia al asunto.

–Curiosidad. Como se parece tanto a ti... –Sin darle tiempo a comentar nada, añadió–. Si no te importa, me gustaría pasar al aseo. – Tenía que procesar la nueva información y para eso necesitaba unos minutos a solas.

–Claro. Es por aquí –Salió del salón y le mostró el acceso al baño– Es aquella puerta. Tómame el tiempo que necesites.

Gabriela se dirigió hacia el lugar indicado. Pasó con dificultad por culpa del voluminoso traje y cerró. Casi podía entender el por qué del tamaño de aquellas puertas. Seguramente se habían hecho a medida de las dimensiones aparatosas de los vestidos. No imaginaba como a alguien le gustaba ponerse aquellos armazones de hierro. Con toda probabilidad los había inventado alguien que odiaba a las mujeres pero, dada la acogida y el éxito de esa moda, había encontrado candidatas voluntarias a semejante sufrimiento. Se miró en el espejo, que ocupaba todo el frontal de la pared, por lo visto, allí todo se hacía a lo grande y éste le devolvió la imagen de una bella mujer, vestida con un extravagante vestido rosa palo, color que ella nunca utilizaba, y tocada con una peluca blanca que imitaba a la perfección los complicados peinados de la época. Le costó trabajo reconocerse en aquel reflejo. Hizo un gesto con la cabeza, consiguiendo que la peluca se tambaleara. Aquel trasto le estaba provocando dolor de cabeza y ella estaba perdiendo el juicio. Con la que tenía encima y allí estaba en un cuarto de baño, muy elegante, eso sí, pero un cuarto de baño, pensando en la moda femenina del siglo dieciocho y en el cuadro de un fantasma, unos metros más allá. Quería que aquello terminara, quería volver a su casa y a sus clases. Echaba de menos a sus alumnos, incluso pensaba en Marc y sus largas conversaciones. Quería su vida de siempre y presentía que aquella locura no había hecho más que empezar. Y por si no tuviera suficientes problemas, ahora resultaba que el hombre que conseguía alterarla más que ningún otro lo había hecho, estaba sentado cómodamente en su sofá de piel, esperando que ella saliera otra vez a aquel bosque privado. Se sentía como lo hubiera hecho Caperucita si hubiera sabido que se iba a encontrar con el lobo.

Tomó aire hasta donde el corpiño se lo permitió, después lo soltó lentamente. No podía quedarse encerrada en un baño toda la noche. Descorrió el cerrojo y salió al pasillo para volver al salón. Pasó por delante de una habitación que no había visto antes. La puerta estaba abierta y permitía ver con claridad el interior. La curiosidad ganó la casi inexistente batalla con los buenos modales y se acercó. No había dado ni dos pasos cuando vio algo que la dejó atónita.

Mario esperaba con impaciencia. Hacía un rato que su invitada había desaparecido y no había vuelto a oír ni un ruido. Empezaba a preocuparse. ¿Y si le había pasado algo? A lo mejor había vuelto a caer en ese extraño estado al que era tan propensa. Cuando oyó una exclamación angustiada, surgida de una garganta femenina, no tuvo duda de dónde provenía. Salió precipitadamente hacia el lugar donde la había dejado, sin embargo no estaba en el baño sino en su dormitorio. Alguien debería haberle dicho que no era de buena educación curiosear en las casas de otros. Iba a sermonearla al respecto hasta que descubrió su semblante. Miraba el retrato de la mujer misteriosa con tal intensidad que le asustó. Otro episodio de conmoción no. Por favor. No podría con aquello. Acabarían discutiendo otra vez y ya tenía el cupo de la noche cubierto.

Al acercarse, apreció el parecido con la señora del cuadro. La persona que tanto le había fascinado y seducido desde que era un jovencito. Volvió a sentir lo mismo que cuando descubrió a Gabriela en el palacio del duque. La coincidencia era tan grande que le

había puesto en guardia entonces y ahora. Verlas juntas, le producía un temor irracional que era del todo inexplicable.

Ella lo oyó llegar y, sin despegar los ojos de los otros similares a los suyos preguntó.

–¿Por qué tienes un cuadro de ella?

Genial. Ahora hablaba en clave. Ella.

–¿Quién es ella?

Se giró hacia él dispuesta a pelear. Quería explicaciones.

–Gabiella. ¿Por qué tienes un retrato de Gabiella?

Ahora sí que había perdido el juicio por completo. Se acercó y la sujetó por los brazos. Se inclinó hasta quedar muy cerca de su rostro. Un rostro desencajado por algo que no alcanzaba a comprender.

–Tú eres Gabriela. Esa mujer no tiene nombre. Nadie sabe quién es.

Entonces escuchó unas palabras que lo confundieron por completo.

–Yo sí sé quién es. Y conozco su nombre.

El cuadro era una representación en grande de la miniatura que ella tenía en la cajita de su madre. Gabiella ataviada con un vestido de fiesta de color verde. El mismo que llevaba cuando la había visto en las *Piombi*. En la imagen llevaba puesto el guante que había encontrado en Barcelona. Cosa de locos, pensó. Demasiado para una sola noche. Tendría que contarle algunas cosas. Si las dos familias estuvieron relacionadas en algún momento, Mario podría servirle de ayuda en sus investigaciones. Aunque, iba a esperar. Por el momento, se iba a guardar toda la información.

–¿Y bien? –preguntó expectante. Había vuelto a olvidarse de él.

–¿Y bien qué? –Lo miró sin entender aquella pregunta.

–¿Quién es? Y ¿cómo es que la conoces? –preguntó en actitud irritada ¿Sería posible que, después de tanto tiempo y de la forma más inesperada, conociera la identidad de la mujer misteriosa?

–No sé cómo puedes tener algo así en tu dormitorio y no saber con quién lo compartes.

Todavía le quedaban fuerzas para burlarse de él. Aún así, esta vez no entró en el juego. Ese rostro le había perseguido durante años y estaba a punto de saber quién era.

–La encontré en una estancia del palacio cuando era pequeño. Estaba arrinconada y nadie sabía a quién pertenecía, así que la llevé a mi habitación y cuando arreglé el apartamento, la trasladé aquí.

Gabriela le miró con extrañeza. No parecía el tipo de hombre que se obsesionara con algo así.

–¿Lo vas a decir de una vez?

Su voz apremiante le indicó que era importante para él. Decidió complacerlo.

–Es Gabriella Monteverdi, hija del conde de Monteverdi, tataratarabuela mía.

Gabriela sintió una enorme satisfacción al desvelarle la identidad de su antepasada y descubrir cómo la perplejidad se adueñaba de su atractivo rostro.

Mario tardó unos segundos en asimilar lo que Gabriela acababa de revelar. Por fin sabía quién era la mujer y había identificado el apellido Monteverdi. Era una de las familias patricias más importantes de la Venecia del siglo dieciocho. Había leído que por motivos desconocidos, su hija había desaparecido y que el conde se había vuelto medio loco. Se había encerrado hasta su muerte en su palacio, que al final había pasado a unos parientes lejanos. Y ahora, se encontraba ante la legítima heredera de aquel hombre y de su hija desaparecida, o al menos eso decía ella. De todas formas, no había más que mirarla para darse cuenta de que no mentía. Era su viva imagen. Podrían haber sido hermanas gemelas.

La conmoción que le produjo la noticia, le hizo olvidar por unos instantes la presencia de la mujer. Al pensar en el asombroso parecido existente entre ambas, se volvió en su dirección.

Ella le miraba con ojos chispeantes. Le había sacado ventaja otra vez y disfrutaba con ello. Su palidez y su desconcierto, se habían trasladado a él.

–Mario –Por primera vez le llamaba por su nombre y se mostraba interesada por su reacción– ¿Te encuentras bien?

Mil preguntas bullían en la cabeza del aludido, pero entre todas ellas se filtraba la preocupación de la voz de su invitada. Hasta el momento siempre había mostrado animadversión hacia él. Ahora, lo miraba con cierta inquietud y podría haber dicho que afecto. Eso le resultó reconfortante.

Gabriela pensó que a lo mejor el hombre duro que aparecía ante sus ojos, no lo era tanto. Se veía realmente impresionado.

Él volvió a mirar pensativo el retrato.

–Estoy bien. Solo sorprendido. Llevo mucho tiempo preguntándome quién era – confesó. No sabía muy bien por qué tenía la necesidad de sincerarse con ella–. Cuando te vi por primera vez en las prisiones del palacio del duque y advertí tu parecido con la dama misteriosa, supe que habría problemas.

–¿Por qué supones que habrá problemas? –preguntó molesta por aquella afirmación. Ella no significaba problemas para nadie. No era su intención crearlos.

–¿Alguna vez has tenido un presentimiento? –La miró a los ojos, demandando una respuesta sincera.

Estaba demasiado cerca y su estado vulnerable la conmovía a su pesar. Y le preguntaba si ella tenía presentimientos. Tuvo ganas de soltar una carcajada, pero si lo hubiera hecho, habría ratificado la pobre opinión que tenía de su persona. A cambio, decidió sincerarse también algo, aunque solo un poco.

–Te sorprendería los presentimientos que tengo últimamente. Es más, la causa de que haya venido a Venecia, es uno de ellos. –Con eso tendría que bastarle.

Habían hablado durante unos minutos sin tirarse los trastos a la cabeza. Tal vez el hablar con sinceridad les había acercado. Una extraña tensión los rodeaba, algo tiraba de ellos para juntarlos. Sus cuerpos se aproximaron y sus miradas quedaron enlazadas por algún poder oculto. Mario percibía el agarrotamiento de los músculos de Gabriela, quien parecía no relajarse nunca ante su presencia. Sus manos se elevaron hasta los antebrazos femeninos y los acarició suavemente, con la única pretensión de apaciguar su ánimo alterado. Lo había hecho siguiendo un impulso imprevisible. Un gesto insólito en él, quien no solía tener ese tipo de comportamiento. Era posible que la fragilidad de ella junto con la que él sentía en ese momento, le hubiera llevado a rendirse ante el deseo que experimentaba siempre que la veía. Durante unos segundos, la armonía flotó entre ellos, olvidaron sus diferencias y se centraron en lo que sentían.

Gabriela notaba las manos grandes y cálidas de Mario sobre sus brazos. Un movimiento reconfortante que fue evolucionando a algo más. Los ojos de él, al principio claros y apacibles, habían pasado a brillar de forma peligrosa. Al menos eso percibía ella: peligro. No peligro corporal sino uno que le alcanzaba el alma y la mente. Estaban tan cerca que sentía el aliento sobre su rostro; estuvo a punto de claudicar y dejarse llevar, pero recordó quién era él y todo lo que conllevaba. Se separó con brusquedad, intentando recuperar la respiración y el espacio. Él la dejó marchar un tanto desorientado. No terminaba de comprender qué había sucedido entre ellos.

–Así que después de todo, tú también eres condesa –comentó con la intención de volver a la normalidad.

Gabriela hizo un gesto y salió de la habitación. Mientras estuvieran bajo el influjo de aquel retrato, no se sentiría segura. Él era mucho más asequible y atractivo cuando dejaba la coraza de hombre duro y su tacto dulce y tranquilizador la había conmovido demasiado.

–No te burles. Ya sabes que no tengo ningún título.

–¿Cómo es que llegó la hija del conde de Monteverdi a España?

Quería saber muchas cosas y Gabriela debía de tener las respuestas. Sin embargo, ella no se las dio.

–Es una de las cosas por las que estoy aquí –Fue la enigmática respuesta. Tendría que estar muy segura de él para hablarle del diario.

–Algún día tenemos que conversar en serio. Ahora no podemos, pero quiero saber y me parece que tú puedes ayudarme.

«Y tú a mí» pensó.

–Deberíamos volver a la fiesta. No creo que esté bien visto que el anfitrión desaparezca.

–La anfitriona es mi madre. Yo me limito a obedecer. Si no lo hiciera, lo pagaría caro. Mi madre puede ser muy persuasiva.

Eso era lo que se temía Gabriela.

Abandonaron el apartamento en silencio.

Alessia había estado pendiente de aquella puerta durante el tiempo que había durado la ausencia. La actitud protectora de Mario sobre la extranjera la había puesto en estado de alerta. Ambos parecían mostrar cierta tensión en sus rostros, algo había sucedido allí dentro. Tenía que ponerse en marcha de inmediato si no quería que sus planes se derrumbaran delante de sus narices. Mientras tanto, mostraría la más magnífica de sus sonrisas y se pegaría a ellos sin dejarles margen para hacer nada.

–¡Mario! Querido, ¿dónde te escondes? –Se acercó a él y descansó su cuidada mano sobre su brazo. El gesto resultaba posesivo y grácil a la vez–. Me debes un baile.

Lo último que a él le apetecía era bailar con Alessia, pero sus buenos modales le impidieron declinar la descarada invitación. Pidió disculpas a Gabriela con la mirada. Alessia captó sus intenciones e intervino de nuevo.

–No te preocupes por tu invitada. Bruno se hará cargo de ella. No te importa ¿Verdad, querida?

Eso era lo que Mario se temía, que no le importara nada pasar de su compañía a la de Francetti. De hecho, vio cómo el alivio se dibujaba en su cara.

–Claro que no me importa. –Lo único que quería era volver a su habitación y ahí aparecía su vía de escape. Hizo una pequeña reverencia y se dio la vuelta. Tenía que encontrar a su amiga y decirle que se iba. Quería contarle lo que había descubierto.

Capítulo 9

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

Encontró a Helena en compañía de una pareja de mediana edad, que la miró con curiosidad. Se limitó a hacerle una seña, pidiendo que la disculparan y se alejó unos metros.

–Necesito irme –habló en voz baja–. Han ocurrido algunas cosas.

Helena la miró entre preocupada y expectante.

–Te lo contaré en el camino de vuelta.

–Está bien –aceptó sin hacer más preguntas. Gabriela no solía ser caprichosa y si quería marcharse, debían existir razones poderosas–. Voy a llamar al hotel para que vengan a recogernos.

Se despidieron de la condesa con la promesa de ir al día siguiente a tomar un café después de comer y, quince minutos después, salían a la fría noche. No dijeron adiós a Mario, quien impotente por no poder deshacerse de la insistente Alessia, vio como las jóvenes abandonaban el palacio sin dirigirle ni una mirada. No sabía si sentirse aliviado por no tener que enfrentarse otra vez a ella, o molesto porque se hubiera deshecho de él de una manera tan limpia.

–He encontrado a Angelo –La baja temperatura no parecía hacer mella sobre el espíritu excitado de Gabriela.

La dos se habían tapado con una manta cada una y la lancha volaba sobre las oscuras aguas en dirección al hotel donde Gabriela esperaba encontrar algo de tranquilidad.

Helena le dirigió una mirada sorprendida. Desde que su amiga había llegado a Venecia no le había prestado demasiada atención. La inauguración de la próxima exposición en su galería le ocupaba demasiado tiempo y, como consecuencia, la había abandonado a su suerte. Por lo que veía, se había desenvuelto muy bien porque había obtenido resultados en su búsqueda.

–Cuenta. ¿Dónde lo has encontrado?

–En el palacio Rusconi. Angelo era un Rusconi. –Esperaba que le causara el mismo efecto que había causado en ella, y a juzgar por su expresión, así era.

–Pero, ¿cómo lo has descubierto?

Habría podido saltarse la discusión con Mario pero no lo hizo. No le importaba que supiera que aquel hombre la sacaba de quicio.

–¿Quieres creerte que me llamó cazafortunas? –Volvió al inicio de todo aunque era evidente que Helena no sabía por dónde iba.

–¿Quién? ¿Angelo?

Le dio un codazo.

–¿Cómo va a ser Angelo? Es un fantasma.

Helena sonrió divertida.

–No veo el problema, tú hablas con fantasmas.

–No le veo la gracia –protestó–. ¿Tú sabes lo que es ver a alguien que sabes que murió hace dos siglos? –Un intenso escalofrío la recorrió de arriba abajo ante el recuerdo, haciendo que se envolviera con más fuerza con la manta.

–Está bien, lo siento –Se disculpó–. Es que me lo has puesto muy fácil, pero tienes razón. Yo me llevaría un susto de muerte si me encontrara con un muerto.

–Yo no siento que estén muertos. Es algo difícil de explicar. Los veo moverse y mirarme y parecen reales. Están ahí.

Efectivamente, Helena no podía hacerse a la idea de lo que se experimentaba al ver algo parecido y admiró a su amiga por lo bien que se había tomado todo. Estaba más gruñona e irascible, no obstante, se mantenía bastante equilibrada.

–Volvamos al tema. ¿Quién te llamó cazafortunas?

–Mario. El señor conde. –Su voz salió casi en un suspiro.

–¿Y por qué iba a hacer Mario algo así? –No concebía que él hiciera o dijera algo parecido. Desde que lo conocía, nunca había tenido una salida de tono o se había mostrado maleducado. Le llamaba la atención que era solo en presencia de Gabriela, cuando decía cosas como aquella.

–Pues porque es un estirado arrogante que piensa que todas las mujeres somos como sus amiguitas.

–¿Detecto cierta animadversión hacia su persona? –Levantó una ceja en actitud irónica–. ¿O es que te gusta un poquito?

Gabriela se volvió a mirarla con tanta rapidez que podría haberse hecho daño en el cuello. Su prisa por desmentir esa afirmación casi la llevó a lesionarse.

–¡No me gusta! Ni siquiera un poco.

Recordó que siempre que se reunían en el mismo sitio discutían, pero también recordó que era muy atractivo. En fin, no le negaría el mérito, pero no quería nada con él.

Helena, por su parte, se encogió de hombros y se limitó a decir en tono algo incrédulo:

–Si tú lo dices...

–Yo lo digo.

–Vale.

–Vale.

No iba a dar su brazo a torcer. Permanecieron en silencio un rato. La lancha surcaba el Gran Canal en dirección al hotel. De pronto, Helena recordó que no le había contado nada de Angelo.

–¿Y qué pasa con Angelo? ¿Cómo lo has encontrado?

Gabriela le contó que todo había empezado cuando Mario la había enfadado con el tema de ir detrás de Bruno. Como había salido corriendo escaleras arriba.

–Y ahí estaba, mirándome desde el cuadro. Cuando le pregunté a Mario, él me dijo que era un antepasado suyo y que se llamaba Angelo. Tenía que ser familia de él. Con toda la gente que hay en Venecia, tenía que toparme con él.

–A lo mejor es una premonición. –Comentó Helena pensativa. – Angelo, Gabriella, Mario, tu...

–Ni lo pienses. Ni que estuviera loca.

Una suave carcajada brotó de la garganta de su acompañante.

–Muy cuerda no pareces cuando tratamos este tema. Y no te enfades –Se adelantó previendo la protesta inmediata–. Te vuelves bastante irracional cuando tocamos el tema Rusconi.

–Pues no te he contado todo –Ahora era cuando dejaría a su amiga con la boca abierta–. Hay más. Tengo otro hallazgo que casi me cuesta un desmayo.

¿Gabriela desmayada por algo que la conmoviera? Eso tendría ella que verlo.

–Suéltalo de una vez antes de que te tire al agua.

Gabriela soltó una risita. Había conseguido intrigarla.

–He encontrado un retrato de Gabriella en el dormitorio de Mario.

La que casi termina en el agua fue Helena. Por el descubrimiento y por el lugar donde lo había hecho.

–¿Y tú qué hacías en el dormitorio del conde Rusconi? Te aseguro que más de una mujer veneciana te mataría si supiera hasta dónde has llegado en tu primera cita.

–No era una cita –se defendió–. He ido al palacio por ti y si he estado en su dormitorio ha sido porque al salir del baño, la imagen de mi antepasada me ha llamado la atención. Tenía la puerta abierta.

–De acuerdo, no te enfades. ¿Por qué te alteras tanto?

Gabriela se había hecho esa misma pregunta con bastante frecuencia en los últimos días. Saltaba a la mínima y no le gustaba. Su carácter era tranquilo y, sin embargo, últimamente estaba muy revuelto.

–No sé qué me pasa –respondió cabizbaja.

Su amiga le apretó la mano en señal de ánimo.

–No te preocupes. Seguro que solucionamos todo y vuelves a ser tú misma otra vez.

Ojalá tuviera razón.

Llegaron al hotel. A pesar de la hora, todavía quedaba gente en el muelle *degli Schiavoni*. Gabriela pensó que un paseo no le vendría mal. No iría muy lejos. Solo unos

pasos para despejarse antes de irse a dormir. Después de discutir un rato con su amiga sobre la conveniencia de ese paseo, consiguió quedarse sola.

Dirigió los pasos hacia la plaza de San Marcos, pero no llegó hasta allí. Se detuvo en el pequeño puente que quedaba frente al Puente de los Suspiros. Miró hacia la pequeña construcción y se vio atrapada por su influjo. La niebla lo envolvía, dándole un aspecto sombrío y melancólico. Se apoyó en la balaustrada y lo observó con nostalgia. Siempre que veía esas celosías, trabajadas en piedra como si fueran ricos encajes, pensaba en lo engañoso de su belleza, en cómo algo tan hermoso podía encerrar la pérdida de la libertad de los que por allí pasaban. Hasta podía imaginar qué sentirían los presos que observaban el exterior desde esa estrecha galería. El puente unía el palacio con las mazmorras y quien lo recorría, sabía lo que le esperaba al otro lado.

–Es triste, ¿verdad?

La voz surgida a su lado le produjo un sobresalto. No se había percatado de que alguien se hubiera acercado tanto. Lo único que había notado era que la temperatura había bajado mucho en tan solo unos minutos. El propietario de la voz, parecía despedir ráfagas de viento helado. Se sobrepuso a la sensación de alarma y le contestó sin apartar la mirada de la edificación.

–Sí. Tenía que ser muy penoso saberse encerrado.

–Seguro que quien estaba ahí dentro se lo merecía de una manera u otra.

Ahora sí que se giró para enfrentar a la persona que tan poca sensibilidad parecía poseer. Era un hombre bastante alto. Iba envuelto en el típico capote negro y llevaba una máscara blanca. No se veía nada de él excepto unos brillantes ojos azules que le causaron otro escalofrío. La examinaban con atención, incluso con reconocimiento. ¿Sabía quién era ella y jugaba con ventaja? No le gustaba nada aquella sensación.

–¿Nos conocemos? –Quizá se habían visto en algún baile o reunión. En los últimos días, Helena la había arrastrado por toda la ciudad y le había presentado a un montón de gente.

–Toda una vida –fue la enigmática respuesta que le puso los pelos de punta.

Era un personaje bastante siniestro, aunque su apariencia fuera como la de otros tantos enmascarados que poblaban la plaza esa noche.

–¿Cómo dice? –Se había separado un poco, preparada para echar a correr.

–No tenga miedo. –Él había captado su temor– Soy inofensivo –Sonrió bajo la máscara–. Es que me recuerda usted mucho a una mujer que conocí hace tiempo.

–¿Mucho tiempo? –preguntó curiosa.

–Siglos –respondió él con aire pensativo–. Una mujer bellísima que me dio muchos problemas –confesó.

–¿Y qué pasó con ella?

El hombre la miró con sus ojos acerados. Por unas décimas de segundo pensó que acusadores.

–Todo salió mal. Me dejó por otro –Su voz sonaba amarga y en absoluto resignada.

–Lo siento –No sabía muy bien por qué, lo sentía de verdad. Aquel hombre, que parecía joven y atractivo, había sufrido por causa de una mujer que se parecía a ella. Vaya racha llevaba con los parecidos. Sin darse cuenta, posó su mano sobre el brazo masculino a modo de consuelo pero la retiró con rapidez, como si se hubiera quemado, si es que era posible quemarse con algo que estaba tan gélido como él.

Él la miró de nuevo con expresión escrutadora. ¿Cómo era posible que esos ojos fueran tan impactantes?

–Son cosas que pasan –Murmuró al fin.

–Sí. La vida no es muy justa en algunas ocasiones. Piense que puede encontrar a alguien que le haga olvidarla.

–Es demasiado tarde para mí. –Hizo un gesto apreciativo con su cabeza y añadió–. Me alegro de haberte encontrado y haberte vuelto a ver.

¡Qué palabras más enigmáticas! Iba a responderle, cuando se dio cuenta de que estaba sola. El hombre había desaparecido.

Se encogió de hombros. Se había alejado tan sigilosamente como se había acercado. Extraño. Era como si se hubiera esfumado porque no le había dado tiempo a marcharse tan rápido. Decidió volver al hotel. Por una noche, ya había tenido demasiadas emociones.

Llegó a su habitación y respiró hondo. Por fin se sentía a salvo. Había sido un día de locos. Se quitó los zapatos de tacón y suspiró aliviada. Después, con más dificultad, se deshizo del aparatoso vestido. Gracias a Dios, contaba con los adelantos de los últimos siglos y disponía de una cremallera; si no hubiera sido por ella, habría necesitado ayuda extra para quitárselo. Nada más pensar eso, su cabeza se llenó de imágenes en las que Mario Rusconi le ayudaba con ese problema. Sus grandes manos la despojaban de las capas de tela hasta dejar expuesta su piel a las suaves caricias que le prodigaba. Enfadada por haber, siquiera, pensado eso, tiró de la peluca para aligerar la presión a la que la había sometido, sin darse cuenta de que el problema no estaba allí, sino en el interior. Sacudió la melena rubia como si así pudiera sacudir todas sus preocupaciones y se miró al espejo. Allí estaba otra vez. Por unas horas había tenido la sensación de haber perdido la identidad, de haber vivido la vida de otra persona: Gabriella, tal vez. Aquella idea le producía un verdadero espanto. No quería vivir la vida de nadie; con la suya tenía suficiente.

Pensó en Mario y en Angelo, en su asombroso parecido, semejante al suyo con su antepasada. ¿Vidas paralelas? Se preguntó con un estremecimiento. ¿A qué estaban avocados? ¿Terminarían el conde y ella repitiendo la historia de sus ancestros? Esperaba que no porque, para empezar, ellos no tenían nada en común, ni siquiera se soportaban. Una vocecita molesta le dijo que aquello no era del todo cierto. Había algo entre ellos, un factor intangible y poderoso que les acercaba irremediablemente a pesar de su antipatía mutua. Él siempre mostraba cierta hostilidad que mezclaba con su innata cortesía, y ella se ponía a la defensiva en cuanto lo veía, sin mencionar que su capacidad de raciocinio se veía mermada, mostrándola ante él como si fuera una verdadera lunática. No quería pensar en eso, porque, durante la velada, había aparecido un tercer elemento: la atracción. No quería pensar en eso. Tenía que seguir con su investigación y descubrir qué había pasado realmente entre Gabriella y Angelo. Para ello, volvería al palacio del duque en busca del fantasma del señor Rusconi.

Capítulo 10

EN BUSCA DE ANGELO

Durmió como un lirón. Ningún fantasma la visitó durante la noche. Se levantó descansada y preparada para enfrentar un nuevo día. Lo primero en su lista era visitar el palacio del duque. Una sonrisa traviesa apareció en su boca. Si volvía a encontrarse con el señor conde, iba a tener problemas. Sin embargo, le producía una gran satisfacción saber que podía provocarle y molestarle.

Se vistió con unos vaqueros y un jersey gordo de cuello vuelto, después se recogió el pelo en una coleta. Parecía más una joven turista dispuesta a recorrer la ciudad que una profesora de universidad en busca de un secreto familiar.

La cercanía del hotel a su destino la hizo tomarse las cosas con calma. Llegó cuando abrían la taquilla. Sacó la entrada y pasó al patio del palacio. La escalera de los gigantes le dio la bienvenida. Subió los escalones y pasó bajo la atenta mirada de Marte y Neptuno, mudos testigos, a lo largo de los siglos, de intrigas y enredos palaciegos. No miró hacia ninguna parte. Era una mujer con una misión. Avanzó con paso decidido en dirección a las *Piombi* sin advertir nada de lo que sucedía a su alrededor.

Mario la vio pasar como una exhalación. No le cabía la menor duda de que aquella rubia con aspecto decidido era Gabriela y empezaba a conocerla lo suficiente como para imaginar cuál era su destino.

Gabriela se encaminó a la misma celda en la que había visto a Angelo prisionero. La puerta estaba abierta. El olor a humedad, a pesar del aspecto cuidado y aseado, inundó sus fosas nasales.

En los tiempos en que eran usados los calabozos, debía de ser desolador permanecer allí, aunque fuera durante unas pocas horas. Frío, moho, putrefacción, bichos y hambre serían los elementos predominantes. Se sentó en el asiento de obra adosado a la pared y esperó. Si tenía suerte, su fantasma aparecería. «Venga Angelo, dime algo. Aparece» murmuró en voz baja con la mirada fija en la puerta.

Y apareció. Su figura ocupó todo el hueco y su aspecto amenazador la hizo encogerse sobre sí misma.

–¿Qué parte de «estas estancias no se pueden visitar» no entiendes? –rugió la aparición.

Gabriela se levantó de un salto. Sus pupilas se dilataron al reconocer la mirada fría y beligerante de Mario, que auguraba problemas.

–¿Es que siempre tienes que aparecer de sopetón y darme un susto de muerte?

–Vamos, Gabriela, sabes que no puedes estar aquí –Quería mostrarse razonable, pero no podía.

–Y tú ¿qué haces? ¿Me persigues? –No podía permitir que la intimidara. Tenía que pasar allí un rato a ver si Angelo se mostraba de alguna manera.

–Te recuerdo que trabajo aquí. Te he visto pasar y he supuesto que no ibas a hacer caso de las normas.

–Y el señor conde ha pensado que dentro de sus competencias está el detener a una visitante inofensiva –El tono empleado al utilizar la palabra conde molestó a Mario, quien no entendía esa actitud despectiva.

¿Qué pasaba con ella? Al final siempre terminaba acusándole de algo. No era él quien estaba en un lugar vetado. Avanzó hacia ella, haciéndola retroceder un paso. Sus ojos lanzaban chispas. Estaba cansado de su brusquedad hacia él. Con los demás se mostraba encantadora.

–No voy a disculparme por tener un título –respondió en tono seco.

–Ni yo digo que lo hagas –Mantuvo su mirada, pero su voz salió con menos intensidad. Se sentía intimidada por su cercanía–. Límitate a hacer tu trabajo.

Avanzó otro paso. Ella volvió a retroceder.

–¿Y qué crees que estoy haciendo?

Ahora, sonaba peligroso. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos despedían destellos plateados. Presumía de tener un carácter bastante tranquilo pero aquella mujer lo sacaba de sus casillas con unas pocas palabras.

–¿Aparte de incordiarme? Podrías volver a tus obligaciones, cualesquiera que sean –Volvía a desafiarlo. Era como si algo se hubiera apoderado de su voz y hablara sin su permiso. Sabía que podía echarla en cualquier momento y aún así le provocaba.

Mario dio otro paso al frente, el mismo que ella volvió a retroceder hasta chocar con la pared. Ya no podía huir más. Estaba atrapada entre un muro de cientos de años y otro de músculos pétreos, pertenecientes al cuerpo del conde de Rusconi, descendiente del hombre que estuvo prisionero en aquella misma celda. Ahora, la prisionera era ella. No podía escapar, así que se limitó a desafiarle con la mirada. Encontraba un extraño placer en verlo alterado.

Se acabó. El férreo control del que Mario hacía gala, se fue al garete cuando distinguió el desafío en los ojos de la intrusa, porque eso era para él, alguien que había entrado sin su permiso en su vida y que amenazaba con destruir el equilibrio que tanto le había costado conseguir. Estaba harto de contener sus impulsos, que no eran otros que los de pegarla a su cuerpo y besarla hasta que no pudiera pensar en otra cosa que no fuera él. Deseaba borrar ese aire altivo que adoptaba hacia su persona con un beso del que no fuera capaz de olvidarse en años. Quería doblegarla y que no le hiciera sentirse como alguien insuficiente para ella. Enlazó su cintura y la acercó a su pecho con cierta brusquedad que le arrancó un gemido entrecortado. La reacción de Gabriela aumentó su confusión. En vez de empujarle, como esperaba, se amoldó a su cuerpo, le abarcó el rostro con sus manos y presionó sus labios con la misma fiereza que él había impreso en el gesto. No había nada de tierno ni dulce en aquel choque de voluntades. La boca de Mario cubrió la de Gabriela, circunstancia que ésta aprovechó para acariciarle con su lengua. Un ronco gemido escapó de la garganta masculina, mezclándose con el suspiro de la mujer, que parecía dispuesta a torturarlo. Sus manos abandonaron la cintura y la sujetaron por ambos lados de su cabeza, no sabía si para acercarla más o para detener ese ataque a sus sentidos. ¡Cielo santo! Había

vuelto a hacerlo. Lo tenía contra las cuerdas. Dejó de pensar en vencedores y vencidos cuando sintió la caricia de sus tibias manos sobre su espalda. Le habían soltado, no sabía cuando, y ahora se deslizaban bajo su chaqueta. Solo la liviana tela de la camisa las separaba de su piel, que ardía como el resto de su cuerpo.

Poco a poco la furia dio paso a la pasión. Sus lenguas dejaron de luchar para acariciar. Perdidos en un nuevo mundo de sensaciones, permanecían ajenos a todo lo que pasaba en aquellas mazmorras, ajenos a unos ojos grises que los observaban desde la eternidad con nostalgia y algo de envidia.

Un delicado mordisco en el labio inferior hizo reaccionar a Gabriela. Absorta en los labios masculinos, había perdido la noción de dónde estaba y de la situación en la que habían caído. Estaba besando al conde estirado que quería echarla de allí. Le empujó con cuidado en el pecho. Nada más dejar su mano apoyada, descubrió el golpeteo alocado del corazón del hombre. ¡Sorprendente! Tenía corazón, y a juzgar por cómo latía el suyo, también tenía una boca que podría calificarse como arma mortífera.

Separaron sus cuerpos y se miraron perplejos. Ninguno era capaz de explicar lo sucedido en los últimos minutos. Los iris grises lanzaban chispas y los azules parecían negros debido al tamaño de sus dilatadas pupilas. El silencio resonaba en la pequeña celda, solo se oía el ritmo acelerado de sus respiraciones que intentaban recuperar la normalidad. Los ojos en los ojos. Las manos de Mario todavía sujetaban los brazos femeninos, que temblaban perceptiblemente. Esa pequeña sacudida le hizo reaccionar. Sin pronunciar palabra, la agarró de la mano y la sacó de allí. Gabriela apenas tuvo tiempo de saber qué ocurría. Él avanzaba con rapidez a grandes zancadas, su mano la sujetaba con fuerza sin dejar de ser cálida y enervante, su mero contacto la hacía sentir mil cosas que no le daba tiempo a procesar porque su energía se limitaba a seguirle casi corriendo. Se sentía arrastrada por un huracán.

Atravesaron salones y corredores sin detenerse.

–¡Señor Rusconi! –Uno de los empleados del palacio llamó a Mario, quien no detuvo su marcha.

–¡Ahora no! –Le respondió con un tono autoritario que no dejaba lugar a la réplica.

Gabriela lo miró como si se hubiera vuelto loco. Empezaba a reaccionar. Después del inesperado beso y de su inesperada respuesta, había caído en una especie de trance del que comenzaba a salir.

–Mario... –empezó a hablar. Nunca le llamaba por su nombre pero en aquella ocasión salió de sus labios espontáneamente.

–Aquí no, Gabriela –Esa vez su voz sonó menos brusca. En ella se reflejaba la incertidumbre que le provocaba esa extraña situación.

Abrió una altísima puerta, camuflada en un panel de madera oscura, y la dejó pasar. Ella alzó la cabeza y miró con curiosidad. Aquella estancia era un sueño. Frescos en dos de las cuatro paredes, una tercera formaba un enorme ventanal, interrumpido por innumerables arcos de estilo gótico veneciano. Un encaje a través del cual se veía el canal.

Él la observaba a la vez que ponía un poco de orden en sus emociones. Aún no sabía por qué la había besado. Le gustaba, sí; la deseaba, también. Pero esa mujer estaba fuera de

su alcance. Era extranjera, bueno, no tanto porque su familia era una de las más importantes de Venecia y, sobre todo, no se soportaban. No podían estar más de dos minutos juntos y no discutir. ¿Cómo le iba a explicar su actitud? ¿Cómo explicar la de ella, quien en vez de rechazarlo se había amoldado a su cuerpo de una manera enervante y le había devuelto el beso con la misma pasión y vehemencia? Por el momento, ella no parecía muy afectada. Al principio estaba algo aturdida, como él, pero ahora permanecía absorta en la belleza del lugar. La veía estudiar todos los detalles y disfrutar solo por el hecho de estar allí. Su rostro se había transformado. Ya no mostraba la distancia que adoptaba cuando estaba con él y brillaba con una luz que conocía muy bien. Él sabía perfectamente lo que se sentía al contemplar todos aquellos objetos o la arquitectura espectacular con la que se podía deleitar todos los días.

En ese momento se había acercado a un pequeño cuadro de Veronés. En él se representaba una de sus originales versiones de la última cena, en el que se había permitido incluir personajes vestidos con trajes venecianos.

–Es mi favorito –susurró en tono ronco a la vez que se colocaba a su lado. Hombro con hombro.

Ella se sobresaltó, se había olvidado por completo de su existencia.

–Es muy pequeño, ¿no?

–Lo es más de lo habitual, pero el resultado es perfecto. ¿No te parece?

–Sí –respondió ella sin dejar de observarlo–. Perfecto.

Un espeso silencio cayó sobre ellos. Empezaban a recuperarse y a tomar conciencia de lo que acababan de vivir.

–Gabriela...

–Mario...

Ambos empezaron a hablar a la vez. Mario necesitaba dar una explicación, Gabriela no sabía muy bien por dónde empezar, pero no podía permanecer callada.

Fue Mario quien dio el primer paso ¿Cuándo demonios había perdido la seguridad en sí mismo?

–Con respecto a lo que ha sucedido... –dejó la frase sin terminar ¿Le pedía disculpas? Si lo hiciera, no sería sincero porque no lo sentía en absoluto. Hacía días que ella le obsesionaba y su obsesión había desembocado en aquel beso. No. No lamentaba haberla besado, es más, al verla ante él, con esa mirada aturdida que nunca le había mostrado, sentía la necesidad de volver a hacerlo. Sacudió la cabeza para despejarse; una cosa era que le gustara repetirlo y otra que volviera a hacerlo. Ella le miraba esperando que continuara, así que dio la única explicación razonable–. No sé qué ha pasado.

Gabriela lo observó de la misma manera que lo había hecho con el cuadro de Veronés. Su atractivo rostro estaba rígido, más de lo habitual. Sus ojos grises parecían azules, quizá solo se debiera al reflejo de las aguas del Adriático pero ella se temía que estaba más afectado de lo que pretendía demostrar. Tenía que decirle algo; no podía permanecer muda para siempre.

–Yo sí sé lo que te ha pasado.

La rigidez dio paso a la incredulidad. No imaginaba que ella se mostrara tan razonable, más bien esperaba un estallido de furia y una andanada de insultos tipo «Como eres conde te crees con derecho a todo»

–¿Lo sabes? –Mejor era que no supiera cómo la deseaba o cuánto le afectaba. Le otorgaría mucha ventaja sobre él.

Gabriela se sentó en el asiento de piedra de una de las ventanas en forma de arco. Podría haber sido una de las damas que habían vivido allí siglos atrás, mientras disfrutaban de las vistas de la laguna.

–Siéntate, Mario. Tengo algo que contarte.

A Mario no le gustaban las órdenes pero el tono empleado le indicó que lo mejor sería hacerle caso. Tenía el presentimiento de que estaba a punto de descubrir algo importante. Obedeció y se sentó a su lado.

–No estoy en Venecia por casualidad –empezó a hablar–. Vine a realizar una investigación.

No dijo nada, permaneció callado en espera de la continuación que, presumía, iba a cambiar su vida.

–Hace unos días descubrí una foto y un diario. Pertenecían a Gabriella. Ya sabes, la mujer de tu cuadro –Él asintió–. En él contaba su vida en Venecia y mencionaba a un hombre, que debió ser su gran amor; se llamaba Angelo –volvió a detenerse para que el nombre calara en la mente masculina–. Nunca escribió el apellido de su amante, solo reflexionó sobre algo terrible que les había separado y que fue el motivo por el que ella terminó en Barcelona –Hasta ahí iban a llegar sus confesiones, no pensaba contarle que algunos datos los había obtenido de un fantasma; no estaba tan loca–. Vine a descubrir qué pasó en realidad.

–Angelo...–murmuró Mario mirándola a los ojos.

–Sí –concluyó ella–Angelo Rusconi. Imagina el impacto cuando vi el retrato de Gabriella en tu habitación. Tu antepasado y mi antepasada estaban juntos. Ya te adelanté algo ayer en tu casa. Estaban muy enamorados y algo espantoso los reparó.

Él asimiló todo aquel torrente de palabras. Ahora entendía algunas cosas como la cara de ella cuando vio el retrato de la mujer misteriosa. Aún así, seguía sin comprender esa obsesión con las mazmorras del palacio del duque o qué tenía que ver esa relación con la atracción surgida entre ellos. Así se lo preguntó.

Ella lo miró como si fuera un poco lento de pensamiento.

–¿No lo entiendes? Es como si quisiera repetirse su historia en nosotros. Es algo artificial. No son nuestros sentimientos sino los de ellos.

Él se levantó con impaciencia.

–¿De verdad te crees esa tontería? –No había nada de artificial en lo que había sentido al besarla. Desde el principio había pensado que era un poco rara y esa creencia absurda se lo confirmaba. Su deseo era muy real–. Hasta ahora mismo yo no conocía esa relación, así que no hables por mí.

No podía explicarle nada de los fantasmas ni de su influencia. Se encogió de hombros y no dijo nada, gesto que irritó aún más a Mario. Según esa teoría, a ella no le importaba nada. No le había devuelto el beso, lo había hecho su antepasada. Con razón pensaba que estaba un poco loca. Aquello era cosa de locos.

–¿Y tu manía por ir una y otra vez a las *Piombi*? Supongo que también tiene que ver con nuestros ancestros.

Ella asintió.

–Creo que Angelo estuvo allí prisionero. Le juzgaron en la sala de la brújula y le mandaron a la celda donde me has encontrado. No sé de qué le acusaron pero sé que estuvo allí.

Ahora sí que la boca de Mario se abrió por el asombro. Casi nadie conocía la historia de Angelo: él mismo, después de años investigando, había llegado a una conclusión aunque no había conseguido conocer todos detalles.

–¿Cómo sabes eso? –Su mirada estaba teñida de cautela. Si antes le ponía nervioso, oírle decir esas cosas le inquietaba aún más.

–No preguntes. Lo sé. Llámalo intuición.

El teléfono de la inmensa mesa empezó a sonar, interrumpiendo lo que iba a decir. Lo vio contestar y cómo su rostro mostraba preocupación por lo que oía. Era un hombre guapo y poderoso. Parecía pertenecer a aquel lugar y, a pesar de no querer admitirlo, la intimidaba.

Él dejó el aparato en su sitio y volvió sus pasos hacia donde ella permanecía sin moverse.

–Ha surgido un problema. ¿Quieres cenar conmigo esta noche? Tenemos que terminar esta conversación.

La invitación la sorprendió un poco pero entraba dentro de lo razonable. Aceptó con un gesto sin dejar de mirarlo. Estaba llena de presentimientos y no se sentía nada segura.

–Pasaré a buscarte al hotel.

–Esta tarde he quedado con tu madre –le informó ella–. Voy a estar en tu casa.

Volvía a pillarlo desprevenido. La muchacha no paraba de sobresaltarle una y otra vez. Ella y su madre juntas podrían resultar muy peligrosas para su persona si se confabulaban.

–¿Vas tu sola? –Le extrañaba que se presentara sin compañía, pero todo era posible con ella.

–No. Helena también está invitada.

Él asintió más convencido. Le hubiera gustado quedarse allí pero tenía que irse. Le esperaban.

–Entonces, nos veremos allí. ¿Sabrás encontrar la salida? –No podía quedarse ni un segundo más

Un gesto irónico le dio la respuesta. La saludó con una inclinación de cabeza y salió.

Gabriela pensó que, a pesar de sus enfrentamientos, debía confiar en ella porque la había dejado sola en su despacho. Salió y cerró a su espalda, pensando que habría preferido un beso de despedida. Imágenes de ellos besándose poblaron su mente. Aún temblaba al sentir la textura de sus músculos bajo las palmas de sus manos. Caramba con el conde...

Capítulo 11

MÓNICA

Nada más salir a la Plaza de San Marcos, se vio rodeada de un ambiente festivo y ruidoso. Hacía frío pero la gente tenía ganas de fiesta y cualquier excusa era válida para salir a la calle. Los turistas se mezclaban con los venecianos sin importar sus procedencias o sus diferentes culturas. Tenían un único objetivo: pasarlo bien.

Por el contrario, ella estaba desorientada por completo. Que Mario la hubiera besado era algo tan inesperado como descabellado. No tenía ni idea de por qué lo había hecho pero tampoco sabría responder mucho mejor si le preguntaran por qué le había respondido. Lo único que se le ocurría era lo que le había dicho a él: estaban bajo la influencia de la atracción que habían sentido sus antepasados. Ellos no se gustaban, tampoco se soportaban. El que lo considerara extremadamente atractivo, no quería decir que le agradara. Era un hombre arisco y brusco.

En ese momento recordó que esa misma tarde tendría que visitar a su madre. Iba a matar a Helena por haber aceptado la invitación. Hablando de Helena, le haría una visita. Tenía una pequeña galería de arte cerca del Teatro de La Fenice, gozaba de un gran prestigio entre los artistas de la ciudad y, al día siguiente, inauguraría una exposición colectiva de algunos de ellos. Estaba hasta arriba de trabajo pero seguro que disponía de unos minutos para tomar café. O mejor aún, podría ayudarla. Necesitaba hacer algo, no podía pensar lo mismo una y otra vez hasta la hora de ir al palacio Rusconi.

Vagó por las callejuelas estrechas. Siempre se perdía por allí. Aún así, confiaba en encontrar la galería si dar demasiadas vueltas. Pasó junto al teatro restaurado recientemente; un incendio lo había dejado totalmente arrasado unos años antes. Se detuvo y miró a su alrededor. Realmente debía de ser una misión imposible apagar un incendio en un lugar como aquél, en el que los camiones de bomberos eran lanchas y al que había que acceder por el agua. Recordaba unas imágenes que había visto. Las llamas devoraban todo lo que encontraban a su paso. Su color naranja se recortaba sobre el cielo oscuro de la noche y su rugido envolvía a los bomberos que luchaban para que no se extendieran a las viviendas adyacentes.

Volvió a mirar la pequeña plaza. Todo aquel infierno había quedado atrás y un nuevo teatro se erigía como el Ave Fénix, de sus cenizas.

Un par de vueltas después, se encontraba ante la puerta de la sala de exposiciones. Una pequeña placa de bronce lo anunciaba. Llamó al timbre y una Helena sudorosa acudió a abrir.

–¡Gabriela! –exclamó al verla–. Me alegro de que te hayas decidido a venir. Nos vendrían bien otro par de manos y un buen ojo de artista –Se apartó para dejarla entrar.

La aludida pasó sin haber pronunciado ni una palabra y observó la sala, donde se desarrollaba una actividad caótica. O, al menos, eso parecía. Solo había que mirar con un poco más de detenimiento para darse cuenta que, en realidad, se trataba de una perfecta coreografía.

Los cuadros descansaban en el suelo, apoyados sobre la pared, marcando el sitio que más tarde ocuparían, los pintores daban los últimos retoques al color de fondo. Los electricistas probaban focos, mientras el ruido ensordecedor de la taladradora impedía ningún tipo de conversación. Solo órdenes concretas y concisas. Le encantaba aquel ambiente.

–¿Y los artistas? –preguntó.

–Se han marchado hace un rato. Han hecho algunas indicaciones y me han dado carta blanca –le explicó con expresión agradecida–. No sabes lo contenta que estoy con esa decisión.

–Lo imagino –sonrió al tiempo que miraba a su alrededor–. Esto es un caos.

Vaciló antes de seguir. No sabía si era el momento adecuado para invitarla a un café y hablar de lo que la estaba matando: Mario.

–¿Qué pasa? –preguntó su amiga con la intuición que la caracterizaba.

–¿Cómo sabes que pasa algo?

–Te conozco –No apartaba la mirada de su cara.

Gabriela se decidió.

–¿Puedes abandonar esto durante unos minutos?

Helena miró el interior de la estancia. Parecía que todo estaba controlado.

–¡Chicos, vuelvo rápido! –gritó por encima de todo aquel jaleo. Cogió unas llaves y salió a la tranquilidad de la calle.

Camaron hasta el pequeño café que había junto al teatro y se sentaron.

–A ver –dijo la italiana preocupada–. Cuenta.

–No sé ni por dónde empezar –murmuró.

–¿Qué tal por lo que te está carcomiendo?

Gabriela asintió. Sí, sería lo mejor.

–Mario me ha besado –Cuando vio aparecer el gesto de incredulidad en su rostro, continuó–. Y yo le he respondido.

El estupor aumentó y sus ojos se abrieron como platos.

–¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Si no hubiera sido porque estaba preocupada y desconcertada, habría soltado una carcajada; en cambio, decidió defenderse un poco.

–No sé por qué pones esa cara. ¿No crees que pueda atraer al soltero más codiciado de Venecia?

Helena sí se permitió reír sin reservas. No había quien entendiera a Gabriela en los últimos días.

–Pero si eres tú la que no se lo cree. Mírate –la señaló con ambas manos–. Eres la expresión de la duda y la confusión.

–Está bien –aceptó–, no sé qué pasó. Me sorprendió otra vez en las *Piombi* –Detuvo lo que su amiga iba a decirle. Ya lo sabía–. Sí, ya sé que no se puede ir, pero buscaba a Angelo y supuse que lo encontraría allí.

–¿Y...?

–Apareció él. Se enfadó, le provoqué, se enfadó más y, cuando me di cuenta, me estrujaba entre sus brazos –Cerró los ojos recordando el momento.

–Eso no es muy propio de Mario –comentó Helena pensativa.

–¡Oye! Yo tampoco voy por ahí besando a desconocidos –protestó ella.

–Ya. Pero tú eres impulsiva. Él, hasta donde yo lo conozco, mide mucho todos sus actos.

–Pues éste no lo ha medido nada. Desde que lo conozco, no hace otra cosa que seguir sus impulsos.

–Eso debe de ser influencia tuya.

No sabía si tomar a bien o no esa afirmación.

–No –Dijo al final–. Eso es la influencia de nuestros antepasados.

Quería creer que era así. Entre ellos no podía haber otro tipo de atracción.

–Menuda tontería.

–Mario está de acuerdo contigo.

–¿Le has hablado de tus fantasmas? –preguntó, bajando la voz.

–¡No! ¡Por Dios! –Se echó hacia atrás en la silla. Le horrorizaba lo que pensaría de ella si supiera su pequeño secreto–. Ni se me ocurriría. Solo le dije que estábamos influidos por ellos.

Helena se echó hacia adelante y la sujetó por las manos.

–Gabriela, Mario no es tonto. Va a empezar a hacer preguntas y tendrás que decirle algo.

–Esta noche hemos quedado para cenar.

Había cierta reserva en su voz. Le daba miedo lo que pudiera ocurrir en esa velada.

–Pues espero que tengas algo preparado –Sentenció.

No sabía por qué había dicho que sí. Ella solita se había metido en la boca del lobo.

–Por cierto, esta tarde hemos quedado con su madre. Eso sí que es un problema.

Helena se quedó callada, mirándola con fijeza.

–¿Qué? –Preguntó con un mal presentimiento.

–Lo siento –Se disculpó–. No puedo ir contigo.

–¿Quéee? –Soltó un sonido tan agudo que hizo volver algunas cabezas hacia el lugar en que se encontraban.

–Ya has visto cómo tengo la galería. Inauguramos mañana. No puedo ir. –Había olvidado por completo la invitación de Mónica.

El aspecto derrotado de la mujer casi la hizo cambiar de planes pero, por mucho que quisiera, no podía. La necesitaban en la sala.

–Tendrás que ir sola. Y tienes que ir. No se da plantón a la condesa de Rusconi. ¿Me disculparás?

Gabriela la fulminó con sus ojos azules.

–Me dejas sola y tengo que disculparte. ¡Qué cara! –La acusó.

–No te preocupes. Mónica es una buena anfitriona. Tendréis temas comunes de los que hablar.

Eso se temía, que el tema común ocupara toda la conversación. Y ése no era otro que Mario. Sintió un escalofrío. Ese hombre se había convertido en su sombra.

Fue la condesa en persona quien abrió la puerta cuando su mano temblorosa apretó el timbre. Si vestida de época imponía, con ropa del siglo veintiuno era impresionante. Alta, delgada y elegante podrían definirla. También le pegaba la palabra poderosa. No le gustaría nada estar en el bando contrario al suyo. Una agradable sonrisa iluminó su cara para darle la bienvenida.

–¡Gabriela! Me alegra que hayas podido venir.

La joven no se atrevía ni a dar un paso.

–Pasa –La invitó Mónica– No te quedes ahí, hace frío.

Sí que lo hacía; un frío húmedo que calaba los huesos. Entró en el vestíbulo que ya conocía y se llevó una grata impresión. La claraboya dejaba pasar los rayos del sol. De esa manera, toda la estancia quedaba iluminada por la luz natural. Con las lámparas de cristal de Murano encendidas, el lugar había resplandecido con miles de colores. No obstante, prefería ese ambiente cálido y soleado. Le pareció advertir un pequeño movimiento en una de las esquinas del patio. No le concedió más importancia, podría ser alguien del servicio.

Mónica la observaba sin mucho disimulo. La chica estaba absorta en todo cuanto la rodeaba. Se notaba que apreciaba el arte y las cosas bellas.

–¿Te apetece un café? –preguntó, interrumpiendo su examen.

–Sí, claro –Aceptó.

Su anfitriona se dirigió hacia la puerta situada en uno de los laterales. Al otro lado encontró un pequeño salón decorado con elegancia, muy diferente al estilo del apartamento de Mario. Allí predominaban los muebles clásicos. Miró la alfombra que pisaba, con curiosidad. Seguro que era persa. Allí todo era auténtico y de gran valor. Se sintió abrumada.

–Siéntate –Señaló un sofá frente al que había una mesa con un servicio de café y una bandeja con pastas.

Estaba un poco incómoda, pensó Mónica, pero lo entendía. No la conocía de nada y había aceptado su invitación. Tenía que reconocer que era valiente.

–¿No iba a venir Helena?

Comenzó a servir dos tazas con café solo.

–Prefiero un poco de leche –Señaló la suya.

Bien, si tenía que mostrar sus preferencias, las mostraba a pesar de su timidez. Le añadió la leche y le tendió la taza, mientras esperaba una respuesta.

–Me ha pedido que la disculpara, está muy liada con la inauguración de mañana.

La mujer sonrió comprensiva.

–Esa chica vale mucho. Es trabajadora y sabe qué hace. Su sala tiene mucho éxito.

–Sí. Es una gran profesional y una gran amiga–. aseveró.

Esa afirmación le dio pie a preguntarle una de las cosas que más curiosidad de causaban.

–Es muy extraña vuestra amistad. Al fin y al cabo vivís muy lejos.

La curiosidad se dejaba entrever en sus palabras. Mónica quería saber todo sobre aquella mujer por la que su hijo se interesaba. Ella le contó, sin ningún tipo de molestia lo que quería saber. La condesa le caía bien.

–Nos conocimos aquí en Venecia, en la universidad. Hace muchos años. Simpatizamos desde el principio y no pasa mucho tiempo sin que nos veamos. Hasta tengo una habitación en su casa.

Ese detalle le gustó. La familia de Helena era muy respetada y conocida. No eran aristócratas pero sí estaban bien considerados. Durante varias generaciones, esa familia había regentado el hotel, antiguo palacio, con mucha clase y acierto.

–Así que conoces bien la ciudad–. Indicó.

Gabriela sonrió con satisfacción. Sabía que estaba pasando un examen duro y exhaustivo, pero no le importaba.

–Como la palma de mi mano –contestó sin titubear.

–Y creo recordar que dijiste que tu familia procedía de Venecia. ¿No te queda familia aquí?

Eso le gustaría saber a ella. Aunque habían vendido el palacio, tal vez podría descubrir a algunos de los descendientes; no obstante, no dijo nada al respecto. Se limitó a decir que no tenía conocimiento de la existencia de ninguno.

Quedaron en silencio. Eran dos desconocidas con una sola cosa en común: un hombre.

Mónica decidió que la joven era lo suficientemente fuerte para afrontar la pregunta que le quemaba en la boca desde hacía unos días. Se acercó un poco y la miró directamente a los ojos.

–Gabriela, ¿hay algo entre mi hijo y tú?

Los ojos azules se agrandaron por el impacto causado por la pregunta directa, sin tapujos. Unas horas antes habría tenido una respuesta sencilla: nada. Después de esa mañana, no sabía hacia donde caminaban sus pasos; bueno, si lo sabía: iban en busca de problemas. Seguro.

Observó a la mujer que tenía delante y que, aunque lo disimulara, la miraba con ansiedad. No se parecía en nada a su hijo. Ella era rubia y sus ojos eran oscuros. Sin embargo, el gesto de determinación resultaba idéntico en ambos. Ya sabía de quién había sacado Mario la obstinación.

–Señora Rusconi...

–Mónica –La interrumpió–. Soy Mónica.

Ella asintió

–Está bien, Mónica. Casi no conozco a su hijo.

–Pero él está interesado en ti –insistió.

Gabriela sonrió de lado.

–No creo. Lo he visto tres veces y todas hemos discutido.

También se habían besado, pero esa información no era apropiada para la madre.

Mónica aceptó la explicación en silencio, aunque su intuición le decía que había mucho más que contar de aquella relación.

–Hoy vamos a cenar juntos –lo dijo sin pensar, tal vez para que viera que no escondía nada.

–Eso está bien. Así os conoceréis mejor.

–En realidad hemos quedado porque tenemos un tema importante del que hablar – Se habría dado de tortas ¿Por qué le contaba esas cosas?

–¿Puedo saber de qué se trata?

Gabriela dudó durante unos segundos. Podría hablarle de su antepasada, a lo mejor podía ayudarla. Al fin y al cabo para eso había ido a Venecia, para recoger información.

–Verá, hace poco descubrí la existencia de una de mis antepasadas. Su nombre era Gabriella Monteverdi.

–¿Monteverdi? –La mujer se quedó pensativa. De pronto reconoció el apellido y su rostro mostró la conmoción que le causaba–. ¿De los Monteverdi del Palazzo Monteverdi?

La joven asintió despacio sin dejar de mirarla, esperando algún otro tipo de reacción.

–Así que el hotel de tu amiga es en realidad el hogar de tus antepasados.

–Como verá es una rara coincidencia. Lo hemos descubierto hace unos días.

–Eso no es todo, ¿verdad? –Allí había mucho más.

–No. También descubrí que mantuvo una relación con un tal Angelo. La otra noche, cuando estuve en el apartamento de Mario, descubrí un retrato de Gabriella en su dormitorio.

La cabeza de la condesa pensaba a toda velocidad. Gabriella, apartamento de Mario, dormitorio...

–¿No decías que no hay nada entre mi hijo y tú? ¿Y has visto su dormitorio? –Su expresión se había endurecido. Mario no había llevado nunca una mujer a su casa.

–No es lo que piensa –se apresuró a explicar–. Estaba en el último piso y me mareé. Él me hizo pasar a su apartamento. Al salir del baño, descubrí a Gabriella.

–Gabriella ... –Aquello cada vez se liaba más. Y seguía siendo extraño que la hubiera llevado a su pequeño refugio, pensó.

–Sí, me llamo como ella y me parezco bastante.

–Eres la dama misteriosa –dijo en tono bajo y perplejo.

Gabriela sabía a qué se refería, así que la corrigió.

–Yo no. Ella.

La mujer estaba desconcertada. Parecía mucha casualidad que una mujer idéntica a la que aparecía en un cuadro de familia de dos siglos atrás, estuviera sentada en el salón de su casa y que, por demás, interesara a su hijo como ninguna otra lo había hecho nunca.

–¿Qué está pasando aquí? –Quiso saber.

–No lo sé. Por eso hemos quedado Mario y yo para cenar. Tenemos que hablar de todo esto. Yo solo sé que Angelo Rusconi estuvo comprometido con Gabriella Monteverdi. Después, todo se vino abajo y ella terminó casada con otro hombre, viviendo en otro país y desheredada. ¿Usted sabe qué pasó?

Mónica recordaba vagamente que había oído hablar de Angelo. De hecho había un retrato suyo en la galería. Su hijo se le parecía de una manera asombrosa, igual que la chica que tenía delante se parecía a su antepasada. Un escalofrío la recorrió por entero. Tenía un mal presentimiento con esos parecidos.

–Oí algo de una muerte trágica, pero será mejor que sea Mario quien te lo explique. Él siempre ha estado obsesionado con ese tema.

Así que sabía más de lo que le había contado. No se fiaba nada de él. Tendría que ir con muchísimo cuidado con lo que le decía.

–¿Me contarás lo que descubras? Este misterio me tiene intrigada. No sabes lo que supone averiguar la identidad de la mujer del cuadro. Nunca, nadie, pudo averiguarlo.

–¡Claro! –aceptó–. Pero Mario ya lo sabía desde el otro día.

Mónica hizo un gesto resignado.

–Mi hijo es muy reservado.

Le parecía muy bien, que se reservara lo que quisiera con los demás. Ella estaba decidida a que le contara todo lo que sabía sobre aquel tema. Miró su reloj.

–Tengo que marcharme. ¿Quiere decirle que me recoja en el hotel? Lo más seguro es que se pase por aquí.

–Se lo diré –dijo poniéndose en pie y apretando su brazo–. Me alegro de que hayas venido.

–Y yo –le sonrió con sinceridad–. Gracias por la invitación.

Cuando salió del palacio, le pareció distinguir una figura que se deslizaba por la galería. Angelo estaba en casa.

Capítulo 12

ALGUNAS RESPUESTAS

Después de un día que parecía interminable, Mario abrió la inmensa puerta del palazzo. Era un gesto habitual. No se planteaba si aquel lugar tenía cientos de años o era una joya arquitectónica o había visto muchos sucesos, unos más confesables que otros. Para él era su hogar. Su refugio.

Todo estaba en silencio. Sus pasos resonaron sobre el mármol del vestíbulo cuando se dirigió al saloncito donde su madre solía recibir a las visitas. Se había hecho muy tarde pero, a lo mejor, Gabriela seguía con ella. Abrió la puerta y asomó la cabeza. La estancia estaba vacía. Lo esperaba, sin embargo no encontrarla allí acentuó su mal humor. Llevaba un día horroroso. Desde el momento en que le habían llamado por teléfono esa mañana, justo después de haberla besado, las cosas se habían complicado hasta dejarlo extenuado. Todos los problemas acumulados le habían impedido reflexionar sobre lo ocurrido entre ellos y eso lo estaba matando. A él le gustaba racionalizar todo, encontrar explicaciones, entender el por qué de las cosas. No obstante, no había dispuesto del tiempo necesario para analizar su conducta, esa que le había llevado a aquella caricia totalmente impulsiva y que, además de dejarlo impresionado hasta la médula, lo había puesto en una situación difícil. No sabía cómo comportarse durante la cena, desconocía si era mejor mencionar lo que había sucedido entre ellos o dejarlo pasar, aunque estaba seguro de que ella no lo haría. Al fin y al cabo tenía una explicación ridícula de lo sucedido; lo que le llevaba a la razón de su reunión: sus antepasados. ¿Qué podría contarle sobre Angelo? ¿Hasta dónde podía llegar?

–¡Mario! –La voz de su madre le sacó de sus pensamientos– ¿Qué haces parado ahí en medio?

–Os buscaba. Gabriela me dijo que iba a venir.

–¿Tú has visto qué hora es? –A veces, su hijo no era consciente de que el tiempo no se detenía–. Se fue hace más de una hora. Me dijo que la recogieras en el hotel. Tendrás que llamarla.

Mario hizo un gesto contrariado.

–No tengo su número. Tendré que llamar al hotel y que la busquen.

–¡No me digas que no tienes su número de teléfono! –No concebía que se le hubiera pasado ese detalle, lo mismo que, imaginaba, desconocía dónde se alojaba–. Ella no está en las habitaciones del hotel, está en la parte privada. Hijo, estás un poco descentrado con esta chica, ¿no?

No podía imaginarse cuánto.

–No la conozco mucho, mamá. Parece que tú sí le has hecho una buena ficha –Le habló en tono burlón.

Mónica levantó las cejas en un gesto divertido que dejaba claro la evidencia de sus palabras.

–¡Por supuesto que se la he hecho! Cualquier mujer por la que te intereses va a quedar *fichada* en mis archivos.

Mario sonrió por la forma de hablar de su madre, aunque no le hiciera ninguna gracia lo que de verdad implicaba: que no lo iba a dejar en paz con aquel asunto.

–No me interesa lo que piensas tú. –Bueno, era una pequeña mentirijilla. Le interesaba, mucho y de muchas maneras, pero necesitaba una tregua.

–Ja. –respondió Mónica sin perder detalle de sus reacciones–. Te conozco, muchacho, y a estas alturas de tu vida y de la mía, no me vas a engañar. Y te digo más, ella también está interesada en ti.

Si se ceñía a lo sucedido en su despacho esa mañana, él pensaría que era cierto, pero Gabriela tenía una forma de pensar muy particular y, según ella, era Gabriella la que estaba interesada en Angelo. Una verdadera locura.

–Si tú supieras... –se aventuró a decir.

–Si te refieres a la historia de vuestros antepasados, la sé.

Ahora sí que se sorprendió. ¿De qué habrían hablado? Miedo le daba saberlo.

–¿Qué sabes?

–Pues que mantuvieron una relación y que algo sucedió. Gabriela está buscando respuestas y creo que tú tienes alguna. ¿Se las vas a dar?

Él pensó la respuesta durante unos instantes. El juego había comenzado y le tocaba a él mover ficha. Sí. Pondría todas las cartas encima de la mesa. Él también tenía curiosidad por saber qué había pasado y si tenía que trabajar junto a ella, lo haría.

–Sí –contesto al final–. Le diré todo lo que sé sobre Angelo, que no es mucho.

Gabriela paseaba intranquila por su habitación. Se asomó varias veces por los arcos ojivales y contempló las aguas del canal, en ese momento casi de color negro. El sol se había puesto hacía horas y apenas se distinguían las góndolas amarradas en la orilla. ¿Dónde narices se habría metido el conde? ¿Se habría olvidado de ella? Por un lado, no le importaría que así fuera pero, por otro, sabía que lo necesitaba. Él tenía algunas respuestas a las preguntas que la habían llevado hasta la ciudad de los canales y no podía permitirse el lujo de ignorarlo. «¿De verdad es ésa la única causa por la que lo esperas con tanta ansiedad?» le preguntó una vocecita malvada. Desde que había puesto los ojos sobre él por primera vez, había sabido que tendría problemas, y esa misma mañana lo había confirmado. No podía permitirse repetir la experiencia, por muy agradable que fuera. Tenía una misión que cumplir y después, volvería a su casa. Sin compromisos, sin complicaciones adicionales. ¡Maldita fuera! ¿Dónde se habría metido? Seguro que la estaba haciendo esperar a propósito, solo para fastidiarla. De acuerdo, se había olvidado de darle su número de teléfono, pero era un hombre con recursos. Seguro que algo tan nimio como eso no le detenía ni lo hacía retrasarse.

Un golpe seco en la puerta la sobresaltó. Estaba tan metida en sus pensamientos que no esperaba ese ruido tan cercano. Se acercó a la hoja de madera y preguntó quién era sin llegar a abrir.

Una voz baja y ronca contestó al otro lado, dejándola clavada en el suelo.

–Mario.

Perfecto. Había hallado el medio de encontrarla. El peor de todos para ella. Lo tenía allí mismo. Genial. Tenía que abrir, si no el hombre pensaría que no quería hacerlo. Algo totalmente cierto. Respiró hondo varias veces, compuso una sonrisa y abrió.

¡Oh Dios! Allí estaba, imponente, enfundado en su chaquetón motero y con aspecto más que peligroso. Sus ojos grises la miraban preocupados porque ella no había movido de un músculo. La sonrisa se le había congelado en la cara, así que debía de mirarlo como si estuviera hipnotizada. ¡Qué vergüenza! Sobre todo, teniendo en cuenta todos esos propósitos que se había propuesto hacía unos segundos.

–Gabriela –su voz aterciopelada le llegó lejana–. ¿Estás bien?

Por fin salió del letargo y consiguió responder.

–Sí, claro. Pasa. Veo que me has encontrado.

Mario pensó que, aunque ella era un poco rara y solía comportarse de formas poco convencionales, esas palabras atropelladas y esa actitud resultaban extrañas. En vez de hacer alguna alusión, decidió seguir como si nada.

–Llamé a Helena.

Claro. Se habría dado una palmada en la frente, pero resultaba excesivo. Helena.

–No sabía qué ponerme. No tengo ni idea de dónde vamos a cenar y pensaba que llamarías antes. –«¡Por Dios!» Se riñó. «A ver si eres capaz de hablar con sentido. Va a pensar que no eres muy lista.»

Mario la miró con detenimiento desde la puerta. Llevaba un pantalón negro y un jersey rojo. Se había soltado el pelo. Una melena larga, rubia y lisa. Estaba perfecta.

–No hace falta que te cambies. Así vas bien.

Ella volvió a mirarlo. Él llevaba unos pantalones oscuros de loneta. Tampoco iba vestido de forma elegante. Eso indicaba que irían a un sitio sencillo. Mejor. Lo último que le apetecía, a esas horas, era arreglarse.

–Bien –Recogió el abrigo, que estaba sobre la cama–. Entonces, podemos irnos.

Él se hizo a un lado para que saliera.

–¿Has cogido las llaves? –preguntó cuando la tuvo pegada a él. Ella levantó la mirada hasta sus ojos. Estaban muy juntos y, por un momento, olvidó la pregunta. Después, procesó lo que decía y volvió sobre sus pasos. No las había cogido.

Sin decir nada, se acercó a la pequeña mesa que había junto a las ventanas y agarró las llaves. En la parte particular no usaban las tarjetas.

–Gracias –murmuró cuando pasaba por debajo de su brazo.

Él hizo un gesto irónico y cerró la puerta con suavidad.

La calle les recibió con una bofetada de aire gélido y húmedo, circunstancias que no parecían afectar a los transeúntes. La *riva degli Schiavoni* seguía llena de gente enmascarada y el pequeño *Ponte della Paglia* facilitaba el paso hacia la plaza de San Marcos de un buen número de turistas. Salieron en dirección contraria, hacia las callejuelas posteriores al castillo. Gabriela se cruzó el abrigo sobre el pecho para conservar un poco más de calor. La primera intención de Mario fue rodearle los hombros con un brazo para protegerla, pero nada más iniciar el movimiento, lo dejó en su posición inicial. «Ni se te ocurra» se dijo a sí mismo. Un solo roce podía tener las consecuencias más imprevisibles y esa mujer, a parte de un gran misterio, no podía significar nada para él. El beso de esa mañana había sido un experimento, un accidente, una consecuencia de la locura transitoria, que le había enajenado temporalmente, cualquier cosa que no iba a volver a repetirse.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella desde dentro del cuello del abrigo– ¿O es un secreto?

Así que estaba peleona. No bajaba la guardia nunca, pensó con irritación.

–No es ningún secreto, señorita –contestó con acidez–. Vamos al restaurante de un amigo. Nos ha reservado una mesa. En estos días es imposible encontrar sitio. Es por aquí – indicó la calle y giró, comprobando que lo seguía. Continuaba con la seria intención de no tocarla.

Ella permaneció a su lado. La calle era bastante oscura y su estrechez aliviaba las inclemencias del viento. Sobre una de las puertas, una luz tenue y amarillenta permitía ver la placa que anunciaba el nombre de un restaurante. Había que subir un escalón para entrar. Con toda seguridad, estaba pensado para dificultar la entrada del agua en el local en caso de crecida. Lógicamente también hacía más difícil el acceso a las personas. Mario, de manera automática y sin darse cuenta se anticipó a sus intenciones. La sujetó con firmeza por el codo y la ayudó a subir. Después, apoyó su mano en la espalda y la guió hacia el interior.

Gabriela percibió todos y cada uno de sus gestos. La pequeña porción donde había puesto su mano, quemaba. Con disimulo, aceleró el paso y rompió el contacto. Él adivinó el movimiento. Parecía que no quería de él nada, ni su ayuda. Entonces, ¿por qué estaban allí o por qué había aceptado? Mal empezaban. Si ya desde el principio se mantenían distantes, aquella iba a ser una conversación difícil.

Un hombre de unos cuarenta años, con expresión amable, salió a recibirlos. Por lo que pudo captar, eran amigos. Los condujo a través del local, sorteando unas cuantas mesas. El sitio no era muy grande, estaba decorado con gusto y resultaba muy acogedor. De repente, se sintió cómoda y reconfortada. Ya no hacía frío y olía a pan recién hecho, lo que despertó su hambre, que había permanecido dormida hasta ese momento. Al sentarse, dirigió una sonrisa cariñosa a su anfitrión y le dio las gracias.

Por unos segundos, Mario perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Cuando sonreía de esa manera, su rostro se transformaba. Lo que le molestaba sobremanera era que esa muestra de afecto nunca fuera dirigida a él.

Dejó que su amigo pusiera lo que creyera conveniente como menú. Se notaba que había confianza entre ellos y que su relación no se ceñía solo al nivel profesional. El hombre dirigió a Gabriela algunas miradas curiosas que después trasladó a Mario en una muda pregunta. Éste se limitó a mirarlo de forma inexpresiva. Conocía a Marco de toda la

vida, habían ido juntos al colegio y sabía que si le daba pistas o alguna explicación, terminaría opinando sobre ella, sobre él y sobre todo lo que le pareciera. No estaba de humor para ello. Una mirada de advertencia indicó al dueño del restaurante que era mejor mantenerse al margen. Solo por el momento.

–Espero que te guste –dijo Mario cuando se quedaron solos–. Marco sabe lo que se hace.

–Parece que os conocéis bien.

Él sonrió por primera vez esa noche.

–Desde que éramos pequeños. Él era algo mayor que yo pero me tomó bajo su tutela.

Ella elevó una ceja en señal de interrogación.

–¿Tutela? –preguntó al ver que no seguía hablando.

La postura de él se relajó un poco.

–Cuando era pequeño era bastante enclenque –nadie lo hubiera dicho al ver la complexión que tenía ahora, pero la genética tenía sus caprichos–. Había algunos chavales de mi edad que no me dejaban en paz y Marco se erigió en mi defensor. Desde entonces se cree con el deber de protegerme –Y por eso se metía en su vida en cuanto tenía la más mínima excusa. La realidad era que no le molestaba, pero a veces se podía volver un verdadero incordio.

Gabriela lo miró con los ojos entrecerrados. No se lo imaginaba necesitando la protección de nadie. Se le veía demasiado seguro. Soltó una risita irónica que sacudió el amor propio del hombre.

–¿Qué te hace tanta gracia? –preguntó.

–No te imagino buscando que alguien te salve de los monstruos.

–Yo no le busqué –se defendió–, y eran otros tiempos. Un niño necesita a veces que le ayuden.

Ella apoyó la cara sobre su mano y le observó con descaro.

Sí –dijo al fin–, supongo que alguna vez fuiste un niño y no fuiste tan arrogante como ahora.

–¿Me estás llamando arrogante? –No sabía si le insultaba o simplemente bromeaba.

Ella se encogió de hombros.

–Eso lo puedes decir tú mismo. Te empeñas en mandar y dirigir todo –Hizo alusión a su actitud en el palacio del duque.

–Solo mando y dirijo en el trabajo –¿Por qué se empeñaba en atacarle?

–Y en la universidad, y en tu casa... Lo controlas todo.

–Eso es lo que tú dices.

Se hubieran enzarzado en otra discusión absurda si no hubiera llegado el camarero con la comida, que depositó con cuidado sobre la mesa. Una ensalada, aliñada con salsa tártara, y dos porciones de una humeante lasaña que invitaba a comer y a abandonar cualquier tipo de discusión. Una botella de vino tinto completaba el banquete.

Gabriela miró a su acompañante, que a su vez se mostraba divertido por su actitud ante la comida, y decidió firmar una tregua imaginaria. Tenían que hablar. Al fin y al cabo, a eso habían ido a aquella especie de paraíso.

–Entonces, tienes información sobre Angelo que puede aclarar parte de mi misterio.

Mario la miró cuando ella tenía el tenedor a medio camino de su boca. Desde luego sabía lo que quería y no se andaba con rodeos. Quedaba claro que no estaba allí por su inmensa e incontrolable atracción hacia él, pensó con ironía. Su actitud era como un cubo de agua fría para la autoestima de cualquiera.

–Sí. Descubrí alguna cosilla sobre él –No dijo nada más. Él también disfrutaba provocando ese carácter algo irascible que mostraba. Siguió comiendo con tranquilidad–. No es mucho lo que sé.

–Pero... –le animó a seguir. Había dejado de comer y lo observaba mientras él lo hacía tranquilamente. Nunca iban a entenderse. Cuando no era uno era el otro. Disfrutaban demasiado fastidiándose mutuamente.

–Está bien –aceptó al fin. Dejó los cubiertos sobre la mesa y centró su atención en ella, que se mostraba ansiosa–. Desde que era muy joven, he querido saber qué le pasó a Angelo; quizá fuera porque me parecía mucho a él. Todo el que veía su retrato ponía cara de asombro, más o menos como la que pusiste tú el otro día, puede que un poco menos –rectificó al recordar la palidez de ella–. El caso es que me miraban, volvían a mirar el cuadro y me preguntaban que si era yo.

» Pregunté a mis padres su identidad. Ya sabes, en las casas con mucha historia hay retratos de antepasados que nadie sabe quiénes son. Se heredan, permanecen colgados y en muchas ocasiones adornan las paredes o enriquecen el patrimonio. En su época, esas personas fueron lo suficientemente importantes para alguien como para encargarse su retrato pero una vez desaparecieron ellos, cayeron en el olvido. No fue exactamente así en caso de Angelo. Por lo que me contaron, su imagen siempre ha presidido uno de los lugares de honor del palazzo; sin embargo, nadie mencionaba su historia. Solo se sabía de él que murió joven como consecuencia de una desgracia. Como no dejó descendencia, su hermano heredó todo y fue él quien no permitió que se le olvidara. Ni siquiera soy descendiente directo pero aquí estoy, soy su viva imagen.

Gabriela lo observó con detenimiento; el parecido físico de ellos con sus antepasados, esa pintura de Gabriella en el hogar de Angelo... era todo tan casual y a la vez tan premeditado que le daba miedo.

–¿Qué descubriste sobre él? –Le daba la impresión de que retrasaba el momento de contárselo.

–Murió en la horca –dijo en voz baja.

El aturdimiento y la tristeza se reflejaron en los ojos femeninos. No esperaba ese trágico final.

–¿Por qué? –Juraría que su voz temblaba. ¿Habría llegado Gabriella a conocer el destino de su amado? Probablemente.

–Cuando entré a trabajar en el palacio del duque, tuve más facilidad para investigar; encontré una sentencia en la que se le condenaba por traición. Tal vez por eso se silenció todo en la familia. No hay mayor deshonra que tener un traidor en casa.

Ella negó con energía.

–No. Angelo no era un traidor. Estoy segura.

Los labios de Mario dibujaron una leve sonrisa.

–¿Cómo puedes saberlo?

–Lo sé. No me digas que te lo justifique. Solo lo sé.

Se quedó pensativa. Tenía que haber pasado algo para que la justicia llegara a aquella decisión.

–No lo conoces, ni sabías de su existencia hasta hace muy poco tiempo. ¿Por qué lo defiendes?

Efectivamente, no lo conocía. Todo lo que sabía de su persona era a través de los ojos de Gabriella, quien podría tener una visión muy personal e ignorar las actividades políticas del hombre que amaba. Pero ella había visto sus ojos, esos ojos que la habían mirado desde el fondo de la mazmorra pidiéndole ayuda. Unos ojos cargados de dolor y desesperación. No. Angelo no era un traidor, por muchas sentencias que hubiera en su contra. Lo que no podía hacer era decir a su descendiente que veía su fantasma que, literalmente, sí lo conocía.

Mario la miraba extrañado. No terminaba de fiarse de ella, una mujer rara, que actuaba de manera extravagante y cuya última excentricidad era defender a un hombre del que casi ni había oído hablar.

Optó por hacer otra pregunta. Si le contaba lo que pasaba por su cabeza en ese instante, saldría corriendo de aquel sitio tan acogedor y que olía tan bien.

–Alguien tuvo que jugar muy fuerte sus cartas para acusarle porque a un noble no se le detiene sin más.

–Fue todo limpio y sencillo –explico él– un *buen ciudadano* dejó una denuncia en una de las bocas de León. Una vez sembrada la duda, fue fácil.

Ella no podía creer que pudiera ser tan sencillo arruinar la vida de una persona. Una carta anónima, depositada en un buzón del palacio del duque, no podía ser determinante para colgar a alguien y así se lo dijo a Mario, quién pensó que había muchas cosas que podían hacerse con el empeño adecuado. Y en aquel caso, había existido una mano negra que había movido muchos hilos. Sin duda, otro patricio había estado implicado en la acusación.

–Hubo un juicio –le dijo–. El consejo de los diez tomó cartas en el asunto.

Una imagen nítida de un hombre en la sala de la brújula llenó la mente de Gabriela. Lo que ella había *visto* era el juicio. La impotencia ante aquella injusticia le dio ganas de llorar. Lo recordaba altivo y orgulloso, con la mirada fría y retadora. Tuvo que ser horrible

para él saber que le habían tendido una trampa y que no podía defenderse. Su sufrimiento y el de Gabriella debía de haber sido enorme. No le extrañaba que siguieran vagando por la ciudad. Una idea se abrió paso en su cabeza.

–Gabriela –una voz masculina la devolvió al restaurante–. ¿Te pasa algo?

–Seguramente vas a pensar que estoy loca –una sonrisa socarrona distendió los labios del hombre. Por un momento olvidó lo que iba a contarle. Era guapo de verdad cuando sonreía–. ¿Por qué no investigamos para descubrir quién hizo esa denuncia?

–Efectivamente, estás loca. Llevo años buscando cualquier cosa que arroje alguna luz sobre este caso y no he encontrado nada.

«Sí, pero tú no contabas con la ayuda de los protagonistas» Ufff, eso no podía decírselo. Sin embargo, cada vez tenía más claro que esa era su misión: encontrar al culpable de que Angelo Rusconi fuera acusado de traidor.

–Tú no te rindas –le dio una palmadita en la mano para animarle–. Ya verás cómo encontramos la manera.

–¿Encontramos? –Levantó una ceja–. ¿Qué piensas hacer?

–Tú déjame a mí. –Contestó más animada. Ahora sabía lo que buscaba.

Eso era lo que le preocupaba, dejarla a ella. Tenerla pululando a sus anchas y a su alrededor le producía una inquietud muy molesta. ¿Podría mantener las manos quietas a pesar de que no quería nada con ella?

–¡Mario! ¡Qué sorpresa!

Capítulo 13

EXTRAÑAS AMISTADES

Gabriela reconoció enseguida la voz ronca y sugerente de Alessia. Un pequeño estremecimiento la recorrió por entero. No terminaba de gustarle. Todo en ella era corrección y buena educación, pero su mirada se antojaba fría, al menos, a ella se lo parecía. Todo aquel despliegue era en honor de Mario. Estaba segura de que lo quería para ella y no disimulaba. Su actitud posesiva podía resultar cargante.

El aludido se levantó, galante, y la saludo. Puede que fueran imaginaciones suyas pero le pareció que estaba algo molesto por la intromisión. Si era así, su exquisita educación, ésa que no mostraba con ella, se impuso.

–Hola Alessia –saludó–. Veo que has venido a probar la comida de Marco.

–Sabes que me encanta como cocina –Su comentario daba a entender que había entre ellos cierta intimidación y que él conocía sus gustos–. ¿Has traído a nuestra invitada española para que lo conozca?

Su tono condescendiente despertó las ganas de Gabriela de mandarla a paseo. No era una invitada y menos de ella.

–He pensado que le gustaría.

Pues sí, le había gustado hasta que había aparecido la italiana con sus aires de grandeza, haciéndola sentir insignificante, cómo una mota de polvo.

–Querida –se dirigió a ella por primera vez desde que había llegado–, espero que todo sea de tu agrado. En Venecia nos gusta tratar bien a nuestros visitantes.

Los labios de Gabriela dibujaron una sonrisa perfecta de agradecimiento mientras pensaba que era una arpía.

–Gracias, Alessia. El restaurante es magnífico y la compañía atenta y maravillosa –dijo haciendo alusión a Mario. Estocada hasta el fondo porque el rostro femenino acusó el impacto. Efectivamente estaba interesada en el aristócrata. Por ella, podía quedárselo. No entendía por qué aquella animadversión hacia su persona.

Mario la miró con ojos entrecerrados sin terminar de fiarse de aquellos elogios dirigidos a él. Las mujeres se lanzaban cuchillos con sus miradas y él se mantenía apartado por si alguno le alcanzaba. Conocía a la perfección el juego de Alessia y huía de ella en cuanto podía. Con respecto a Gabriela, aún no sabía cómo catalogarla, aparte de saber que su conducta, era bastante extraña la mayor parte del tiempo.

–¿Has venido sola? –decidió intervenir.

–No. He venido con unos amigos –le miró con dulzura–. Como no quisiste aceptar mi invitación... –dejó la frase sin terminar, lanzándole un reproche coqueto– pero ya veo que tenías otro compromiso.

La mirada que dirigió a Gabriela, y que él no pudo apreciar, no tuvo nada de dulce.

–Es una pena que no te puedas quedar con nosotros.

El tono de Gabriela no mostró ningún pesar. Mario la miró interrogante.

–Sí, bueno, tengo que irme. Se estarán preguntando si les habré abandonado – empezó a disculparse.

Gabriela la miró irónica y Mario casi aliviado.

–Que lo paséis bien –le deseó con educación.

La mujer aprovechó la despedida para plantar dos besos en ambas mejillas masculinas. Después, se retiró como si de una reina se tratara, con pasos majestuosos y altivos.

–Si pudiera hincarte el diente, no saldrías vivo –murmuró ella sin perderla de vista. Nada más decirlo se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

–¿Cómo? –Él se había vuelto a sentar, desconcertado con la actitud belicosa de las dos mujeres.

–La duquesa, condesa o lo que sea –la señaló con la cabeza–. Creo que quiere juntar títulos.

Así que, a pesar de parecer ausente la mayoría de las veces, ella se había dado cuenta. Decidió hacerse el tonto.

–¿En qué te basas?

–En la forma en que te mira. Lo hace como si fueras un gran trofeo.

Eso mismo pensaba él, que tenía que inventar mil excusas para alejarse de la insistencia de la chica. Aún así, no lo iba a reconocer delante de otra mujer.

–¿No crees que alguien pueda interesarse por mí?

Aquella pregunta iba cargada de intención, ella lo sabía pero no se arrugó.

–Si quieres poner un conde en tu vida, no hay nadie más idóneo que tú, pero con lo gruñón y lo irritable que eres, no creo que seas la persona adecuada para compartir toda una existencia.

Él se echó hacia atrás y encajó el golpe.

–¡Vaya! No te andas por las ramas.

–No quería que sonara tan brusco –empezó a disculparse.

Él hizo un gesto con la mano.

–No te preocupes. Ha quedado clara tu postura. Y ahora que sabemos que no vamos a compartir nuestras vidas –aunque sí habían compartido algunos besos memorables–, ¿por qué no hablamos de los que sí la compartieron? Por lo menos durante algún tiempo Angelo y Gabriella lo hicieron.

Por unos minutos, ella se había olvidado de ellos. Estaba tan centrada en él y en el tiempo actual que no recordaba el motivo por el que habían ido a cenar juntos.

–¿Puedo tomar postre? –preguntó volviendo a sorprenderlo. Saltaba de un asunto a otro sin darle tregua. Señor, ¡qué tormento de mujer!

–Sí. Claro. –Aceptó.

–Helado. Quiero helado.

Le recordó a su sobrina pequeña exigiendo su dulce favorito. ¿Cuántas caras habría dentro de la misma persona? No paraba de ofrecerle un repertorio de lo más variado.

–¿Eres consciente de que estamos en febrero y del frío que hace fuera?

Ella le miró como si él no supiera disfrutar de las cosas buenas de la vida.

–¿Y cuál es el problema?

–No hay problema. –Se encogió de hombros– Marco prepara él mismo el helado, así que vas probar algo bueno.

Hizo un gesto al camarero y los encargó. Ya puestos, a él también le apetecía disfrutar de uno de los deliciosos postres artesanos de su amigo

–Ya está. ¿Contenta la señora?

Ella le obsequió con una sonrisa deslumbrante.

–Mucho –contestó cuchara en mano.

Algo ocurrió en el cuerpo de Mario cuando la vio blandir su cubierto antes de disponerse a hundirlo en su copa. El primer impulso de zarandearla dio paso a otro más molesto, aunque placentero; probar el sabor del chocolate adherido a los labios. Seguro que los dulcificaba. Sus ojos siguieron el movimiento de la boca al tragar. Estaba tan absorto que ni sabía lo que acababa de decirle. Parpadeó para aclarar los pensamientos y alejar la imagen seductora, después se concentró en su propia porción.

Gabriela lo vio parpadear y comer con concentración. No había contestado a su pregunta sobre la relación que unía a Angelo y Gabriella, sin embargo, él no parecía haberse dado cuenta. Catalogó esa actitud de insólita porque a aquel hombre no se le escapaba nada. Lo contempló mientras comía en silencio. En algunas ocasiones, como aquella, estaba a gusto con él. Desaparecían sus diferencias y sentía una especie de lazo que les unía.

–¿Quieres café? –le oyó preguntar de manera algo brusca.

–No, gracias.

–Bien, entonces, podemos marcharnos.

Dejó la servilleta sobre la mesa e hizo una señal al camarero para que les cobrara. ¿Qué mosca le había picado? Era como si quisiera deshacerse de ella. Por lo visto, la tregua de paz había terminado.

Mario tenía la necesidad de quedarse solo. A lo mejor, si la perdía de vista, dejaba de tener ideas del todo inadecuadas, como besarla hasta que le devolviera cada beso, igual que había hecho esa misma mañana, o como llevarla a su apartamento e ir un poco más lejos. Besar cada parte de su cuerpo, acariciarla y simular que eran una pareja que tenía una aventura tórrida de vacaciones sin ninguna complicación. En vista de que esa opción era inviable, optó por llevarla a su hotel para poder recuperar la lucidez.

Se despidieron de Marco en tiempo record con la promesa de volver con más tranquilidad y salieron al frío de la noche, perseguidos por una mirada calculadora y cargada de odio.

Hablaron poco en el camino de vuelta. Hacía mucho frío. Incluso se observaban algunos copos de nieve.

–¡Está nevando! –dijo encantada, levantando el rostro hacia el cielo–. Venecia con nieve. Es preciosa.

Volvían la niña y la ilusión. Qué diferente a la mujer terca y un poco loca en la que se convertía en algunas ocasiones.

–No durará mucho –contestó en tono gruñón.

Ella se adelantó unos pasos y caminó hacia atrás para verle la cara.

–¿Nunca te diviertes? –le provocó–. Disfruta de este momento mágico.

Mario le hizo caso. Estaban a punto de abandonar la calle estrecha y mal iluminada. La agarró por el brazo y la arrastró hacia su cuerpo, que dejó caer sobre la pared. Durante unos segundos, los iris azules y los grises quedaron atrapados, se contemplaron con quietud antes de quedar velados por los párpados. Los labios cálidos de Mario presionaron los helados de Gabriela. El calor se expandió por ambos cuerpos mientras la nieve caía sobre ellos, quienes habían olvidado todo lo que no fuera el suave y abrasador roce de sus labios. Durante unos minutos disfrutaron del sabor del chocolate mezclado con sus alientos ardientes. Las manos de Gabriela, atrapadas en el pecho masculino, permanecían inmóviles pero las del hombre se deslizaban por su espalda en un suave masaje que terminó en un apasionado abrazo.

Alguien chocó contra ellos. Un hombre con un disfraz antiguo. Capa oscura y máscara blanca, quien murmuró una disculpa. Gabriela habría jurado que era el mismo hombre que encontró frente al puente de los suspiros. Sintió que la temperatura había bajado varios grados desde que habían salido del restaurante y, sin darse cuenta, se arrebujó contra el cuerpo cálido de Mario, quien desconcertado por el cambio de actitud de la muchacha, se limitó a rodearla con sus brazos. Nada más doblar la esquina, la figura se desvaneció.

–¿No habíamos quedado en que esto era una mala idea? –Consiguió decir ella con poco convencimiento.

Él reinició la marcha de mal humor, enfadado consigo mismo por no haber podido mantener las manos, y lo que no eran las manos, quietas, ni siquiera durante unos metros.

–Una pésima idea –gruñó a la vez que tiraba de su mano en dirección al hotel.

–¡Eh! Que yo no he empezado nada –protestó ella. Había disfrutado de la caricia y, aunque sabía que no debía convertirse en una costumbre, no le iba a permitir que arruinara esa magnífica sensación–. No ha estado mal. Nada mal –murmuró en voz baja para que él no la oyera.

Él la fulminó con la mirada. Allí estaba la mujer que le estaba dando tantos problemas como había imaginado, diciéndole que no debían besarse a la vez que la oía decir que no había estado *nada mal*. Apretó el paso. Su paciencia se estaba agotando.

–¿Dónde está? –preguntó ella buscando por todas partes y dejando de lado el tema del beso.

–¿Dónde está quién?

–El hombre que ha chocado contra nosotros.

Mario la examinó con extrañeza. Él solo había notado que se tambaleaba y se separaba de él. No tenía ni idea de qué o quién había interrumpido su ardiente interludio.

–No puede haberle dado tiempo a llegar a ningún sitio –siguió hablando para sí misma al tiempo que buscaba con la mirada algo invisible–. La otra noche hizo lo mismo.

–¿Alguien ha chocado contra nosotros? –preguntó intrigado. Resultaba imposible que él no se hubiera dado cuenta.

–No es posible que no lo hayas visto –comentó extrañada–. Ha tropezado con nosotros. Además, estoy segura de que es el mismo hombre con el que hablé cuando volví del baile que dio tu madre. Era un poco siniestro –recordó sus ojos azules, tan fríos como esa noche nevada, y en la forma en que le había hablado, como si solo él conociera un secreto muy importante.

Una idea comenzó a formarse en su cabeza. Si solo lo había visto ella, ¿quería decir que había aparecido un tercer fantasma? Aquello ya era demasiado. ¿Es que Venecia estaba llena de ellos y se le aparecían todos? ¿O solo lo hacían los relacionados con Gabriella?

–Vaya amistades más raras te buscas –Mario hizo ese comentario con la intención de centrar el tema en algo, que no le causara el desasosiego que experimentaba cada vez que la actitud femenina se volvía tan incongruente.

Ella se volvió hacia él a la vez que empujaba la puerta del hotel.

–¿Te consideras raro? –dijo con burla. Si conseguía olvidar lo que había visto, a lo mejor se convertía en un mal recuerdo. Sabía que no iba a ser así pero, por el momento, iba a dejarlo pasar.

No habían terminado de entrar, cuando oyó una voz masculina llamándola.

–¡Gabriela! Ya era hora de que volvieras.

La aludida puso los ojos en blanco. «Hablando de amigos»

–¡Marc! ¿Qué haces aquí? –preguntó mientras corría a abrazarlo.

Mario contempló la escena con interés. Hacía dos minutos hablaban de un hombre siniestro, después de amistades y en ese momento ella abrazaba a un hombre atractivo, alto y rubio que parecía encantado de tenerla en sus brazos.

Un sentimiento que no dominaba muy bien, se extendió por todo su cuerpo. Le gustaría saber quién era y qué derecho tenía a tocarla de aquella manera tan familiar.

La intuición de Marc, famosa por su puntería, le hizo levantar la mirada para encontrarse con unos ojos acorados que le lanzaban esquirlas de hielo. ¡Qué interesante!

Gabriela se agarraba a él de forma desesperada, como si huyera de algo o de alguien mientras que el hombre misterioso no la perdía de vista.

–¿Quién es ese tipo que me mira como si quisiera pulverizarme? –preguntó en su oído con la voz baja. Ella permanecía de espaldas a la puerta, donde Mario se había detenido, así que no veía su expresión. Sin embargo, como había sido víctima de su mal humor, podía hacerse una idea de a quien se refería su amigo.

–Es alguien que me está ayudando.

–¿Con tu fantasma?

–Shsssssss –se apresuró a silenciarlo poniéndole una mano en la boca–. Ni se te ocurra mencionarlo –agregó entre dientes.

Marc hizo un gesto de comprensión.

–Ya. Tu *colaborador* –dijo con ironía– no tiene ni idea de su existencia.

Ella negó con la cabeza antes de hablar, pero el conde no era una persona a la que gustara que le dejaran en segundo término.

–¿No vas a presentarnos?

Su voz, a escasos centímetros de ella, la sobresaltó. Se había acercado tan silencioso que no le había oído moverse.

–¡Claro! –exclamó nerviosa a la vez que se soltaba de los brazos de Marc, a quien señaló–. Es Marc, un buen amigo de Barcelona y él –señaló a Mario– es el conde Rusconi.

No añadió más información ni más comentarios. El italiano le lanzó una mirada furibunda por la forma de presentarlo, extendió una mano y estrechó la que le tendía el recién llegado.

–Prefiero que me llames Mario. Soy un reciente conocido de Gabriela.

–Mucho gusto –respondió al tiempo que calibraba al hombre que tenía enfrente.

Un apretón de manos, un cruce de miradas de advertencia por ambas partes. Solo les faltó decir *No la toques que es mía y Eso ya lo veremos*

–Bueno, y ahora que os conocéis, podéis iros de copas juntos. Yo me voy a dormir –Se volvió hacia Marc–. Ya me contarás mañana para qué has venido –Después se dirigió a Mario–. Ya hablaremos– y sin más se dirigió a los ascensores.

–¡Gabriela! –gritó Marc. Ella simuló no haberle escuchado y siguió adelante–. Tengo algo que decirte.

En ese momento se abrió la puerta del ascensor y una mujer rubia, muy parecida a ella, salió de él.

–¡Gabriela! Acabo de instalarme.

La aludida miró a Marc como si quisiera asesinarlo. Hasta Mario sintió pena por él.

–¡Mamá!

Capítulo 14

VISITAS INESPERADAS

Lucía abrazó a su hija y la besó en ambas mejillas.

–Estás helada –comentó. Después miró a los hombres que, inmóviles, seguían la escena.

Gabriela pensó que su teatral salida se había ido al garete. Ahora tendría que volver y presentar a su madre, quien, sin ningún disimulo, miraba al desconocido.

Marc tuvo que contener una carcajada cuando la vio dirigirse a ellos de nuevo.

–Iba a decirte que tu madre había venido conmigo, pero tenías mucha prisa.

Si las miradas matasen, él habría caído fulminado por la que le dirigió su amiga.

–Mamá, quiero presentarte a ...

–Mario –dijo él adelantándose, evitando así que lo volviera a presentar como conde. No podría soportar el tonillo que usaba y terminaría mandándola al infierno. O besándola. No podía hacer ninguna de las dos cosas, se dijo cargado de frustración–. Soy un amigo de su hija.

Lucía dejó que estrechara su mano y se inclinara levemente hacia ella.

–Encantada de conocerte Mario. Soy Lucía, además de la madre de Gabriela.

¡Cielos! Pensó ésta. Su madre había caído bajo el encanto del italiano y eso significaba problemas a la vista.

–Encantado, Lucía. –Le dirigió una sonrisa que habría derretido el mismísimo polo sur.

¡Maldito demonio! Lo hacía a propósito. Él no era tan encantador. Al menos, no con ella.

–¿Habéis salido? –Era una pregunta retórica porque resultaba evidente que sí, pero también resultaba una forma infalible de recabar información.

–Sí –respondió él sin dar muestras de sentirse molesto por el interrogatorio–. Hemos ido a cenar aquí cerca. Teníamos cosas de las que hablar.

–¿Habéis encontrado la identidad de Angelo? –Intervino Marc. Puesto que él le estaba ayudando, debía saber de quién hablaba.

La pregunta impactó de lleno en Mario, quien no esperaba que aquel hombre conociera la existencia de su antepasado.

Gabriela le dirigió una mirada de advertencia.

–Nada de fantasmas –murmuró en su oído para que solo él pudiera oírlo – ¿Por qué no nos sentamos y hablamos de lo que hemos descubierto? Mamá, tengo noticias para ti. Muchas –añadió.

Decidieron sentarse en un grupo de sillones situados en una esquina del vestíbulo, apartados de las miradas de los curiosos.

–Venga, cuenta –le apremió Marc.

Mario y Gabriela se miraron en silencio. Se habían sentado uno al lado del otro de manera espontánea, y otra vez volvieron a percibir ese hilo que los juntaba. Les hacía sentirse unidos de una manera fuerte e inexplicable.

Fue Gabriela quien rompió el fuego.

–Angelo es un antepasado de Mario.

–¡Guau! –Soltó Marc.

Lucía se limitó a observar al hombre. Ahora lo miraba desde otra perspectiva. Era el amigo de su hija, pero su ancestro, de una manera u otra había influido en sus vidas y había hecho que fueran así y no de otra forma.

–Descubrí un cuadro en su casa. Angelo y Mario son iguales, igual que lo somos Gabriella y yo.

Empezaba a desvariar y Mario acudió en su ayuda.

–Lo que quiere decir es que me parezco mucho a él.

–Eso –confirmó ella–. Pero hay más. Angelo hizo pintar un retrato de Gabriella. La miniatura que tenemos –dijo mirando a su madre– es una copia del cuadro grande, que, por cierto, tiene Mario en su dormitorio.

–¿Y tú cómo sabes eso? –soltó Marc con rapidez.

–Seguro que nos lo explican –añadió Lucía.

–¿Qué estáis pensando? –Los ojos de ambos estaban fijos en ella– ¿O insinuando? ¿O lo que sea? –Casi gritó–. Diles que no hay nada entre nosotros –exigió a Mario. Éste enarcó una ceja con diversión. ¿Nada? parecía preguntar. Por segunda vez durante esa noche, acudió en su ayuda y les contó lo sucedido.

–Por lo que veo, tuviste una noche movidita y llena de imprevistos –apuntó Marc.

–Pues sí. Tuve unos cuantos –Se puso a la defensiva. Estaba cansada y quería irse a dormir. Aquel absurdo interrogatorio dejaba en mantillas a un quinto grado.

Una mano fuerte y cálida se posó sobre la suya, atrayendo su atención. Que le sacara de los nervios era una cosa, pero veía que estaba a punto de derrumbarse y mandarlos a paseo.

–Aún no has contado a tu madre lo que significa este lugar para vosotras.

Hacía referencia al hotel en el que se encontraba. Sí. Esa noticia le gustaría, o tal vez no. Al fin y al cabo era su legado y lo habían perdido por el camino.

–Este hotel fue un palazzo. Aquí vivía una de las familias más influyentes de Venecia, de hecho hasta tuvieron un dogo entre ellos –miró a su madre, que la escuchaba con atención y cierta aprensión–. Este fue el hogar de nuestros antepasados. Aquí vivía Gabriella.

Oyó de lejos otra exclamación, por parte de Marc, que ahora miraba a Mario, como si buscara una confirmación. Lucía no la necesitaba. Sabía que era cierto, algo en su interior se lo decía. Miró a su alrededor, observando tanta elegancia y riqueza.

–Si todo hubiera salido bien, habríamos nacido aquí –murmuró–. Todo habría sido diferente.

Las dos mujeres estaban inmersas en su mundo recién descubierto. Había que dejarles tiempo para que asimilaran ciertas cosas pero tampoco era bueno pensar demasiado en lo que podría haber sido.

–Si todo hubiera salido bien –comentó atrayendo la atención de los tres–, no estaríamos aquí, usted sería otra persona –se refería a Lucía– y yo no sería conde porque Angelo habría tenido hijos y habrían heredado su título.

–¿Conde? –preguntó Lucía, sin entender.

–Sí. Angelo era el conde de Rusconi, pero murió demasiado pronto –había cierta amargura en su voz–. Le acusaron de traición y lo ejecutaron.

Todo pareció encajar en las mentes de los recién llegados.

–Así que Gabriella abandonó Venecia cuando mataron a su novio –concluyó Marc.

–Eso pensamos –dijo la chica.

Hablaban como si fueran un equipo y se comportaban como tal. No eran conscientes de ello, pero su actitud y sus expresiones corporales decían mucho más de lo que imaginaban.

Lucía y Marc cruzaron una mirada de comprensión. Allí había algo.

–Tengo que marcharme, se ha hecho muy tarde y ustedes querrán hablar solos –dijo Mario poniéndose en pie–. Los demás le imitaron.

–Creo que lo dejaremos para mañana –intervino Lucía. Había observado la expresión de su hija–. Estamos demasiado cansados.

Se despidieron con la intención de verse de nuevo y con más tranquilidad. Cuando la espalda de Mario desapareció por la puerta, casi pudo oír el suspiro de alivio de Gabriela.

–Parece un buen hombre –comentó como al descuido.

–Supongo que lo es, pero pasamos casi todo el tiempo discutiendo. Es demasiado terco y orgulloso.

Se oyó la risita cómica de Marc, quien pensaba que su amiga había encontrado a alguien que la trataba de tú a tú, sin amilanarse por su personalidad. No fue necesario decir nada, Lucía se adelantó.

–Pues debe dar gusto estar con vosotros en una de esas discusiones, porque tú no te quedas a la zaga.

–¿Gabriela, cabezota? –dijo Marc sin poder aguantarse–. Me parece que te han pillado, compañera.

–Oh, sois insufribles cuando os aliáis contra mí –bufó.

–Es que eres tan divertida...

–Claro, por eso no podéis pasar sin mí más de una semana. ¿Qué hacéis aquí?

–En Barcelona tenemos días de fiesta por carnaval y hemos hecho puente. Comenté a tu madre que venía a ver si podía ayudar y se ha apuntado.

–Queríamos sorprenderte.

–Y lo habéis conseguido –Casi se había caído del susto cuando los había visto allí. Mezclar a todos sus conocidos de uno y otro país, podría resultar peligroso para su equilibrio mental, ya de por sí bastante desequilibrado– Pero no necesito ayuda.

–Ya lo veo –Marc le guiñó un ojo con complicidad– El conde parece muy dispuesto a ayudar. No le has contado nada sobre fantasmas, ¿verdad?

–¿Tú qué crees? Ya piensa que estoy loca sin saberlo, imagina si le digo que veo al fantasma de su antepasado vagar por el palacio del duque.

–¿Lo ves?

Él solo conocía la existencia de Gabriela y no lo tenía muy claro. Si veía a un nuevo fantasma, lo cambiaba todo.

–Sí. Varias veces. En sitios diferentes. La primera vez que lo vi casi me desmayo.

Habían subido al último piso. Lucía conocía a los padres de Helena y les había comunicado su llegada. Habían insistido en que se quedara con ellos y había aceptado. Marc se iría a un hotel cercano, más barato.

–Mañana quiero un informe detallado –le pidió apuntándole con el dedo–. Ahora, os dejo descansar. Hasta mañana Lucía. –hizo un gesto de despedida antes de que el ascensor se lo tragara de nuevo.

–Nuestro amigo es un poco testarudo y no ha aceptado la invitación de los De Martino. Dice que no quiere abusar.

–¿Los De Martino sabían que venías y no me han dicho nada?

Aquello parecía un complot, muy tonto, pero un complot.

–Yo les pedí que no te lo dijeran.

Después, hizo la pregunta que le quemaba desde que su hija le había contado todo.

–¿De verdad todo esto –señaló el edificio que las rodeaba– fue nuestro? Es maravilloso –susurró con aire soñador.

–Era el palazzo de los Monteverdi. Los venecianos más antiguos todavía lo conocen por ese nombre.

Emocionaba encontrarse con sus raíces. También sentía la pena de que aquel lugar tan bello ya no perteneciera a su familia y le intrigaba que, de entre todos los hoteles de Venecia, su hija hubiera escogido como amiga a la propietaria de aquél. Cada vez estaba más segura de que Gabriela era La Elegida y de que solo ella encontraría la verdad. Se acordó de Mario. Con total seguridad, él era otra pieza de aquel complicado puzle. El final estaba cerca.

Capítulo 15

AL ACECHO

En uno de los mejores palacios situados sobre el Gran Canal, una mujer contemplaba las aguas oscuras mientras pensaba la manera de llevar a cabo su plan.

Durante años, Alessia había caminado con mucho cuidado alrededor de Mario Rusconi. No le perdía de vista, aparecía en las mismas reuniones, se había hecho amiga de su madre y se había introducido en su mundo. Todo aquel esfuerzo por algo tan simple, o complicado, como casarse con él.

Mario era un hombre muy atractivo, con una fuerte personalidad y lo quería para ella. También quería su título. El heredero de su padre era su hermano y ella se quedaría con poca cosa. Hasta el momento, había estado bastante tranquila porque él parecía inmune a las mujeres. Tenía sus escauceos pero no se comprometía. Hasta ese momento. Su interés por la rubia española empezaba a preocuparla. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. Quizá pudiera hacerlo. Salió de su habitación y fue en busca de su hermano.

–¿Tú sabes qué hora es? –preguntó mosqueado cuando ella le despertó sin contemplaciones.

–Deja de protestar y atiende –soltó con voz autoritaria–. ¿Estás despierto?

–Ahora sí –gruñó incorporándose.

–¿Cuánto te interesa la amiga española de Helena?

Bruno se despertó por completo. Aquel tema sí que le interesaba.

–Me gusta mucho.

–Bien, pues tienes que hacer algo al respecto porque se ha pegado a Mario Rusconi como una lapa y, si no espabilas, se la quedará él.

–¿Y me despiertas a estas horas para decírmelo? –preguntó incrédulo–. A ti lo que te fastidia es que Mario le hace a ella más caso que a ti. Tú no te preocupas por mi vida amorosa.

Tenía razón. Le importaba un bledo pero en aquella ocasión podían ayudarse mutuamente.

–Vamos, Bruno –dio unos pasos por la habitación–. Ambos sabemos cómo funciona esto. Tú me ayudas, yo te ayudo.

Bruno se estiró en la cama con aire satisfecho. Le encantaba que la súper independiente de su hermana tuviera que pedirle un favor. Era tan orgullosa y autosuficiente que le daban ganas de mandarla a paseo continuamente. Hasta en esa ocasión, que le convenía a ella, quería hacerle ver que lo hacía por el bien de él.

–¿Y qué quieres que haga exactamente?

–Que la mantengas ocupada, que la invites, que no pueda aceptar una invitación de Mario porque ya se ha citado contigo.

–Eso está hecho –aceptó. A él también le apetecía salir con Gabriela. Era muy agradable–. Y ahora ¿puedo seguir durmiendo?

Volvió a taparse con el edredón. Alessia pensó que era un imbécil, pero le iba a servir para limpiarle el camino.

–Buenas noches –oyó la voz divertida de Bruno cuando abandonaba la habitación.

El fuego crepitaba en la chimenea dando a la habitación un ambiente acogedor y cálido. Fuera, la lluvia golpeaba los cristales. Las gotas, al resbalar, dibujaban caprichosas figuras, ajenas del todo a las mujeres.

Gabriella, sentada ante un pequeño escritorio de madera de palisandro movía la pluma sobre un libro. De vez en cuando, la mojaba en un tintero y volvía a escribir. Los candelabros de plata, distribuidos de forma estratégica, iluminaban aquellos lugares que necesitaban luz; la escribanía de Gabriella y el bastidor de Marta, donde su doncella y amiga bordaba. De vez en cuando, hablaban en voz baja. Una risita pícaro escapó de la garganta de la sirvienta ante el comentario de su señora.

–Si el señor Rusconi pudiera leer ese diario suyo, se moriría de vergüenza.

–Oh Marta, no exagere. Escribo la pura verdad. Son mis sentimientos y mis anhelos. Seguro que él los comparte.

–Seguro, pero si supiera todas las cosas que me cuenta sobre él... –volvió a reír ,dejando la frase sin terminar.

–Marta, eres la única persona con la que puedo hablar de él. Tú y mi diario sois los únicos que conocéis mi secreto.

–Si su padre llegara a enterarse...

–Algún día tendré que decírselo, pero prefiero esperar. Tengo que encontrar la manera de hacer desistir al conde Francetti. Sigue empeñado en casarse conmigo y a mi padre le parece una idea excelente.

Escribió algo más y cerró el legajo, después se levantó y se dirigió a la chimenea.

Marta seguía sus movimientos.

–Señora, algún día se va a quemar.

–Tengo cuidado –dijo la joven mientras manipulaba algo bajo una de las piedras del lateral. Se oyó un chasquido y una pequeña abertura quedó al descubierto. Gabriella metió allí el libro y volvió a empujar la piedra hasta dejarla en su sitio. Su mirada se fijó en un punto concreto frente a ella y exclamó:

–Búscalo, Gabriela, búscalo.

Gabriela abrió los ojos asustada. Esta vez sabía lo que ocurría. Hacía mucho frío, quizá la calefacción estaba estropeada. Fuera, había empezado a nevar otra vez, podía ver los copos a través de la ventana sin cortina ni persiana. Tiritando, se levantó y buscó una manta en el armario, se envolvió en ella y se acercó a la cristalera. ¡Búscalo! Esa palabra reverberaba en su cerebro. ¡Búscalo! No sabía a qué se refería. O sí. Tenía que ser al diario. Menuda locura. Una idea surgió súbitamente de la nada. Tal vez el diario seguía en el sitio en que Gabriela lo había escondido. No podía ser que dos siglos después, siguiera allí. Era imposible. Y, aunque así fuera, tendría que encontrar primero la habitación. Una risita escapó entre los dientes. ¡Claro! Solo tenía que registrar el hotel de arriba abajo, meterse en todas las habitaciones y mirar en todas las chimeneas. Fácil, se dijo con ironía. Y de allí, la llevarían al psiquiátrico más cercano.

Necesitaba descansar. Necesitaba entrar en calor. Al pensar en eso, un rostro masculino

se dibujó ante ella. Mario Rusconi era capaz de calentarle el cuerpo y el alma, sin embargo, no le estaba permitido. Tenía una misión. Él la ayudaría y cuando todo terminara, cada uno se iría por su lado y continuaría con su vida

capítulo 16

EL ARTE EN VENEZIA

El arte, los artistas y Venecia habían estado ligados durante siglos. Desde Tintoretto, pasando por Canaletto, contemporáneo de Angelo y Gabriella, hasta los pintores reunidos en la colección de Peggy Guggenheim. Las galerías de arte salpicaban toda la ciudad y entre ellas, una en concreto, ese atardecer de Carnaval, brillaba en todo su esplendor con la inauguración de una nueva exposición de artistas jóvenes.

Los invitados circulaban por la sala, deteniéndose ante las obras, discutiendo sobre ellas o sencillamente deleitándose con sus formas y colores.

Gran parte de la alta sociedad veneciana se había dado cita allí, tal vez porque la familia De Martino era muy conocida y Helena sabía cómo aprovechar sus contactos en beneficio de los artistas noveles.

Gabriela llevaba todo el día intentando hablar con ella y contarle su sueño sobre el diario, pero le había sido del todo imposible cruzar más de dos palabras con ella. Al final, se había rendido. Necesitaba que le prestara sus cinco sentidos para que le ayudara a encontrar la habitación de su antepasada. Lo más adecuado sería hacer un dibujo de lo que recordaba de sus sueños para ver dónde encajaba.

–¿Piensas comprarlo? –La voz surgió justo a su lado y no fue necesario mirar para saber quién era su propietario. El tono ronco y sensual era inimitable. Un imperceptible estremecimiento acompañó al respingo provocado por el sobresalto.

–¿Por qué narices siempre apareces así?

–¿Así? ¿Cómo?

–Apareces de repente. Me asustas continuamente. Sin duda, te diviertes mucho a mi costa.

–Son imaginaciones tuyas. Y no me divierte –contestó con sequedad. ¿Qué le pasaba? Siempre que él aparecía en escena, levantaba sus defensas.

La había visto entrar en compañía de su madre y de ese amigo suyo, que le había dejado claro, con una sola mirada, que cuidado con lo que hacía con ella. Hablaban de forma animada y reían. Después, habían conversado con los invitados y habían mirado las pinturas con verdadero interés. Era indudable que era una amante del arte, que lo apreciaba y disfrutaba de él, lo que le indicaba que tenía sensibilidad. Sin embargo, en cuanto él aparecía, se volvía como una roca inexpugnable.

–¿Lo vas a comprar? –Insistió cambiando de tema.

Ella se encogió de hombros.

–No puedo comprar todo lo que me gusta.

–Te gusta –afirmó.

Había visto cómo lo miraba. Era una acuarela, no demasiado grande. El motivo central era el palazzo Rusconi. Una gran coincidencia. Los palacios del Gran Canal habían

sido pintados una y otra vez a lo largo de los siglos. Él estaba acostumbrado a ver su hogar representado en multitud de obras de arte. Ese, en concreto, era muy bueno. Era de noche y el artista había reflejado con total maestría los secretos y el misterio que lo envolvían.

–Sí que me gusta –aceptó ella al fin–. Es una pequeña joya. Helena tiene muy buen ojo.

Lo tenía, pensó Mario. Su amiga común había reunido allí esa tarde una muestra de gran calidad.

–Hablando de Helena. ¿Has visto que tu amigo no se separa de ella?

Gabriela los buscó con la mirada. Allí estaban charlando de forma animada.

–Tienen muchas cosas que contarse. Hacía tiempo que no se veían.

Así que formaban su pequeño círculo. Se conocían y era manifiesto que se apreciaban. Un pequeño grupo del que se sentía excluido y por lo que, de forma inexplicable, se sintió molesto.

–¿Y tu madre? La he visto entrar con vosotros.

Gabriela volvió a buscar. No entendía qué le pasaba a Mario.

–¡Oh Dios! No –no pudo evitar que se le escapara la exclamación. Lucía hablaba tranquilamente con Mónica, la madre de Mario.

–¿Qué pasa? –preguntó molesto–. ¿No crees que sea adecuado que nuestras madres se conozcan?

Ella lo miró de frente, con los ojos muy abiertos.

–¿Adecuado? ¡¿Adecuado?! –repitió con voz chillona–. Tú no sabes el peligro que esa conversación puede entrañar.

Definitivamente algo no funcionaba en la rubia cabeza de Gabriela.

–¿Consideras peligrosa a mi madre? –él sí que parecía peligroso.

Gabriela seguía mirándolo fijamente. Aquella era una pregunta trampa.

Sin darse cuenta de lo que hacía le agarró el rostro con una mano y se la giró hacia donde estaban las dos mujeres.

–Míralas bien y dime que juntas no pueden causar una catástrofe.

Mario pensó en su madre y en su carácter abierto y amable. Y sobre todo recordó su manía de involucrarse en su vida. Si la progenitora de Gabriela se parecía a Mónica, iban a estar en un serio aprieto.

Volvió a mirar a la chica, esta vez con expresión alarmada y ella le hizo un gesto de «Avisado estás»

–Tú le caes bien a mi madre. Me lo ha dicho. Dice que eres inteligente y que tienes clase –le confesó.

«¡Vaya con la condesa!» Se dijo Gabriela.

–Y tú le has gustado mucho a la mía.

No añadió nada más. Le dejó tiempo para que él sacara sus propias conclusiones.

–Pero lo que estás pensando...

–Es una locura –concluyó ella–, lo sé.

Él se molestó. No entendía por qué tenía que ser una locura. Desde luego su autoestima sufría un duro golpe cada vez que ella hablaba sobre ellos o una posible relación. Que saltaran chispas cada vez que se tocaban, incluso cuando se miraban, no parecía ser muy relevante para ella.

–Pues no hay mucho que podamos hacer –comentó al fin–. Se llevan de maravilla y tienen muchas cosas que contarse.

–Tú no bajas la guardia –le advirtió ella.

En un rincón distinguió a su amiga, quien, como por arte de magia, se había quedado sola. Tenía que contarle lo del diario.

–Perdona –se disculpó con brusquedad–. Tengo que hablar con Helena.

No llegó muy lejos. Bruno Francetti salió a su encuentro y ya no pudo deshacerse de él en toda la velada. Era un joven atractivo y agradable, pero ella necesitaba hablar del diario. Durante esa noche, no hubo manera.

Alessia aprovechó el campo libre para rodear con sus encantos a Mario, el cual parecía inmune a ellos. Era educado y atento, pero evidentemente no estaba interesado en ella. Una fría rabia se apoderó de la mujer. Desde que había aparecido la extranjera, la actitud de Mario hacia ella había cambiado. Por añadidura, las madres de ambos habían hecho muy buenas migas. Tembló de ira. No quería ni pensar en ello. Tenía que hacer algo para quitársela de encima; si no, sería el propio conde quien pagaría por su indiferencia. No había nacido el hombre que rechazara a Alessia Francetti.

Gabriela entró al comedor y buscó con la mirada a su madre y a sus amigos. Al final, había sido imposible hablar con Helena. Solo le había podido decir que tenía algo importante que contarle. Había sido como una de esas comedias; cada vez que empezaba a hablar, aparecía alguien. Finalmente, Marc se había quedado para ayudarla a cerrar, Mónica se había despedido con un beso de Lucía y de ella y había pedido a Mario que la acompañara a casa. Él lanzó una mirada inescrutable a Gabriela y se despidió de los demás con un gesto. Sabía que aquello no terminaba ahí. Esa mirada le había hecho estremecerse de pies a cabeza. No sabía qué quería Mario de ella y a lo mejor, tampoco quería saberlo. Después aparecieron Alessia y Bruno a quienes presentó a su madre. Más besos, más frases de bienvenida y mucho almíbar. Estaba a punto de vomitar con tanta dulzura y amabilidad. También habría podido gritar pero no creyó que fuera lo más oportuno. Tras otro rato de charla insulsa y con unas ganas enormes de irse, terminó aceptando una invitación de Bruno para cenar, a la que no le apetecía en absoluto asistir. Después, agarró a su madre del brazo y se marcharon al hotel con la promesa de que a la mañana siguiente hablarían de lo que le preocupaba.

Era la primera en llegar. Miró el reloj deportivo que llevaba en la muñeca y vio que aún faltaban diez minutos para las nueve, hora a la que habían quedado. El restaurante

estaba situado en la última planta. Desde allí se divisaba la isla de San Giorgio y todo el mar abierto, salpicado de pequeñas islas. Se sentó junto a uno de los ventanales, pidió un zumo de naranja y se dispuso a esperar.

Marc fue el primero en aparecer.

–Como siempre, llegas temprano –comentó a la vez que se sentaba frente a ella–. Odio tu puntualidad. ¿Lo sabías?

–Lo sabía –contestó ella con una sonrisa–. Buenos días.

–No sé qué tienen de buenos –pidió otro zumo–. Hace frío y he tenido que madrugar.

–No puedes venir cuatro días a Venecia y pasártelos durmiendo –le sermoneó–. Eres incorregible.

–Es que ayer me acosté tarde. No se puede trasnochar y madrugar –parecía cansado.

–¿Hubo mucho lío en la galería?

Él soltó una risita.

–Nadie ha dicho nada de galería. Helena me arrastró por todas las fiestas de Venecia. El Carnaval es una auténtica vorágine. Tu amiga conoce cada rincón.

Así que se habían ido de juerga. Muy bonito. Y ella, sola en el hotel. Recordó a Mario, quien salió con su madre. ¿Se habría ido él también de fiesta después de dejarla en su casa? Aquella idea le molestó. Con toda seguridad, Alessia Francetti, tan solícita como parecía la noche anterior, le había alegrado la velada.

–Por cierto –añadió él sacándola de sus cavilaciones para hundirla más en los celos–, coincidimos en uno de los salones con tu amigo, el conde. Iba muy bien acompañado.

–No es mi amigo –le corrigió cortante.

–Pues me pareció más bien lo contrario –la contradujo–. Como no te andes con cuidado, te lo quitan en las narices,

–No es mi amigo –repitió entre dientes–, y no me lo van a quitar.

–¿Qué no te van a quitar? –preguntó su madre, que llegaba en ese momento con Helena.

–Llegáis tarde –intentó desviar la atención. Por supuesto, Marc no estaba dispuesto a dejar el tema de lado.

–Al conde. Le van a birlar al conde en sus narices.

–Son las nueve y dos minutos –comentó Helena a la vez que se sentaba– Eso no es tarde. ¿Qué pasa con el conde?

–Que es un hombre muy solicitado por lo que pude observar anoche –aclaró el hombre– y nuestra niña está perdiendo el tiempo.

La *niña* volvió a fulminarlo con la mirada.

–No quiero tener nada con él –explicó de manera contundente.

–Pues es un muchacho encantador –intervino Lucía– Bien educado, guapo...

–Buen partido –dijo Helena.

–De la nobleza – apuntó Marc.

–¡Basta! –gritó Gabriela para detener aquel torrente de despropósitos. Varias cabezas se volvieron a mirarla–. Basta –repitió en tono más bajo–. ¿Queréis dejarlo ya? Entre Mario y yo no hay nada. NADA.

Helena rió por lo bajo. Ella sabía lo del beso. Marc la miró con escepticismo y Lucía con indulgencia. Iba a empezar a gritar si no hablaban de otra cosa.

–No quiero hablar del descendiente de Angelo –no le apetecía ni mencionar su nombre–. He tenido otro sueño, o visión, o lo que sea.

Tres pares de ojos se clavaron en ella. Ahora sí que había captado su atención.

Olvidados por completo de Rusconi, empezaron a hacer preguntas a la vez.

–Por favor. Parad –les amonestó–. No sé qué os pasa esta mañana.

–Cuenta –le apremió Marc.

–Anoche volví a tener un sueño.

Les contó cómo las mujeres conversaban y reían mientras su antepasada escribía en una especie de libro bastante parecido al que ella tenía. Les mantuvo pendientes de sus palabras hasta ese punto del relato, pero fue cuando mencionó el hecho de que la había visto esconderlo en algún compartimento secreto de la chimenea, cuando el interés se acrecentó.

–He dibujado la habitación tal y como la vi. Más o menos –concluyó mirando a Helena–. A lo mejor puedes identificarla.

Sacó un papel de su bolso y lo extendió en el centro de la mesa. Cuatro cabezas se inclinaron sobre él. Unas por mera curiosidad, puesto que no conocían las habitaciones, y la dueña del establecimiento, intentando identificar algún rasgo distintivo que llevara a encontrar la habitación.

–Siempre dije que deberías haberte dedicado a la pintura –sonrió a su amiga–. Este boceto es muy bueno.

Era verdad. Siempre le daba la lata con que se tomara un año sabático y se dedicara a pintar. Hasta se había comprometido a montarle una exposición. Pero nunca se decidía. Le causaba un miedo enorme no estar a la altura de las expectativas que depositaban en ella.

–Sí. Bueno. Me lo pensaré –contestó con torpeza.

–Siempre dice lo mismo –explicó Helena a Marc y a Lucía–. Tiene talento, pero no lo reconoce.

Antes de que comenzara el debate sobre su calidad artística, Gabriela se adelantó y volvió al tema.

–¿Reconoces la habitación?

–Reconozco esos arcos –señaló con el dedo las formas lobuladas de los arcos góticos– Hay muy pocas habitaciones que los tienen. Creo que tres en la segunda planta y tres en la tercera. Dan a *la riva degli Schiavioni*.

–Pues vamos a revisarlas –se puso en pie.

–Gabriela –la detuvo Helena–, tenemos que esperar a que estén vacías. Tengo que mirar los registros y, en cuanto estén libres, podremos pasar.

–Pero ¡no puedo esperar! –protestó.

–No podemos hacer otra cosa –comprendía la inquietud, ella misma la sentía– pero esto es un hotel. No se puede entrar en una habitación cuando está ocupada.

–Pero...

–Ya pensaremos algo –la tranquilizó–. Ahora tengo que irme –Terminó su café y se puso en pie. Miró a Lucía y a Marc–, no la dejéis acercarse a las habitaciones, que la conozco –les advirtió.

–No te preocupes. Se te pasará la mañana volando. Tu madre y yo te haremos compañía.

–Yo he quedado con Mónica. Os tendréis que apañar solos.

–¿Mónica? –preguntó su hija con la alarma dibujada en su rostro–. ¿Mónica Rusconi?

–Sí. No sé por qué pones esa cara.

–Porque la conociste ayer.

–Eso no tiene nada que ver. Me gusta esa mujer. ¡Ah!, y me gusta su hijo –añadió.

–Eso me temía –comentó para que no la oyera.

–Vamos, guapa –dijo Marc levantándola–. Nosotros tenemos cosas que hacer. Me tienes que enseñar esas cárceles venecianas. Luego nos vemos, Lucía –se despidió arrastrando a Gabriela a la salida.

–Que lo paséis bien –deseó la mujer, que permaneció en la mesa con toda la tranquilidad del mundo mientras terminaba su desayuno. Los jóvenes iban siempre demasiado rápido para disfrutar de las cosas realmente importantes.

Capítulo 17

EL SECRETO

Gabriela y Marc vagaron por la ciudad sin rumbo. Se dedicaron a hacer turismo y a charlar. Llevaban tantos años juntos, contándose sus secretos y preocupaciones que se sentían cómodos y hasta protegidos. Si hubieran sido hermanos, no se habrían llevado mejor, y como tales, les gustaba chincharse.

Llevaban un rato sentados en un café cercano a la plaza de San Marcos, durante el cual, Marc se había dedicado a incordiarle.

–Entonces ¿qué hay entre el conde y tú?

Gabriela siempre le había contado sus historias amorosas, sin embargo, por alguna desconocida razón, no tenía ningún ánimo para hablarle de su extraña relación con Mario.

–No hay nada –contestó tajante.

Marc soltó una risita burlona.

–Venga, Gaby, que soy yo. Te conozco desde tiempos inmemoriales y os he visto juntos. No mencionaré que él quiere asesinarme cada vez que me acerco a ti.

–¿Y por qué va a querer asesinarte?

–Celos, querida. Te quiere para él y yo soy una amenaza.

–Eso es una tontería –protestó–. No nos gustamos. Nos soportamos porque somos descendientes de quienes somos. Si no fuera por esa circunstancia, ni siquiera nos habríamos conocido.

–Bonita disculpa –se estaba riendo de ella–. Ese tipo está interesado en ti. Créeme. Sé de lo que hablo. Te come con la mirada y, con su actitud, espanta a todos los moscones que se te acercan.

–Menos a Bruno –apuntó–. Voy a cenar con él esta noche.

Marc sonrió divertido.

–Tenías que haber visto su cara cuando te oyó aceptar la invitación. Casi lo desintegra con la mirada.

–Pues se consoló rápido con su hermana Alessia. Esa mujer me pone los pelos de punta–. La imaginó insinuante y fría como una serpiente enroscándose alrededor del cuerpo de Mario.

–Cuando los vi, no me pareció muy contento. En cambio, cuando está contigo, el hombre actúa de manera diferente.

–Me da igual lo que digas. Entre él y yo no hay nada. Punto. No le busques los tres pies al gato.

Su amigo le dio unas palmaditas en la mano, tal y como lo habría hecho con una niña pequeña.

–Lo que tú digas.

Siempre que le daba la razón de esa manera, conseguía sacarla de sus casillas.

–No es lo que yo digo. Es la realidad.

–Vale, no te enfades.

Marc pensaba que detrás de aquella defensa a ultranza de la inexistencia de una relación, había mucha tela que cortar. Con mucha probabilidad, más de la que la propia Gabriela imaginaba. Su amiga era bastante corta de vista en cuestiones sentimentales, pero él los había observado la noche anterior, durante su visita a la galería de arte. No había mucho que imaginar, sus cuerpos hablaban por sí solos. La tensión entre ellos se percibía a metros de distancia. No insistió, se limitó a dejar que las cosas siguieran su curso.

Después de terminar sus capuchinos, abandonaron el confort del local y se dirigieron al palacio ducal. Muy a su pesar, tendrían que hablar con Mario para que les permitiera entrar en la parte privada de las prisiones. No quería arriesgarse a que la volviera a descubrir merodeando por la zona prohibida sin su autorización.

La intención de Gabriela cuando pidió al conserje que avisara a Mario de su presencia no era que él se ofreciera como guía y les acompañara. En su ingenuidad, había pensado que les concedería el permiso para pasar a las mazmorras y que seguiría con lo suyo. Gran error. Si Mario se extrañó de verlos, lo disimuló con total perfección. Desde el primer momento se mostró encantador. Vigilaba a Marc con curiosidad a la vez que se comportaba como un perfecto anfitrión. A ella la trataba con corrección y distancia. Lo habría mandado a la porra si no hubiera sido por la presencia de su amigo. No quería darle motivos para que conjeturara a su antojo sobre su comportamiento y lo que eso podía implicar en su relación.

Mario les guió por las salas del palacio apuntando pormenores y anécdotas desconocidas. Era un buen maestro y un guía ameno. Gabriela decidió disfrutar del sonido de su voz hablando en castellano, en deferencia a su invitado, y aprender todas las cosas que resultaban nuevas para ella.

Por su parte, Mario la observaba sin perder detalle. Cuando le habían avisado de que estaba en la entrada, había bajado corriendo. No esperaba verla acompañada y mucho menos que quisiera pedirle permiso. Ella siempre hacía lo que le daba la gana, sobre todo, en lo que a él concernía. A lo mejor su amigo, novio o lo que fuera, le había metido un poco de sentido común en su atolondrada cabeza.

Esa mañana iba cubierta por el mismo abrigo grueso de color rojo que ya le había visto en otra ocasión. Con su coleta en lo alto de la cabeza, casi parecía una adolescente. Sin embargo, él sabía que no lo era, al igual que sabía que no era tan atolondrada como parecía.

El hombre que la acompañaba estaba pendiente de ella en todo momento, le gastaba bromas y le tomaba el pelo. El afecto que se profesaban era evidente. Y lo que más le llamaba la atención era esa nueva mujer que se mostraba ante sus ojos sin que fuera consciente. Con él se mostraba reservada e irascible. Esa actitud le molestaba tanto que lo único que despertaba en su estado de ánimo eran sentimientos de irritación y exasperación.

–¿Qué se siente al trabajar en un sitio como éste? –Marc estaba encantado con el lugar–. Verás cuando cuente a mis alumnos todas esas anécdotas. Seguro que ven la historia de otra manera.

–¿Qué enseñás? –preguntó.

–Historia y arte en un instituto. A veces es ingrato porque la mayoría de los alumnos pasa de ese tipo de cosas. Procuero hacerles la materia más cercana e interesante aunque resulta complicado. Para ellos es más importante aprobar que aprender.

–Pensé que estabas en la universidad con Gabriela.

Marc sonrió y miró a su amiga.

–Gabriela no tiene ninguna paciencia para estar con adolescentes.

Ella le miró con enfado.

–No empieces con eso. Es solo que en la universidad dispongo de más tiempo para mis investigaciones y mis alumnos sí que quieren aprender de verdad.

–Eso es cierto –le concedió Marc.

–¿Os pasáis la vida discutiendo? –preguntó Mario con evidente interés.

–Casi siempre –contestó él.

–No discutimos –dijo ella a la vez.

Al darse cuenta de que habían dicho cosas distintas, soltaron una carcajada al unísono.

Mario los contempló con envidia. Sin duda discutían, aunque no les importaba en absoluto. Terminaban haciendo las paces. Lo que ya no quería saber era cómo las hacían. Con solo imaginarlos besándose se llenaba de ira y celos.

–Hemos llegado –anunció cuando estuvieron en la parte privada de la prisión.

Gabriela dejó de reír y se aproximó a la celda que la atraía como un imán. Se arrebujo dentro de su abrigo. Había bajado la temperatura unos grados, no sabía por qué los presos no morían helados. Avanzó unos pasos más. Allí estaba Angelo, sentado en su sitio de siempre. La miraba con un punto de desesperación en esos ojos grises que tan bien había llegado a conocer.

«*Es una trampa*»... esas palabras reverberaban en su cabeza. El hombre no apartaba los ojos de ella. Su voz repetía aquella letanía una y otra vez. «*Es una trampa*» «*Es una trampa*». Estiró la mano con la intención de tocarle y dio un paso vacilante hacia el interior de la celda.

–¡Gabriela!

Dos voces masculinas se entremezclaron alarmadas al ver que se tambaleaba. Mario la alcanzó primero, evitando que se cayera.

De los labios amoratados de la joven solo salía una palabra: «*Angelo*» Sus ojos, vidriosos parecían ver a través de ellos. Mario miró alarmado a Marc, que se había acercado y daba suaves golpecitos al rostro de su amiga, quien no paraba de tiritar.

–Es este maldito lugar –masculló el italiano–. No sé qué extraño influjo ejerce sobre ella. Siempre que la encuentro aquí actúa de manera incongruente–. Nada más decirlo, recordó que la última vez que la había sorprendido allí, habían terminado portándose los dos de manera bastante inconexa. Habían terminado besándose como si hubieran descubierto el maná tras un largo camino por el desierto.

Marc le dirigió una mirada preocupada. Sospechaba que ella había visto a Angelo, más concretamente, lo veía todavía, porque no dejaba de señalar hacia la pared de enfrente y pronunciar su nombre.

Mario la sujetaba con fuerza, ella se negaba a que la abrazara y Marc le susurraba palabras tranquilizadoras. Por lo que vislumbraba, el conde seguía sin conocer la existencia de las visiones. «¡A la porra!» Antes o después tendrían que decírselo.

–Gabriela –la llamó con voz suave a la vez que le agarraba el rostro–, ¿qué pasa?

Ella esquivó su mano y volvió a mirar a Angelo, quien seguía mirándola con angustia, como si ella fuera la única persona capaz de sacarlo de aquel tormento.

–Angelo –pronunció en voz baja–, es una trampa.

–¿Qué es una trampa?¿Dónde está Angelo? –Marc le hacía preguntas con la intención de hacerla hablar y que volviera a la realidad.

Ella señaló el banco adosado a la pared.

–Quiere salir de aquí. Es una trampa.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

–Ya está bien.

Mario la cogió en brazos, a pesar de su resistencia. Quería saber qué había en esa celda que la había puesto en ese estado, pero tenía que sacarla de la mazmorra antes de que pillara una pulmonía o le diera una parada cardíaca.

–Vamos a mi despacho –Salió en dirección a él sin comprobar si el hombre, asombrado por su acción, lo seguía.

Apenas notaba el peso de Gabriela en sus brazos. Era liviana para su estatura. Las formas de su cuerpo se pegaban al suyo, ahora que había dejado de luchar. Aquella mujer, con su aspecto atractivo y su comportamiento inconexo, le iba a volver loco, pensó con irritación.

Entró en su oficina seguido de un silencioso Marc y la depositó, con cuidado, en un pequeño sofá de piel.

–Es una trampa –volvió a mencionar ella con los ojos cerrados.

–Busca algo para beber –pidió Marc a un desconcertado italiano mientras él se arrodillaba junto a su amiga. Aquello era muy serio. Se habían reído de la palabra fantasma, pero él nunca había presenciado algo parecido. Gabriela estaba realmente afectada y ¡narices!, allí abajo hacía un frío de muerte.

Oyó a Mario pedir agua y café con leche. No sabía si era casualidad o que había llegado a conocerla muy bien porque un café muy dulce era lo único que la ponía en acción en unos minutos. Le frotó los brazos con energía.

–¿Siempre hace tanto frío? –preguntó a un Rusconi totalmente confundido. Le hacía gracia ver que, acostumbrado a controlar la situación, en ese caso no supiera cómo actuar.

–Nunca hace frío. Ahora hay una instalación de calefacción. Mandaré revisarla porque es verdad que lo hacía –comentó sin dejar de mirarla.

Ninguno había visto a Angelo, el origen de esa bajada de temperatura y, aunque Marc conocía su existencia, no terminaba de relacionar ambos sucesos.

–¿Qué ha pasado? –Gabriela trato de incorporarse, pero la mano de Marc se lo impidió.

–Quieta –le ordenó–. No te muevas bruscamente o volverás a marearte.

–¿Me he mareado? –preguntó confusa a la vez que miraba a su alrededor. Descubrió ante ella la figura alta e imponente de Mario, quien la miraba con expresión inescrutable, y recordó todo.

Se sentó de golpe, antes de que Marc pudiera evitarlo.

Unos golpes discretos en la puerta, anunciaron la presencia de un conserje, que apareció con una bandeja y las bebidas solicitadas. Miró al grupo con curiosidad y desapareció tan silencioso como había aparecido. «Ya había tema de conversación entre todos los empleados del palacio», se dijo Mario con fastidio. No obstante, había aprendido que los cotilleos eran imparables y que terminaban cuando un nuevo tema de conversación tomaba el relevo.

Se sentía raro. Hacía una semana no conocía a Gabriela y en ese corto espacio de tiempo ella se había convertido en el centro de su vida. Aparecía cuando menos la esperaba, contando historias absurdas de antepasados y comportándose de manera totalmente fuera de la normalidad. Esas circunstancias no le habrían afectado en absoluto si no hubiera sido porque se sentía atraído por ella. Se acercó y le entregó el café con leche.

–Gracias –murmuró ella.

Los hombres esperaron a que bebiera y se tranquilizara, pero la tregua iba a durar lo mismo que su taza de café. Las preguntas lloverían sobre ella, que tenía que encontrar una excusa razonable para explicar su comportamiento. Más tarde, contaría a Marc la verdad porque de ninguna manera iba a hablar de fantasmas con Rusconi.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Marc.

Ella asintió.

–¿Qué ha pasado? –Comenzaba el interrogatorio.

Bien, se dijo Mario, si el amigo empezaba a preguntar, él se libraría del sarcasmo y las malas contestaciones, incluso podría enterarse de lo que pasaba por la cabeza de la chica misteriosa.

–Nada –la oyó decir–. De repente, me he mareado y he dejado de ver. Solo sentía mucho frío.

–Es que hacía mucho frío –le comentó–. Aún así no parabas de hablar y repetir palabras inconexas.

Ella le dirigió una mirada de súplica para que no siguiera insistiendo delante de Mario. Notaba sus ojos fijos en ella y un sexto sentido le decía que estaba pendiente de cualquier cosa que sirviera para meterse con ella. Su cuerpo le lanzaba unas señales pero sus palabras eran duras. Sabía que aunque habían decidido investigar en equipo, no contaba con su aprobación.

Él los veía hablar y tocarse con total confianza. Lo habían olvidado por completo y empezaba a estar molesto de verdad por sentirse excluido.

–Repetías el nombre de Angelo sin parar –intervino en la conversación. Le pareció apreciar que ella se asustaba cuando mencionó a su antepasado–. También repetías que todo era una trampa.

¡Vaya! No había perdido detalle. «A ver cómo sales de ésta» se dijo. Bueno, siempre le quedaba el recurso de la amnesia.

–No recuerdo nada.

Marc los estudiaba y cada vez estaba más convencido de que entre ellos había algo más allá de lo que querían aceptar. Por otro lado, si querían avanzar en la investigación, consideraba necesario que el italiano conociera toda la verdad. Con esa certeza, decidió lanzarse al vacío y arriesgarse a que Gabriela no volviera a dirigirle la palabra o, simplemente, lo matara. Sin embargo, después de verla casi en trance, opinaba que lo mejor era acelerar el proceso.

–Gaby –se volvió a sentar a su lado–, tendrías que contarle la verdad.

–¡Marc! –Le miró espantada. ¿Se había vuelto loco?–. ¡No!

–Sí –Respondió él con contundencia–. Tienes que contarle todo.

–No –volvió a negar nerviosa–. No puedo. Va a pensar que estoy loca.

–No te preocupes, creo que ya lo piensa –Se rió.

–Por si no lo recordáis –tronó la voz del aludido–, sigo aquí y creo que estáis hablando de mí. A ver, decidme de una vez qué es lo que debo o no debo saber.

–¡Marc! ¡No! –gritó con angustia.

Él le pidió perdón con la mirada antes de soltar la bomba.

–Gabriela ve fantasmas –antes de que el otro hombre dijera nada, añadió–. Ve a Angelo y a Gabriella.

¡Y él que pensaba que estaba loca! Eso era poco. Y, encima, el amigo le seguía el juego. Miró pasmado a ambos sin saber qué hacer o decir.

–Fantasmas –repitió con voz ausente.

Gabriela había enterrado la cabeza entre las manos, totalmente avergonzada. Iba a matar a Marc, pero antes, lo torturaría hasta que pidiera su propia ejecución.

–Sí –confirmó el traidor–. Fantasmas. Ya sé que es raro.

–¿Raro? –Le interrumpió Mario con recelo–. ¡Claro que es raro! Es más, diría que estáis locos o perseguís sacarme algo, que no imagino qué pueda ser, con esta historia.

Gabriela se levantó como impulsada por un muelle.

–Nos vamos –dijo, dirigiéndose hacia la puerta. Había recuperado toda su energía.

Él la detuvo sujetándola por el brazo.

–Ah, no. Tú no te vas.

–¿Y quién me lo va impedir? –se estiró y le plantó cara.

Mario tomó aire y lo expulsó despacio, tratando de mantener la calma.

Marc observaba la escena divertido, aunque dispuesto a intervenir. Gabriela necesitaba a alguien que no se doblegara ante ella, sin embargo, estaría pendiente para que nadie le hiciera daño y menos aquel italiano atractivo y arrogante.

–No puedes decir que ves fantasmas y largarte tan tranquila.

–Y tú no puedes acusarme de loca y de intrigante y esperar que aguante ni un minuto más en tu presencia –replicó.

–Está bien –levantó ambas manos en señal de paz–. Volvamos a empezar. Explícame eso de que ves a Angelo.

–Y a Gabriella –añadió–, también la veo a ella.

Él asintió, sintiendo una especie de vértigo. No podía creer que estuviera dispuesto a oír una explicación semejante, pero desde que la conocía, hacía cosas más bien inauditas en él.

Gabriela decidió que iba a molestarle un rato y empezó por el suceso que acababa de vivir.

–Para que lo sepas –comenzó–, Angelo está casi siempre en esa celda. La primera vez que me sorprendiste, acababa de verlo y la segunda, había vuelto para ver si lo conseguía otra vez. También estaba en la sala de la brújula, lo estaban juzgando.

La cabeza de Mario giraba como un artefacto de feria. Daba vueltas sin conseguir llegar a ninguna parte. No entendía nada.

Marc se apiadó de él, quizá porque conocía la vena perversa de su amiga cuando le tocaban la moral.

–Lo que quiere decir es que ha visto el fantasma de tu antepasado varias veces en el palacio y en distintos lugares, aunque el preferido es la celda.

–Y en la Universidad –intervino ella de nuevo–. Siempre que estás tú, aparece él. Es como si te persiguiera o te vigilara.

Él sintió un escalofrío, sensación a la que no estaba acostumbrado. No creía nada de lo que le estaban contando, pero pensar que llevaba un fantasma pegado a su espalda, por mucho que quisiera protegerlo, le producía cierto reparo, por no decir un gran desasosiego.

–Y también ves a Gabriella

–A ella la veo en sueños.

Lo dijo con total convicción. ¡Dios! Estaba pirada de verdad.

Marc decidió intervenir de nuevo y poner un poco de sensatez en aquella conversación.

–Gabriela, deja de asustarlo y cuéntale las cosas de verdad. Después, que él juzgue o decida si son fantasmas o es otra cosa.

Ella sonrió con satisfacción. Por una vez, dominaba la situación y el veneciano estirado tenía que esperar a lo que quisiera contarle o no. Volvió al sofá con tranquilidad y se sentó de nuevo. Dio un sorbo al vaso de agua y comenzó con su extravagante historia, desde el sueño que había tenido en Barcelona, al guante encontrado bajo el puente que recordaba al de los suspiros, pasando por la lectura del diario que le había dado su madre. Todo.

El rostro de Mario dibujó estupefacción, incredulidad e interés. Escuchaba con atención e intentaba dar una explicación lógica a aquella secuencia de hechos ilógicos.

–Ya has visto lo que ha pasado en la mazmorra hace un rato –comentó Marc–. Yo nunca la había visto así.

–Él me hablaba –explicó–. Sus palabras retumbaban en mi cabeza y no paraba de decir que era una trampa.

–A lo mejor quería decirte que estaba en prisión porque alguien le había tendido una trampa.

–¿Os estáis oyendo? –preguntó Mario aún sin aceptar la existencia de Angelo–. Habláis como si de verdad lo hubieras visto.

–Es que *lo he visto* –recalcó–. Puedes creer lo que quieras, pero yo voy a averiguar si le tendieron una trampa o no.

–Tengo que pensar. Toda esta historia es demasiado para alguien como yo –serio y racional, le faltó decir. Y sobre todo, cuerdo.

Ella captó el tono y lo interpretó a su manera.

–Claro. Alguien tan serio y seguro de sí mismo como tú, no puede fiarse de un par de sinvergüenzas pirados.

–No me querrás convencer de que ver fantasmas es la cosa más habitual del mundo.

–Pues no, pero yo no me estoy inventando nada.

–Está bien –Marc se levantó del sillón que había ocupado y se acercó a su amiga–, vamos a dejarle solo para que asimile todo. Ya hablareis después.

Ella se dejó guiar. Estaba cansada de luchar contra aquel ser testarudo que, desde que la había conocido, la había tratado como si no estuviera a su altura. Le lanzó una mirada airada y siguió a su amigo. Mario no intentó detenerles, estaba sencillamente pasmado.

Capítulo 18

EL DIARIO

Gabriela estaba indignada con su amigo y, en cuanto estuvieron solos, se volvió contra él.

–Todavía no sé en qué estabas pensando para contarle lo de los fantasmas. ¿Te has vuelto loco?

Marc siguió caminando, hecho que la obligó a correr detrás de él.

–¡Te estoy hablando! –gritó a su amplia espalda. Estaba furiosa.

Él se detuvo para contestarle y ella, en su carrera, chocó contra su cuerpo y rebotó, haciéndola trastabillar. El verse casi en el suelo, aumentó su enfado si eso era posible. La furia no la dejaba pronunciar una palabra.

–Tenía que hacerlo –habló, por fin, su ya ex amigo con voz calmada. Mucho tendría que decir para convencerla de que volviera a serlo–. Estamos en un punto muerto y él tiene derecho a saberlo.

–¿Derecho? ¿Tú has visto cómo me ha mirado cuando ha asimilado lo que decías? Me gustaría saber de qué lado estás.

Marc la sujetó por ambos brazos y se inclinó para mirarla a los ojos y que ella viera bien los suyos.

–Solo hay un lado. Todos queremos saber qué ocurrió. Rusconi también y por lo que he podido observar, está dispuesto a creerte. Déjalo rumiar un poco la información que le hemos dado y ya verás qué poco tarda en llamarte. Dale tiempo. Si hasta tú tuviste que tomarte el tuyo para asimilar lo que te estaba pasando.

Ella consiguió tranquilizarse un poco.

–Podrías haberme avisado de lo que ibas a hacer. Me sentí realmente avergonzada.

Él la abrazó con cariño y le dio un beso en la cabeza.

–No tienes por qué avergonzarte. Tienes un don y te va a servir para descubrir algo que pasó hace más de dos siglos.

El teléfono de Gabriela pitó, indicando la entrada de un mensaje. Se soltó de los brazos masculinos y leyó lo que ponía.

–Es Helena. Dice que vayamos al hotel. Cree que ha encontrado la habitación de mis sueños.

La emoción del descubrimiento y las expectativas que se abrían, la hicieron salir corriendo.

Dos plantas más arriba, en una de las ventanas del palacio, un pensativo Mario Rusconi los observaba. Los había visto discutir. Su lenguaje corporal así lo indicaba, aunque en realidad era ella la única que buscaba pelea. El hombre no se había alterado y había terminado abrazándola. El pecho le quemó ante esa imagen cariñosa. Le gustaría

saber a ciencia cierta qué relación mantenían y a la vez temía conocer la respuesta a por qué se alteraba tanto cuando los veía juntos. Sacudió la cabeza y se dirigió a su mesa. Ya había perdido demasiado tiempo esa mañana y tenía varias cosas pendientes.

Helena les esperaba impaciente. Al verlos entrar en el vestíbulo, se dirigió hacia ellos, agarró a cada uno de un brazo y los llevó hacia el ascensor.

–Vamos, tenemos poco tiempo.

–¿Para qué tenemos poco tiempo? –preguntó Gabriela sin dejar de seguirla. Podía más la curiosidad.

–La habitación se ha quedado libre esta mañana. Disponemos de poco tiempo hasta que lleguen los nuevos clientes para buscar el diario– mientras hablaba, pulsó el botón del primer piso. Las puertas automáticas se abrieron, dándoles acceso a un pasillo alfombrado–. Esta mañana he estado pensando en tu dibujo y creo que puede ser ésta –abrió y se hizo a un lado para que los demás pudieran entrar.

La estancia estaba decorada con un gusto exquisito. Los muebles, auténticas antigüedades, podían haber pertenecido perfectamente al antiguo palacio.

–Mira –señaló la italiana los ventanales–. Son como los de tu dibujo.

Gabriela los examinó con atención. Los arcos góticos eran los que ella había visto en su sueño en varias ocasiones y, aunque la distribución era diferente, la chimenea estaba en el mismo sitio. Se dirigió a ella con pasos decididos y la inspeccionó. La apariencia era de lo más normal. Aquella losa de mármol no parecía encerrar ningún secreto. Para su antepasada podría haber sido muy fácil abrir y cerrar el escondrijo pero ella lo único que conocía era el lugar por donde la había visto guardar el librito. Miró y remiró toda la pared e intentó recordar si había algún dispositivo. Cerró los ojos y recreó la escena con la que había soñado. Por unos instantes, volvió a sumergirse en la vida de aquel edificio dos siglos atrás. Lámparas con velas. Un fuego crepitante, brocados en las tapicerías, calidez en contraste con el frío de la noche. Dos mujeres charlando. A través de las ventanas, solo oscuridad. La rubia se levanta y camina hacia la chimenea. Gabriela no puede ver qué hace con las manos o dónde toca. «*Fíjate bien. Tienes que verlo*».

Los amigos de la joven observaban, estupefactos, cómo se movía por la habitación. Parecía en trance. Tocó algunas piedras, sin ningún resultado, y después abrió los ojos.

–Esta no es la habitación –comentó desilusionada–. ¿No dijiste que había otra parecida?

–Sí. Hay otra exactamente igual. Está justo al lado, pero está ocupada.

–Tenemos que entrar –dijo Gabriela con resolución.

–No podemos.

–Si entramos como si fuéramos las limpiadoras...

–¡Estás loca! –Exclamó Helena– ¿Y si nos pillan mientras registras la chimenea?

–Marc vigilará –respondió con tranquilidad. Estaba decidida.

–A mí no me metas en líos –se defendió él–. Lo que propones es un delito.

–No lo es, puesto que no me voy a llevar nada que sea de ellos. Es mío. Bueno, ahora es del padre de Helena. Pero ese diario es mi legado.

Helena sopesó los pros y los contras y al final decidió que podían intentarlo.

–Solo unos minutos –le advirtió–. Esperad un momento.

Al cabo de un tiempo, apareció de nuevo con una tarjeta en las manos.

–Me debes una muy gorda –dijo a Gabriela a la vez que introducía la llave magnética en la ranura. Se oyó un pequeño chasquido y se encontró con la lucecita verde que les daba vía libre.

Las chicas entraron mientras que Marc, enfurruñado, se quedó vigilando el pasillo.

–Siempre me toca lo peor –masculló.

La estancia era muy similar a su contigua. Los colores de las tapicerías eran diferentes pero una reproducción exacta de lo que podría haber sido un dormitorio del siglo dieciocho. Tampoco éste se parecía al que ocupó Gabriella, aunque su descendiente ya se lo esperaba. Fue directa a la chimenea y repitió la misma inspección que había realizado en la anterior. Pasó las manos con suavidad por el borde. Sus dedos se engancharon en algo que sobresalía, una especie de pulsador, imaginó por su tacto. Su corazón aceleró el ritmo ante la posibilidad de haber encontrado lo que buscaba. Empujó con fuerza y esperó. La exclamación que salió de sus labios atrajo la atención de sus amigos. Marc olvidó su vigilancia.

–¿Lo has encontrado?

Ante tres pares de ojos expectantes, una de las partes de la repisa de la chimenea se desplazó. Gabriela se asomó y los latidos del corazón se detuvieron por unos instantes. Se quedó paralizada ante lo que veía. Un libro negro descansaba en una especie de cajón. Llevaba allí dos siglos, esperándola. Lo levantó con cuidado, temiendo que desapareciera o se deshiciera en sus manos, y lo sacó con reverencia.

–¡Cielo santo!

El timbre de los ascensores les hizo reaccionar. Gabriela empujó el trozo de mármol y la repisa volvió a su sitio. Después, salió apresurada de la habitación.

En la puerta se encontraron con una pareja que los miraban expectantes, pidiendo una explicación.

Helena reaccionó a tiempo. Se adelantó y se presentó. Tras contar una absurda historia sobre una queja de una gotera en el piso de abajo, los clientes quedaron satisfechos y agradecidos por la botella de champán a la que les invitaba el hotel por las molestias.

Gabriela no había pronunciado palabra. Sujetaba el libro con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer.

Mario pasó la mañana conmocionado. A pesar de la importante reunión que había mantenido con el consejo de administración de los museos y del palacio, que había

absorbido toda su atención, una porción de su cerebro había estado desconectada de lo que sucedía. La mayor parte del tiempo la había pasado tratando de asimilar y entender lo que le había desvelado la pareja española. Pareja, sí. Sintió un pinchazo en el pecho. Aquellos dos eran pareja. Seguro. Se compenetraban y se entendían con tan solo mirarse y los gestos entre ellos era cariñosos, todo lo contrario a lo que sucedía cuando él mismo se encontraba con ella. De cualquier modo, terminaban discutiendo. O besándose. Siempre que estaban juntos, saltaban chispas. En una u otra categoría, pero chispas al fin y al cabo. Esa corriente eléctrica que les conectaba y que no se manifestaba cuando estaba con su amigo.

Se pasó una mano por el cabello, alborotándolo un poco. Estaba cansado, necesitaba un respiro. Para terminar esa caótica mañana, había tenido que soportar la presencia de Francetti en la junta con su sonrisa autosuficiente y sus ojos irónicos. Le había faltado tiempo para, al término de la reunión, informarle de forma casual que iba a cenar esa noche con la encantadora amiga de Helena.

Apretó los puños en un gesto inconsciente. Le habían dado ganas de agarrarlo por las solapas de su carísimo traje italiano y borrarle su provocadora sonrisa de un puñetazo.

Miró la hora y pensó que llamar a su madre podría ser una buena idea. Necesitaba hablar con alguien del secreto de Gabriela y no había nadie mejor para hacerlo que con ella. Su madre era una mujer pragmática que sabía tratar las cosas con perspectiva. Faltaba aún un rato para salir del trabajo y no podía esperar más, tampoco podía arriesgarse a no encontrarla en casa. Con todos sus compromisos sociales y todas las fiestas de esas fechas, era muy difícil pillarla. Así que decidió intentarlo.

Tras unos cuantos pitidos, la voz de Mónica se dejó oír suave y firme a la vez. Tal y como ella era.

–¿Mamá?

–¡Mario, cariño! ¿Qué pasa?

–Nada. Solo quería comentarte una cosa y no sé si podré hacerlo esta noche.

–Seguramente no. Lucía y yo vamos a ir a visitar a unos amigos.

–¿Lucía? –No terminaba de concentrarse y no identificó el nombre.

–Hijo, estás un poco distraído. Lucía, la madre de Gabriela.

¡Claro! Recordó de golpe que habían quedado para comer.

–Parece que os entendéis muy bien –murmuró algo molesto. No conocía muy bien el motivo de su desazón, o tal vez sí y no lo quería reconocer. A su memoria volvieron las palabras de ella advirtiéndole del peligro que entrañaba para ellos la amistad de las dos mujeres.

–La verdad es que es encantadora. Hemos estado horas hablando y sí, me cae muy bien.

–Me alegro porque tengo que contarte algo sobre su hija muy interesante.

–Estás muy impertinente esta tarde. Venga, suelta qué es lo que te molesta.

Podría contarle que lo que realmente le molestaba era ver a la muchacha en compañía de otros hombres a la vez que no quería tener nada que ver con ella. También

podría decirle que le atraía enormemente. Sin embargo, no lo hizo porque si no, terminarían embarcados en una disertación en la que no quería entrar, mucho menos con su madre, que estaba deseando emparejarlo. Se decidió por la versión menos polémica: las visiones.

–La chica ve fantasmas. En concreto los de Angelo y Gabriella, su antepasada. Esta mañana yo he asistido a una *visión* de éstas y casi me mata del susto –se sinceró.

Esperaba que la mujer soltara una exclamación de perplejidad, que se riera, que mostrara escepticismo, cualquier cosa menos su tono calmado de aceptación.

–Eso puede ser muy estresante para una muchacha tan sensible como ella. Debe de sentirse fatal.

–¡Mamá! –Se alteró–, que te estoy diciendo que ve fantasmas.

–No grites. Te he entendido la primera vez –soltó tan tranquila–. Debes ayudarla. La chica está sufriendo mucho con este asunto.

Mario se pasó la mano por la cara con gesto cansado y derrotado. No entendía qué extraño ser había abducido a su madre. Hablaba de fantasmas como de ir al médico por un dolor de muelas. ¿Sufrir Gabriela? No lo parecía. Salvo el momento en que se había desvanecido, recordó. Se removió inquieto en el sillón. Iba a terminar tan loco como la extranjera.

–No puedo creer que pienses que ve fantasmas. ¡Por favor!

–Mario –habló con tono paciente–, Lucía me ha contado todo. Cómo Gabriella, la mujer del cuadro de tu habitación, salió de Venecia. Ya has visto cómo se parecen las dos. Podrían ser hermanas gemelas, lo mismo que tú con Angelo. Siempre te hemos tomado el pelo por tu parecido con él y ahora aparece ella. ¿No te extraña este paralelismo?

–No empieces tú también con eso –la había llamado porque quería una cuerda que lo atara a la sensatez y lo que había conseguido era que su equilibrio mental se tambaleara aún más.

–Intuyo que no soy la única que te ha mencionado el tema.

–Gabriela no para de hacerlo. Ella defiende la teoría del paralelismo de nuestras historias y que somos nosotros los únicos que podemos resolver el misterio de la muerte de Angelo.

–Pues creo que tiene razón. ¿Te gusta? –preguntó de forma directa.

–¿Cómo? –No iba a discutir con ella su vida sentimental, pero Mónica no era una mujer que se diera por vencida.

–Te pregunto que si te gusta la chica –insistió–. Es muy guapa.

–Claro que es muy guapa –aceptó–. Es evidente.

–Y a ti te gusta –afirmó sin dudarle. Conocía muy bien a su hijo y sabía cómo sacarle información.

Él suspiró y aceptó lo inevitable.

–Sí. Me gusta.

–¡Ja! –exclamó con tono satisfecho–. Lo sabía. Se os nota muchísimo a los dos.

–Eh, echa el freno. ¿Cómo que se nos nota a los dos?

–Cuando estáis juntos en la misma habitación, producís suficiente voltaje para iluminarla.

–Eso es una exageración y, según ella, tiene una explicación. Por lo visto, estamos bajo la influencia de la relación maltrecha de nuestros antepasados –explicó con un poco de sorna. Su madre no captó el tono y sí sacó sus propias conclusiones.

–Eso quiere decir que habéis puesto las cartas sobre la mesa –la voz de Mónica sonaba satisfecha, hasta alegre.

–No te animes, mamá. No hay nada entre nosotros, no cambies de tema. ¿Crees que los ve?

–Hijo, a estas alturas de mi vida, puedo creermelo casi cualquier cosa y recuerda que siempre se comentó que el conde, el padre de la Gabriella del siglo dieciocho, tenía relación con ese tipo de cosas. No te extrañe que ella haya heredado ese don porque, según me ha comentado Lucía, nunca ha experimentado nada parecido. Sin embargo, cuando su hija le contó su primer sueño, el que desencadenó todo, supo que era la persona elegida.

Mario se quedó en silencio, procesando toda aquella avalancha de palabras.

–¿Mario? –Oyó a su madre–. ¿Sigues ahí?

–Sigo aquí –respondió–. Hecho un lío, pero aquí.

–Tú solo tienes que ayudarla y apoyarla en lo que te pida –le rogó–. Y sobre todo, no discutáis.

Como si eso fuera posible. No obstante, le dijo que lo intentaría. Era la única forma de tranquilizarla.

–Tengo que dejarte –dijo ella–. Llegaré tarde si no me doy prisa. Ya hablaremos mañana. Un beso –se despidió precipitadamente.

–Un beso –contestó al silencioso auricular. Su madre ya había colgado.

Bien, tendría que ver qué hacía con todo aquello. Su madre se había puesto de parte de la locura y él casi estaba atrapado en ella también.

Gabriela llevaba encerrada en su habitación toda la tarde. Había consentido ir a comer porque Marc la había amenazado con esconderle el diario. Así que llena de impaciencia y cegada de expectativas, había dado la lata a sus amigos con el contenido de aquel libro antiguo, especulando y haciendo suposiciones. Estaban con el postre cuando Helena le dio permiso para marcharse como a una niña pequeña.

–Será mejor que te vayas o nos volverás locos con tus nervios –cruzó una mirada divertida con el hombre. Ambos la conocían lo suficiente como para saber que no iba a aguantar ni un minuto más sentada.

Ella no esperó nada más. Se puso en pie de un salto. Su amiga la detuvo poniendo una mano sobre su brazo.

–Eso sí, queremos un resumen completo y exhaustivo de todo lo que Gabriella cuenta ahí –señaló el cuaderno–. ¿Trato hecho?

–¡Por supuesto! Tendréis que ayudarme con toda la información que pueda sacar de aquí.

Salió con precipitación ante la mirada risueña y comprensiva de sus compañeros de mesa.

–Cuando se le mete algo entre ceja y ceja es difícil detenerla –comentó Helena.

–Dímelo a mí, que llevo con ella desde que tenía quince años –contestó Marc–. Cuando tiene que hacer algo, lo hace inmediatamente. No sabe esperar. No te puedes imaginar los quebraderos de cabeza que me ha dado desde que nos conocemos.

–La quieres mucho –afirmó más que preguntó.

El hombre sonrió con ternura, haciendo su rostro aún más atractivo.

–Sí –confirmó–. Llevamos juntos casi toda la vida y hemos pasado por muchas cosas.

–Es curioso –comentó Helena para sí misma.

–¿El qué?

–Que no seáis pareja. Se os ve compenetrados y a gusto el uno con el otro. Se nota que os queréis.

–Todo eso es cierto, pero siempre nos ha faltado la chispa, ésa que salta cuando ella y el conde están en la misma habitación.

–Tú también lo has notado –comentó ella con satisfacción.

Él soltó una risita.

–Creo que los únicos que no lo aceptan son ellos. Tenías que haberles visto esta mañana cuando ella ha visto a Angelo.

–Cuenta –se inclinó hacia él en actitud cómplice.

Marc se dedicó a ponerla al día sobre todo lo ocurrido en el palacio.

Mientras sus amigos hablaban de ella y de su vida amorosa, Gabriela estaba enfrascada en la lectura del diario recién descubierto.

Estaba escrito en italiano con letra clara y femenina, igual que el que su madre le había entregado. Al ver las fechas de las entradas, observó que algunas, se superponían, incluso completaban a las que figuraban en el que ya había leído, lo que indicaba que escribía en uno u otro indistintamente. Con toda probabilidad había utilizado ese los días previos a abandonar Venecia y, o no le había dado tiempo o, simplemente, no recordó recogerlo. La salida había sido algo precipitada y su cabeza no debía de estar para escribir diarios. De hecho, tras las palabras de que empezaba una nueva vida, añadidas en español en el libro anterior, no había vuelto a escribir nada.

En el que leía ahora, contaba cómo se había preparado para ir al baile, de la ilusión por encontrarse con Angelo y de la complicidad de Marta.

24 de febrero de 1796

Esta tarde ha aparecido el conde Francetti en el palazzo. ¡Qué hombre más arrogante e insufrible. Cada vez que noto sus fríos ojos azules posados en mí, siento un escalofrío.

Venía a pedir permiso a mi padre para acompañarme al gran baile de máscaras.

–¡No! –he gritado sin poderme contener.

Mi madre, que estaba en la sala, me ha mirado horrorizada por mi osadía y mi padre se ha erguido en toda su estatura y me ha lanzado una muda advertencia furiosa.

–¿Cómo que no? –su voz ha salido seca y enfadada. Contenida– El conde se ha ofrecido a acompañarte y creo que es muy adecuado para ti.

He mirado al aludido, quien sonreía con suficiencia. Ya sé que mi genio y mi boca me pierden pero estaba demasiado alterada para detenerme a pensar.

–¿Adecuado? –he preguntado con incredulidad–. Padre, este hombre no es nada adecuado para mí, ni siquiera me gusta.

El rostro de nuestro invitado ha pasado de la suficiencia al asombro y después se ha vuelto frío y pétreo. Me ha dado miedo.

La habitación se ha quedado en silencio. Mi padre, sin dar crédito a que una mujer se haya atrevido a contradecirle en público, mi madre avergonzada y temerosa.

–Francetti, disculpe a mi hija. Me temo que le hemos permitido demasiadas libertades en su educación. Gabriella acudirá con usted al baile.

–No voy a ir con él a ninguna parte, padre. Ya tengo a alguien que va a acompañarme. Alguien a quien amo y que me ama y que también es muy adecuado para mí. Si no puedo asistir con él, me quedaré en casa.

Aún tiembla mi mano mientras escribo esto. He salido corriendo de la sala y, supongo, que cuando me enfrente a mi padre, la situación no va a ser nada agradable. ¿Por qué no aprenderé a callarme? Tenía que haber aceptado y una vez en el baile, haber “perdido” al señor conde. Ahora no podré asistir. Tengo que avisar a Angelo de alguna manera».

Pero sí asistió. Era un acontecimiento demasiado importante para que la familia Monteverdi apareciera sin su heredera. Así que su madre se presentó en su habitación siendo portadora de las órdenes del patriarca. Iría al baile con ellos. El conde se había marchado demasiado enfadado por su rechazo.

Lo que ocurrió esa noche cambió por completo la vida de Gabriella. Las lágrimas, suponía que ésa era la causa, habían emborronado la tinta.

25 de febrero de 1796

¿Por qué? ¿Por qué? No es posible. Él no ha hecho nada. Se lo han llevado. Los hombres del duque se lo han llevado como si fuera un delincuente. Cuando, por fin, he logrado deshacerme de la vigilancia de mi padre, hemos podido vernos unos minutos, los suficientes para contarle lo sucedido en mi casa esta tarde. Después, ante la mirada satisfecha del conde Francetti y la consternada de casi todos los asistentes, esos hombres siniestros han irrumpido en el salón y se lo han llevado preso. Tengo que hacer algo, las Piombi son un lugar horroroso. No puedo pensar».

La angustia y el desconcierto de la muchacha traspasaron los siglos y el papel hasta llegar al corazón de Gabriela, quien tuvo que tomarse un tiempo para asimilar toda aquella información. Así que habían detenido a Angelo en el gran baile, delante de la nobleza de Venecia para vergüenza de su familia y desesperación de Gabriella. Las palabras inconexas denotaban su desaliento y el terrible golpe que acababa de sufrir.

Siguió leyendo. En días sucesivos, la chica había ido a visitarlo a la prisión y cada día volvía más deprimida. Las cucarachas y la humedad estaban haciendo mella en su amado. Utilizó sus influencias para hacerle llegar comida adecuada y ropa de abrigo. De cualquier modo, La importancia de la familia Rusconi le había procurado una celda en el piso superior, donde el ambiente era algo más seco y podía permanecer solo, sin el hacinamiento al que se veían sometidos los menos privilegiados.

Durante semanas, la joven salió a escondidas del palacio y pasó todo el tiempo que pudo junto a él, al otro lado de la gruesa puerta de madera.

Las últimas palabras que había escritas eran:

«Mañana. Mañana es el día».

Gabriela supuso que se refería al día de la ejecución porque a partir de ese momento, las hojas en blanco del diario solo despertaban más preguntas. Nadie volvió a escribir sobre ellas y el diario permaneció olvidado, o no, en su escondite secreto de la chimenea. Podía imaginar que tras aquel suceso, le fue imposible añadir una palabra más. Ignoraba si había asistido a la ejecución. Por lo que sabía, tenían lugar en la Plaza de San Marcos y el reo terminaba ajusticiado en la horca. Sintió náuseas al pensar en el final de aquel hombre atractivo que ella conocía tan bien a través de sus visiones. Podía ponerse en el lugar de su antepasada y experimentar, mínimamente, cómo se había sentido cuando le arrebataron de aquella manera al hombre que amaba.

Capítulo 19

PASADO Y PRESENTE

Permaneció durante un buen rato con el libro entre sus manos y las ideas bullendo en su cabeza. Demasiada información, demasiados sentimientos. Tras unos minutos más de reflexión, tomó una decisión. Agarró el móvil y buscó el número de Helena.

–¡Gabriela! –La oyó responder–, lo que te estás perdiendo.

Se oía música de fondo y mucho jaleo.

–¿Dónde estáis?

–En el Campo San Mauricio, aprendiendo a hacer máscaras. Tu madre y Marc parecen niños pequeños.

Ella sonrió.

–Yo creo que Marc lo es.

–Es encantador –dijo su amiga–. ¿Estás segura de que no lo quieres para ti?

Gabriela no tuvo más remedio que soltar una carcajada.

–No seas burra, Helena. Marc es mi amigo. Le quiero mucho pero ya está.

–Vale, vale. Ya sé que a ti quien te gusta es Rusconi.

–No empieces –protestó–. Hablando de él, te llamo para que me des su teléfono y el de Bruno.

–¿Has terminado el diario? –preguntó con curiosidad, presintiendo que algo importante había surgido tras su lectura.

–Sí –soltó un suspiro–. Por eso quiero encontrar a Mario.

–¿Mario? –se burló–. ¿Ya no te servimos los amigos?

–Prefiero hablar primero con él –dijo con seriedad, sin entrar en el juego.

–Y para eso necesitas anular tu cena con el encantador Bruno Francetti. No sé si le va a gustar.

–Helena, no te rías de mí. Esto es muy serio.

–Lo sé, lo sé. Es que hacía mucho tiempo que no te oía protestar –antes de que lo hiciera de nuevo, añadió–: apunta.

Le dictó los dos números y le deseó suerte.

«La voy a necesitar», se dijo ella al tiempo que marcaba en primer lugar el de Bruno. Éste se mostró comprensivo ante la excusa de un fuerte dolor de cabeza. No se le ocurrió otra cosa para cancelar el encuentro. Bruno parecía buena gente. Amable y simpático. Después de unas palabras corteses, quedaron para tomar un aperitivo al día siguiente; al fin y al cabo, no quería quemar todas sus naves. Él llevaba el apellido de uno de los protagonistas de la historia.

La siguiente llamada le costó hacerla un poco más. Cuando la voz ronca y seca de Mario sonó al otro lado, se quedó cortada, sin saber por dónde empezar.

–¿Quién es? –preguntó en tono exasperado.

–Soy yo. Gabriela.

–¿Gabriela? –sonaba sorprendido de verdad. Con total seguridad era la última persona a la que esperaba oír esa noche–. ¿Sucede algo?

–¿Estás ocupado? –preguntó a su vez sin responder.

–Acabo de llegar a casa. Iba a salir a cenar, pero puedo anular la cena si es importante.

¡Pues claro que era importante! Sin embargo mantuvo su tono tranquilo.

–Me gustaría enseñarte algo. He encontrado el otro diario de Gabriella.

Una exclamación asombrada traspasó la línea telefónica.

–¿Cómo? ¿Dónde?

Había muchas preguntas.

–Será mejor que vengas al hotel y hablemos con calma.

Él no puso ninguna objeción. Anunció que iría inmediatamente.

Media hora más tarde, Bruno Francetti veía a Mario Rusconi entrar con prisas al hotel donde Gabriela se alojaba.

Gabriela repasó una y otra vez las palabras que diría a Mario. Todavía le costaba reconocer ante él su extraño don, pero si quería explicarle la procedencia del diario, no tenía más remedio que contarle la verdad. El tiempo de los secretos había terminado.

Unos discretos golpes en la puerta anunciaron su llegada.

Los nervios la hicieron precipitarse hacia ella y abrir con brusquedad. No estaba preparada para la visión de un imponente Mario Rusconi, vestido de manera deportiva, que ocupaba todo el espacio. Por un momento, olvidó el motivo de su presencia.

–¿Puedo pasar? –preguntó la aparición con su voz bien modulada.

–Sí. Claro –Se hizo a un lado y le dejó espacio para que entrara.

Sin apartar la vista de la alta figura, se dejó caer sobre la madera recién cerrada. Mal empezaba la cosa si se quedaba con la mente en blanco y obnubilada por su imponente físico.

Calma, es Mario, tatarataranierto de Angelo. Nada más «y nada menos», oyó una vocecita molesta que decidió ignorar.

Mario no sabía qué podía encontrar en la habitación de la mujer. Lo que vio le sorprendió gratamente. La estancia impersonal destinada a los invitados se había convertido en un lugar acogedor. Una luz amarillenta incidía de manera directa sobre una butaca. Sin duda, el lugar donde había estado leyendo. Su mirada se detuvo sobre la silueta femenina.

Siempre que la veía, llevaba un grueso abrigo, nunca la había visto con ropa informal. El día del baile vestía un precioso vestido de época que marcaba su figura, nada que ver con aquellas mallas ajustadas de color negro que delineaban unas piernas largas y perfectas. Encima se había puesto un jersey verde oscuro que contrastaba con su melena rubia, en ese momento suelta, enmarcando unas facciones muy atractivas.

Su estómago se encogió. Aquel lugar cálido y esa mutua e intensa atracción, le colocaban en desventaja y no estaba acostumbrado a esa sensación.

Una caja antigua, depositada sobre la mesa, llamó su atención. Por unos instantes, olvidó la enervante presencia de la mujer.

Ella se dio cuenta de su interés y supo por dónde iba a empezar. La tomó entre sus manos y se la mostró.

–¿Te gusta?

Él asintió ensimismado.

–¿Puedo? –Pidió permiso para cogerla.

Ella se la dio y observó cómo él la examinaba.

–En casa hay una igual –comentó fascinado. Le parecía mentira. Ya eran demasiadas casualidades.

–Ábrela –le dijo con suavidad.

Él obedeció. Dentro, descubrió la miniatura, réplica del cuadro que él tenía. Sus ojos se clavaron en los de ella en una muda pregunta. Ella se limitó a hacer un gesto de asentimiento que le confirmó lo evidente. Con razón se había impresionado al ver el retrato. La pobre debía de tener la cabeza hecha un lío, más o menos como la tenía él.

–Hay más –dijo ella.

Él sacó el libro y pasó las hojas con cuidado. Estaba escrito en italiano.

–Es el diario del que te hablé –le aclaró–. Ahí habla de Angelo y de todo su amor por él.

–¿Y el que has encontrado?

Le mostró un segundo libro, similar al primero. Seguramente poseía varios, las familias con su poder adquisitivo podían tener acceso a ellos.

–Aquí cuenta un incidente con Francetti la noche del baile. Después habla del cautiverio de Angelo. Lo más seguro es que el primero lo tuviera en algún lugar accesible, en algún baúl, por ejemplo, y se lo llevase a España. Éste –señaló el que él tenía en su mano– lo dejó olvidado o no lo pudo rescatar.

–¿Por qué dices rescatar?

–Porque estaba oculto en un escondite, camuflado en la chimenea.

–¿Y cómo sabías tú eso?

Ahí estaba. Ahora le tocaba explicar la manera en que lo habían encontrado.

Mario la vio dudar. Se la veía vulnerable. Ella, siempre tan segura y desafiante, dudaba y mostraba cierta inseguridad.

–Lo soñé –soltó a la vez que se dejaba caer en el sillón iluminado por la lámpara de pie.

Parecía el escenario de esas películas en que una luz enfocaba sin piedad al interrogado.

¡Oh Dios! Más fantasmas, se dijo Mario. ¿Cómo podía atraerlo tanto aquella mujer, cuando todas sus alarmas le aconsejaban que saliera corriendo? Hizo todo lo contrario, se acercó más a ella.

–¿Cómo que lo soñaste?

Gabriela le explicó su sueño. Describió la habitación y cómo la había dibujado para Helena. Le contó cómo habían entrado y buscado el diario.

–¿Me estás diciendo –comentó en voz baja, con incredulidad–, que os habéis dedicado a golpear chimeneas en busca de un tesoro escondido? –Dio unos pasos por la habitación y se detuvo otra vez frente a ella–. De ti me lo creo, pero pensaba que Helena era más sensata.

Ella saltó como un resorte, se pudo en pie y se quedó pegada a él.

–¡Oye! Que yo también soy sensata.

–Claro. Por eso, desde que te conozco, actúas como la persona más normal del mundo.

–Desde que me conoces, he estado metida en una situación complicada. A ver si te crees que yo estoy acostumbrada a esto.

–Pues lo manejas muy bien. Hablas de fantasmas y sueños con la misma facilidad que yo de la historia de Venecia.

Ella sintió ganas de empujarlo para que se retirara y no la apabullara con la cercanía de su cuerpo. Sin embargo, se mantuvo quieta. Se irguió un poco más.

–No creas que es fácil para mí. Esta situación me supera –él creyó descubrir algo en el fondo de los ojos azules, como si buscaran su aceptación y su apoyo–. De todas formas –recuperó su seguridad–, es evidente que no miento. Soñé con un diario y su escondite y aquí está –lo agitó delante de sus narices.

Él lo atrapó y la taladró con sus ojos grises.

–¿Lo has leído entero?

–Llevo toda la tarde leyendo. Es horroroso saber de primera mano lo mal que lo pasaron. Se querían, Mario, se amaban de verdad. Alguien se interpuso y los separó. Gabriella sospechaba de Francetti; sin embargo, en aquella época, una mujer no podía hacer nada contra un hombre tan poderoso.

Mario recordó haber oído que ella cenaba esa noche con otro Francetti y no pudo permanecer en silencio.

–Hablando de Francetti. ¿No cenabas hoy con él?

–He anulado la cita.

Él sintió cierta satisfacción que no ocultó en el tono de sus siguientes palabras.

–Al joven Bruno no le va a gustar.

–No entiendo por qué dices eso. Bruno es muy comprensivo.

Mario estaba harto del tal Bruno y de la opinión que Gabriela se había formado de él. La agarró por ambos brazos y se inclinó hasta quedar a escasos centímetros de su cara.

–Escucha, pequeña. Bruno es un hombre caprichoso y malcriado, que siempre consigue lo que quiere. En este momento, lo que quiere eres tú. Puedo decirte con conocimiento de causa que, cuando las cosas no le salen como quiere, suele ser bastante cruel.

–Como tu amiguita Alessia –le cortó sin dejarle continuar–. Ella también tenía cosas que decirle sobre esa familia–. Esa mujer ha puesto los ojos en ti, mejor dicho, en tu fortuna.

–Exacto –contestó él sorprendiéndola–. Los dos visten con piel de cordero pero son auténticos lobos. Cuando a tu amiguito –imitó el tono de ella– se le contradice, su hermana acude en su ayuda. No lo dudes.

–No es mi amiguito –le retó echando chispas.

–Ni Alessia mi amiguita –le respondió.

–Bien –atacó ella.

–Bien –contraatacó él.

Allí estaban sus caras, tan cercanas que el aliento de uno acariciaba el rostro del otro, que la imagen de uno podía verse reflejado en el iris del otro. Tan cerca que un simple movimiento podría ponerles en contacto. Ninguno pensaba acortar esa milimétrica distancia que separaba sus labios, ninguno ansiaba probar el sabor del otro, ni sentir la pasión de la boca sobre la propia. No pensaban nada, por eso ocurrió lo inevitable. ¿Quién inició ese mínimo movimiento? Ninguno, por supuesto, pero ocurrió. Unos labios que tentaron a otros, una suave caricia al deslizarse sobre esa piel sensible que transmitía pequeños alfilerazos por todo el cuerpo, una boca hambrienta que cautivaba a la otra. Dos bocas devorándose, probándose, intentado extraer todas las satisfacciones que sus cuerpos pedían a gritos. Beso a beso, la temperatura se fue caldeando hasta llegar al punto en que cualquier chispa hubiera prendido. Olvidaron los diarios, los antepasados y todo lo que no tuviera que ver con ellos mismos y lo que sus sentidos les exigían. Manos que acariciaban, exploraban y arrancaban emociones, quizá conocidas en alguna lejana ocasión ya olvidada. Todo era viejo y nuevo a la vez. Algo tan ancestral como el juego amoroso y tan novedoso como poder vivirlo con la persona que el destino les tenía preparada.

Tras ese inesperado arrebató, un pequeño rayo de lucidez se abrió paso en la inconsciencia de Gabriela. Quien la besaba era Mario Rusconi, el descendiente de Angelo. Aquello no era real, era tan solo otro espejismo reflejo de lo que sintieron los protagonistas principales. Pero era tan bueno que quería experimentarlo un poco más.

Mario captó el momento justo en que ella volvía a tomar las riendas de sus pensamientos y no le gustó. Quería seguir besándola y profundizando en esos efectos que

acababa de experimentar, que todavía experimentaba, porque todo su ser ardía con el solo contacto de sus manos o sus labios.

–¿Gabriela? –preguntó en un tono casi inaudible.

Todavía perpleja por la respuesta a sus caricias, consiguió hablar.

–No podemos seguir –no sonaba muy convencida y él sacó ventaja de ello.

–Dime la razón –su voz ya no era dura, más bien podía detectarse un punto de ternura que él mismo desconocía que poseyera.

Ella seguía con las manos apoyadas en su pecho. Su contacto le proporcionaba seguridad y Dios sabía que la necesitaba.

–Quedamos en que no nos besaríamos más.

Él estrechó un poco más fuerte su cintura.

–Cara, solo tú quedaste en eso. Creo recordar que yo no estaba de acuerdo.

–¿No te das cuenta? –Se alteró–. Esto no es real. ¡No somos nosotros!

La paciencia no era una de las virtudes de Mario y ahí se agotó la que tenía.

–¿Que no somos nosotros?

La besó otra vez. Un beso duro y exigente que arrancó de ella un gemido, primero de protesta y después de rendición. Los labios de Mario eran urgentes y la besaron con avidez, estimulando cada terminación nerviosa. Cuando la sintió temblar se separó, solo lo suficiente para hacerle una afirmación irrefutable.

–Lo que sientes, lo experimentas en tu propia carne. No me digas que es Angelo quien besa a Gabriella. Soy yo quien te besa a ti. ¿Entendido?

Ella se mantuvo en silencio, mirándolo bloqueada por la impresión.

–¿Entendido? –repitió de manera más suave.

Ella asintió.

–Di mi nombre –le exigió con desesperación–. Di quién soy.

–Mario –Su voz era inaudible. Se aclaró la garganta y lo repitió con más seguridad–. Eres Mario.

–Bien –sonrió triunfal. Sin previo aviso la levantó en brazos y se dirigió con ella a la cama. La dejó sobre el colchón y se recostó sobre ella, inmovilizándola–. Ahora solo estamos en la habitación tú y yo –y para demostrárselo, volvió a besarla.

Ella aceptó lo inevitable. No podía estar en la misma habitación que él sin desear que la besara. Cada vez que sus labios se encontraban, se sentía maravillosamente bien. Mario era un estimulante para su femineidad dormida hacía mucho tiempo, despertaba sentimientos que creía que no tenía. La incitaba a meterse en terrenos que podían resultar pantanosos pero, a la vez, muy gratificantes.

Por su parte, Mario disfrutaba cuando conseguía llegar a ella, a la mujer que sabía se escondía tras la obsesión de descubrir lo sucedido siglos atrás. Era una mujer excitante, tentadora y provocativa en todos los aspectos.

Eran perfectamente compatibles; más que eso, se complementaban a la perfección.

Tumbado junto a ella, delineó con suavidad sus rasgos. Pasó la yema del dedo por la frente, ojos, labios...

–Eres preciosa –murmuró pensativo.

–Gabriella era preciosa –rectificó ella.

Una ráfaga de enfado ensombreció los ojos masculinos.

–No empieces otra vez –protestó–. Ella era bella, guapa, atractiva, todo lo que tú quieras decirle. Pero era ella, una joven que vivió hace más de dos siglos y de la que heredaste su aspecto. Tampoco es tan raro. La mujer en que te has convertido, la que yo considero preciosa, es otra diferente que piensa y siente por sí misma –se inclinó sobre ella y mordisqueó su labio inferior, después lo acarició con la lengua.

Un inmenso placer se extendió por todo su cuerpo.

–¿Has sentido eso? –ronroneó muy bajo.

–Sssssí –consiguió decir.

La boca masculina se deslizó por su cuello y se detuvo junto a la oreja, dejando un rastro húmedo sobre la piel erizada por el placer.

–¿Y esto?¿Lo sientes tú o tu antepasada?

–Yyyyyo –tartamudeó.

Él sonrió de medio lado, con una sonrisa atractiva, demoledora.

–Ya estamos llegando a un acuerdo.

Sí. Era ella quien recibía esas caricias y quien las experimentaba. Gabriela observó al hombre sexy y tierno que la acariciaba. No tenía nada que ver con el serio y adusto con que se tropezó unos días antes. Los ojos grises no parecían tan fríos y ese empeño en hacerla sentir la conmovía a la vez que la asustaba.

Deslizó las palmas de las manos por encima del suéter, las dejó allí proyectando calor sobre su pecho. El corazón del hombre latía con fuerza, un poco más rápido de lo habitual, dentro de los límites teniendo en cuenta que estaba pegada a él. Sonrió. El hombre de piedra, ya no lo era.

De repente, también tuvo la necesidad de ejercer algún tipo de efecto sobre él y se puso en movimiento. Mario no esperaba que tomara la iniciativa, eso demostraba lo poco que la conocía. Aún tomado desprevenido, no se opuso cuando lo volteó para dejarlo debajo. Un olor a flores lo envolvió. La melena rubia cayó sobre el rostro. Su aspecto salvaje le arrancó una sonrisa ladina. Le gustaban las vistas. Más que gustarle, lo encendían. Se sentía como una mecha a la que acercaban una llama. Sus labios húmedos sobre su cuello prendieron esa mecha. Las chispas avanzaron hasta quemarle por completo.

Sus manos rodearon la cintura de Gabriela y la apretó contra su cuerpo hasta casi fundirla con él. Sintió la tibieza de la piel de sus riñones; suave, caliente.

Ella siguió depositando besos largos y provocadores por toda su cara hasta que se detuvo a unos centímetros de la boca. Se miraron durante unos segundos y, por fin, ella le besó. En ese preciso momento, se produjo la deflagración. Ya no había vuelta atrás. El fuego que les había consumido durante días se había salido de control.

Gabriela saboreó los labios recién descubiertos. Le provocó e incitó sin piedad hasta que él respondió con una fogosidad que no le había supuesto.

Si en encuentros anteriores, cuando no se permitían dejarse llevar del todo, habían disfrutado de su contacto, con aquella aceptación se desataron todos los demonios que permanecían doblegados.

El aroma de Mario inundó los sentidos de Gabriela, pendientes exclusivamente del hombre y lo que sus caricias despertaban. El amplio pecho masculino, cubierto por un jersey fino de color oscuro, subía y bajaba con ritmo acelerado. Deslizó las manos por debajo de la prenda y dibujó cada línea, cada músculo perfectamente esculpido. Intentó sacárselo por la cabeza pero no lo consiguió.

—¿Podrías deshacerte de esto? —le preguntó en tono vehemente, irreconocible, incluso para ella.

Por una milésima de segundo se preguntó si no se le habría soltado algún tornillo. Estaba acostada sobre el cuerpo del conde Rusconi y le estaba pidiendo que se desnudara. Esa pequeña crisis pasó rápido. Sí. Estaba allí, en compañía del hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo y pensaba aprovecharlo. ¿Por qué no pasar un rato agradable? Los dos eran libres y podían hacer lo que quisieran. No lastimarían a nadie, salvo a sí mismos si no lograban controlar la situación.

Mario tardó un segundo escaso en cumplir su orden. Las manos femeninas paseando a su antojo sobre él, le estaban volviendo loco.

—¿No crees que deberías hacer lo mismo? —Sugirió.

Ella negó con una sonrisa perversa.

—¡Ah, no! Yo he empezado. Es mi turno —Nada más decir esto depositó un largo y húmedo beso en el centro de su pecho. Él aguantó la respiración y después la soltó de golpe.

Gabriela se deleitó con una lentitud desesperante, besando, lamiendo, enervando todos sus sentidos.

Cuando consideró que ya había soportado suficiente, Mario tomó el relevo. Levantó las manos y sin previo aviso arrancó el jersey de Gabriela, después la volteó como había hecho ella y la dejó debajo. Un suspiro agitado brotó de la garganta femenina cuando notó la erección del hombre presionar su cadera. Eso era lo que había conseguido con su atrevimiento. Se sintió poderosa.

Inmovilizada por el peso del cuerpo de Mario, no pudo hacer otra cosa que sentir sus dedos sobre la piel de los brazos, de su boca sobre la forma redondeada de su barbilla y la presión de su pecho.

En un movimiento provocativo frotó su pelvis contra la de él. El fuego crepitó en su interior. La excitación creció al mismo tiempo que el ímpetu. Tiró de los pantalones con apremio pero él no tenía prisa. Estaba mimando cada milímetro de su cuerpo hasta llegar a desesperarla. Sus pechos se tensaron y su vientre se contrajo. Las manos de Gabriela vagaron a su antojo por el cuerpo de Mario. Estaba tan bien formado que no tenía nada que envidiar a las esculturas de los dioses que escoltaban las escaleras del palacio. Era un inmenso placer delinear cada plano y cada ángulo.

Los ojos grises se mostraban turbulentos, pero él todavía controlaba la situación. Terminó de quitarle la ropa y, cuando iba a tenderse otra vez, ella le ordenó.

–No lo hagas si no te quitas la tuya.

Él soltó una de sus escasas carcajadas con un tono tan ronco que la estremeció. Obedeció la orden y volvió junto a ella.

–¿Está bien así?

–¡Perfecto! –Sonrió ella–. Así estás muchísimo mejor. Guardas muchos secretos bajo esos trajes tan serios, señor conde.

–Tú también, señorita. La ropa que te pones no te hace justicia.

Le dedicó una mirada ardiente que acompañó con una prolongada caricia. Un pequeño escalofrío la recorrió por entero. El deseo amenazaba con hacerlo estallar. Gabriela lo rodeó con sus piernas y ya no pudo contenerse más. Con cuidado, al principio, se introdujo en ella, quien lo acogió y estrechó con complacencia. Se acoplaban a la perfección. Durante unos segundos permaneció inmóvil, acostumbrándose a su tacto. Después, volvió a salir. La protesta femenina le exigió entrar de nuevo en aquel cuerpo que le recibió con generosidad. El suspiro voluptuoso de sus labios fue su perdición. Aumentó el ritmo de sus acometidas. El placer aumentó en una espiral que amenazó con dejarles sin sentido, poco después llegó la gran explosión y la liberación. Las sacudidas del clímax se alargaron para dejar paso al relax más absoluto.

Se mantuvieron abrazados, deleitándose con el contacto de sus cuerpos, olvidadas sus rencillas que, con toda seguridad, volverían a aparecer. Estaban desmadejados, sus respiraciones se había calmado un poco y sus corazones casi habían recuperado su latir sereno. Era un momento mágico que querían retener unos minutos más antes de regresar a la realidad.

–¿Estás bien? –preguntó a la vez que depositaba un nuevo beso en su frente.

–Perfecta –Esa era la palabra que la describiría–. ¿Y tú?

Mario esbozó esa sonrisa devastadora, que le provocaba ganas de saltar sobre él.

–Perfecto.

Gabriela se acurrucó sobre su hombro. Un brazo duro y musculoso la rodeó con fuerza. Se sentía en paz, algo extraño teniendo en cuenta que estaba con un hombre prácticamente desconocido. No podía creer que se hubiera acostado con él. Después de varias relaciones fallidas, no había dejado a nadie acercarse lo suficiente para que pudiera causarle algún daño. No entendía por qué a aquél, que le acariciaba el brazo con suavidad, se lo había permitido.

–Tenemos que vestirnos –dijo con voz somnolienta y sin ninguna gana de hacerlo.

–¿Por qué? Estoy bien así.

Ella soltó una risita.

–Yo también, pero mi madre, Helena o Marc pueden aparecer en cualquier momento, juntos o por separado.

El nombre de Marc produjo en Mario un sobresalto. Se giró y, sin previo aviso, volvió a besarla con dureza, como si quisiera dejar su impronta.

–No me gusta que ese individuo ande revoloteando cerca de ti.

Ella le agarró el rostro con ambas manos y lo miró risueña.

–Marc y yo llevamos veinte años revoloteando el uno cerca del otro. Se comporta como lo haría un hermano: de manera pesada y protectora.

Sin darle opción a responder, le devolvió el beso. El suyo fue un roce acariciador, suave y sensual. Ella también sabía dejar su marca.

Un rato después volvieron a respirar con normalidad.

–En serio –comentó ella–, no van a aguantar mucho más sin saber lo que pone en el diario. Son capaces de aparecer cuando vuelvan de sus fiestas y bailes. Os lo montáis muy bien en los carnavales.

Él emitió un sonido de protesta.

–Sí, muy bien. No sabes lo que agradezco que ya no duren seis meses como en la época de nuestros antepasados.

–Eres un gruñón –le acusó juguetona.

–Es posible, pero seis meses de fiesta es demasiado hasta para un veneciano.

Al final y debido al apremio de Gabriela abandonaron el lecho.

Quince minutos más tarde estaban duchados, vestidos y daban los últimos toques a la cama.

Como si respondieran a una señal, sonaron unos golpes en la puerta.

Capítulo 20

EL ANÓNIMO

Un instante después, Gabriela se enfrentaba a la mirada inquisitiva de su madre, a la curiosa de Helena, quien con una ceja arqueada hizo una pregunta muda, y a la satisfecha de Marc, que parecía decirle «sabía que había algo».

–¡Mario, querido! Estás aquí –Lucía fue la primera en hablar. Si le extrañaba su presencia, no hizo ningún comentario.

–Pues claro que está aquí –el tono irónico de Marc arrancó una mirada asesina a su amiga.

–Es uno de los afectados en este tema –se defendió Gabriela–. Pensé que debía saber las novedades.

Lucía miró a su hija con preocupación. Sabía que era una situación difícil para ella. Si el italiano estaba allí era porque le había explicado la forma en la que había encontrado el diario. Miró al hombre. No se mostraba impresionado, así que debían haber encontrado una prueba irrefutable.

–Bueno ¿Qué has descubierto? –La pregunta ansiosa de Marc los centró de nuevo en el tema.

Gabriela les contó las novedades. Menos mal que estaban todos y solo tendría que contarlos una vez. Se sentía exhausta después de volver a repetir cómo su antepasada había asistido, impotente, a la caza y captura del hombre que amaba y cómo se lo habían arrebatado ante la impasividad de la alta sociedad veneciana. Les habló de sus sospechas sobre Lucca Francetti y, al final, cómo ese maldito don que había aparecido en las últimas semanas le había hecho experimentar la misma tristeza y desesperación que sintió Gabriella.

Mario se dio cuenta de que su energía había disminuido, tenía ojeras y su voz salía cansada. Se puso en pie.

–Creo que es hora de que me marche.

–¡No! –La exclamación brotó de los labios de Lucía–. Tienes que quedarte hasta que decidamos qué vamos a hacer.

–Su hija está cansada. A lo mejor deberíamos dejarla dormir. Es muy tarde.

–No importa –intervino la aludida–. No sé hacia dónde ir, ni qué pasos dar.

–Sabemos que alguien, probablemente Francetti, le tendió una trampa –apuntó Marc–. Si lográramos encontrar alguna pista más...

–Puedo mirar en los archivos del Consejo de los Diez de ese año. Sabemos que los hechos tuvieron lugar durante el carnaval. Eso reduce los meses de búsqueda. Revisaré los documentos. Puede que encuentre algo.

–Yo te ayudaré –se ofreció Gabriela–. Le parecía mentira estar hablando con él de lo que iban a hacer al día siguiente, de forma tan relajada, cuando hacía media hora estaban

acariciándose y besándose. Parecía que solo había sido un sueño. Mario estaba frente a ella, frío y controlado, como siempre. El hombre apasionado había desaparecido. La incertidumbre por saber qué pasaría cuando volvieran a encontrarse a solas, la consumía.

Marc acudió en su ayuda sin saberlo.

–Yo también os ayudaré. Si trabajamos los tres, tardaremos menos tiempo.

–Yo tengo que ir a la galería –se excusó Helena.

–Y yo he quedado con Mónica –Añadió Lucía.

Las miradas de Mario y Gabriela se cruzaron desconcertadas. Después, la atención de ambos se fijó en la mujer.

–¿Has quedado con la madre de Mario otra vez? –La extrañeza en su voz era evidente.

–Nos llevamos bien y quiere enseñarme algunas cosas.

Las señales de peligro se encendieron como un luminoso intermitente en la cabeza de Gabriela, quien volvió a mirar a Mario con la expresión de «te lo avisé» dibujada en su rostro.

Agitó la cabeza y dijo:

–No importa. Entre los tres nos apañaremos. ¿Verdad?

Los hombres asintieron, pero fue a Mario a quien no hizo mucha gracia que el español siguiera en escena. No obstante, no puso ninguna objeción. Quería tener a Gabriela para él solo. Por lo visto, tendría que esperar a una ocasión más propicia. Minutos más tarde, consiguió despedirse.

–Si no os importa, me gustaría acostarme –se adelantó Gabriela antes de que comenzara el interrogatorio. Aunque sabía que no se libraría de él, esa noche ya no podía más.

–De acuerdo –Helena le dirigió una mirada especulativa–. Ya hablaremos tú y yo.

Al final, consiguió quedarse sola. Con un suspiro de alivio, se metió en la misma cama que, una hora antes, había compartido con Mario.

Abajo, en la calle, Hugo Francetti vio cómo el conde Rusconi abandonaba el hotel horas después de su llegada. Con calma, sacó su teléfono móvil y marcó el número de su hermana.

Alessia no podía contener toda la furia dentro de su bello cuerpo. Resoplaba, gritaba a su hermano llamándolo inútil, paseaba arriba y abajo, teléfono en mano, tragando bilis e intentando no estallar. Si alguno de los maravillosos artistas de su tierra la hubiera dibujado, la habrían representado echando humo por la nariz y las orejas. La ira deformaba su rostro y su voz rugía. Bruno se limitaba a retirar el móvil de la oreja y aguantar el chaparrón. Su hermana, enfadada, era insoportable, así que la dejó que se desahogara.

–¿Cómo has podido fallarme? Para una cosa que te pido, no eres capaz de cumplirla.

–Ella anuló la cita –se defendió–. No podía sacarla a rastras y llevármela de cena.

–¡Y los has dejado solos! No quiero ni pensar lo que ha ocurrido durante esas horas. Esa zorra no se va a quedar con mi pasaporte al dinero. ¡Rusconi es para mí! ¿Entiendes? ¡Mío! –gritó.

Estaba claro, pensó su hermano. Lo malo era que ella no se mostraba tan simpática como creía y el conde y su madre la habían calado. Alessia era muy guapa, pero en cuanto se la conocía un poco, sobre todo si estaba confiada, bajaba la guardia; un gesto, un comentario altivo, un ademán despectivo y toda su campaña de imagen se iba al garete. A él le venía muy bien que fuera así porque le hacía el trabajo sucio y le allanaba el campo para sus propios intereses. Él sí era encantador de verdad, no le costaba ningún esfuerzo ser amable y simpático, estaba en su naturaleza. Después, cuando tenía que sacar partido de la relación establecida, lo hacía sin ningún reparo ni sentimiento de culpa.

–¿Me estás oyendo, Bruno? –La voz dura de su hermana le obligó a responder.

– Sí, Alessia, te oigo.

–¿Y qué piensas? ¿Te interesa? –Le apremió.

No se había enterado de nada de lo que le había dicho después del último grito.

–Si me interesa ¿el qué?

–¿Ves como no me escuchas?

–Sí lo hago. Es que me ha distraído un turista –se disculpó. Qué bien mentía. Se felicitó a sí mismo.

–Te decía que si te sigue interesando el puesto de Rusconi en el palacio ducal. Ya sé que estar en la comisión es poco para ti.

¡Dirigir el complejo del palacio! Eso era lo que le estaba ofreciendo. Claro que le interesaba. Siempre lo había hecho, pero Rusconi tenía mejor currículum y lo habían elegido a él.

–Me interesa. Por supuesto –respondió.

–Pues escucha con atención lo que vamos a hacer. Ese hombre no se va a reír de mí. O es mío, o no es de nadie.

Los cinco sentidos de Bruno se pusieron en alerta. Ahora sí que le interesaba lo que su hermana tenía que contarle.

A la mañana siguiente, a primera hora, Gabriela y Marc estaban en el despacho de Mario. La pareja cruzó una mirada significativa, pero ninguno de los dos se atrevió a hacer ningún gesto más. Marc estaba pendiente de todos sus movimientos. La había interrogado en el camino pero ella, por primera vez en su vida, se había mostrado hermética con el asunto y no le había contado nada. Suspiró con resignación y se armó de paciencia. Antes o después se enteraría de lo que ocurría entre aquellos dos.

Mario había tenido mucho tiempo para analizar lo ocurrido. Todo el viaje de vuelta a casa, en su pequeña lancha, lo había invertido en revivir cada momento, cada beso, cada

caricia. Condujo de forma automática. En un par de ocasiones casi se había echado encima de otra embarcación, pero su mente navegaba por otros derroteros. No habían podido hablar y no sabía cuáles eran los sentimientos o pensamientos de ella al respecto. ¿Y si se acercaba y la besaba para darle los buenos días? Sería lo más lógico después de lo que habían compartido.

Gabriela, por su parte, pensaba más o menos lo mismo. ¿Qué hacía? El cuerpo le pedía acercarse y besarle. Estaba inmensamente atractivo, como siempre, pero tan serio y adusto como era habitual en él. Solo sus ojos grises brillaban de forma diferente.

Ambos habían olvidado la existencia de Marc, solo eran conscientes de la presencia del otro. Al final, fue ella quien acortó la distancia que los separaba; él seguía expectante, pero algo en la expresión femenina le dijo que había cambiado de actitud. Se acercó y, sin mediar palabra, le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo. Después la besó. Ella respondió sin ningún reparo. Durante unos minutos, solo estuvieron ellos, sus labios y ese fuego que les consumía.

Marc asistió pasmado a aquella demostración. ¡JA! Ya no tendría que esperar al interrogatorio. Tenía todas las respuestas delante de sus narices. Se habían olvidado de él y si no hacía algo, terminaría presenciando una demostración de la que no quería ser testigo. No era tan curioso. Carraspeó para recordarles que estaban acompañados; ante la indiferencia, carraspeó más fuerte.

–Tal vez podáis dejar eso para más tarde –comentó con sorna.

Sorprendidos por esa voz que les llegaba de lejos cargada de burla, se separaron.

–¿Todo bien? –preguntó él sin soltarla.

Ella le dedicó una sonrisa que le iluminó el día.

–Ahora sí.

Iba a volver a besarla, no podía mantenerse apartado. Su adicción, recién estrenada, a ella empezaba a crearle problemas.

–Vamos, tortolitos, no tenemos todo el día –protestó Marc–. Tenemos que empezar.

Gabriela se volvió hacia su amigo.

–Como se te ocurra contar lo que acabas de ver, te encierro en una mazmorra para el resto de tu vida.

–Pero tu madre...

–A mi madre, menos que a nadie.

Él no parecía muy convencido.

–Ya sabes que este sitio es muy húmedo. No te va a gustar.

–Vale, vale –se rindió con expresión divertida–. Seré una tumba.

–Más te vale –después de la amenaza se volvió hacia Mario–. ¿Comenzamos?

Pasaron toda la mañana revisando papeles en el archivo. Mario tuvo que salir en varias ocasiones; una de ellas porque, según su secretario, el señor Bruno Francetti,

miembro de la comisión económica que gestionaba el patronato, quería verlo con urgencia. Mario no podía imaginar a qué se debía esa urgencia pero se disculpó y salió a atender al joven conde, quien casi nunca participaba de forma activa en los asuntos de la dirección. La mayor parte de las veces, se limitaba a asistir a las reuniones con cara de aburrimiento.

Marc y Gabriela siguieron con su trabajo. En ese momento, él sacaba uno a uno papeles de distintos tamaños y calidades, de una caja grande. Los iba examinando y los apilaba en un lado de la mesa. Leyó el que tenía en la mano y se quedó inmóvil. Volvió a leerlo por segunda vez.

–Gabriela –llamó–, ven aquí.

Ella dejó lo que estaba revisando y se acercó a su amigo. Él le tendió el papel y ella leyó en voz alta.

–Angelo Rusconi es un traidor. Está vendiendo secretos de nuestra república a Napoleón. –leyó en voz alta.

Reflexionó el texto durante unos segundos.

–Así fue como ocurrió –comentó en voz baja–. Alguien puso esta denuncia anónima en una de las bocas de león.

–¿Por una simple nota? –preguntó él con incredulidad.

Ella asintió.

–Un anónimo depositado en una de esos buzones con forma de cabeza de león, que hay por el palacio ducal, era suficiente para condenar a un hombre.

Mario volvió a entrar en la estancia. Al ver la expresión de los dos amigos, supo que algo había ocurrido en su ausencia.

–¿Qué pasa?

Gabriela le tendió el papel. Al leerlo, el estómago le dio un vuelco. Lo habían encontrado. Tenía en su mano la denuncia escrita con letra pulcra y elegante, sobre un papel de buena calidad. Sin duda, el denunciante era un hombre culto y rico. La gran pregunta era ¿por qué? ¿Por qué alguien quería quitar del medio a Angelo? ¿Por política? ¿Por...amor? Si se fiaba de las impresiones de Gabriela, Francetti había intentado casarse con su antepasada. Se preguntó si sería posible que al descubrir que ella tenía un amante, él lo hubiera apartado de su camino para que la muchacha le prestara atención y accediera a sus deseos.

Era una teoría bastante probable, pero no había manera de probarlo. Así se lo dijo a sus acompañantes.

–Tenemos que encontrar la manera de hacerlo –dijo ella–. Tenemos que limpiar el nombre de Angelo.

Al decirlo, miró los ojos de Mario. En ellos descubrió la misma determinación que ella sentía.

–¿Cómo? –Con esa pregunta le dejaba la iniciativa. No podía creer que unas horas atrás la hubiera tenido en sus brazos. Era una situación irreal, como si solo lo hubiera soñado, como si no hubiera llegado a sentir sus labios y su cuerpo pegado al suyo.

Ella parecía distante, obsesionada; pero su mirada cálida le decía que también recordaba la noche pasada.

–Podrías tener una de tus visiones –intervino Marc, devolviéndoles al momento actual.

–¿Tú qué crees? ¿Que tengo una visión cuando a mí me conviene? Ya quisiera yo.

–Era una idea –se defendió él–. Es que me parece que estamos en un callejón sin salida. Conocemos los hechos; sin embargo, no podemos demostrarlos.

–A lo mejor... –comenzó ella.

–¿Qué? –Dos voces masculinas preguntaron al unísono.

–Puedo conseguir algo a través de Bruno Francetti. Estaba muy interesado en salir conmigo.

–¡No! –La negativa de Mario fue espontánea y rotunda–. No –volvió a repetir–. No me gusta verte con él.

–Mario...–su voz sonaba a advertencia.

Él la agarró por los hombros y se acercó.

–Gabriela, de verdad. Los Francetti son una familia muy extraña. Tú misma lo has dicho de Alessia. No quiero que te haga daño.

–Pero es una oportunidad para conseguir algo –protestó–. Si consigo acceder al palacio...

–¿Qué? No pretenderás meterte en su casa y registrarla. ¡Estás loca!

–Pienso igual que Mario –dijo Marc–: es una locura.

–Tengo que hacerlo. Me da igual lo que digáis.

Los hombres intercambiaron una mirada.

–Es una cabezota –dijo Marc–. Si no quieres terminar mal, no le discutas.

–¡Marc! No soy cabezota. Es solo que tengo que hacerlo.

Éste hizo un gesto de resignación.

–Claro. Lo que tú digas.

Mario no quería que fuera sola a casa de los Francetti. Alessia, llegado el caso, podía portarse como una arpía y Bruno tenía demasiado encanto y las manos muy largas. Le repugnaba pensar que pudiera ponerlas sobre alguna parte del cuerpo de Gabriela o que derrochara su atractivo con ella.

–Gabriela, piénsalo bien –insistió.

Ella le dirigió una mirada beligerante. Estaba dispuesta a salirse con la suya. Consideraba que tenía que hacerlo y lo iba a hacer pesara a quien pesara.

La vio sacar el teléfono para llamarlo y quedar con él a la hora de comer. Al menos que liaran una buena trifulca delante de Marc, iba a salirse con la suya. Y aún liándola, no tenía garantías de que no lo llamara. Estaba decidida.

–Está aquí, en el palacio –le informó Mario con tono áspero–. Hemos estado hablando de una posible compra para el museo hace un rato.

–¿Por qué no me lo has dicho antes? –le increpó, enfadada–. A lo mejor lo pillo aún –dijo marcando el número que Helena le había dado. Tras hablar unos instantes, cortó la comunicación.

–Hecho. Me recoge en el hotel a la una y media.

Mario la miró con enfado pero no dijo nada. Con su actitud, dejó patente que no estaba de acuerdo con esa comida.

Marc se limitó a recoger los papeles y volverlos a guardar en la caja. La conocía demasiado bien como para saber que iba a hacer lo que quisiera.

–Será mejor que nos vayamos. Pero antes, creo que deberías sacar una copia de esto –le tendió el anónimo–, y no permitas que se pierda el original. Puede que lo necesitemos.

Mario lo guardó en su bolsillo y volvió a acercarse a la muchacha.

–Cuidado con ese Don Juan –le advirtió con tono acerado–, y, sobre todo, recuerda esto.

La atrapó entre sus brazos y la besó con fiereza. Quería dejar su huella para que le tuviera presente durante la cita con otro hombre. Sus labios devoraron los de ella con avidez y un poco de desesperación. Sentía que se le escapaba y tenía que hacer algo para que lo recordara. Cuando les faltó el aire, se separaron, aún alterados por el calor y la pasión que podían generar.

–Lláname cuando te quedes libre –le ordenó con cara de pocos amigos.

Ella asintió, todavía impresionada por lo inesperado y la fuerza del beso. Podría llegar a acostumbrarse a sus caricias y, lo más peligroso, podría llegar a depender de ellas.

Marc los esperaba fuera. Había abandonado la sala con discreción. Cuando aquellos dos estaban juntos, se olvidaban del resto del mundo. Unos minutos después, apareció su amiga con el pelo revuelto y los ojos brillantes.

–Parece que va en serio –comentó él.

–No tengo ni idea –fue la escueta respuesta–. La verdad es que no sé qué pasa, y mucho menos lo que va a pasar.

–Lo que pasa es que no podéis dejar las manos quietas cuando estáis en la misma habitación –se burló Marc.

–No te atrevas a reírte. Esto es muy serio.

Él soltó una risita.

–Sí. ¿Cuántas veces he oído lo mismo?

–¡Oh! Eres imposible –le dio un pequeño empujón para que saliera.

Así era entre ellos. Complicidad y amistad. Bromas y secretos.

Caminaban por la plaza de San Marcos, rodeados de ruido, turistas y palomas, cuando oyeron que alguien los llamaba.

–¡Señorita!

Un hombre mayor iba en su dirección.

–¡Señorita! –repitió.

Gabriela se dio cuenta que la llamaba a ella. Al llegar a su lado reconoció al señor Salviati, el hombre que le había hablado de los poderes del conde de Monteverdi.

–Buenos días, señor Salviati.

–Quería verla, señorita –dijo el recién llegado–. Tengo algo que decirle.

Parecía preocupado.

–Claro, señor, le escucho.

–Deben tener cuidado –fueron las sorprendentes palabras que salieron de su boca.

–No entiendo.

–Usted y el conde. Tengan cuidado. Algo malo les rodea –les advirtió–. No puedo decirles más pero sé que deben ir con mucha precaución. Prométamelo.

Unos días antes, Gabriela habría pensado que se trataba de un demente, pero después de sus propias experiencias, estaba dispuesta a dar crédito a todas las advertencias de aquel anciano caballero.

–Se lo prometo –le tranquilizó–. No se preocupe.

El rostro lleno de arrugas se relajó y esbozó una sonrisa.

–Si consigo algo más, se lo haré saber.

Saludó con la cabeza y desapareció entre la multitud.

–Desde luego –comentó Marc– conoces gente de lo más pintoresca. Lo que me habría perdido si hubiera decidido no venir.

–Te habrías perdido el hallazgo de nuestra nota acusatoria o la visita de mis fantasmas.

–Esos son solo tuyos –comenzó a andar–. Solo me falta toparme con uno de ellos. Si eso ocurriera, me moriría del susto.

–Anda, no seas exagerado.

–Bueno –murmuró pensativo–. Mejor no comprobarlo.

Gabriela se dio cuenta de que si ella iba a comer con Bruno, su amigo se quedaría solo. Le propuso ir con ellos pero él puso cara de horror y se negó. Prefería buscar a Helena y, si no la encontraba, vagaría solo por la ciudad. Lucía quedaba descartada porque había quedado con Mónica. Se estremeció al pensar en esa recién estrenada amistad. Hizo un comentario un poco ácido que arrancó en su amigo una carcajada. Éste hizo un gesto de despedida mientras se alejaba en dirección al hotel.

Capítulo 21

EL PALAZZO FRANCIOTTI

Gabriela se vistió con más esmero del habitual. Si se cruzaba con la arpía de Alessia, quería estar impecable. Bruno pasaría a recogerla e irían a su palacio a comer. Parecía que el joven tenía un interés especial en mostrárselo y la comida era una buena excusa.

Cuando se reunieron, él mostraba una cordial sonrisa de bienvenida. La besó en ambas mejillas y la tomó por las manos.

–Estás preciosa. Gracias por aceptar la invitación.

–Era lo mínimo que podía hacer después del plantón de anoche –replicó ella–. Sentí mucho suspender nuestra cita pero no me encontraba en condiciones.

«Seguro», pensó él. Rusconi. Él había cambiado las condiciones.

–No te preocupes. Ahora estamos juntos.

Ese *estamos juntos* no gustó nada a Gabriela. Había aceptado por educación y, sobre todo, por sacar información. Bruno no le interesaba lo más mínimo. Solo Mario llenaba sus pensamientos.

Bruno también disponía de una pequeña lancha para el transporte. La ayudó a entrar en ella y la condujo hacia el centro del Gran Canal. Él parloteó y habló de su casa y de su familia, una de las más importantes y conocidas de Venecia desde hacía siglos. Habían hecho fortuna con el transporte de mercancías y su servicio a la Serenissima había sido recompensado con un título nobiliario. Durante generaciones, los Franciotti, al igual que los Rusconi, habían estado presentes en la vida política y social de la República. Después, cuando ésta desapareció, su influencia se mantuvo activa debido tanto a su dinero como a sus títulos, los cuales conservaron de manera honorífica.

La familia Franciotti vivía muy cerca del Casino. No podía ser de otra manera. Un hombre, vestido de oscuro, abrió la puerta a su llegada como si hubiera estado esperando a que aparecieran.

–Buenas tardes, señor. Señorita –inclinó la cabeza en señal de respeto.

–Buenas tardes, Mauricio. ¿Puede hacerse cargo del abrigo de nuestra invitada?

Ella no tuvo más remedio que entregárselo. Miró alrededor. La distribución era muy parecida a la de otros palacios que había visto. Varios pisos. Balastradas de mármol y cristal de Murano. Un vestíbulo inmenso, un techo altísimo y acristalado que dejaba pasar la luz. Una especie de patio central donde convergían todas las salas y habitaciones.

–¿Te gusta? –preguntó el dueño de aquel edificio maravilloso.

–Es impresionante –comentó ella–. Está decorado con mucho gusto.

–Mi hermana es la que se encarga de esas cosas. Yo no tendría ni idea.

Claro, Alessia *la perfecta*. No podía ser de otra forma.

–¿Va a comer con nosotros? –podría amargarle el día pero, cuando había aceptado la invitación, sabía a qué se exponía.

–De eso nada –respondió él con rapidez–. Te quiero solo para mí.

Ella se encogió imperceptiblemente. Solo para él. Ni aunque la torturaran.

Bruno la agarró por el codo y la guió hacia una de las inmensas puertas de madera tallada. Nada más que el adorno que había sobre una de ellas, valía una fortuna. Dentro, la exposición de riquezas y obras de arte continuaba. Cuadros, porcelanas, tapicerías de terciopelo, tapices... todo un despliegue para impresionar a los visitantes. Era más un museo que un lugar para vivir.

Junto a unos ventanales, había preparada una mesa con dos sillas, una frente a la otra. Se dirigieron hacia allí. El la ayudó a acomodarse y se sentó también. Un perfecto caballero. Sin querer lo comparó con Mario. No se parecían en nada. Mario era correcto y educado, sin embargo, carecía del carácter adulator y encantador que caracterizaba a su acompañante. Quizá porque desde que se vieran por primera vez habían chocado, en él había predominado el gesto adusto. Menos la noche anterior. Una vez que la había besado, se transformó en un hombre apasionado, cariñoso y muy peligroso para ella. Miró a Bruno y se dijo que él, con todo su atractivo, riqueza y amabilidad, no despertaba en ella ningún tipo de sentimiento. Lo único que experimentaba por él se limitaba al mero aprecio por alguien a quien acababa de conocer. Nada de nervios, taquicardias o ganas de arrancarle la ropa.

–Gabriela. ¿Estás bien? –La voz preocupada de su anfitrión le recordó que no estaba sola.

–Sí. Disculpa. Me he entretenido mirando todas estas cosas hermosas.

Advirtió que, junto a ellos, había aparecido una chica vestida de uniforme que distribuía sobre la mesa algunos platos y les servía vino en unas copas de cristal tallado. Todo al detalle.

La amabilidad y el buen humor de Bruno hicieron que el tiempo pasara rápido. Después de todo, no había sido tan malo.

La doncella apareció de nuevo con una bandeja con café y pastas, que sirvió en otro lado de la sala, también junto a las cristaleras desde las que se podía disfrutar de una hermosa vista del Gran Canal. Después, el satisfecho propietario del palacio se ofreció a enseñárselo.

–Estoy muy orgulloso de él y de lo que mis antepasados hicieron –casi se pavoneó.

Como amante del arte que era, Gabriela no puso ninguna objeción al paseo. La curiosidad por ver qué otros tesoros escondía aquel viejo edificio pudo con su prisa por reunirse con sus amigos y su madre. También con Mario, quien, con toda seguridad, esperaba su llamada con cierta inquietud.

Durante el recorrido, Gabriela se sintió observada. Era como si alguien siguiera sus pasos. En alguna ocasión, una ráfaga de aire helado la había hecho tiritar y recordar su abrigo, guardado en algún armario de aquella inmensa edificación.

–¿Tienes frío? –preguntó él solícito.

–No. Solo de vez en cuando.

–Siempre hay corrientes de aire por estos corredores –explicó–. Es muy difícil mantener el calor.

–Debe de ser muy caro mantener un lugar como éste en condiciones óptimas.

–Sí que lo es –confirmó–. Menos mal que nuestras empresas funcionan bien, si no tendríamos que cederlo al ayuntamiento o a algún patronato.

Ella se preguntó qué empresas serían ésas y si Mario y su madre tendrían los mismos problemas para mantener el patrimonio familiar. Por lo menos, en el palacio Rusconi no había notado esas bajadas bruscas de temperatura.

–¿Todo el palacio es vuestro?

–En realidad, es mío –contestó con orgullo–. Soy el heredero.

Eso la sorprendió y no pudo evitar la pregunta.

–¿Y tu hermana?

–Ella ha heredado todas las joyas de mi madre, una casa en Milán y algo de dinero. El palazzo pasó a mí.

No sabía cuánto podría ser *algo de dinero*, pero si Alessia no era propietaria de aquel lugar, no le extrañaba su persecución a Mario. La dama buscaba su propio palacio.

Como invocada por un espiritista, la mujer apareció en el vestíbulo con su sonrisa ladina y su gesto altivo.

–¡Gabriela! Ya veo que mi hermano se ha salido con la suya, como siempre –hizo el innecesario comentario– y te ha traído a comer.

–Ha sido un placer. Lo he pasado muy bien y la comida ha sido exquisita.

La mujer movió la mano con un gesto de suficiencia.

–Sí. Nuestra cocinera es maravillosa.

Por supuesto. Había cocinera y una legión de criados.

–Yo he comido con nuestro común amigo –continuó con voz venenosa–. Mario Rusconi. Es un verdadero encanto.

A Gabriela le dieron ganas de lanzarse sobre ella gruñendo como una leona y descolocarle su impecable peinado y carísima ropa. Así que el muy traidor se había ido a comer con doña perfecta, mientras que ella estaba deseando salir de allí para reunirse con él. Cuando lo tuviera delante, se iba a enterar de lo que era una española furiosa. Si eso eran celos, tenía muchos. Se sentía traicionada. Aquella arpía había ido a darle donde más dolía.

–Sí –contestó sin mostrar ninguna molestia por la información que acababa de darle–. Es muy agradable.

«¿Agradable?». Y mucho más que eso. Si la italiana supiera lo agradable que podía llegar a ser... Claro que a lo mejor lo sabía. Otro escalofrío. Prefería no pensar en ellos juntos porque se descomponía. Saber de lo que era capaz Mario Rusconi era un

secreto que guardaría para sí misma y que esperaba volver a comprobar. Se estremeció. Aquel maldito frío.

–Querida, ¿nos disculpas un momento? Tengo que decir algo importante a mi hermano.

–¡Claro! –No veía el momento de perderla de vista.

Desaparecieron por la puerta más cercana y la dejaron sola en la fría galería. Cruzó los brazos sobre el pecho, encogiéndose sobre sí misma para darse un poco de calor.

–¿Se encuentra bien?

La voz surgió a su espalda. Giró con rapidez al tiempo que llevaba una mano al corazón, como si así lograra ralentizar el ritmo de sus latidos, que se habían disparado por el susto. No tenía ni idea de dónde había salido aquel hombre.

–Me ha asustado –le acusó–. ¿Tiene por costumbre aparecer de la nada?

El desconocido sonrió de medio lado.

–A veces –comentó misteriosamente.

Ella se quedó en silencio, observándolo. El frío que se desprendía de su figura alertó ese sexto sentido que había desarrollado desde que andaba con fantasmas. Se jugaba el cuello a que estaba delante de uno.

Lo examinó con detenimiento. Parecía bastante normal, salvo por la ropa que usaba. Iba vestido con prendas del siglo dieciocho, en principio algo nada extraño teniendo en cuenta que estaban en carnaval, si no fuera porque dudaba mucho que los espectros se disfrazaran. De cualquier modo y más que el propio atuendo, lo que le aturdió fueron esos ojos azules que la miraban de manera especuladora.

–Eres igual que ella. ¿Lo sabías? –Fue la sorprendente pregunta que salió de los labios finos y rectos.

Gabriela tembló, no estaba muy segura de si era por la bajada de temperatura causada por la presencia del espíritu o por la forma en que había pronunciado esas palabras. Quería saber muchas cosas pero ¿por cuál empezaba?

–¿Igual que quién? –Confundida por el comentario anterior, fue lo primero que le vino a la mente.

–Gabiella –Su voz sonó como un suspiro–. Gabiella Monteverdi.

La boca y los ojos de Gabriela se abrieron por la impresión.

–¿Sabe quién es? ¿Sabe quién soy?

–¿Que si sé quién es? –dijo con amargura–. ¡Por supuesto que lo sé! Ella fue la causa de mi perdición, la culpable de que vague en el vacío como alma en pena –en sus ojos se mezclaban el odio y el sufrimiento.

Esa declaración podía interpretarse de muchas maneras. No entendía cómo pudo afectar su antepasada Gabiella a aquel ser espectral.

–¿Por qué fue la causa de su perdición?

–Porque me despreció. Prefirió compartir su vida con un jovenzuelo antes que hacerlo conmigo. Yo le habría puesto esta ciudad a sus pies. En lugar de eso, me obligó a hacer cosas que un caballero no debe hacer.

Se quedó helada. Primero un intenso escalofrío, después empezó a tiritar. Las cosas que decía aquella aparición no tenían ningún sentido y, sin embargo, después de lo que había leído en el diario, después de tantas dudas e incógnitas, aquella aparición podría tener la llave de la verdad.

–¿Qué hizo usted? –preguntó con aprensión a la vez que fijaba en él una mirada escrutadora.

–Por mi culpa mataron a un hombre inocente –no parecía muy arrepentido–. Pero tuve que hacerlo. Ella era para mí. Y ahora, la historia se repite. Si mi sobrino te quiere, tú serás para él, cueste lo que cueste –su expresión se volvió amenazadora y sus ojos lanzaron rayos de hielo–. Elige bien y nadie tendrá nada que lamentar.

A esas alturas, la cabeza de Gabriela daba mil vueltas.

–¿Quién es usted? ¿Por qué me cuenta estas cosas?

–Mi nombre es Lucca Francetti.

Capítulo 22

DESCUBIERTOS

Ella tardó unos segundos en asimilar aquel nombre. Durante ese tiempo, su mente se quedó literalmente en blanco. Tenía delante al responsable de la muerte de Angelo, al monstruo que hizo que Gabriella renunciara a su familia y a su patria. Movi6 la cabeza negando lo evidente. No podía ser. Volvió a mirarlo. Entonces recordó esos ojos. Los había visto tras una máscara la noche que volvió del baile en el palacio Rusconi, frente al puente de los suspiros. Él era quien había chocado con ellos cuando se besaban. Incluso apostaría a que se trataba del enmascarado que la había seguido por las calles estrechas, la noche que había llegado tarde a su cita con Helena. ¡Aquel infame la había estado siguiendo! Y dada su reciente propensión a encontrarse con personas muertas, era más que probable que no solo viera a Gabriella y a Angelo, sino también al tercer implicado en la historia, a su asesino. La furia creció dentro de ella, su sangre hervía por la cólera que aquel ser despertaba en ella.

–¿Cómo se atreve? –preguntó, arrancando un leve gesto de sobresalto en aquellos ojos inanimados–. ¿Cómo se atreve a aparecer ante mí y amenazarme?

–Muchacha, mide bien tus palabras. Esta familia tiene mucho poder –su voz helada habría amedrentado a cualquiera, pero no a una furiosa Gabriela sedienta de justicia.

–Para su información, estamos en el siglo veintiuno. Ahora, las mujeres decidimos por nosotras mismas y no nos dejamos amilanar por viejos fantasmas asesinos.

«¡Ay Dios!», se había pasado. Cuando vio esa mirada que la traspasaba y notó que el frío se intensificaba hasta dejarla temblando, supo que se había pasado. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente como para provocar alguna fuerza sobrenatural que no sabía controlar?

–Ten cuidado con lo que dices...

–¡Gabriela! ¿Por qué gritas? ¿Estás bien?

Bruno se encontraba a su lado y la rodeaba por los hombros con un brazo. La miraba con preocupación. Del hombre con quien hablaba, no quedaba ni rastro.

–Estás helada.

La retiró de la pared y echó a andar hacia la sala de la que acababa de salir. Al encontrarla temblorosa y hablando sola, se había asustado.

–Bruno –la oyó decir–, ¿tienes algún familiar que se llame Lucca?

Él permaneció en silencio mientras la acomodaba en un sofá color arena. Después respondió.

–Aquí solo vivimos Alessia y yo –miró a su hermana, que asistía curiosa a la escena. Iba a salir de la estancia cuando se había encontrado con la pareja–. ¿Tú conoces a algún Lucca?

Ella se quedó pensativa.

–Hace mucho tiempo, hubo un Lucca en la familia. Más o menos por la época en que Venecia dejó de ser independiente. ¿Por qué quieres saberlo?

–Gabriela me ha preguntado por él.

–¿Y tú, cómo lo sabes? –la acusó como si fuera un crimen.

Si ella supiera que rondaba por su palacio, le daría un ataque. Rió para sí misma. Se sentía tentada de decirle que tenía un fantasma en casa. A ver si perdía aquel aire de suficiencia y salía corriendo.

–Era curiosidad. Leí el nombre en algún sitio.

No muy convencida, aceptó la explicación. La miró con desconfianza pero no añadió nada más.

–Tengo que marcharme –se volvió hacia su hermano–. Recuerda lo que te he dicho.

–No te preocupes, está todo en marcha –la tranquilizó.

–Genial –dirigió una mirada de desprecio, sin ningún disimulo, a la invitada y salió de la habitación.

–¡Qué mujer tan atenta y educada! –comentó Gabriela sin poderse contener.

–Es un poco brusca y muy mandona –reconoció Bruno–, pero es la única familia que tengo.

Eso parecía resumirlo todo.

Gabriela abrió la puerta de su habitación y dejó el bolso sobre la cama. La tensión nerviosa de la comida y la posterior conversación, la habían dejado agotada. Aún no había entrado en calor.

–Hola.

Después de la última experiencia, escuchar una voz cuando no lo esperaba, casi la mata del susto.

–¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

–Esperarte. No creo que sea muy raro que una madre espere a su hija –comentó ajena al estado de ánimo de la joven.

Ésta se dirigió al sillón que había frente al que estaba sentada Lucía y se dejó caer.

–Mamá, será muy normal, pero acabo de tener una conversación con un fantasma del siglo dieciocho. Disculpa si estoy un poco impresionable.

Le tocó el turno a Lucía para alterarse. Se levantó de un salto.

–No me digas que has vuelto a hablar con Gabriella.

–No. Nunca hablo con ella. Solo la veo en sueños. A Angelo lo veo pero no me habla, bueno algunas veces oigo palabras tuyas pero es como si me las transmitiera por telepatía. Se repiten dentro de mi cabeza.

–Entonces... venga, habla –le apremió.

–He mantenido una conversación en toda regla con Lucca Francetti. Ese tío es frío hasta decir basta y lo transmite de igual manera. Estar a su lado me va a provocar una pulmonía.

–Crees que él es el culpable de todo lo que pasó –comentó Lucía.

–Ahora estoy segura. Él mismo lo ha reconocido.

–Pues si lo ha reconocido, lo tenemos.

A Gabriela le dieron ganas de reírse. Ya quisiera ella que fuera tan fácil.

–Mamá, la confesión de un fantasma no sirve de nada. Seguimos sin pruebas –dijo con desaliento.

–Pero ahora tenemos la certeza, sabemos en qué dirección buscar.

–Sí. Dentro de la familia Francetti. Estupendo –se sentía derrotada–. Es una misión imposible.

–No te desanimes –se volvió a sentar y dio unos golpecitos de ánimo en la rodilla de su hija–. Ahora, tenemos que hablar de otra cosa.

Ella levantó la cabeza para mirarla.

–¿De qué?

–Mario Rusconi.

–¿Qué pasa con él? –Ganar tiempo no le serviría de nada. Su madre quería saber y sabría.

–No te hagas la tonta, que te conozco desde que naciste, niña. ¿Qué hacía él aquí ayer noche? –Sus ojos inquisitivos se clavaron en el rostro de su hija. Conocía casi todos sus secretos. Salvada la época anárquica de la adolescencia, entre ellas se había creado una relación basada en la confianza. Estaba segura de que se guardaba algunas cosas, pero lo esencial, lo conocía. Y eso quería saber ahora. Lo esencial. Qué era lo que la unía a ese italiano tan guapo y carismático.

–Lo llamé yo.

Lucía esperó que continuara y ella no tuvo más remedio que hacerlo.

–Quería hablarle del diario. Pedí el teléfono a Helena y le dije que viniera.

Expuso lo ocurrido con total frialdad y fue precisamente ese detalle el que hizo pensar a Lucía que eso no era todo.

–Ese fue el motivo por el que vino. De acuerdo –aceptó–, pero lo que yo quiero saber es si hay algo más entre vosotros. La manera en que te miraba no era la de alguien que comparte solo negocios.

Gabriela suspiró. Su madre no había llegado a la edad que tenía sin haber aprendido muchas cosas en el camino.

–Supongo que nos une algo más que los negocios.

–¿Supones? ¡Supones! –se alteró–. Gabriela, por Dios, parece que no tienes sangre en las venas. Tú no eres así.

–¡No soy así! ¡No era así! –Se puso en pie y se paseó con nerviosismo por el escaso espacio de la habitación–. Mamá, mi vida se me va de las manos. Tengo sueños raros, veo fantasmas, creo que estoy enamorada de un hombre que no es para mí, que ni siquiera me cae bien. Ya no sé qué cosa es real y cuál fruto de mi imaginación.

Su voz mostraba desesperación. Lucía se acercó a ella y la abrazó.

–Cariño, tranquilízate. Ya sé que estás pasando por una etapa difícil, pero acepta lo que te está ocurriendo, asume que tienes un don y que te puede ayudar mucho. No te preocupes por eso –se separó y le señaló uno de los sillones para que se sentara–. Ahora, aclárame eso de que crees que estás enamorada.

–Oh mamá –sonrió en señal de rendición–, me gusta Mario. Bueno, solo a veces, hay otras que tengo la urgente necesidad de mandarlo al diablo. Me desespera el carácter brusco y seco que demuestra conmigo, pero cuando baja la guardia, es tierno y apasionado y... sexy –conforme hablaba, sus ojos se iluminaban.

Lucía pensó que ella no tenía ninguna duda al respecto. Su hija se había enamorado.

Unas horas después, todos se reunían a cenar en el restaurante del hotel. Marc se iba al día siguiente porque sus vacaciones habían terminado. Lucía había decidido quedarse un poco más por si la necesitaba. Gabriela estaba en horas bajas y precisaba el apoyo de su madre.

Mario también se había unido a ellos. Al llegar, la había besado en los labios delante de todos sin esconderse y nadie pareció inmutarse por el gesto. La única sorprendida fue ella. El cosquilleo que se extendió por todo el cuerpo sirvió de anticipo a lo que podría venir después. Miró a su alrededor. Apreciaba a sus amigos pero lo que de verdad le apetecía era quedarse a solas con él. No habían podido hablar de lo que habían compartido y necesitaba saber en qué etapa de su relación se encontraban. Estaba claro, por su actitud, que él no se echaba atrás; aún así, necesitaban hablar y, si era posible, repetir la experiencia.

A pesar de los efusivos saludos que le regalaron todos los presentes, Mario fue recibido con una mirada airada por parte de Gabriela. Le había respondido al beso que le había dado al llegar, así que no comprendió muy bien su naturaleza hasta que, en un momento que se quedaron aparte, ella le pidió explicaciones sobre su comida con Alessia.

–¿Es una venganza porque he ido a comer con Bruno?

Si no hubiera sido por los testigos, habría soltado una carcajada ante su expresión enfurruñada. Así que estaba celosa. Le gustaba esa sensación de saberse querido.

–No he comido con ella –respondió con la sonrisa bailando en sus labios.

–No es eso lo que la interesada me ha contado –Seguía mostrándose distante.

–Gabriela... la señorita Francetti te ha tomado el pelo. Hemos comido juntos, sí, pero acompañados... de muchas personas más. Ni siquiera hemos cruzado dos palabras.

Ella se sintió muy tonta. Había caído en la trampa de la italiana como una incauta.

–Lo siento –se disculpó con rapidez–. Cuando me ha dicho que había comido contigo me he sentido...

–¿Cómo? –quiso saber él– ¿Celosa?

No le iba a dar el gusto de confesárselo. Lo miró y vio que la observaba con una expresión entre divertida e interrogante.

–Tal vez. –Fue lo único que admitió.

–Después me tendrás que contar qué tal te ha ido con su querido hermano.

–¿Celoso? –demandó ella al tiempo que levantaba una ceja imitando su pregunta anterior.

Él sonrió de manera enigmática.

–Tal vez.

Durante la cena, los puso al tanto a todos de su conversación con Lucca Francetti. Ahí tenían la prueba definitiva de que él era el causante de la muerte de Angelo. Todos coincidieron en que era una buena noticia aunque no sabían muy bien cómo usarla en beneficio propio. Habían llegado a tal extremo que hablaban de él como si se tratase de una persona viva. Resultaba curioso ver la facilidad con que se habían adaptado a las apariciones de Gabriela.

Por fin decidieron terminar la velada. Juntos, se levantaron y se dirigieron al ascensor. Helena bajó la primera, se disculpó y se marchó a su habitación porque tenía asuntos que resolver. Lucía, tras una mirada significativa a su hija, dijo que necesitaba descansar, que tenía una cita para la mañana siguiente.

–Te has integrado muy bien en la vida de la ciudad –comentó Gabriela con un poquito de sorna.

Su madre no se amilanó.

–La gente es muy amable y he hecho algunos amigos. ¿Qué vais a hacer vosotros?

Era una pregunta cargada de intención y que no se podía eludir. Miró a Mario en una muda pregunta.

–Vamos a dar un paseo, ¿te parece? –respondió él.

–¿A estas horas? –intervino Marc sin ninguna discreción.

A Gabriela le dieron ganas de mandarles callar. Su amigo era un descarado que le gustaba importunarla y no desaprovechaba la ocasión.

–Sí. Marc. Un paseo. Solos.

–Vale, comprendido. Soy un estorbo, así que me iré a dormir, que mi avión sale mañana temprano.

–Tú lo has dicho. Espero que tengas un buen viaje.

–Buen viaje, Marc –Lucía le besó antes de salir ella también del ascensor.

Quedaron los tres. Marc y ella siguieron peleando.

–Lláname cuando llegues –casi le ordenó.

–Lo haré, y tú mantenme informado de los acontecimientos. Ten cuidado –al decirlo, lanzó una mirada significativa sobre el otro hombre, que había permanecido en silencio asistiendo a aquel enfrentamiento en el que parecían sentirse cómodos. Era un aviso de advertencia que decía «cuidado con lo que le haces o la pagarás». Empezaba a entender la relación existente entre los dos amigos y, aunque seguía sintiéndose celoso, sabía que no había nada que no fuera amistad entre ellos.

–Lo tendré, pesado –añadió ajena a la conversación silenciosa que transcurría sobre su cabeza.

Llegaron a la calle. Gabriela dio un fuerte abrazo a Marc. Sus peleas y piques eran cotidianos y una forma de demostrarse el cariño y la confianza que se tenían.

–Cuídate –la oyó decir antes de separarse.

–Lo haré –después extendió la mano hacia Mario–. Encantado de haberte conocido. Espero que volvamos a vernos.

–Yo también –contestó a la vez que estrechaba la mano que se le tendía.

Marc se alejó con pasos tranquilos hacia su hotel y ellos se quedaron solos. A esas horas, dada su proximidad a la plaza de San Marcos, el muelle estaba lleno de gente cubierta por sus máscaras. La fiesta continuaba y la noche y el día no se diferenciaban salvo por la existencia o no de la luz solar.

Mario estaba desesperado por estar a solas con ella. Los cruces de miradas, los roces ocasionales, alguna caricia furtiva, solo habían servido para aumentar la tensión. Agarró de la mano a Gabriela y se dirigió al embarcadero.

–¿Dónde vamos? –quiso saber ella.

–Te secuestro –la ayudó a subir a su lancha y la puso en marcha.

–¿No íbamos a pasear?

–Nada de paseo –dijo algo brusco–. Vamos a mi casa.

Ella se volvió sorprendida.

–Pero Mario, no podemos.

–¿Quién lo dice?

–Tu madre estará allí –objetó.

–Mi madre habrá salido con total seguridad. Es tu madre la que está en el mismo hotel que tú y tus amigos. Son agradables pero no nos dejan ni un minuto a solas.

Eso era cierto. Parecía que se habían puesto de acuerdo para fastidiarles. Así que aceptó sus palabras sin más.

Le miró mientras conducía el vehículo con la práctica y la soltura de un veterano. Su imaginación se disparó al tomar conciencia de que estaba con él, quien ataviado con su inseparable chaquetón oscuro y su pelo revuelto, estaba más atractivo de lo que podía recordar.

Mario amarró la lancha frente a su casa y la ayudó a salir. Ya no la soltó. Abrió con su llave una de las puertas laterales, más pequeñas que la que habían utilizado ellas la noche del baile, y entraron a un diminuto recibidor que daba al gran vestíbulo. En el pie de la escalera, sintió que la izaba en el aire.

–¡Mario! Estás loco, ¡suéltame!

–Nada de eso. Ya no te escapas.

–No pienso escaparme. De verdad –volvió a protestar.

–Me gusta llevarte así –la apretó un poco más.

Ella sintió los latidos acelerados de su corazón. El serio y circunspecto conde no encajaba con esa imagen de loco enamorado que tenía prisa por llegar a su apartamento. Pasaron bajo la mirada sonriente del retrato de Angelo y se detuvieron ante la puerta. Allí le dio un primer beso. La impaciencia se había apoderado de él. El calor que desprendían los labios masculinos encendió su propio deseo de experimentar. Le agarró la cabeza por ambos lados y la sujetó para que no se retirara. Le devolvió el beso con ímpetu. Mario consiguió abrir la puerta y entró con su preciada carga. Nada más cerrar, la soltó para que se pusiera en pie, deslizándola con suavidad a lo largo de su cuerpo. En ningún momento, ella consintió separar su boca de la de él. Su apasionamiento era temerario. Gabriela, una vez se dejaba ir, resultaba un gran peligro para su estabilidad. Se separó lo suficiente para oírla protestar por su momentáneo abandono, pero no podían quedarse en la entrada, o tal vez sí. Le quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo con un ruido sordo, ella le bajó las mangas del suyo mientras volvía a besarle con avidez. Mario avanzó unos pasos y le arrancó el grueso jersey que llevaba para protegerse del frío. Aquella prenda no le hacía justicia, se dijo mientras la acariciaba hambriento. Era perfecta. Gabriela sintió el frescor del ambiente sobre su piel calenturienta. Resultaba un alivio. Él también tenía que quitarse aquel dichoso suéter que la separaba de sus músculos bien formados y su tacto duro y tentador. Segundos después, pudo disfrutarlos en todo su esplendor. Así fueron deshaciéndose de prendas y acercándose al dormitorio presidido por el cuadro de la mujer misteriosa. Cayeron sobre la cama en un revoltijo de brazos y piernas, pero no les importó, estaban inmersos en una nueva exploración, cada vez más exhaustiva de sus cuerpos. Los labios de Mario estaban por los lugares más recónditos, al igual que las manos de Gabriela, que se deslizaban con urgencia por el largo cuerpo de su amado. El resto de la ropa había desaparecido gracias a tirones y empujones propinados con premura.

Gabriela sintió las manos de Mario delinear su figura hasta que se detuvieron en su talle. Se sentía liviana. Expectante. Necesitaba sentir al hombre dentro de ella, quería rodearle y absorberle, quería su cuerpo y su alma. Eso le produjo unos instantes de pánico que el placer de su contacto consiguió hacerle olvidar con rapidez.

Mario había aguantado el tipo controlando las exigencias de su cuerpo, pero cada segundo que pasaba le era más difícil no dejarse llevar por la atracción mágica que la mujer ejercía sobre él. Cuando sucumbió a sus deseos, se enterró en el cuerpo femenino. Encajaban a la perfección. El clímax llegó como una tromba, liberando la energía contenida, golpeándolos de manera inesperada. Ella gimió buscando un sitio donde asirse, la garganta masculina exhaló el aire contenido con un sonido ronco y sensual que revelaba el deseo satisfecho. Durante unos gloriosos segundos, navegaron por un mundo sin problemas y lleno de voluptuosidad y deleite. Después llegó el sosiego. Mario se recostó

junto a Gabriela y examinó cada rasgo, cada gesto de su rostro. Ella mantenía los ojos cerrados pero se la veía relajada. No había ningún rastro de arrepentimiento, más bien todo lo contrario, se la veía satisfecha y contenta. Por fin le permitió ver sus iris azules, que se clavaron en él. Le sonrió con dulzura a la vez que sus dedos delineaban la mandíbula y los labios masculinos.

–En algún momento, podremos hablar.

Él desplegó una sensual sonrisa.

–¿Hablar? ¿Quieres hablar?

Ella denegó sonriendo.

–No. Ahora no –después se fijó en el retrato que había a los pies de la cama– No sé cómo hemos podido hacer nada delante de ella.

Él siguió la dirección de su mirada, aunque sabía muy bien a qué se refería.

–Es solo un cuadro, Gabriela –se quedó pensativo–. Quién me iba a decir que esa mujer que me ha perseguido durante casi toda mi vida iba a terminar significando tanto para mí.

Un puñal de miedo se incrustó en el corazón de Gabriela.

–Mario –dudó antes de continuar–, no te habrás acostado conmigo porque me parezco a ella...

Un brillo de furia pasó con rapidez por los ojos masculinos.

–No vuelvas a decir eso. Ni a pensarlo. No quiero volver al principio. Me gustas tú. Ella es la excusa que te trajo hasta aquí.

–No te enfades –volvió a acariciarle–. Me gustas más cuando no eres un gruñón– y antes de que volviera a protestar, lo besó de nuevo, segura de que así, se olvidaría.

La mujer se movía, nerviosa, por la hermosa habitación. El fuego de la chimenea de mármol caldeaba el ambiente y, junto con la luz de las velas, que soportaban los candelabros de plata, le proporcionaban un color anaranjado y acogedor. En la calle nevaba, pero eso no tenía importancia. Esa noche era la gran noche. A pesar de la pelea con sus padres, tenía la intención de presentarles al hombre con el que había decidido compartir el resto de su existencia.

–Marta, apresúrate o llegaremos tarde –la apremió con su voz cantarina, llena de felicidad.

–Señorita, faltan más de tres horas, tranquilícese.

–No puedo. Hoy tengo que estar muy guapa.

La doncella sonrió. Su señora siempre estaba guapa. Era hermosa tanto por fuera como por dentro. Su carácter dulce y compasivo hacía que la apreciara todo el mundo. No le extrañaba nada que el señor Angelo estuviera perdidamente enamorado de ella. Incluso ese estirado de Lucca Francetti bebía los vientos por ella. Menos mal que le había dejado claro que no quería nada con él. Su padre había montado en cólera pero Gabriella no había cedido a sus deseos. Era una joven muy especial y ella la quería mucho más de lo que una criada podía querer a su ama.

Empezó a preparar todo lo necesario para vestirla y acicalarla para esa velada.

Depositó sobre la inmensa cama, escoltada por cuatro columnas torneadas, un vestido azul oscuro bordado con hilos de plata y unos zapatos de tacón alto forrados en la misma tela.

–Señora, va a estar usted preciosa. Este azul resalta el color de sus ojos.

–Gracias, Marta. Espero que tengas razón.

Se volvió hacia una cómoda decorada con incrustaciones de mármol y distintos tipos de madera, y sacó varios abanicos de uno de sus cajones. Al final, separó uno con varillas de carey y plumas de pavo real.

–Empezaremos por el peinado –señaló–. No quiero que sea muy recargado, odio esos peinados inmensos e incómodos que se llevan ahora.

–Usted déjeme a mí.

–Y tampoco quiero mucho colorete –volvió a decir.

–Señorita, cállese. Yo sé lo que le gusta. Cuando acabe con usted, estará impresionante.

La joven suspiró y se relajó ante el espejo. Fijó los ojos en el cristal y su rostro cambió de forma radical. Se llenó de angustia y desconsuelo. Miró con fijeza a través y su voz traspasó la distancia de los siglos.

–Cuidado, Gabriela. Tened mucho cuidado. Él volverá a hacerlo.

Gabriela se agitó en la cama. Sabía que estaba soñando, quería despertar, volver a la realidad. Sin embargo, estaba atrapada en aquel mundo de inquietud y tristeza. La felicidad anterior se había esfumado por arte de magia. Movi6 la cabeza a ambos lados, no podía ser. «¡Tened cuidado! Angelo, Mario» ¡No, no, nooooooo!.

–Gabriela. –La voz llegaba lejana pero no pertenecía a una mujer– Gabriela, despierta.

Eso es lo que quería, abrir los ojos y comprobar que todo estaba bien, que solo había sido una pesadilla.

Mario sintió pánico por unos momentos. Ella se había dormido con total placidez entre sus brazos y de pronto había empezado a moverse y a gritar. Conociendo esa propensión suya a los sueños raros y a las visiones, pensó que podría ocurrirle algo en uno de ellos y, por lo visto, estaba siendo testigo de otro de sus episodios. Detestaba verla así, no podía soportar ver cómo sufría.

–Gabriela –repitió con suavidad y firmeza a la vez–, despierta. Esta vez no estás sola. Vamos, despierta –apoyó sus labios sobre los de ella y los dejó allí unos instantes. Con el contacto, empezó a reaccionar y él consiguió respirar tranquilo.

–¿Angelo? –preguntó con la mirada desenfocada.

Mario sintió un escalofrío. No creía en fantasmas ni cosas sobrenaturales pero tenía a Gabriela en sus brazos y le había llamado Angelo. Habían discutido sobre él, pero nunca lo había confundido. Echó un vistazo furioso a la mujer que le miraba desde el cuadro. Ella era la culpable de todo. Nada más pensarlo se arrepintió porque sí, con ella había empezado todo, pero también había llevado a la joven hasta él.

–Gabriela, despierta.

Ella obedeció. Le miró extrañada.

–Mario ¿Qué pasa?

–A lo mejor tú puedes explicármelo –su voz era calmada pero dentro bullía todo un mundo de sentimientos desconocidos.

Ella no sabía de qué le hablaba. Observó que estaba un poco pálido y tenía una expresión preocupada. Empezó a sospechar que había visto u oído algo que había hecho en sueños. Sueños, eso era. Poco a poco vino todo a su memoria. Se sentó de golpe en la cama, olvidando que estaba desnuda. La sábana se deslizó hasta la cintura y por unos minutos ambos olvidaron todo. Todo, salvo lo ocurrido la noche anterior. El torso de Mario mostraba sus pectorales, que atrajeron la atención de Gabriela. Deslizó las palmas de las

manos por ellos. Era perfecto. Parecía una de esas estatuas que su madre tenía en el vestíbulo. Se acercó y depositó un beso sobre él. Mario acarició su cabeza y se permitió sentir sus labios sobre él durante unos segundos. Después volvió a la realidad.

–Gabriela –su voz ronca ponía de manifiesto sus sentimientos y deseos pero el sueño tenía prioridad–. ¿Qué has soñado?

Ella levantó la cabeza y clavó sus ojos, casi transparentes, en el rostro masculino. Suspiró. Tenía que contárselo. Se recostó sobre su pecho y le hizo un resumen.

–Lo más importante es que nos ha avisado. Mi antepasada decía una y otra vez que tuviéramos cuidado, que iba a volver a hacerlo. Pero ¿quién? Y ¿qué?

Volvió a mirarlo.

–Mario, estoy cansada. No sé qué quieren ni sé por dónde seguir. Un puñado de fantasmas danza a mi alrededor y no sé cómo volver a la normalidad. ¡No quiero verlos! ¡Quiero que todo sea como antes!

Había desesperación en su voz y él no sabía cómo ayudarle. Había sido protagonista y testigo desde el principio, pero él no dictaba las normas. No las conocía. Lo que sí le dolió fue oírle decir que quería que todo fuera como antes porque eso significaba que él desaparecía de la escena.

–Si todo vuelve a la normalidad, ¿dónde quedo yo?

No lo había pensado. Estaba tan acostumbrada a su presencia que no había pensado en eso. De todas formas, la situación era irreversible y él no desaparecería de repente.

–Tú te quedas conmigo, por lo menos por ahora. Y si quieres, claro. Es evidente que no vamos a volver al pasado en ninguna de las cosas que nos ocurren, así que es una tontería especular.

–¿Te arrepientes de estar aquí? –quería estar seguro. Nunca había pedido nada a ninguna mujer, aunque tampoco ninguna le había despertado los sentimientos que le despertaba la que tenía a su lado.

–No –fue la respuesta sincera–. No sé qué va a pasar mañana, ni de qué manera terminaremos, pero ahora mismo no quiero estar en ningún otro sitio.

Para corroborar sus palabras, se inclinó sobre él y volvió a besarlo. Esta vez sin ninguna delicadeza. Quería pasión y arrebato. Nada de tranquilidad y placidez.

Él la envolvió en sus brazos y giró sobre ella para responder a su demanda. Atrás quedaron los fantasmas y sus temores.

La luz del nuevo día entraba a raudales en la habitación. Era una mañana luminosa. Gabriela se removió en la cama. Sus dedos chocaron con algo situado a su lado. Tanteó con cuidado, sin abrir los ojos. Estaba desconcertada y desorientada. Debía de ser muy tarde, pero se estaba tan calentito... Una mano agarró la suya, arrancando un grito producido por el sobresalto. En ese momento recordó todo. Estaba en el palazzo Rusconi, en la cama del conde del *castillo*. Imágenes eróticas de ellos rodando por ese enorme lecho poblaron su mente. Sonrió con pereza y se giró hacia él sin soltar su extremidad atrapada.

–Buenos días. Me acabas de dar un susto de muerte.

–¿Por qué? –su mirada absorbía cada detalle de la mujer, que a esa hora de la mañana estaba preciosa. No podía creer que siguiera a su lado y no hubiera salido corriendo en mitad de la noche.

–No recordaba dónde estaba.

–Eres tremenda para el ego de un hombre –comentó con humor–. Te has olvidado de mí.

Ella besó los nudillos del puño que aún mantenía agarrado.

–No seas tonto. No eres tan fácil de olvidar. Lo que pasa es que no recordaba dónde estaba. ¿Qué hora es?

–¿Tienes prisa?

Le lanzó una sonrisa sugerente.

–Ninguna.

–Perfecto. Entonces es mi turno de dar los buenos días –deslizó sus labios por los de ella con una lentitud exasperante, saboreando el momento de tenerla debajo de él con el total convencimiento de que no iba a huir. No sabía lo que duraría aquel nuevo estado pero iba a disfrutar de cada minuto. Los brazos de ella se enroscaron en su cuello, fundiéndole contra su cuerpo. La necesidad y el deseo volvieron a adueñarse de ellos, enterrándolos de nuevo en una vorágine de besos, caricias y pasión. Ahora, que ya se conocían, que sabían cómo complacerse, lograron un mayor deleite en su nueva unión, supieron obtener cada gota de placer hasta llegar a saturar todos sus sentidos. Agotados, permanecieron acostados el uno junto al otro, sin pronunciar ni una palabra, tan solo ocupados en recuperar el ritmo de sus respiraciones y el latido más regular de sus corazones, poco acostumbrados a ese tipo de embriaguez.

En algún lugar cercano del palacio, la campana de una iglesia dio once campanadas.

–¿Eso quiere decir que son las once de la mañana? –preguntó somnolienta.

–Ajá –fue la respuesta de él.

Ella se incorporó de golpe.

–¡Tengo que irme! Es tardísimo. Mi madre me estará buscando.

–¿No eres ya mayorcita para eso?

–Pues sí, pero la pobre debe de estar preocupada.

Ante la mirada regocijada del hombre, abandonó la cama y corrió al baño. Antes de cerrar se volvió hacia él.

–¡Sal de ahí, que tienes que llevarme!

A pesar de las prisas, tomaron un ligero desayuno, café, zumo y tostadas, que prepararon entre los dos. Una hora más tarde, ambos bajaban las escaleras charlando. Al llegar al primer tramo, unas voces femeninas atrajeron su atención.

Lucía y Mónica estaban en la puerta y miraban hacia arriba con caras atónitas.

–¡Mamá! –Los dos exclamaron al unísono como un par de adolescentes pillados en un beso en el portal.

–¡Mario! –Mónica no podía creer lo que veía. Era la primera vez que su hijo llevaba una mujer a su casa.

–¡Gabriela! –Lucía sabía que había algo entre ellos, pero encontrarse con la evidencia le produjo un serio choque emocional. Su niña acababa de pasar la noche con ese hombre.

–¡Mamá! –Volvió a repetir ella a la vez que terminaba de bajar la escalera y se aproximaba–. ¿Qué haces aquí?

–Yo podría preguntar lo mismo –respondió con ironía.

La piel blanca de Gabriela alcanzó un color púrpura preocupante, tanto que Mario sintió la necesidad de acudir en su ayuda, pero ¿qué podría decir? La situación era bastante clara. No había excusa que pudiera explicar la presencia de la chica allí.

–He pasado la noche aquí –fue la sincera respuesta. Como él había dicho, ya era mayorcita y no creía haber hecho nada censurable.

–Eso ¿quiere decir que estáis juntos? –intervino Mónica con un tono esperanzado, apenas disimulado.

Ellos cruzaron la mirada. Al final, ella volvió a hablar.

–Por el momento, lo estamos.

Por el momento. Esa afirmación hizo tan poca gracia a Mario como a su madre. A ella porque veía el final de la soltería de su hijo mayor y a él porque le daba sensación de inestabilidad. No le gustaba sentir que no tenía el control.

–¿Comemos juntas? –preguntó Gabriela a su madre.

–Vamos a comer aquí –intervino Mónica otra vez–. ¿Te apuntas?

Ella declinó la invitación diciendo que había quedado con Helena para preparar los vestidos del baile de esa noche. Por lo visto, Lucía y Mónica habían quedado para lo mismo.

Tras otro silencio incómodo, la pareja se despidió y abandonó el edificio ante la mirada curiosa y cómplice de ambas mujeres.

Una vez fuera de la vista de sus respectivas madres, Mario dejó de contenerse.

–Así que *de momento* –recalcó esa palabra– hay algo entre nosotros.

Ella asintió distraída. No había captado todavía el tono molesto de su acompañante.

–Gabriela, mírame –la sujetó por el brazo antes de que continuara su marcha hacia la lancha que les había llevado hasta allí la noche anterior. Ella obedeció extrañada–. ¿Solo existe entre nosotros un *de momento*?

–Mario, no sé qué pretendes. Está claro que nuestra relación no tiene mucho futuro. Míranos, acabamos de hacer el amor y ya estamos discutiendo –rectificó–, tú discutes. No

nos llevamos bien la mayor parte del tiempo, así que lo mejor que podemos hacer es aprovechar lo que tenemos hasta que se termine. ¿No era eso lo que buscabas?

Era posible que fuera eso lo que buscaba. Se sentía atraído por ella, físicamente era preciosa y su mente era todo un reto que le gustaría descifrar. En sus relaciones, él ponía las reglas, que normalmente eran las que ella le estaba poniendo ahora. Lo que le enfurecía era que se lo hubieran dejado tan claro, que por una vez, él no hubiera sido el que llevara la voz cantante.

–Está bien –respondió de mal humor–. Tú mandas. Siempre, desde que nos conocimos, tú has mandado –masculló en voz baja. No obstante, ella le oyó.

–¿Que yo mando? –Alzó la voz indignada–. Tú, el hombre más mandón que he conocido en mi vida, don *señorita, está prohibido estar aquí...* ¿me dices que yo mando?

Se volvió a la lancha e intentó subir sin ayuda. Él la agarró por el codo y la sujetó para que no cayera al agua.

–Cuidado, hace frío para terminar mojada.

Con actitud caballerosa, que contradecía el mal humor y la discusión, la ayudó a instalarse en el vehículo; después, sin decir una sola palabra, arrancó. Y él que había creído que ahora todo iba a ser más fácil... Con aquella mujer nada era fácil. Ahí estaba, sentada, con expresión enfurruñada y seguramente maquinando alguna otra cosa que pudiera exasperarle más.

–¿Te llevo al hotel?

–Sí. ¿Tú no trabajas hoy?

–He llamado diciendo que llegaría tarde –sonrió con acritud–. Esta mañana estaba ocupado.

Ella lo miró de reojo. Parecía que habían pasado horas desde que se habían despertado en la cama de él. Aún no entendía cómo habían llegado a discutir en tan poco tiempo. No dijo nada. No tenía nada que decir.

Llegaron en tiempo record, teniendo en cuenta la cantidad de tráfico que a esas horas y debido al carnaval, había en el Gran Canal. Él bajó primero y repitió la operación de ayudarla a bajar. Se quedaron juntos mirándose, sin saber muy bien cuál sería su siguiente paso.

–¿No veremos esta noche? –preguntó él, rompiendo el silencio.

–Nosotras iremos al casino. Vamos todos: los padres de Helena, ella, mi madre y yo.

–Entonces, allí nos veremos. Nosotros también estamos invitados. Toda Venecia está invitada.

–Di más bien, toda la alta sociedad de Venecia está invitada –rectificó.

–Como tú quieras –le concedió.

Ella hizo un gesto con la cabeza de despedida y comenzó a alejarse.

Él sintió cómo la sangre rugía en sus oídos por la furia.

–¡Gabriela! –la llamó.

Ella se detuvo y se giró extrañada.

–¿Qué?

Mario se acercó en dos zancadas.

–Esto –la enlazó por la cintura y le plantó un beso duro y urgente que la pilló totalmente desprevenida. Después la soltó y, tras una última y larga mirada, murmuró mientras le acariciaba los labios con sus dedos–. Hasta esta noche.

Tras unos segundos en los que permaneció inmóvil por el impacto, se puso en movimiento, como en una especie de trance. Siempre tenía que decir la última palabra, se dijo mientras se encaminaba al hotel, en busca de su amiga. Tenían mucho que preparar.

Capítulo 23

EL ÚTIMO BAILE DE CARNAVAL

Por fin había llegado. Otro año más, los carnavales tocaban a su fin. Se clausuraba con el desfile de las antorchas, en el cual algunos barcos de remo y varias góndolas realizaban un silencioso recorrido desde el puente de Rialto a la plaza de San Marcos. El misterio envolvía la noche y la ciudad, que permanecía a oscuras en ese trayecto. Tan solo la luz de las antorchas iluminaba el paso de las embarcaciones y a los asistentes a la celebración.

Después, en el Casino, tendría lugar un gran baile de despedida. Solo hasta el año siguiente.

Helena y Gabriela habían pasado toda la tarde completando su atuendo que, como exigía el protocolo, debería estar inspirado en el siglo dieciocho. Habían ido a una pequeña tienda cercana a la galería de arte. La dueña ya les tenía preparados varios modelos, de entre los cuales eligieron. En el momento en que lo vio, Gabriela supo que ése era el suyo. No quiso saber si se habían confeccionado para alquilar o eran vestidos usados que alguna rancia familia había vendido por un módico precio para desprenderse de ellos. Después de todo el cúmulo de casualidades que había vivido desde que llegó a la ciudad, encontrar un vestido azul marino, de seda, adornado con bordados en hilo de plata, le pareció lo más natural. Quería ése. Por supuesto, tenían los zapatos a juego: Tacón alto, forrados en tela y decorados con el mismo hilo plateado. Eligieron un verdugado para cada uno de los vestidos. La moda del siglo exigía ese armazón metálico que mostraba el vestido con un amplio vuelo en las caderas y que lo chafaba por delante y por detrás. Entre los complementos, escogió un bolso y un abanico. De manera inconsciente, se llevó unos muy parecidos a los que había visto en su sueño, cuando Gabriella se preparaba para su baile. Un pequeño malestar se introdujo en su cuerpo al pensar en ello. Era una sensación de fatalidad que no podía evitar. Hizo a un lado su mal presentimiento y ayudó a Helena a elegir el suyo. Su amiga prefirió uno de color granate. Le gustaba ese color, que resaltaba el tono de su pelo y de su tez morena. Tardaron horas en arreglarse. En esa ocasión no usaron peluca, una peluquera se presentó en el hotel y las peinó con uno de esos elaborados peinados de la época. No tan extravagantes, por supuesto, pero tuvieron que quedarse quietas durante un buen rato hasta que la mujer se dio por satisfecha. El maquillaje fue más fácil, al fin y al cabo lo único que exageraron un poco fueron los coloretos sobre las mejillas. Después llegó la complicación de vestirse. Menos mal que estaban las dos y se ayudaron. Aquellas ropas casi necesitaban libro de instrucciones. Se abrocharon los corpiños, entallados y terminados en pico sobre las voluminosas faldas. El de Gabriela tenía un pronunciado escote, adornado con un coqueto volante. Las mangas llegaban hasta el codo y también estaban adornadas con encajes. Era una verdadera preciosidad. Se miró en el espejo y se quedó sorprendida. No parecía ella. En realidad, podría haber sido Gabriella Monteverdi perfectamente.

Helena la miró con aprobación y le comentó que, cuando la viera Mario, se iba a quedar pasmado. «Seguro», se dijo ella. Y eso que su amiga no había visto el retrato que colgaba en la pared de su habitación. Con toda probabilidad, lo que le iba a dar era un infarto.

Habían quedado en reunirse con Lucía en el mismo casino, ya que ella se presentaría en compañía de Mónica. Primero verían el desfile de las antorchas y después acudirían al baile.

Las calles estaban abarrotadas, el silencio y la oscuridad dominaban aquella parte de la ciudad. En unas horas, todo habría terminado, se dijo Gabriela. No sabía lo ciertas que eran esas palabras.

Llegar hasta el Casino esa noche resultó una auténtica odisea. La paciencia necesaria para acceder al local debía ser casi infinita. Situado en el Gran Canal, había sido uno de los primeros palacios construidos durante el renacimiento. Por supuesto, mantenía el lujo de sus primeros años, si no había aumentado. El amplio salón central del vestíbulo brillaba en todo su esplendor. Las lámparas de cristal de Murano lanzaban destellos en todas direcciones, resaltando los frescos de las paredes y los dorados del bronce de los apliques. Las mujeres miraron a su alrededor buscando algún conocido. Aquello iba a ser muy complicado. Había invitados por todas partes. Era como realizar un viaje en el tiempo. Damas con enormes vestidos y peinados imposibles y caballeros con pelucas empolvadas y calzón corto. Lo único que diferenciaba los dos siglos era la luz eléctrica. El resto de la ambientación era un verdadero logro de atrezzo. Claro que el escenario no podía ser más apropiado para cumplir con las expectativas de viajar virtualmente al siglo dieciocho.

Se dirigieron a las escalinatas que daban acceso al primer piso. Pasaron bajo el arco que las escoltaba y llegaron a otro inmenso salón. Más personas bebiendo y hablando. El baile tendría lugar en ese lugar, que permitía bailar sin dificultad.

–No los vamos a encontrar en la vida –comentó Helena–. Con los disfraces y el gentío, no vamos a ver a nadie.

Gabriela no la escuchaba. Frente a uno de los ventanales que daban al canal había un grupo de hombres, de entre los que destacaba uno que llamó su atención. Vestía un calzón y una casaca azul oscuro, como su vestido. Los encajes de la camisa asomaban por el cuello y las mangas. El calzón se adaptaba a unas piernas masculinas musculosas, casi perfectas y las medias blancas quedaban resaltadas por los zapatos con un poco de tacón, adornados con una hebilla. Llevaba el pelo largo, recogido en una coleta. Cuando notó los ojos grises fijos en ella, se sintió desfallecer. «Angelo». ¡Por Dios, ahora no! No podría soportarlo esa noche. El hombre se disculpó del resto de sus acompañantes y se dirigió hacia donde ellas estaban con una sonrisa, que desapareció cuando descubrió su semblante.

–¡Gabriela! ¿Estás bien?

–¿Mario? –preguntó con vacilación– ¡Mario! Eres tú –alargó su mano para tocarle el rostro.

–Pues claro que soy yo –Nada más decirlo, sospechó lo que le podía pasar–. ¿Es que has visto algo?

Ella negó, recuperado ya un poco el color y el ritmo de su agitada respiración.

–Creí que lo había visto. ¡Eres igual que Angelo! Por un momento he pensado que eras él y que quería decirme algo.

–Ahora comprendes cómo me he quedado yo cuando te he visto a ti –aún le latía el corazón a toda marcha. Por un instante había pensado que él también veía fantasmas y que la dama del cuadro había ido a buscarlo.

–No quiero líos esta noche –apuntó Gabriela–, quiero pasarlo bien.

Se volvió hacia donde había dejado a Helena, quien, por lo visto, había encontrado a alguien porque charlaba unos pasos más allá. Al acercarse, descubrieron que eran Mónica y Lucía. Los comentarios de ambas fueron parecidos a los que ellos mismos habían hecho. Los parecidos eran evidentes y sorprendentes.

La noche transcurría entre bailes y conversaciones con un montón de amigos. Gabriela ya no recordaba los nombres de todas las personas que le habían presentado. De vez en cuando, se sentía observada y aquel presentimiento de fatalidad no terminaba de abandonarla. Aprovechó un despiste de sus conocidos, se apartó de ellos y se acomodó, si aquello era posible con aquel vestido, en uno de los sofás pegados a la pared.

Desde allí dominaba casi todo el salón. Las parejas bailaban un minuetto, como la primera noche de su estancia en Venecia. Había corrillos de gente charlando de manera animada y la luz de las velas, de las inmensas lámparas, daban al ambiente un color amarillento. Un momento. Velas. No podía ser. Miró a su alrededor. Todo seguía igual salvo por el sistema de alumbrado y que, se dio cuenta al instante, la gente que conocía había desaparecido. Todo el mundo bailaba y reía, las velas se iban consumiendo. Quería ponerse de pie, pero no era posible. Algo la mantenía inmóvil, convirtiéndola en mera observadora. Un poco más allá una pareja llamó su atención. Mario bailaba con... ella. No. No era ella, era Gabriella. Llevaba un vestido casi idéntico al suyo. La muchacha reía con espontaneidad. Se la veía dichosa en brazos del hombre. Se estaba volviendo loca. Eso era. Al final, tanto fantasma y tanta imaginación la habían dejado al borde de la locura. Los músicos tocaban otra pieza y ellos iniciaron una nueva danza. Pudo ver mejor a Mario. Tampoco lo era. Al fin vio las diferencias, sobre todo en la casaca. Era muy parecida a la de Mario, pero no igual y su amigo era más alto. Allí estaba Angelo, que bailaba mientras miraba embelesado a su encantadora pareja.

«Dios mío», aquella era la noche de la que hablaban su antepasada y su doncella en el sueño.

–Gabriela. ¿Estás bien? –La voz de Mario, junto a su oído, la llevó de vuelta a la realidad.

–Es todo tan real –comentó para sí misma.

Él tomó asiento a su lado con preocupación.

–Gabriela, estás muy pálida y llevo un rato intentando sacarte de un estado ausente por el que casi me da un infarto. Mirabas fijamente al grupo de bailarines y no te movías, casi ni respirabas.

Ella intentó serenarse. Mario estaba a su lado y le hablaba. Mostraba su lado amable. El estado de confusión se fue disipando y empezaba a procesar lo que había visto.

–Mario, Gabriella y Angelo estuvieron aquí en un baile. Iban vestidos casi igual que nosotros –cerró los ojos. A lo mejor así desaparecía todo–. No quiero verlos. Están felices, sin saber lo que se les viene encima.

El corazón de Mario dio un salto en su pecho. No terminaba de acostumbrarse a que le hablaran de fantasmas y mucho menos a ver Gabriela en ese estado de irrealidad.

–¿Estás segura? A lo mejor es solo sugestión. Mira a tu alrededor, nadie ha visto nada, todo el mundo sigue a lo suyo.

–Era como una película –insistió–. El mismo lugar, distintas personas. Hasta la misma música.

–Eso es normal. Este año el carnaval recrea el siglo dieciocho. La ambientación es perfecta.

–Sí. Salvo por el hecho de que yo he visto velas en las lámparas, no bombillas.

Él se la quedó mirando con seriedad y algo de temor.

–Voy a buscarte algo para beber. No te muevas de aquí.

No pensaba hacerlo. Estaba demasiado cansada.

Miró hacia los bailarines. Allí estaban. Enamorados y felices. De pronto se oyó un gran revuelo. Los asistentes al baile hicieron una especie de pasillo a unos hombres, vestidos de oscuro, que entraban con paso decidido al gran salón. Se dirigieron hacia donde estaban sus antepasados.

–¿Es usted Angelo Rusconi?

–Lo soy –contestó el joven manteniendo la mirada del inquisidor.

–Dese preso en nombre del Dux.

–¿Qué? –gritaron a la vez varias voces. Entre ella las de los padres de él y los de ella.

–Eso es imposible –dijo el conde de Rusconi–. Mi hijo no ha hecho nada.

Gabriella agarraba la mano de su amado con desesperación. No se lo iban a llevar a ninguna parte. Ahora que casi habían conseguido su sueño, no se lo iban a arrebatarse.

–Su hijo ha sido acusado de traición y tiene que acompañarnos –el hombre de negro pronunció aquellas palabras con total frialdad–. Si se resiste, llamaré a los soldados.

–No será necesario –intervino Angelo–. Les acompañaré. Vamos a aclarar este error.

Y ante la mirada de un atónito grupo de observadores, el heredero del conde de Rusconi, abandonó el salón de baile sin saber que aquel, iba a ser su último carnaval.

¡Por Dios! Gabriela se ahogaba. Sentía la angustia de la muchacha a la que habían arrancado del lado de su amante sin poder hacer nada para evitarlo. El llanto de la madre al ver cómo se llevaban preso a su hijo, los ojos de ira y resolución del conde, quien salió tras ellos a toda prisa. Necesitaba aire fresco. Así que era eso lo que había sucedido. Por fin tenía los datos de cómo habían sucedido las cosas. Ahora solo le quedaba averiguar quién había tendido esa trampa a Angelo. Estaba segura de que había sido Francetti, quien quería a la joven para él. De esa manera se quitaba del medio a su oponente. Desprestigiar a alguien en aquellos tiempos era tan fácil como escribir un papel y echarlo a la boca del león. Pero tenía que encontrar la manera de demostrarlo.

–Toma –un vaso apareció ante ella. Mario había vuelto–. ¿Te encuentras mejor?

Ella movió la cabeza negativamente. Dio un largo trago del líquido para tranquilizarse.

–He vuelto a verlos –miró a su compañero, esperando algún tipo de reacción. Él se acomodó a su lado y se limitó a esperar que continuara. No tenía la menor idea de cómo manejar aquella situación–. Durante este baile, detuvieron a Angelo. Una detención en público, delante de todo el mundo, sin posibilidad de defensa. Mario, fue horrible. Lo arrancaron, literalmente, de los brazos de Gabriella.

Él permaneció en silencio. No encontraba las palabras adecuadas. Había pasado mucho tiempo, especulando sobre la manera en que habrían ocurrido los hechos. En su familia nunca nadie hablaba de esa detención. Y ahora, una *vidente* que se le estaba metiendo bajo la piel, le contaba todos aquellos detalles sin titubear. No tuvo tiempo de decir ni una sola palabra. Dos hombres se plantaron delante de ellos con cara de pocos amigos. No iban disfrazados como el resto de los invitados.

–¿Mario Rusconi? –Preguntó uno de ellos.

–Sí. ¿Qué quieren? –contestó él poniéndose en pie.

–Está usted detenido. ¿Quiere que le lea sus derechos?

–Los sé –dijo en tono seco y controlado. Estaba atónito. Por un lado, Gabriela le estaba contando cómo habían detenido a Angelo y, de la nada, surgían dos hombres que pretendían detenerlo a él. Sin duda, la sinrazón había llegado a Venecia–. ¿Puedo saber a qué viene todo esto? ¿Por qué me detienen?

–Por robo. Por vender obras de arte pertenecientes al museo, aprovechándose de su cargo.

A esas alturas, se había hecho un corro alrededor de ellos. Mónica y Lucía habían llegado junto a sus hijos, dispuestas a defender a sus cachorros.

–Eso es mentira –dijo él con voz helada. Sus ojos fríos se fijaron en el policía–. ¿De dónde han sacado esa basura?

–Yo solo cumplo órdenes. Tendrá que acompañarme.

–No se va a llevar a mi hijo –intervino Mónica con autoridad.

–Señora. Si quiere ayudar a su hijo, llame a su abogado.

Gabriela no podía creer lo que le estaba pasando. La historia se repetía y no era casualidad. Ella había ido allí a descubrir la verdad de lo sucedido hacía tres siglos y ahora estallaba todo de la misma manera. No. El destino no podía ser tan cruel. Se puso en pie y agarró la mano de Mario.

–Yo voy con él.

El hombre la miró de arriba a abajo.

–No puede venir con nosotros. Mejor busquen otra forma de ayudarlo –después se dirigió a su prisionero–. ¿Nos vamos?

Mario dirigió una última mirada a Gabriela. Durante unos instantes, las imágenes se superpusieron. No distinguía a quién pertenecían esos ojos grises. Mario, Angelo, lo cierto era que las mismas palabras reverberaban en su cabeza. «*Es una trampa*».

Por fin, el detenido salió del casino escoltado por la pareja de policías y seguido por infinidad de miradas curiosas. Entre los mirones, había una mujer, joven y guapa, muy orgullosa de sus logros. En sus ojos había una enorme satisfacción.

–Lo hemos conseguido –comentó a su hermano Bruno, que asistía al espectáculo con indiferencia.

Capítulo 24

LA HISTORIA SE REPITE

No podía estar ocurriendo. Los pensamientos giraban, vertiginosos, en la cabeza de Gabriela. La historia se repetía de la misma manera; un Rusconi detenido de la manera más vergonzosa, delante de la alta sociedad veneciana y acusado de un delito que, estaba segura, no había cometido. El por qué de aquel bucle en el tiempo era todo un misterio para ella, pero lo que sí tenía muy claro era que, en el siglo veintiuno, las mujeres no estaban indefensas y que, a diferencia de su antepasada, iba a remover cielo y tierra para demostrar la inocencia de su amado. ¿Amado? Tendría que pensar más despacio en esa palabra. Sentía por Mario algo muy diferente a lo que había sentido hasta el momento por algún hombre. La enfadaba, sí, pero la hacía sentirse viva, tanto a nivel mental como físico. La noche que habían pasado juntos le había demostrado que el amor por Mario no era un juego ni mero sexo. Se habían implicado muchas emociones en aquel acto. Volvió al presente y a la realidad que la rodeaba.

Mónica, Lucía, Helena y ella, habían salido corriendo del casino. Ni siquiera se habían mirado, simplemente habían actuado como una sola mente.

Lo bueno de la posición de los Rusconi era que, nada más llegar a la calle, tenían a su disposición un montón de lanchas que las llevarían donde quisieran. Mónica hizo unas cuantas llamadas.

–Lo han llevado a la comisaría de Mestre –informó.

–Pues vamos para allá –decidió Lucía.

Las dos mujeres se compenetraban a la perfección. Quizá también les uniera la fuerza de la maternidad. Una madre que defiende a su descendencia es imparable.

Gabriela las oía hablar mientras se acercaban a la plaza de Roma. Desde allí harían el recorrido en coche. Por supuesto, había uno esperándolas cuando llegaron. Cruzaron el puente de la libertad a toda velocidad. Llegaron poco después que los policías y el detenido, pero ya no alcanzaron a verlos. El barullo que se originaba cuando se realizaba una detención todavía perduraba. De los protagonistas no había ni rastro.

Mónica intentó ver a su hijo pero no se le concedió la autorización para que lo hiciera. En una noche de carnaval, las comisarías tenían un movimiento inusual y aquella, en concreto, había reunido a varios presos y sus acompañantes. Los pasillos eran un reflejo de lo que sucedía en la calle: un montón de gente vestida de la manera más variopinta. Nerviosismo, intranquilidad e irascibilidad eran las características predominantes, tanto de parte de los policías, como de los que allí habían convergido por diferentes motivos.

Había transcurrido más de media hora cuando uno de los agentes informó a Mónica de que el comisario en persona quería verla. Ella suspiró con alivio. Había pedido varias veces a sus acompañantes que volvieran al hotel pero ellas se habían negado rotundamente. No pensaban dejarla sola en un trance así. La mujer las miró con agradecimiento. Sus ojos se detuvieron sobre Gabriela quien, cabizbaja, permanecía sumida en sus pensamientos,

sentada en un duro banco de madera. La pareja podría negarlo hasta la saciedad pero existía entre ellos un fuerte lazo que nada tenía que ver con el que unió a sus antepasados. Se acercó a ella.

–¿Quieres que haga llegar a Mario algún mensaje de tu parte?

–Dile que no permitiré que la historia se repita. Solo eso.

La mujer asintió y siguió al policía. Esperaba otro tipo de mensaje, sin embargo aquel le había dado esperanzas. Iban a luchar por sacarlo de allí y demostrar su inocencia.

El comisario, un hombre cercano a los sesenta años, la aguardaba en pie, junto a la ventana. Cuando la vio entrar, se acercó a ella y la besó en ambas mejillas.

–Mónica. ¡Cuánto siento todo esto!

Se conocían de toda la vida. Él había sido amigo de su marido y la amistad había continuado a través de los años.

–Leo, no comprendo qué está pasando. Solo sé que mi hijo no es un ladrón –se movía nerviosa por el pequeño despacho sin dejar de retorcerse las manos–. Debe de haber un malentendido.

El hombre sintió pena por la mujer que conocía desde hacía más de treinta años. Como padre, no le gustaría nunca verse en una situación parecida.

–Siéntate, Mónica –le indicó una silla frente a su escritorio. Él se sentó a su lado. Se inclinó con los codos apoyados en sus muslos. A ver cómo le decía que la cosa pintaba muy mal–. Verás, hay una denuncia con mucho peso. Alguien lo ha identificado.

–¿Quién? ¡No puede ser!

–No te alteres. Voy a hacer todo lo posible por deshacer este enredo. Yo tampoco creo que Mario sea un ladrón, pero un marchante de arte, que lleva años comprando cuadros robados, lo ha delatado.

Los ojos de Mónica se abrieron como platos. No. No era posible. Su hijo era un hombre de honor y no hacía esas cosas.

–¿Y os fiáis de la palabra de un ladrón? –preguntó enfadada.

–Mónica –puso una mano sobre la de ella–, tranquila. Tenemos que comprobarlo todo. Esta tarde hubo un chivatazo y pillamos al marchante recogiendo un cuadro que, como está acreditado, estaba colgado en el despacho de Mario. El hombre ha dicho que siempre lo hacen igual. Mario le llamaba por teléfono y le indicaba el sitio donde hacer el intercambio. Él dejaba el dinero y retiraba el cuadro. Hoy lo hemos pillado en el proceso. Tenemos la tabla y el dinero.

–¿Y dice que negociaba con Mario?

–Eso ha dicho. Ha confesado que nunca lo ha visto cara a cara.

Ella no le dejó terminar.

–¿Lo ves? Puede haber sido cualquiera.

–Calma. Tenemos que ir paso a paso.

Ella al final no pudo contener su impaciencia y se puso en pie.

–Es mi hijo el que está en una celda. No puedo permitirlo.

El comisario comprendía su estado de ánimo pero, para él, la situación era más complicada. Tenía una denuncia basada en unos hechos. Alguien había dado el cambiazco de una pequeña obra de Veronés que había en el despacho del director del museo; una pintura que podía sacarse, sin problemas, en un maletín. Sin problemas para alguien que no tuviera que pasar todos los controles que pasaban los visitantes. Por si eso fuera poco, una persona había identificado al vendedor y lo había hecho dando el nombre de Mario Rusconi. Movi6 la cabeza. La cosa estaba complicada y tenía que decírsele a su madre que, por si fuera poco, era su amiga. «Menuda noche de carnaval», se lament6.

–M6nica, tu hijo es un adulto y tiene el temple suficiente para pasar una noche en un calabozo. No te preocupes, encontraremos una soluci6n.

–Claro que la encontraremos. Ahora mismo voy a llamar a Paolo. l sabr lo que hay que hacer.

–Buena idea –acept6 el hombre con alivio. Paolo, el hijo pequeño de los Rusconi, era abogado penalista y, seguramente, encontrar la manera de sacar a su hermano de esa situaci6n más que embarazosa–. Si lo llamas ya, en un par de horas, como mucho, estar aquí. T debes marcharte a casa y tranquilizarte. Mañana verá las cosas de otra manera.

Ella le dirigi6 una mirada dubitativa. Era una mujer bella, pero los años afectan a todo el mundo y las líneas de cansancio se dibujaban sobre su rostro maquillado para la fiesta. Lo que había empezado como diversi6n, había terminado en una pesadilla para ella.

–Espero que tengas raz6n. Me podrás mantener informada?

–Har lo que pueda –no podía comprometerse, pero conocía al chico desde que era pequeño e iba a hacer todo lo humanamente posible por ayudarles.

–Me gustará verlo –pidi6.

l hizo un gesto negativo.

–Será mejor que no. Si lo haces, empezaran a correr rumores de que se hacen excepciones y puedes perjudicarle más que otra cosa.

Ella acept6 el razonamiento con un gesto de derrota. Se despidieron con unas palabras de ánimo y M6nica abandon6 la estancia con la sensaci6n de dejar algo muy valioso detrás de ella.

Tres mujeres ansiosas y alteradas esperaban su vuelta. Nada más verla aparecer, se abalanzaron sobre ella en busca de noticias. Ella se limit6 a hacer un gesto de negaci6n con el que daba a entender que no había conseguido nada.

–Será mejor que nos marchemos. Aquí ya no podemos ser útiles.

–C6mo que no? –Gabriela se negaba a abandonar aquel lugar. Allí se sentía más cerca de él.

–Hasta que no venga Paolo, no hay nada que hacer.

–¿Paolo? –preguntó Lucía, quien no perdía de vista a su hija. Le preocupaba verla así.

Mónica estaba tan cómoda con ellas que parecía que las conociera de toda la vida, y daba por descontado que conocían la suya al completo.

–Mi otro hijo. Es abogado y vive en Milán. Acabo de llamarlo. Él se encargará de todo.

Había descargado todo el peso de la defensa de Mario sobre su hermano y eso le permitía relajarse un poco. Todas aceptaron aquello como lo apropiado y, sin decir nada más, se dirigieron a la puerta. Tenían por delante una noche muy, muy larga.

Mario recorrió la pequeña celda por enésima vez. Estaba indignado. No podía creer que aquello le estuviera sucediendo a él y que alguien lo odiara tanto como para tenderle una trampa semejante. Al pronunciar la palabra trampa recordó a Gabriela. Eso era lo que repetía una y otra vez cuando dijo que había visto a Angelo en la prisión del palacio ducal. Le recorrió un escalofrío. Nunca había creído en esas cosas pero allí estaba él, vestido con un calzón y una casaca propios de siglo dieciocho, prisionero porque le habían tendido una emboscada, igual que a su antepasado. Solo esperaba no terminar colgado de una soga, se dijo con ironía. En la actualidad no era posible pero, como no consiguiera descubrir quién había detrás de su detención, podía pasarse muchos años en la cárcel y su prestigio habría terminado para siempre.

¿Qué pensaría Gabriela? Pondría la mano en el fuego en que pensaba que era inocente. Su mirada desesperada cuando lo habían sacado del casino lo decía todo. Durante unas décimas de segundo, juraría que había visto dos imágenes de ella superpuestas. Se pasó una mano por el rostro con gesto cansado. Se estaba volviendo loco. El caso era que tenía la certeza de que iba a luchar por él. Era muy cabezota con el tema y a lo mejor hasta pensaba que, solucionando un tema, lo hacía con el otro, el que la había llevado a Venecia. Se estremeció de nuevo, esta vez por motivos distintos. No le gustaba pensar en lo que ocurriría una vez que se sintiera satisfecha y hubiera resuelto su misterio. Seguramente volvería a su país, a su familia, a su trabajo, a Marc. Y él la dejaría marchar. Nunca había sentido por una mujer lo que sentía por ella pero comprendía que no quisiera abandonarlo todo por irse a vivir con él. Atónito por el giro que habían tomado sus pensamientos, detuvo su incesante paseo. No se había planteado en ningún momento vivir en pareja y, de repente, se descubría planificando la posibilidad de hacerlo, más bien dándolo por sentado. Aquella relación no tenía futuro. Ella se lo había dicho una y otra vez y él no lo había aceptado. Al principio, se habían sentido atraídos el uno por el otro pero, desde la noche anterior, había surgido algo más: la había besado y abrazado, sabía qué se sentía al hacerle el amor. Ya no era una simple atracción. Quería tenerla a su lado, oírla protestar por lo que él hacía o decía, ver su hermoso rostro cada mañana y poder besarla cada noche antes de irse a dormir. Se estaba volviendo un sentimental. Llegados a ese punto, los recuerdos de otra mujer llegaron a su mente. Sofía. La que fuera su prometida. Sin darse cuenta, se encontró comparándolas. Por fortuna, no se parecían en nada. La generosidad de Gabriela contrastaba con la mezquindad de Sofía. Ésta le habría dejado tirado a la menor contrariedad. Solo tenía que recordar la última conversación que había oído entre ella y sus amigas. Ésa fue el motivo de que abriera los ojos y pusiera fin a su compromiso.

«La morena hablaba con un aire de suficiencia que jamás le había oído. La dulce Sofía se había convertido en una desconocida.

–Cuando viva en el palazzo, la condesa viuda tendrá que buscarse otro sitio donde vivir –decía–. No pienso soportar a ese vejstorio.

El vejstorio era su madre, en realidad, propietaria de la mitad de la casa, y no era ningún vejstorio. Tenía sesenta años. Mario estaba enfadado por lo que oía y, sobre todo, asombrado.

La mujer siguió hablando y exponiendo sus planes futuros.

–Pienso ir a todas las fiestas. ¡Ah! Y voy a cambiar la decoración. La que tienen, no puede ser más antigua.

–Pero, Sofía –intervino una de sus amigas–, eso va a costar mucho dinero.

–Eso no me preocupa, Mario tiene dinero, montones de dinero. ¿Por qué crees que me voy a casar con él?

El aludido contuvo el aliento y su pecho se hundió un poco. Su mundo acababa de desmoronarse.

–Porque está buenísimo, por ejemplo –comentó la otra muchacha.

–Eso es un regalo adicional. ¿Verdad que es mono?

No iba a escuchar más. La ira creció, ganando terreno al desengaño. Se sentía traicionado y utilizado. Salió de las sombras y se plantó ante las mujeres.

–¡Cariño! –pronunció Sofía con su voz dulce y sugerente a la vez que se acercaba a él. Contaba a mis amigas que cuando nos casemos...

Algo en la expresión de su novio le dijo que él había oído la conversación.

–Amor... –empezó a decir.

–¿Amor? –preguntó con irónica amargura–. No me hagas reír. Este chico tan mono ha descubierto que ese sentimiento es demasiado para alguien como tú: egoísta, interesada, mentirosa y aprovechada.

–¿No! –Interrumpió el torrente de palabras–. No lo entiendes.

–Yo creo que sí –dijo con una frialdad que arrancó un escalofrío a una de las muchachas. La chica, hasta se encogió un poco cuando él la miró y se dirigió a ella–. Creo que tu amiga va a necesitar un hombro sobre el que llorar su gran pérdida cuando sepa que ya no hay boda.

–Mario...–suplicó llorosa.

–Tendrás que buscarte otro tonto que financie tus caprichos, bonita –se dio la vuelta para marcharse–. ¡Ah, No te molestes en buscarme o llamarme.»

Habían pasado muchos años desde aquel episodio, que aún recordaba con amargura y que había marcado sus relaciones siguientes. Había vuelto a su memoria en ese preciso momento, cuando había comparado a la mujer que un día formó parte de su vida con la que había irrumpido con fuerza y sin permiso en la que se había construido.

El sonido de unos pasos que se acercaban lo llevaron de nuevo al presente. Una figura familiar se dibujó en el pasillo bien iluminado. Una versión masculina de su madre esperó ante la puerta a que un policía la abriera.

–¡Paolo! –Se dirigió hacia él y los dos hombres se fundieron en un abrazo fraternal–. ¿Qué haces aquí?

–Buena pregunta –respondió su hermano–. Creo que debería ser yo quien la hiciera. Mamá me llamó y me dijo que te habían detenido. No podía creérmelo.

–Ni yo tampoco. Alguien me odia tanto como para haberme denunciado por robo. Dicen que he estado vendiendo obras del museo. ¡Es inaudito!

–He hablado con Leo antes de venir. He pagado una fianza. Puedes salir de aquí pero no puedes moverte de Venecia. De todas maneras, van a seguir investigando. Dice que todo es demasiado obvio y que no se cree nada, que esa denuncia es muy extraña. Su opinión ha sido definitiva para que el juez te dejara salir.

Mario respiró con alivio.

–Pues si puedo salir, vámonos ya. Estoy deseando quitarme este traje.

Se encaminaron fuera del edificio.

–¿Sabes? –preguntó Paolo–. Nada más entrar y verte así vestido, me has parecido nuestro antepasado, ése que tienes en la puerta de la entrada a tu apartamento.

–Angelo –dijo él.

–Ése. Eres clavadito.

–Algo de eso me han dicho. Ahora, durante el viaje te voy a contar una bonita historia que te va a dejar, por lo menos, alucinado.

Ya que estaba allí, le pondría al tanto de todas las noticias que rodeaban el caso de su pariente.

Capítulo 25

UNA INVESTIGACIÓN EXHAUSTIVA

Gabriela y Lucía estaban de vuelta en el palacio Rusconi. Habían perdido el tiempo justo de ir al hotel para desprenderse de los trajes que habían llevado en el baile. Aunque había insistido en acompañarlas, Helena se había marchado a trabajar a la galería con la promesa de que la mantendrían informada.

Nada más entrar, una condesa mucho más calmada, les comunicó que Mario había llamado para decirle que Paolo había conseguido sacarlo bajo fianza y que iban camino de casa. Esa noticia relajó bastante el ambiente.

Mónica propuso esperarlos en el saloncito y pidió que les llevaran algo para comer porque suponía que sus invitadas no habían tomado nada. Acertó. La urgencia por volver, apenas las había dejado cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo. Lucía no quería dejar a su amiga sola y a Gabriela le pareció la excusa perfecta para recibir noticias en cuanto éstas ocurrieran. Quedarse sentada en el hotel esperando que llamaran, la habría matado. Tenía que aclarar sus sentimientos hacia Mario pero, por el momento, lo que necesitaba era verlo y asegurarse de que se encontraba bien. Después tenían que demostrar su inocencia. Cuando estuviera todo resuelto, hablarían de ellos, si es que ese *ellos* existía.

Se abrió la puerta y entraron dos hombres. Uno moreno, vestido de época, otro rubio, bastante parecido a su acompañante. Tenían ese aire de familia. Gabriela dedujo que era Paolo, pero casi ni le vio. Su mirada absorbió cada rasgo del rostro de la única persona que le interesaba en ese momento. Cuando sus ojos se encontraron, hizo algo que nunca habría pensado hacer: cruzó la habitación y se lanzó a sus brazos ante la mirada atónita de todos los presentes. Él la abrazó y la estrechó contra su cuerpo sin decir nada. Paolo asistió al encuentro con verdadero interés. Su hermano, el hombre comedido y serio, que no llevaba compañía femenina a su casa, abrazaba a una mujer rubia delante de su madre. Aquella sí que era una noticia jugosa. No pudo decir nada porque él mismo se vio envuelto por los brazos maternos en un gesto de bienvenida.

–Paolo, ¡cómo me alegro de que hayas podido venir!

–Hubiera venido aunque fuera andando. Mi hermano mayor no puede permanecer en la cárcel –lanzó una mirada significativa a la pareja que seguía abrazada.

–Mario –interrumpió Mónica–. ¿Estás bien?

El aludido deshizo el abrazo sin soltar del todo a Gabriela, quien permanecía un poco temblorosa y emocionada.

–Sí, mamá. Gracias por preocuparte y llamar a mi salvador.

–Soy tu madre. No iba a permitir que pasaras allí más tiempo del estrictamente necesario. Tenemos que hablar y ver quién puede haber montado este tinglado.

–De acuerdo, pero necesito cambiarme de ropa y ducharme.

No dijo nada más, agarró a Gabriela de la mano y la sacó de la habitación para dirigirse a las escaleras que llevaban a su apartamento.

Paolo siguió con expresión atónita cómo su hermano se llevaba a la mujer sin dar ninguna explicación. Mónica debió advertir su desconcierto porque le agarró por el brazo y lo llevó hasta donde estaba Lucía, que había permanecido en un segundo plano.

–Hijo, ésta es Lucía, una amiga y madre de Gabriela, la joven que tu hermano acaba de arrastrar escaleras arriba. ¿Has observado su parecido con el de la mujer misteriosa de tu hermano?

Gabriela y Mario pasaron junto al retrato de Angelo y entraron en el apartamento. Nada más cerrar la puerta, Mario volvió a abrazarla con fuerza. Necesitaba sentirla cerca. Ella le rodeó la cintura con los brazos y se estrechó contra él. Ambos habían pasado largas horas de incertidumbre, y tocarse les ayudaba a volver a tomar contacto con la realidad que tenían, antes de que sus vidas se vieran interrumpidas por aquella estúpida farsa. Durante unos minutos no se oyó nada más que sus respiraciones, después se separaron lo justo para poder mirarse a los ojos. En ellos se reflejaba la tormenta emocional que los envolvía. Al fin, sus bocas se unieron en un beso abrasador y desesperado. El sentimiento de pérdida, el miedo a lo desconocido, acentuaban los efectos del contacto de sus labios y sus manos. Quedó olvidado todo lo que no fuera ellos mismos y la necesidad de estar juntos y demostrarse lo que sentían. Eso que no reconocían en voz alta pero que sus gestos y su subconsciente no negaban. Gabriela tiró de la casaca de brocado para tener mejor acceso a la piel de su pecho y él empezó a deshacerse del jersey femenino. Sentía la urgencia en cada poro de su piel. Tras otro interminable beso, se separó.

–Tengo que ducharme –murmuró muy cerca de su rostro–. Necesito quitarme este olor a prisión.

Ella asintió y retrocedió, colocándose bien la prenda que él había quitado.

–Te recuerdo que nos están esperando abajo y, como tardemos un poco más de lo que ellas consideran adecuado, no nos van a dejar en paz –había recuperado su capacidad para pensar. Aunque prefiriera meterse con él en su habitación y no salir en unas cuantas horas, no lo haría. No, con sus respectivas madres abajo.

–Vete a duchar. Mientras, yo te prepararé un café.

El aceptó no muy convencido. Se resistía a soltarla. Por una vez, no quería ser razonable. Le apetecía dejarse llevar y no pensar en las consecuencias, pero mira por dónde, ella, que solía ser bastante más espontánea en esas cosas, había decidido volverse sensata. Le dio un último beso y, sin pronunciar palabra, se alejó hacia el cuarto de baño. Estaba agotado.

Gabriela se dedicó a investigar en la pequeña cocina hasta que encontró todo lo necesario para preparar un café y algo para comer. Las madres tendrían que esperar.

–¿Estás mejor? –le preguntó cuando lo vio aparecer. Aunque seguía teniendo ojeras, no había perdido nada de su atractivo. Sus ojos grises brillaban, destacando en su rostro. El pelo aún mojado y los vaqueros ajustados la hicieron olvidar sus buenas intenciones.

Él se dejó caer junto a ella en el sofá y agarró la jarra de café con leche que le había preparado. Se estaba tan bien allí... Tomó un trago e inmediatamente el calor se extendió por todo el cuerpo, reconfortándolo.

–Gracias. Lo necesitaba –respondió sin dejar de mirarla. Le gustaba verla allí y saber que andaba con comodidad por su casa. Tenía que replantearse muchas cosas, se dijo.

–Mario. ¿Estás bien? –repitió al ver que no contestaba y que la miraba fijamente.

–Sí. Solo estoy cansado. Ha sido una noche muy larga.

Ella asintió. Quería tocar el tema de la detención y el paralelismo con la de Angelo, pero no se atrevía.

–¿Quién ha podido ser? –preguntó al final.

Él sabía a qué se refería. Preguntaba por la persona que le había tendido la trampa.

–No tengo ni idea. Por más que lo pienso, no encuentro ningún sospechoso. Y, por lo visto, el verdadero culpable lleva años haciéndolo en mi nombre.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Gabriela acarició las líneas de cansancio que se dibujaban en su rostro. Tenía que ayudarlo de alguna manera. No le gustaba ver al hombre fuerte y arrogante que la sacaba de quicio, derrotado.

–¿Te has dado cuenta de que se repite la historia? Angelo no paraba de repetirme que todo era una trampa y ahora a ti te sucede lo mismo. A lo mejor es una barbaridad o te crees definitivamente que estoy loca, pero tiene que haber algún paralelismo entre las dos historias.

–Es posible que tengas razón –dijo sorprendiéndola–. De todas formas, no nos ayuda en nada.

–Puede que sí –apuntó ella. Se le acababa de ocurrir una idea, muy disparatada, pero valía la pena decirla, por si acaso. Se sentó a horcajadas sobre sus rodillas para quedar frente a él y le sujetó la cara con ambas manos–. Escúchame bien y déjame terminar, después me echas de aquí si quieres.

Él sonrió ante su efusividad y la confianza que había llegado a mostrar. Dejó la jarra sobre la mesa y la rodeó a su vez con los brazos. Le gustaba aquella nueva Gabriela que no se controlaba.

–Adelante. Te escucho.

–Imaginemos que la historia se repite. Estamos involucrados los mismos protagonistas que hace más de dos siglos. Todo apunta a Lucca Francetti como la persona que denunció a Angelo. No podemos demostrarlo pero yo estoy bastante segura de que fue él. ¿Por qué no puede ser otro Francetti el que esté detrás de esto? –Él empezó a hablar pero ella no le dejó–. Sí. Ya sé que es absurdo pero él está en el consejo, tiene acceso al palacio y el otro día estuvo en tu despacho, donde lo dejaste solo un rato. Seguimos sin pruebas pero, al tener un sospechoso, podemos buscarlas en una dirección. Si no resulta, mala suerte.

Partir de una suposición absurda para hacer una hipótesis de ese tipo, era una soberana locura.

–Claro, y le decimos al comisario que lo sabemos porque unos cuantos fantasmas nos han puesto sobre la pista –no pudo reprimir la respuesta.

Un destello de enfado brilló en los ojos femeninos, que desapareció con la misma rapidez que había aparecido. En eso tenía razón. No podían mencionar las *fuentes*.

– A los demás solo les diremos que sospechas de él, sin dar más razones.

No tenían nada. No había por dónde empezar, así que ¿por qué no podía ser un buen punto de partida?

–De acuerdo –concedió en tono muy bajo. Sentía el peso del cuerpo femenino sobre el suyo y estaba tan cerca, que solo tuvo que empujarla un poquito para que cayera sobre él. Acarició sus labios despacio, con dulzura. Aquella mujer tenía algo que lograba sacar de él toda la parte irracional, que ignoraba que poseía. Disfrutaba de su contacto, de sus peleas, de su compañía. Un suave gemido de satisfacción lo animó a profundizar el beso. Sus respiraciones se agitaron y sus manos empezaron a explorar otras partes de sus cuerpos. De pronto, ella volvió a recordar a sus madres. Así no había manera. Apoyó las palmas de las manos sobre el amplio pecho masculino y se echó para atrás.

–Tu madre, mi madre...–no tuvo que añadir más. Él comprendió. Si tardaban mucho más, subirían a buscarlos.

–Será mejor que bajemos –aceptó con un suspiro resignado.

Ella consiguió ponerse en pie y lo dejó libre para que él hiciera lo mismo.

–Tenemos algo pendiente –sentenció él antes de salir con una mirada sugerente que no dejaba lugar a dudas.

Capítulo 26

VENGANZA

–¿Subo a buscarlos? –Paolo estaba deseando enfrentarse a su hermano y a la bella joven de la que no le había hablado de la manera que debería haberlo hecho. Iba a acribillarlo a preguntas que nada tenían que ver con el caso. En ese momento, aparecieron de nuevo en el salón. Sus ojos se clavaron en la muchacha para constatar lo que su madre le había hecho notar. Allí delante, tenía una réplica de la mujer que, durante años, había obsesionado a su hermano mayor. Muchas veces, lo había descubierto absorto, delante del retrato. Si los misterios existían, estaba ante las narices de uno. Parecía que la joven dama había abandonado la tabla sobre la que había estado dibujada durante siglos y había cobrado vida.

Mario se dio cuenta del escrutinio al que estaba sometiendo a Gabriela y le hizo gracia ver su expresión, con toda probabilidad, muy parecida a la que él debía tener cuando hizo su propio descubrimiento.

–Paolo, antes no te he presentado a Gabriela.

El aludido se acercó a la chica y le dio dos besos en las mejillas ante la mirada celosa de su hermano. Le encantaba fastidiarlo. Desde pequeño.

–Efectivamente, tus modales han decaído bastante. Encantado, Gabriela.

Ella le dirigió una sonrisa encantadora.

–Lo mismo digo. Mario no me ha hablado mucho de ti.

Él soltó una carcajada ante su fresca sinceridad. Si era así con todas las cosas, debía de volver loco al serio de Mario.

–Eso sí que es todo un halago.

–Chicos, no empecéis –intervino Mónica–. Tenemos que solucionar este embrollo. Paolo, ¿cómo están las cosas?

Tomaron asiento alrededor de la mesa baja, donde el café y algunas pastas habían vuelto a aparecer. Lucía había permanecido en un segundo plano pero no había perdido detalle del lenguaje corporal de su hija. La relación que la unía al heredero de los Rusconi no dejaba lugar a muchas dudas, por más que ella se empeñara en negarlo. Solo esperaba que la historia no terminara tan mal como la que habían compartido sus antepasados.

–Hemos pagado una fianza –explicó Paolo–, gracias al informe que el comisario ha hecho al juez. La verdad es que Leo se ha implicado bastante en el caso y ha comprometido su prestigio. Me ha dicho que va a seguir la investigación basándose en el marchante detenido que denunció a Mario. Nos tendrá informados. Lo que sí necesita es un nuevo sospechoso –miró a sus interlocutores–. ¿Alguna sugerencia?

Gabriela y Mario cruzaron una mirada que no pasó desapercibida al abogado. Aquellos sabían algo. Fue Mario quien se decidió a hablar de sus sospechas.

–Hemos estado hablando y creemos que el que ha tenido la oportunidad más clara de hacerlo es Bruno Francetti.

Mónica se levantó de un salto.

–¡Mario! Bruno es un buen chico, amigo de la familia.

–Eso no quiere decir nada. Y no es amigo de la familia, más bien Alessia se ha pegado a nosotros como una lapa, pero no hay amistad. ¿Has visto qué tren de vida llevan? Y él puede entrar y salir del palacio ducal a su antojo. Precisamente el otro día estuvo en mi despacho y se quedó solo. Pudo dar el cambiazo al Veronés sin que nadie se diera cuenta.

–No sabemos cuánto tiempo hace que dio el cambiazo –apuntó su hermano.

–Sí lo sabemos. Antes de que él estuviera allí, Gabriela y yo estuvimos admirando y examinando el cuadro de cerca. Puedo decirte que era el original. Se nota por las marcas de la tabla. Estoy seguro de que la copia no tiene ni una o son de otra manera. El paso del tiempo deja una huella sobre el óleo y la madera que es irreplicable. El que nosotros vimos era el original.

–Estoy totalmente de acuerdo con Mario –aclaró Gabriela.

–Si sospecháis de él, deberíamos decírselo a Leo. Así podrá trabajar en alguna dirección –apuntó la condesa.

–Yo lo haré más tarde –dijo Mario–. Quiero hablar con él por si ha descubierto algo nuevo.

–Te acompaño cuando vayas –se ofreció su hermano.

–No es necesario. Demasiado has hecho con venir tan rápido.

El aludido restó importancia al asunto.

–Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Mónica suspiró antes de decir.

–Si alguien me hubiera dicho hace unas horas que uno de mis hijos iba a terminar detenido, le habría llamado mentiroso. No concibo cómo puede haber sucedido esto.

–Ánimo, mamá –Su hijo pequeño le dio unos golpecitos en el brazo–. Saldremos de ésta.

–Por supuesto que saldremos –ratificó Mario–. Voy a descubrir al responsable y me encargaré personalmente de que reciba su merecido.

–Tienes todo mi apoyo. Dime en qué puedo ayudar –se ofreció su hermano.

–Ya has ayudado. Me has sacado de esa celda. Has abandonado todo para venir en mi auxilio, dejando a un lado tu trabajo. Por no hablar de tu mujer y tu hija, que te necesitan más que yo. Vuelve con ellas.

–Mario, no me hace ninguna gracia dejaros solos en estas circunstancias –protestó.

–Solo estás a dos horas de viaje. En una ciudad como Nueva York, es lo que tardarías en llegar desde el otro extremo–. Se sentía culpable de que su hermano tuviera que

permanecer en Venecia cuando tenía cosas pendientes y una familia esperándole en Milán—. No te preocupes, ¿vale?

—De acuerdo. Regresaré a casa, pero no puedes evitar que me preocupe. De todas formas, hoy me quedo. Me has tenido toda la noche en vela, así que pienso comer y descansar un rato. Si quieres algo, estaré disfrutando de los mimos de nuestra madre por un día. Saldré mañana temprano.

Mario se relajó, tranquilo ya por no ser él la causa de que su hermano dejara a un lado sus obligaciones. Por otra parte, el rostro de Mónica se iluminó al pensar que tendría a su hijo en casa durante unas horas.

—¿Cuándo me vas a traer a mi nieta? Va a crecer tanto que no me va a conocer.

—No seas exagerada, mamá, la niña se pone contentísima cuando oye tu nombre. A ver si nos desliamos un poco y venimos algún fin de semana.

Gabriela observaba a la familia sintiéndose un poco fuera de lugar. Durante unos segundos se preguntó qué hacía allí, rodeada de personas, hasta hacía poquísimo tiempo desconocidas para ella. Una sensación de pánico la envolvió. Dirigió la mirada hacia su madre, quien permanecía silenciosa, como una mera espectadora pero que, por su expresión, debía de entender su estado de ánimo. Después, sus ojos se cruzaron con los de Mario. Sus dudas debían reflejarse con toda claridad porque él arqueó la ceja en un signo interrogativo. Necesitaba aire, se había dejado llevar por lo que le dictaba el corazón y ahora estaba envuelta en una situación que no entraba en sus planes y sobre la que no tenía ningún control. Tampoco lo tenía sobre sus sentimientos hacia aquel casi desconocido de ojos grises que le hacía sentir cosas nuevas y nada cómodas. Estaba mucho más tranquila cuando no había nadie en su vida.

Finalmente, él debió advertir lo que pasaba por su cabeza o, por lo menos, que sus pensamientos tomaban derroteros alarmantes, porque se adelantó hacia ella y le propuso salir a dar un paseo antes de comer.

—Nosotras nos marchamos —dijo ella—. Os dejamos que comáis en familia y que habléis de vuestras cosas.

—De eso nada —protestó Mónica—, vosotras coméis aquí. No os vais a ir ahora a buscar un restaurante después de estar acompañándome todo el día.

—No se hable más —concluyó Mario—. Coge tu abrigo que vamos a dar una vuelta —no le iba a dar tregua ni le iba a conceder tiempo para huir. Lo había visto en su mirada.

Estaban ya en el vestíbulo cuando sonó el timbre de la puerta. Al momento apareció una altiva, guapísima y perfectamente vestida Alessia que se detuvo cuando descubrió a la pareja. Se recompuso enseguida.

—¡Mario, querido! Espero que estés bien —se arrojó teatralmente en sus brazos y le estampó un beso en los labios.

Gabriela se encogió, asqueada. Él se deshizo de ella con amabilidad pero con firmeza y se aseguró de que Gabriela no salía corriendo. Su rostro era inexpresivo. Era lo que le faltaba, pensó, para que ella decidiera que aquél no era su lugar.

–Estoy bien, Alessia –contestó–, gracias por interesarte. Mira, pasa al saloncito, mi madre está ahí, nosotros íbamos a salir.

No le dio opción a protestar, agarró a su amiga por el codo y la condujo hacia la puerta. Tenía que salir de allí. Cada vez aguantaba menos a aquella arpía.

La arpía en cuestión los vio salir con una expresión furiosa que deformaba su rostro cuidadosamente maquillado. Ella, que había montado una maravillosa puesta en escena, que iba a apoyar a la familia en su desdicha, que iba a ofrecer toda la ayuda que su *influyente* familia pudiera proporcionar, había vuelto a ser humillada por aquella extranjera y el hombre que debía ser suyo. Ni siquiera entró en el salón indicado. Volvió a salir a la calle con la venganza dibujada en su cara.

–Estás muy silenciosa –comenzaba a conocerla. Silencio era sinónimo de problema.

Ella se encogió de hombros en un gesto de indiferencia. Paseaban por una estrecha calle situada en la parte posterior del palazzo Rusconi. El aire frío la había despejado algo, pero no terminaba de deshacerse del malestar que la reconcomía.

–Esa mujer me produce escalofríos –comentó al fin–. No la soporto. Incluso me da miedo. Y ahora que hemos pensado en la posibilidad de que su hermano te haya acusado, no tengo tan claro que no haya sido ella la que ha orquestado todo el tinglado.

Él pasó un brazo por su hombro y caminó unos pasos sin decir nada. Había calibrado esa posibilidad. Bruno Francetti era *un viva la virgen* pero su inteligencia no llegaba a poder planificar algo tan elaborado.

–Puede que tengas razón –concedió.

Ella se detuvo y elevó la cabeza para mirarle directamente.

–Tenemos que demostrar que han sido ellos.

–¡Eh! –le rozó la cara con las yemas de los dedos–, no te precipites. No tenemos la seguridad de que lo sean.

Comenzaron a caminar de nuevo.

–Yo lo estoy. Tengo el presentimiento de que todo está entrelazado. Que esa familia es siniestra desde hace siglos y que esconden algo. Estoy segura de que si demostramos que él es el autor de los robos, demostraremos que Lucca fue quien denunció a Angelo. Por lo que he podido averiguar, los Francetti no saben aceptar un no por respuesta.

–En eso tienes razón. Siempre se han salido con la suya a todos los niveles.

–Menos con Gabriella.

–Exacto.

–Y contigo –fue más allá–. Seguro que has hecho algo que entorpece sus planes, o no hecho algo que esperaban.

Y seguramente la locura era contagiosa y él estaba totalmente infectado con el virus de su compañera de paseo si no, no estaría fabricando una hipótesis de investigación basada en un puñado de suposiciones y corazonadas, aderezado con unas cuantas visiones de

fantasmas. Definitivamente, había perdido la razón. Ahora bien, una vez aceptado ese punto, una idea peregrina se empezaba a formar en su cabeza. ¿Y si Bruno tenía un interés serio en Gabriela? Ella había elegido y se lo había demostrado, dejándolo plantado. A lo mejor la historia se repetía en todos y cada uno de los puntos. Le contó lo que se le acababa de ocurrir. Ella lo escuchó pensativa y después le propuso otro nuevo motivo.

–No tiene por qué ser Bruno –ya lo había hecho de nuevo. Volvía a desconcertarle y contradecirle cuando creía que esa vez estarían de acuerdo–. Podría ser Alessia. Ella va detrás de ti desde hace años. Tú llevas unos días pegado a mí –soltó una risita irónica–, bueno, ya me entiendes. Desde que estoy aquí, no le has hecho demasiado caso. A lo mejor ha querido vengarse.

–Es posible –aceptó–. Lo que no me cuadra es que lleve años dando mi nombre. Tú no has aparecido en escena hasta hace una semana.

Eso era cierto. Aunque también lo era la enemistad, no declarada, entre las dos familias desde hacía siglos. Su presencia solo había sido el detonante.

–Ha estado dando tu nombre, pero él se ha embolsado un montón de dinero. Quizá solo se estaba cubriendo las espaldas, y ahora que han visto la oportunidad de deshacerse de ti, han cerrado el cerco.

Si no fuera porque la teoría no tenía ninguna base científica, las razones eran bastante sólidas. Tendrían que vigilar de cerca a la *familia Monster* y descubrir algo que pudiera implicarlos, si no, acabaría encerrado, se dijo con malestar. No quería ni pensarlo.

–Volvamos a casa –propuso–. Nos deben de estar esperando para comer. Después marcaremos pautas para ver qué hacemos.

Ella aceptó la sugerencia. Regresaron por las mismas estrechas callejuelas y, por algún tiempo, se olvidaron de sus problemas para celebrar una comida familiar entre amigos.

Alessia estaba furiosa y descargó su ira sobre su hermano, a quien no le afectaban nada sus insultos y desvaríos. Estaba acostumbrado a ellos.

–He hecho lo que me pediste –se defendió sin mucho énfasis–. Tú sabrás qué viene ahora.

–¡Está libre! Y esa zorra estaba con él. Tan tranquilos los dos. ¡Y me ha despreciado! ¡Me ha mandado con su madre! –Con cada palabra, su indignación aumentaba.

–Bueno –se mofó él–, siempre andas arrastrándote tras ella. A lo mejor ha pensado que ibas a verla a ella. Es más, deberías haber entrado a saludarla. Ya sabes, consolar a la mamá y esas cosas. Si no tuvieras tan mal genio, te habrías dado cuenta.

Arggggg. Le daban ganas de estamparlo. El tonto no se inmutaba y encima se permitía darle consejos. Lo peor de todo era que en ése, en concreto, tenía razón. Había metido la pata. Estaba tan enfadada que había perdido las formas. Aún así, no lo aceptó ante él, a quien volvió a increpar.

–¿Y tú? ¿No te importa que ella se esté revolcando con él?

–En absoluto –dijo para irritación de su hermana– Gabriela me gusta pero no me obsesiona. Si no es ella, será otra. No tengo problema.

–¡Claro que no tienes problema! Aquí está tu hermana para solucionártelos. Si no fuera por mí, no podrías soportar tu tren de vida y mantener este palacio.

–Oye, que tú también vives en él –la acusó.

–Pero en cuanto haga ver a Rusconi que yo soy la mujer adecuada para él, me marcharé. Tendré mi propio palacio y tendrás que apañártelas solo.

–Me parece que eso no va a suceder. Estás obsesionada con ese hombre, aunque creo que el conde ya ha hecho su elección y te ha dejado fuera.

Los ojos de Alessia lanzaron llamas abrasadoras. Si hubiera podido, habría desintegrado al insensible de su hermano. La sacaba de quicio. Esa tranquilidad e indiferencia ante todo lo que lo rodeaba, la alteraba hasta desear cometer alguna barbaridad.

–¿Tú no querías el puesto de Mario para ti?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

–La verdad es que prefiero seguir como estoy. Trabajo menos y me divierto más. Eres tú la que quieres que lo tenga.

–¿No te das cuenta que te daría acceso a un montón de sitios y que estarías mucho mejor considerado?

–Ya estoy considerado con quien me interesa y ya tengo el acceso a los lugares que quiero.

Ella se revolvió, cargada de cólera. La exasperaba hasta el paroxismo. Estaba convencida de que lo hacía a propósito para fastidiarla. De hecho, la provocaba desde que era pequeño.

–¡Bruno! –gritó–. Eres tonto.

Él soltó una risotada que terminó de sacarla de sus casillas. A grandes pasos y con aire indignado, salió de la estancia dando un tremendo portazo. Las carcajadas masculinas la persiguieron hasta que un segundo portazo la aisló del mundo en su habitación.

Capítulo 27

EL GHETTO

La investigación por parte de la policía siguió su curso. Tras más de veinticuatro horas sin ningún tipo de noticia, Gabriela estaba más nerviosa que nunca. Su madre y ella habían vuelto al hotel. Mario, por el momento, tenía prohibido el acceso al palacio y ella había dejado de ver fantasmas o de tener visiones. Se sentía abandonada. Tal vez, si volviera a las mazmorras...

–Ni hablar –dijo Mario–. Me niego a que vuelvas tú sola a ese lóbrego lugar. Vi lo que te pasó la última vez que estuviste allí.

–Mario tiene razón –Lucía estuvo de acuerdo. A esas alturas, no le hacía ninguna gracia que su hija vagara por los fríos y húmedos pasillos de las *Piombi*–. Si Angelo quiere decirte algo, que aparezca en otro lugar.

–¡Mamá! –protestó– Que esto no funciona así. La verdad es que no tengo ni idea de cómo funciona. Antes lo veía en todos los sitios y ahora no aparece.

Se habían vuelto a reunir en el hotel donde las mujeres estaban alojadas. Helena había vuelto a su galería. Venecia, tras las fiestas de carnaval, volvía poco a poco a la normalidad, los turistas iban desapareciendo y ellos seguían como al principio o peor.

El teléfono de Mario sonó y durante el tiempo que estuvo hablando, olvidaron el tema de la visita a la prisión en busca del fantasma.

–Era Leo –informó–. Quiere verme.

–Voy contigo –dijo ella sin pensarlo demasiado.

–Gabriela...

–No vas a ir solo. No pienso separarme de ti ni un centímetro.

Mario pidió ayuda silenciosa a Lucía pero ésta le hizo un gesto de rendición. Ella no podía impedir que su testaruda hija lo dejara marchar solo. Sabía que estaría mucho más tranquila en su compañía que especulando sobre lo que le podía haber pasado.

–Está bien –aceptó al ver que no tenía nada que hacer–. Nos espera en la comisaría.

Moverse por aquella ciudad de agua era incómodo y lento. Por muy preparado que se estuviera, una cosa era el romanticismo de las góndolas y otra tener prisa por llegar a un sitio. Casi una hora después, entraban al despacho del comisario, quien hizo un gesto de interrogación cuando vio aparecer a la muchacha. Mario se apresuró a presentarla, no quería arriesgarse a que la dejara fuera. Era capaz de montar un lío o empezar a hablar de fantasmas. Prefería tenerla controlada.

–Es Gabriela. Una amiga.

–¿Una amiga? –Leo estaba muy extrañado con aquella visita. Conocía a Mario desde que era un niño y conocía al hombre. Nunca lo había visto acompañado por una mujer si no era para asistir a algún evento público. Muy celoso de su intimidad, no solía mezclar las cosas de vital importancia, como era aquélla, con sus *amigas*.

Gabriela esperaba expectante. El policía la miraba como si fuera un bicho raro y eso que no había mencionado nada de sus fuentes de información sobre los sospechosos.

–Gabriela es española pero ha estudiado aquí en Venecia. De hecho, sus antepasados fueron los condes de Monteverdi –explicó. No sabía cómo justificar su presencia junto a él y tampoco iba a reconocer que era mucho más que una amiga.

La incredulidad volvió a adueñarse de la expresión del comisario. El nombre de Monteverdi aún sonaba entre los oriundos de la ciudad. Al igual que la mayoría, lo relacionaba con las ciencias ocultas. El viejo conde se encargó de ganarse la fama muy a pulso.

–Señorita –murmuró al fin, saliendo de su asombro–, es un placer conocerla. Así que es española.

–Leo –Mario llamó su atención–, cuando resolvamos este gran problema, te explicaremos todo lo que quieras saber. Ahora, me gustaría que nos contaras por qué querías verme.

El hombre volvió al tema que les ocupaba. Durante algunos segundos había olvidado por completo el motivo de la presencia de Mario en su despacho.

–Verás, hemos estado interrogando al marchante. Con tal de sacar ventajas, está dispuesto a colaborar con nosotros en todo lo que le pidamos. Sigue diciendo que el hombre con el que trataba se llama Mario Rusconi –cuando vio al aludido con intención de protestar, lo detuvo–. Sí. Ya sabemos que es falso, pero tenemos que demostrarlo. El caso es que nos ha contado cómo hacían el intercambio. Él nunca ha visto cara a cara a la persona que le vendía los cuadros. Eso es un punto a tu favor porque es muy fácil acusar a alguien dando solo un nombre. Lo malo es que las obras que él dice haber comprado, estaban en tu museo –lo miró para asegurarse de que le seguía.

Mario escuchaba con atención, intentando sacar sus propias conclusiones. El comisario siguió con la narración de lo que habían descubierto.

–Por lo visto, tenían un punto de encuentro. Un edificio abandonado en el ghetto judío. Él iba y dejaba el dinero convenido. Al día siguiente volvía y recogía la mercancía. Nunca ha tenido ni un solo problema y lleva tres años haciendo intercambios. Vende las obras por todo el mundo.

–No creo que eso nos sirva de mucho –comentó Mario un poco decepcionado.

–Muchacho, no te rindas tan pronto –dijo el policía reclinándose en su sillón con aire satisfecho–. Tenemos una pista interesantísima.

–¿Qué es? –intervino Gabriela, que se había limitado a escuchar con atención.

–Parece ser que nuestro marchante es un hombre precavido, que no se fía de nadie. En previsión a posibles problemas, decidió curarse en salud y marcó el dinero con el que pagó a nuestro ladrón.

–¿Podemos registrar la casa de Francetti? –preguntó ella esperanzada.

–No. A no ser que tengamos algo muy serio contra él, el juez no va a firmar una orden de registro y menos a una familia tan importante.

–Tendremos que buscar el dinero marcado –apuntó Mario con decisión–. ¿Cómo lo ha hecho?

–El hombre es bastante ingenioso. Los ha teñido con una sustancia que no se aprecia a simple vista pero que si le aplicas luz ultravioleta, se ve. Basta con rociar con un spray o mancharlos con un pincel.

–Si no se ve a simple vista, no sé cómo vamos a detectarlo –otra vez la esperanza se evaporaba.

–Tendremos que buscarlo. No hace mucho tiempo que se ha hecho el último intercambio y esa sustancia no se queda solo en los billetes. Mancha las manos, la ropa y todo lo que está en contacto con él. Es posible que quede algo en la ropa porque las manos se las habrán lavado ya muchas veces.

Gabriela se desesperaba por momentos. Muchas pruebas, muchas cosas que buscar pero lo cierto es que no tenían nada. Si no podían interrogar a Francetti, si no podían registrar su casa, estaban como al principio.

Mario la veía impacientarse y casi podía adivinar lo que pasaba por su cabeza. Él se sentía igual. Desanimado, desesperanzado. Pero, por lo menos, tenían un lugar por donde empezar. El ghetto era un buen sitio para echar un vistazo. Pediría a Leo que le dijera cuál era el edificio abandonado y harían una revisión por su cuenta. Se puso en pie y dio por concluida la reunión. Prometió al comisario informarle de cualquier novedad y el hombre hizo lo mismo antes de despedirse. Después, volvió a mirar a Gabriela con curiosidad mientras los acompañaba hasta la puerta.

El ghetto de Venecia estaba construido en uno de los extremos de la ciudad. Se creó en el siglo dieciséis, para aislar a la población hebrea del resto de los habitantes venecianos, cuando la población judía aumentó considerablemente debido a las deportaciones de España. Estaba totalmente rodeado de agua, únicamente dos entradas daban acceso al recinto. Durante la noche, las compuertas se cerraban y permanecían vigiladas por guardianes, que impedían salir o entrar al barrio. En la actualidad se había acomodado en el barrio todo tipo población, judíos, solo quedaban treinta, que vivían allí voluntariamente. Aún así, la sensación de aislamiento permanecía intacta.

Mario dejó la lancha en el embarcadero y ayudó a salir a Gabriela. Habían discutido durante casi todo el camino. Nada más abandonar la comisaría, él le comunicó su intención de ir a dar una vuelta por el lugar donde se habían hecho los intercambios. Leo le había facilitado la dirección y quería comprobar por sí mismo que no había nada inculpatorio. Su propósito de dejarla en el hotel para ir solo, se había visto truncado en cuanto se lo dijo.

–No vas a ir solo –objetó con determinación.

–Puede ser peligroso, así que no pienso llevarte.

–Pues iré sola detrás –insistió con terquedad–. Voy a ir a ese sitio. A lo mejor hasta está Angelo y nos *chiva* algo.

Él la miró como si hubiera perdido la razón. Después, recordó que ella estaba convencida de que su antepasado se paseaba por Venecia y que les iban a ayudar. Había

olvidado su misión allí. Lo que ella no había calibrado era que sus enemigos eran reales, de carne y hueso y que podían hacerle daño.

–No te voy a poner en peligro –sus ojos grises brillaban con determinación.

–Si te crees que porque nos hemos acostado juntos vas a decidir lo que voy o no voy a hacer, estás muy equivocado, señor conde. Si no voy con tu beneplácito, iré sin él, pero no me vas a dejar a un lado.

Mario casi saltó hacia atrás, como si le hubieran golpeado en la cara, cuando oyó esas palabras. Lo estaba acusando ¿de qué? ¿De aprovecharse de la situación? ¿De los sentimientos? Su furia iba subiendo de nivel. Apretó los dientes y consiguió formular la pregunta con una frialdad que habría dejado helado el canal sobre el que navegaban.

–¿Qué me quieres decir con eso?

Ella era consciente de que le había molestado, pero no se iba a dejar manipular ni amilanar por mucho que él le importara como hombre.

–Que no tienes ningún derecho sobre mí –atacó–, que no vas a decidir lo que es peligroso o no. Si tú vas, yo voy.

La determinación que había en sus ojos fue suficiente para aceptar. No le gustaba nada el cariz que había tomado aquella conversación pero el tema de su relación tendría que quedar aparcado otra vez. No volvió a decir nada. Encaminó sus pasos hacia el barrio que Shakespeare hizo famoso en su *Mercader de Venecia* y aceptó en silencio su compañía.

Atravesaron el pequeño y deteriorado puente de madera que daba acceso a la zona del ghetto nuevo.

En la actualidad, el barrio judío era un sitio pintoresco, con terrazas, tiendas, librerías y pocos turistas. No era la zona más visitada, aún así, la vida continuaba en un lugar donde habían llegado a vivir quince mil judíos. En la plaza, se habían llegado a construir edificios de ocho alturas, para poder dar cabida a todos ellos. En uno de esos edificios, de fachadas con pintura desconchada y cristales rotos, se encontraba el piso donde se habían realizado los intercambios de las obras robadas por el dinero.

–Es extraño –comentó ella rompiendo el silencio. No podía estar enfadada mucho tiempo y necesitaba compartir lo que sentía en esos momentos.

–¿El qué? –Él se detuvo y esperó a que continuara. Ella estaba parada y observaba a su alrededor, absorbiendo todo lo que le rodeaba.

–Pensar que éste fue el primer ghetto que existió en el mundo. Nunca antes se había concentrado y aislado a un grupo determinado de personas. A través de la historia, ha habido muchos ghettos famosos; Praga, Roma, Cracovia... pero aquí está el origen –comentó sumida en sus sensaciones.

Se notaba que esas cosas la impresionaban y afectaban. Él se acercó, olvidado también su enfado, y le pasó un brazo por los hombros.

–Si estas casas y esta plaza hablaran, podrían contarnos muchas historias, unas tristes pero seguramente también había otras alegres.

Ella asintió pensativa. Se dejó llevar bajo el calor reconfortante de su brazo. Parecía que ya no estaba enfadado con ella y eso la aliviaba. No le gustaba discutir, pero él era muy mandón y ella estaba acostumbrada a dirigir su vida.

–¿Por qué elegirían un sitio aquí? –preguntó con curiosidad.

Habían entrado en uno de los edificios. Quizá el más ruinoso. Las escaleras tenían un aspecto desastroso. Las paredes tenían un color indefinido y las puertas habían sido arrancadas de sus marcos. Solo se veía alguna de vez en cuando, con la madera hinchada por la humedad y totalmente desvencijada. Alcanzaron el séptimo piso con la respiración agitada por el esfuerzo. Desde luego, el que subiera allí lo haría con una motivación muy poderosa porque eran muchos escalones. Después buscaron el piso que les habían indicado. Más ruinas, más cascotes y más ruinas, ninguna otra cosa que llamara la atención. Se miraron con desaliento. Ignoraban qué iban a encontrar pero allí no había nada que pudiera ayudarles a resolver su misterio.

Gabriela se asomó a una de las ventanas. Abajo, se veía la plaza y más lejos se adivinaban los canales. De pronto se le ocurrió una idea. Giró con brusquedad, lo que atrajo la atención de Mario, que seguía revisando la habitación vacía. Ella le hizo una seña para que se acercara. Él se situó a su lado y miró hacia fuera sin comprender.

–¿Qué ves? –Preguntó ella.

Él miró al exterior. Una vista panorámica, tejados rojos, canales, nada más.

–Mira hacia allí –señaló en dirección al Gran Canal.

El obedeció, sin saber dónde quería llegar.

–Se alcanza a ver algún palacio. Creo que desde aquí se ve el de los Francetti.

Mario agudizó la mirada. Era posible que sí, que se viera la parte alta del palacio.

–A lo mejor escogieron este sitio porque está muy cerca de la casa de Bruno. Eso le facilitaría mucho la tarea.

–Eso estaría bien si pudiéramos demostrar que Francetti es el culpable.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo.

–No te desanimes. Es otro dato que apunta hacia él. Cada vez estoy más segura de que está metido hasta las cejas.

Permanecieron en silencio, observando el mar de tejados rojos con el trocito del palazzo Francetti al fondo. Cada uno pensaba en la manera de demostrar la culpabilidad de su principal sospechoso.

Ella estaba convencida de que Alessia y Bruno eran culpables, porque la bruja, seguro que tenía algo que ver.

Él, sin embargo, no lo tenía tan claro. Su fe en los fantasmas de Gabriela, como los llamaba, no era tan ciega. Podría ser cualquier empleado del palacio, cualquiera que conociera el edificio y pudiera entrar o salir sin mucha vigilancia. No paraba de darle vueltas aunque, por más que lo hacía, no llegaba a ninguna conclusión. La policía estaba interrogando a todo el personal, tarea que podría tardar meses. Él no disponía de tanto tiempo.

Vio que Gabriela temblaba. ¡Por favor! Que no estuviera viendo ningún antepasado muerto. No lo iba a reconocer, pero aquel tema lo superaba. Aún con la evidencia delante, no terminaba de creerlo. Al fin descubrió que sus temblores tenían que ver con algo más real, como el frío que hacía allí dentro.

A pesar de estar en un séptimo piso, la humedad era patente y los cristales rotos permitían que el aire pasara y circulara a su antojo por habitaciones y pasillos, creando una corriente helada. Se acercó a ella y la rodeó con los brazos.

–¿Tienes frío?

Ella se arrebujó en aquel círculo cálido. A pesar de la baja temperatura, él desprendía un calor muy agradable. Se preguntó cuál sería el motivo que lo generaba.

–Un poco –dijo en voz baja, envuelta en el reconfortante abrazo–. He estado pensando.

–Será mejor que lo hablemos mientras tomamos algo caliente –propuso–. Aquí ya no vamos a encontrar nada.

Entraron en un café situado en la plaza y se sentaron en una mesa redonda, apartada en un rincón acogedor. Pidieron dos capuchinos. Mientras los traían, Mario agarró las manos femeninas y las frotó con energía.

–Están heladas –comentó.

–He olvidado los guantes –dejó que las frotara un poco más–. Ahora ya están bien.

Era cierto. Había entrado en calor. Eran unas manos blancas y suaves. También eran firmes. Mario las acarició, ensimismado en las sensaciones que le provocaban. Recordarlas resbalando por su cuerpo, espolearon un deseo que, por el momento, sería mejor que permaneciera dormido. La llegada de sus cafés, lo distrajo lo suficiente como para poder controlar el impulso de besarla y olvidar todos sus problemas.

«Mucho mejor que bien», se dijo mientras le veía echar el azúcar a su bebida.

Se sentía rara. Los acontecimientos se habían precipitado de forma tan rápida que no le había dado tiempo a asimilarlos. Poco más de una semana antes, estaba en su casa, en Barcelona, con sus amigos y su familia, inmersa en sus investigaciones. Ahora, estaba sentada en una recóndita cafetería en Venecia, frente a un hombre que se había convertido en el centro de su atención, un hombre al que habían tendido una trampa, probablemente, por su culpa.

Lo examinó con cuidado. Su atractivo rostro no mostraba ningún sentimiento, no obstante, las ojeras y el aspecto cansado indicaban que la procesión iba por dentro.

Alguien como él, de su posición, con el trabajo que desarrollaba y con ese carácter serio y responsable, debía de estar pasándolo muy mal.

–Gabriela –la llamó–. ¿Pasa algo?

–Dímelo tú.

No esperaba esa respuesta.

–¿Qué tengo que decirte?

–Cuéntame cómo estás. Cómo te sientes respecto a la situación en la que te he metido. Dime si me odias.

Él levantó una ceja con gesto interrogante.

–¿Por qué iba a odiarte?

–Porque te he metido en un buen lío.

–No te creas el centro del mundo, querida. Quien haya orquestado esta farsa, no la ha preparado en dos días. Lleva años cambiando cuadros y vendiéndolos en mi nombre. Es posible que tú hayas sido el detonante, no lo tengo muy claro, pero nada más. Con respecto a cómo me siento, te diré que estoy furioso, muy cabreado, me siento impotente y no me gusta esta sensación. No estoy acostumbrado a no controlar mi propia vida. Siempre lo he hecho.

Así que se guardaba sus sentimientos para él. Claro que no podía hacer otra cosa al fin y al cabo, eran unos desconocidos. Que se hubieran acostado, no significaba mucho más. Por lo menos para él. Y para ella... no terminaba de definir cuál era el significado de su relación. Solo sabía que quería ayudarle. La atracción que existía entre ellos no tenía nada que ver. O sí.

No le había gustado el tono empleado al decirle que no era el centro del mundo. Había vuelto a aparecer el hombre hosco del principio, sin embargo, decidió no responder de la misma manera, le concedió el derecho a estar molesto. Furioso, había dicho él.

Tenía que hacer algo. «¿Dónde estáis?», preguntó a *sus fantasmas*. Ahora que los necesitaba, que cualquier *visión* o gesto podría ayudarle, habían vuelto al mundo de las tinieblas. «Muy bonito», les riñó en silencio. «*Estaréis tan tranquilos, esperando que nosotros descubramos todo. Ya podríais mandar una señal o algo así*». Soltó una risita. Se sentía absurda.

–¿Qué te hace tanta gracia?

El humor masculino era bastante volátil y esa sonrisa lo había agitado.

–Cosas mías –se limitó a responder.

–Si tienen que ver con lo que nos ocupa, también son mías.

Ella se inclinó sobre la mesa y lo miró de cerca. La ternura había desaparecido como si se tratara de un espejismo.

–Eres un gruñón. Pensaba en Angelo y en Gabriella y en que bien podrían aparecerse, o lo que sea que hagan. Después me decía que soy bastante absurda pensado en apariciones. Como verás, son mis cosas –puntualizó.

–No puedes esperar que unos espectros me ayuden a resolver mis problemas –dijo con acritud.

Ella se mosqueó de verdad.

–Nos ayuden. Nuestros problemas –recalcó el *nos*–. Esto también tiene que ver conmigo y, como sigas así, te voy a mandar a paseo, conde Rusconi. Puedo seguir sola.

El aludido sintió hervir la sangre ante ese nuevo reto.

–No vas a seguir sola –ordenó–. Estamos juntos. Nuestros antepasados. Nosotros.

Ella se reclinó en su asiento con expresión satisfecha. Ahí quería llegar y había sido él quien lo reconocía en voz alta.

Mario cayó en la cuenta de lo que acababa de decir. No sabía si enfadarse o reconocerle su saber hacer. Él siempre hacía lo que le venía en gana y, desde que Gabriela había aparecido en escena, terminaba haciendo lo que ella quería.

–Bien –aceptó en tono quisquilloso, dándose por vencido–, acepto ideas y sugerencias.

Desde que había conocido el detalle de los billetes marcados por el marchante, una idea se había ido abriendo paso en su cabeza.

El comprador pagaba con dinero marcado. Ese dinero pasaba a manos del ladrón. Hacía mucho tiempo que había tenido lugar el último intercambio, así que las manos y la ropa estarían ya lavadas, pero un abrigo no se lavaba todos los días. Así se lo expuso a Mario.

–Podríamos comprobar el abrigo de Bruno –propuso.

Fácil. Se dijo con ironía. E imposible. Se necesitaba una orden judicial para poder revisar la ropa de alguien.

–Puedo hacerlo yo –se ofreció muy decidida.

–Ni se te ocurra. No quiero verte cerca de ese tío.

–No puedes prohibirme nada –respondió con terquedad.

Era exasperante. Se quería meter en la boca del lobo y no admitía opiniones. A veces le daban ganas de zarandearla.

–Gabriela –suavizó la voz con esfuerzo–, si ha sido él y sospecha que tratas de inculparlo, no va a ser tan encantador contigo como lo ha sido hasta ahora. Y su hermana es una bruja que te odia. No puedes ponerte a su alcance. No les facilites la tarea.

Así que se había dado cuenta y estaba preocupado por ella. Eso era buena señal.

También había otro camino. Era una idea más peregrina y complicada, pero si contaban con la colaboración de los implicados, sortearían el problema de la orden judicial. Ese espray tenía que haber dejado un rastro. Solo había que seguirlo con una lámpara de luz ultravioleta en la mano.

–Me pregunto –dijo reflexionando en voz alta– de dónde sacaré Bruno las pinturas que sustituyen a las originales.

–Aquí hay muy buenos artistas, algunos se dedican a hacer copias para vender en las galerías, avisando de que lo son –meditó lo que decía–. Probablemente, Helena conozca a alguno o pueda localizarlo. Podemos intentar hablar con los que encontremos.

Dar con Helena fue complicado porque su teléfono estaba apagado. Lucía andaba perdida. A Gabriela le daba risa. Se había ido hasta Venecia para ayudarla y había terminado haciendo su propio grupo de amigos. De cualquier modo, se alegraba, porque así

no la tenía todo el día pendiente de sus movimientos y, sobre todo, le dejaba tiempo para estar con Mario.

Finalmente, localizó a su amiga en el hotel a la hora de comer. Lucía también estaba allí. Les explicó el plan de buscar al pintor que había hecho las reproducciones y a ambas les pareció una buena idea.

Mario se había marchado porque tenía algunos asuntos que resolver; no quiso decir cuáles eran ni tampoco ella preguntó, al fin y al cabo, no tenía que dar explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer. Su relación era muy peculiar y si avanzaba, cosa que dudaba bastante, tendrían que invertir mucho tiempo en conocerse. Ella sabía lo esencial, le gustaba y atraía físicamente, eran más que compatibles en la cama y le parecía una buena persona y un gran hombre, a pesar de que no siempre estaba de acuerdo con su forma brusca de hacer las cosas.

Su madre y su amiga aprovecharon la ausencia del hombre para realizar su interrogatorio, ése que ella no estaba dispuesta a responder y que terminó haciendo.

Helena estaba encantada de que dos de sus amigos estuvieran juntos. Por más que le dijo que no había posibilidad de una futura relación, ella no le hizo caso. Insistió en que estaban hechos el uno para el otro.

Lucía también pensaba que algo bueno podía salir de todo aquello; sin embargo, conocía la testarudez de su hija y Mónica le había hablado del carácter de Mario. Era muy orgulloso. La cabezonería de una y el orgullo del otro iban a ser sus mayores enemigos.

–Entonces ¿conoces a alguien que pueda hacer una copia perfecta?

–Conozco a varios pintores. Uno de ellos dispone incluso de una tienda donde las vende, diciendo que son reproducciones. Tienen mucho éxito. Luego te doy las direcciones y los teléfonos y, si quieres, te acompaño a verlos –se ofreció.

–No creo que Mario tenga ningún problema con que vengas con nosotros, porque imagino que él querrá venir.

–¿Desde cuándo te preocupas de lo que Mario prefiere?

–No empieces –le advirtió.

Helena aceptó la advertencia sin poner pegas y buscó a una nueva víctima, que tenía bien cerca.

–Lucía, cuéntanos qué tal te va en Venecia, que no te vemos el pelo.

Mario volvió al palazzo y se encerró en su apartamento. Llamó a su hermano y le contó los planes que habían trazado durante su café en el ghetto. Paolo le advirtió de que mientras no se metiera en ningún lío que pudiera perjudicarlo, podía hacer lo que quisiera. En principio, no pensaba advertir de sus próximos pasos al comisario; prefería que cada uno fuera por su lado.

Esperaba que Gabriela consiguiera algunos pintores capaces de realizar copias perfectas. Él conocía una tienda donde las vendían, pero seguro que había más. A pesar de

moverse en el mundo del arte, no controlaba ese tipo de actividades. Helena seguro que sí lo hacía porque conocía a todos. Ella podría proporcionarles algunos nombres.

Se dio cuenta de que pensaba en plural, de que daba por hecho que no iría solo en busca del pintor. Suponía un cambio sutil en su manera individualista de trabajar. Cuando ella le había amenazado con continuar sola, no le había sentado nada bien. Si esto hubiera sucedido tras su primer encuentro de hacía unos días, aunque parecía haber transcurrido meses de ello, él mismo le habría animado a que siguiera y se habría evitado un montón de problemas. Sin embargo, ahora quería tenerla cerca y vigilada para que no le ocurriera nada. Hasta la cuestión de las visiones de fantasmas, que al principio le pareció una locura, ya lo veía con normalidad. O casi. Le seguía costando trabajo asumirlo. Aparte de ese *lado oscuro*, era una mujer bella e inteligente que estaba a la altura de las circunstancias, que no se achantaba y que luchaba por lo que creía y por sus seres queridos.

En cuanto a demostrar que Francetti era el culpable de los robos, resultaba bastante más complicado, primero porque solo tenían una intuición para sospechar de él y segundo, porque aunque lo supieran a ciencia cierta, necesitaban pruebas. Su única esperanza consistía en que alguno de los pintores les proporcionara alguna pista.

Gabriela pasó la tarde en compañía de Lucía y Helena, preguntándose a cada momento dónde se habría metido Mario. ¿Por qué no daba señales de vida? Esperaba que no hubiera empezado la investigación por su cuenta; si lo había hecho, iba a tener serios problemas.

Cuando sonó el timbre del apartamento de Helena, él era la última persona que esperaba encontrar. Verlo le cortó la respiración. Estaba presente en sus pensamientos y en sus acciones, pero terminaba olvidando su atractivo y cómo éste le afectaba. En ese momento hablaba con su amiga y sonreía. Cientos de mariposas aletearon por su estómago. Sus ojos se encontraron y, durante unos segundos, el resto del mundo desapareció. Un mudo mensaje salió de la intensa mirada masculina, que arrancó sonrisas cómplices en las otras dos mujeres.

Helena lo invitó a pasar y la conversación se generalizó sobre las identidades de los pintores y quién debía ser el primer interrogado. Los dos italianos tenían algunos favoritos. Al final, hicieron una lista de cuatro, a los cuales visitarían al día siguiente.

–Y ahora –se aproximó a ella y la levantó del sofá que ocupaba–, nos vamos a olvidar de todo este embrollo. He venido a secuestrarte –miró a Lucía–, con tu permiso, por supuesto. No te preocupes si no la ves esta noche. La va a pasar fuera.

Ella no reaccionaba debido al desconcierto. ¿Estaba admitiendo ante su madre que iban a pasar la noche juntos? La mujer sonreía y le dio su consentimiento con un gesto. Parecía que era la única a la que no se le iba a pedir opinión.

–Pero... tengo que cambiarme de ropa –consiguió decir.

Él vestía de manera informal. Por lo visto, solo cuando trabajaba, usaba esos trajes tan serios y que le quedaban tan bien. Todo le quedaba bien, se dijo echándole un vistazo de reojo. Permanecía quieta, sin reaccionar, como si no fuera con ella.

–Cariño –la llamó su madre–, te están esperando.

–Sí. Claro. Mañana nos veremos –se volvió hacia Helena–. Te llamo para visitar a tus conocidos.

La chica hizo un gesto con la mano. Ya se había dado cuenta de quién marcaba el ritmo en aquella investigación y suponía que él querría ir solo.

–Vas bien acompañada. Si necesitáis algo, estaré disponible.

Salieron en silencio. Gabriela abrió la marcha hacia su habitación. Se sentía rara. Algo no terminaba de gustarle.

Estaba preparando algunas cosas que necesitaría cuando se dio cuenta de lo que le pasaba.

Mario estaba extrañadísimo. Gabriela no había dicho más de dos palabras. No se había opuesto a su manera, algo expeditiva, de decirle que pretendía pasar la noche en su compañía. Había actuado siguiendo un impulso. Él no hacía esas cosas. Sin embargo, estaba en casa dando vueltas a su relación, cuando había decidido ir en su busca. Sin más. Simplemente la echaba de menos y quería verla.

–¿Cómo se te ocurre plantarte delante de mi madre y decirle que me voy contigo a pasar la noche a tu casa?

Él se encogió de hombros.

–Me apetece estar contigo. No veo el problema.

¡No veía el problema! Se plantó con los brazos en jarras delante de él. ¡Hombres!

–Mario, no sé cómo funcionan las cosas con tu madre, pero la mía se mete en todo, y conociendo como piensa, acabas de reconocer que hay algo serio entre nosotros que va más allá de unos días.

Él sintió una especie de golpe en el pecho y decidió seguir luchando contra la cabezonería femenina. No se iba a rendir tan fácilmente.

–Pues entonces, he transmitido bien el mensaje. Lo que no sé, es si yo lo he entendido bien. –Se acercó a ella hasta quedar pegado. Su expresión se había vuelto oscura– Yo creía que íbamos en serio.

Gabriela se encogió un poco. No lo comprendía. Él era el primero que no quería compromisos. Nunca habría imaginado que quisiera algo más. No le pegaba. Era un buen hombre pero le gustaba estar soltero.

–Mario... No tenemos nada en común –ni ella misma tenía claro de qué quería convencerlo.

–No es posible que tú digas eso –contraatacó–. A los dos nos gusta el arte, somos profesores, amamos Venecia...

–Vivimos en distintos países, tú eres un conde...–concluyó ella.

Él se enfadó.

–No me vengas con esas tonterías del conde. Es un título honorífico que no sirve para nada. Y si nos ponemos con ésas, tú eres la descendiente de una de las familias

patricias más antiguas de la ciudad, así que búscate otra excusa. Di que no te intereso y ya está.

Ella no tenía argumentos en contra de todo lo que había dicho, incluso le creaba angustia pensar que él creyera que no le interesaba. El problema era que sí lo hacía. Demasiado. Apoyó sus manos en los brazos que él mantenía cruzados y lo miró directamente a los ojos.

–No digas que no me interesas. Creo que te he dado muestras suficientes de que me importas, me atraes y que estoy muy bien contigo. Lo malo es que hay demasiados problemas y misterios a nuestro alrededor.

Él le agarró las manos.

–Los solucionaremos todos y después, volveremos a hablar. Ahora –la rodeó con sus brazos–, dime si seguimos con el plan previsto de irnos a mi casa. Te quiero para mí solo, lejos de interrupciones, madres, amigas y policías.

Eso sonaba muy bien.

–Seguimos adelante con el plan.

La perspectiva de disfrutar de una velada entera juntos la atraía poderosamente. Ellos solos, aislados del mundo y de las formalidades. Piel con piel. Dedicarse a disfrutar de sus caricias, su atención y su ternura. Solo la anticipación de todo lo que iba a tener, le produjo un pinchazo de deseo que puso todos sus nervios alerta.

Él le plantó un beso sensual y voluptuoso que sirvió de adelanto a lo que vendría después.

–Podríamos quedarnos aquí –sugirió con urgencia.

Él puso distancia entre los dos. Sus ojos brillaban por la pasión contenida pero no se iba a dejar convencer.

–De eso nada. Este lugar es una feria. Hoy cocino yo y después... –no hizo falta terminar la frase, ella interpretó perfectamente qué vendría después: una larga noche para ellos solos–. Recoge lo que necesites.

No esperó más. Buscó algo de ropa para el día siguiente y algunos artículos de aseo necesarios. Cerró la cremallera de un pequeño neceser y se volvió hacia él con una sonrisa deslumbrante.

–Lista.

Mario agarró el bolso y esperó a que saliera. Pasó un brazo por sus hombros y, abrazados, salieron a la calle.

Hacía un frío húmedo que traspasaba la ropa y se metía en los huesos. Gabriela estaba acostumbrada a la humedad, pero no a las bajas temperaturas. Tiritó y él la apretó un poco más para proporcionarle algo de calor con su propio cuerpo.

–Pronto estaremos en casa –le susurró al oído como una promesa.

Casa. Sonaba bien. La única objeción que le ponía era que nunca sería su hogar.

Él pensaba otra cosa muy diferente: le gustaría encontrarla cada día en su apartamento, que sus hijos corrieran por las escaleras del palacio volviendo loca a Mónica, como hacían ellos cuando eran pequeños; Lucía de visita, disfrutando de sus nietos. De pronto se dio cuenta de cuál era el derrotero de sus pensamientos. Si empezaba a crear esas escenas en su mente como algo deseable, estaba totalmente perdido, y no quería ni pensar en lo que diría Gabriela si conociera los derroteros de sus pensamientos. Él mismo estaba aturdido y asustado. Le gustaba su vida tal y como la tenía; no quería complicaciones extras, sin embargo, desde que apareciera la rubia española, fiel reflejo de su mujer misteriosa, todo se había vuelto demasiado complejo.

Tuvieron que llamar a una lancha taxi porque él había llegado en vaporetto. Esa circunstancia les permitió acurrucarse.

Gabriela solo sentía calor en los puntos que tenía en contacto con el cuerpo masculino. Hacía mucho tiempo que no experimentaba algo parecido, que no tenía la necesidad de estar con alguien, de compartir sus cosas. Normalmente, esas carencias las suplía con la amistad de Marc la mayoría de las veces, aunque con él no existía ese punto de atracción física, de esa perentoriedad por verlo, tocarlo y ser tocada. Mario la enfadaba, pero con solo mirar su rostro o sentir sus manos, se derretía. Lo iba a echar mucho de menos cuando tuviera que marcharse. Esa idea le produjo un malestar que la llenó de intranquilidad. ¿Qué iba a hacer sin él? Su vida volvería a ser gris y rutinaria. Tendría a su familia y amigos pero le faltaría lo más importante: él, quien parecía sumido en sus propios problemas. A pesar de su semblante serio y distante, su mano subía y bajaba por el costado dejando un reguero de calor que encendía otras partes del cuerpo. A través del abrigo, no podía sentir la suavidad de su tacto; estaba deseando llegar para poderse quitar todas esas prendas y podérselas quitar a él, deslizar las manos por su pecho y delinear sus músculos hasta aprendérselos de memoria. Mario era un hombre apasionado que tenía un férreo control de sus emociones y sus actos, pero cuando estaban juntos, olvidaba esa disciplina y arrancaba en ella multitud de sensaciones.

El deseo iba en aumento a medida que imaginaba lo que pasaría cuando se quedaran a solas.

Mario consiguió mantener las manos relativamente quietas durante el viaje, lo que no evitó que la acariciara o deslizará sus dedos distraídamente por la piel que quedaba accesible por debajo de la manga.

Cuando el taxi se detuvo en el embarcadero del palacio, la sangre de ambos hervía.

Capítulo 28

LA INVESTIGACIÓN

No se había oído aún el *clic* que anunciaba que se había cerrado la puerta, cuando sus bocas se habían encontrado en un beso hambriento. Exploraron cada textura nueva, sus labios se deslizaron con deleite, produciendo pequeñas y deliciosas descargas eléctricas. Mario sentía la urgencia del que tenía un futuro incierto y quería aprovechar el momento al máximo.

Abandonó la caricia y mordió con delicadeza su barbilla para, después, cubrirla con su boca. Su sabor dulce le instigó a continuar con la exploración. El anhelo por probar más partes de su anatomía puso en marcha sus manos, que se deshicieron con maestría y rapidez de las prendas de abrigo.

Ella sonrió ante tanta premura.

–¿No ibas a preparar la cena?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

–Más tarde. Ahora estoy ocupado.

Agarró su mano y tiró de ella hacia su dormitorio.

Gabriela echó un rápido vistazo al retrato de su antecesora.

–Olvídala –ordenó Mario mientras se desabrochaba la camisa y tiraba de ella para sacarla de los pantalones.

Obedeció encantada. Era mucho más estimulante recrearse en la visión de la porción de torso que quedaba expuesto a través del fino tejido de la prenda.

Mario volvió a abrazarla y a besarla hasta que sintió que caían sobre la cama.

Cómo llegó a estar sin ropa mientras que él conservaba la suya, constituía todo un misterio porque no recordaba nada, únicamente era consciente de la vorágine en la que se había visto envuelta.

Mario estudió su expresión anhelante que le confirmaba la atracción que sentía por él. Fue suficiente para iniciar un nuevo escrutinio. A pesar de la prisa inicial, sus manos se pasearon con desesperante lentitud. La boca las sustituyó, arrancando un suave suspiro que lo animó a continuar. Le gustaba, aunque solo fuera en esos momentos, dejarla sin palabras, concentrada en los sentimientos que solo él podía arrancar. Su cuerpo entero clamaba por ella pero quería ir despacio. Cuanto más alargara el placer, más intenso sería.

Gabriela paseó sus manos por el fragmento de piel que quedaba al descubierto y protestó porque aún llevara la ropa puesta. Él se quitó la camisa sin dejar de besarla y la arrojó lejos. Ella siguió, fascinada, la ondulación de esos músculos que tan bien disimulados quedaban cuando estaba vestido.

Lo empujó contra el colchón y reclamó su turno para torturarlo. Lo besó de forma provocativa, tentándole. Su larga melena acariciaba con suavidad los lugares por donde pasaba, arrancando sensaciones estimulantes que aumentaban la excitación hasta casi la

extenuación. Su aroma, ya familiar, la envolvió y aumentó su deseo. Reaccionó apoderándose otra vez de sus labios y reclamándolos para su deleite. No se cansaba de su sabor y su textura.

Las manos de Mario vagaron por el cuerpo femenino, alentándola a responder. Tanto el tacto de su piel como sus movimientos sugerentes le incitaron hasta poner en peligro el control que pendía de un hilo. Un fuego poderoso crepitaba dentro de sus venas.

Gabriela pensaba que era el hombre más atractivo y seductor que había encontrado en su vida. También era generoso; se empleaba a fondo para que ella disfrutara de aquel encuentro. Sus iris hipnóticos la tenían atrapada de la misma manera que lo hacían sus caricias. Habría podido retirarse en cualquier momento, pero ésa era la última de sus intenciones, por el contrario, lo único que quería era fundirse con él. Se arqueó contra sus caderas para acercarse más y consiguió un gemido como respuesta. La excitación de Mario era comparable con la suya. Estaban al borde de un estallido de placer. Lo atrajo un poco más, hechizándole con su cadencia, sus labios, sus manos. Al fin, él cedió a la tentación. Era una tortura seguir aguantando.

Sus cuerpos se acoplaron de forma natural, como si se reconocieran. Con cada acometida, un ligero jadeo salía de la garganta de su compañera, lo que provocó uno similar en él. Con el primer espasmo llegó la explosión y el apogeo de una unión perfecta.

Gabriela grabó cada sensación en su memoria, como un recuerdo memorable que no olvidaría jamás. Quería retener cada momento para revivirlo cuando estuviera lejos y le añorara tanto que no pudiera resistir.

Permanecieron abrazados, sumidos en un cálido letargo, sus cuerpos relajados y perezosos, olvidados por completo de la promesa de la cena.

La llegada de la mañana los golpeó inexorable. Había terminado el interludio y la cruda realidad se abría paso para recordarles que tenían una dura misión que cumplir: demostrar la inocencia de Mario y atrapar al verdadero culpable.

No se levantaron tan temprano como para tener que esperar mucho tiempo a que los comercios abrieran. Habían decidido comenzar por el pintor que vendía sus cuadros en su propio establecimiento y la espera no estaba dentro de los planes. La verdad es que estaban impacientes por encontrar algo, tanto uno como otro.

Después del desayuno, esta vez sí, preparado por Mario entre sonrisas y besos, partieron en busca de sus pruebas.

La tienda, un sitio bastante pequeño y repleto de pinturas colocadas en expositores, sin marco, estaba situada en un entramado de calles cercanas al puente de Rialto. El hombre que los atendió era de mediana edad. Sus manos, manchadas de pinturas de colores, indicaban que en la trastienda seguía pintando y aumentando el número de obras para vender. Les contó que no era un gran negocio pero que se vivía bastante bien. A la gente le gustaban las reproducciones de los pintores famosos más que las suyas propias aunque, de vez en cuando, conseguía colocar alguna.

–¿Alguna vez le han hecho encargos concretos sobre algún cuadro en especial? –
Preguntó Mario

El hombre les miró con recelo.

–No serán policías...

–No –contestó él–. En realidad trabajo para el museo y el palacio ducal. Me llamo Mario Rusconi.

Los ojos del artista se agrandaron al reconocer el apellido.

–Encantado de conocerlo, señor. Siento mucho lo que le está pasando. He leído en la prensa que le acusan de algo horrible.

Sí, robar obras de arte debía ser algo horrible para alguien de ese mundillo. A éste en cuestión no le sobraba discreción, pero era sincero.

–¿Qué es lo que realmente busca? –preguntó.

–A alguien que sea capaz de hacer buenas copias –respondió sin tapujos–. No tiene por qué ser consciente de para qué se están usando –Puso una lista con algunos títulos–. ¿Ha hecho usted alguna de éstas a lo largo de los últimos años? Son las piezas que se han robado.

El hombre estudió la lista detenidamente.

–Solo dos de ellas y las vendí aquí, así que no pudieron utilizarlas para cambiarlas por las auténticas. ¿Sabe dónde han ido a parar las auténticas?

–No. Están investigándolo.

No quería dar más explicaciones. El marchante había declarado a quién se las había vendido y la policía que se dedicaba a temas relacionados con el patrimonio, las estaba localizando.

–Siento no poder ayudarles. De verdad.

No podían hacer otra cosa que creerle. Tampoco había manera de presionarle para que dijera otra cosa, pero su intuición les decía que era sincero. Aprovecharon para pedirle opinión sobre otros colegas y él colaboró gustosamente. Escribió un par de nombres con sus direcciones y teléfonos en un papel, y se lo tendió. Ninguno de los dos figuraba en la lista de Helena.

Le dieron las gracias y abandonaron el bazar con los deseos del hombre de que encontraran al ladrón y consiguieran encerrarlo.

–¿Qué te parece? –Preguntó Gabriela, que había permanecido en silencio casi todo el tiempo.

–Creo que dice la verdad y estos dos nombres que nos ha dado, pueden sernos útiles.

Esa mañana visitaron a dos artistas más de los que Helena les había sugerido. No obtuvieron ninguna respuesta. Dejaron para la tarde a los que faltaban, incluidos los dos nuevos, que vivían cerca entre sí y que eran los más alejados de donde se encontraban.

Hicieron un alto en el camino y entraron en un pequeño restaurante.

–Podíamos haber ido a ver a tu amigo Marco –sugirió ella.

Él la miró extrañado de que recordara el nombre del dueño del local al que apenas había visto unos minutos. Ese detalle le indicaba que era detallista y que se interesaba por sus cosas.

–No, gracias. Me acribillaría a preguntas y en estos momentos es lo que menos deseo.

Gabriela clavó en él su mirada. Tenía aspecto cansado y desalentado. Podía comprenderlo a la perfección. Le habían detenido delante de los habitantes más influyentes de la ciudad y además, le habían acusado de un delito que no había cometido. Debía de sentirse atrapado. Puso una mano sobre su brazo para darle ánimos. Él sintió como el calor traspasaba la tela de la camisa y recordó la noche pasada. ¡Qué complicadas eran las cosas! Hacía unos cuantos días estaba en su casa tan tranquilo, trabajaba en algo que le encantaba y que le había costado mucho conseguir y no tenía el más mínimo deseo de tener una pareja estable. Con un compromiso había tenido más que suficiente. Y allí estaba, frente a una mujer que se había metido bajo su piel y que conseguía volverlo loco. También cabía la posibilidad de que ella estuviera verdaderamente chiflada, ya que veía fantasmas y hablaba con ellos. A aquellas alturas, ése era el menor de sus problemas; de hecho, habían descubierto cosas, según él por pura casualidad, y según ella, porque esos fantasmas la ayudaban.

En ese momento, sus magníficos ojos azules lo miraban con preocupación. Se sintió halagado. Las mujeres, normalmente, lo miraban de manera especulativa. Solo ella le retaba y se mostraba preocupada. Una combinación altamente peligrosa.

Pidieron la comida y planearon el resto de la tarde. Los temas personales pasaron a segundo plano por algún acuerdo tácito que convenía a los dos. Algo les decía que cuando se enfrentaran al tema atracción–relación, iban a aparecer muchos más problemas y, la prioridad era demostrar la inocencia de Mario.

Estaban en los postres cuando el teléfono de Gabriela vibró sobre la mesa. Una sonrisa iluminó su rostro al ver quién llamaba, provocando en su acompañante un gesto molesto que se intensificó cuando la oyó contestar.

–¡Marc! Me alegro de oírte.

Mario no escuchó más. Era a él a quien besaba y abrazaba, pero cuando la oía hablar con su amigo, se ponía muy nervioso. Tenía la intuición de que era la única persona que la conocía de verdad y la única en la que ella confiaba. La oyó explicarle los últimos acontecimientos y ponerlo al día, después le hizo un gesto y le pasó el teléfono. Extrañado, lo agarró y acercó a la oreja. Minutos después le devolvía el aparato a su propietaria.

–Estaba preocupado por ti –aclaró ella.

–Es muy amable por su parte pero yo creo que lo está más por ti.

–Eso es una tontería. Ahora eres tú quien necesita apoyo, yo me puedo apañar sola.

Con total seguridad, ella podría hacerlo. Marc le había preguntado si podía ayudar de alguna manera. Le había sorprendido mucho porque pensaba que no le caía muy bien. Por lo visto estaba equivocado.

–Me ha pedido que no te deje meterte en líos, que eres muy propensa a ellos.

–Muy gracioso. Es peor que mi madre –protestó ella.

–No protestes. No todo el mundo tiene a alguien dispuesto a hacer cualquier cosa por él.

Ella sonrió con cariño.

–En eso tienes razón. Marc es único.

Debió poner un gesto muy raro porque ella le agarró una mano por encima de la mesa y le dijo:

–Eh. No te pongas celoso. Marc es único, pero tú también lo eres.

–Algo es algo –dijo con sentido del humor.

Tras el descanso de la comida, una conversación con Helena y otra con Lucía, que querían saber si habían encontrado algo, continuaron su búsqueda.

–Como sigan llamando –comentó ella–, tendremos que poner un servicio para contestar llamadas.

–Se preocupan por nosotros–comentó él, que acababa de hablar con Mónica y Paolo.

–Por ti –puntualizó–. Aunque no quieras reconocerlo, es por ti por quien están preocupados.

Tenía razón pero no estaba acostumbrado a ser el centro de atención de esa manera. En cierto grado, era halagador saber que había muchas personas que se interesaban por su estado de ánimo y que estaban pendientes de él.

A las seis de la tarde, se habían entrevistado con otros dos pintores, de los que no habían conseguido nada. Uno de ellos casi los había echado de su casa cuando le habían expuesto el tema por el que iban. Aún así, no tenía pinta de ser el hombre que estaban buscando. Se podría llamar intuición pero no parecía que fuera él.

Estaban a punto de llamar al estudio de uno de los recomendados por el primer artista que habían visitado. Vivía muy cerca de la estación de Santa Lucía, al otro lado del canal, en una pequeña plaza o campo, como ellos los llamaban. La fachada estaba muy cuidada, pintada en un tono granate con las ventanas bordeadas en estuco blanco. Era una casa de alguien de buena posición económica. Cruzaron entre ellos una mirada interrogante y llamaron al timbre.

Una voz femenina contestó a través del portero automático. Mario se identificó y dijo que quería hablar con el señor Giacomo Forza. No tenía la certeza de si fue porque conocieron el apellido o por mera curiosidad en ver de qué quería hablar con él, el caso es que la puerta se abrió con un zumbido. Empujaron la madera y entraron.

Se encontraron en un vestíbulo no muy grande. Había una puerta al fondo y unas escaleras.

–Suban la escalera –les indicó una voz masculina.

Obedecieron. Al llegar al descansillo, se encontraron con un lugar diáfano, lleno de ventanas. Durante el día estaría inundado de luz natural. Había varios caballetes y un montón de lienzos aquí y allá. No había duda de que allí era donde trabajaba el hombre que les esperaba. De la mujer no había ni rastro.

–Buenas tardes –saludó– señor Rusconi, su visita es una auténtica sorpresa. Bienvenido.

Así que sí le habían reconocido. A veces era ventajoso tener un apellido célebre, se dijo.

Giacomo Forza era moreno y sus ojos, negros y profundos, no perdían detalle. Parecía agradable, sin embargo, no podían fiarse de la simple apariencia.

Bruno también parecía una persona encantadora y, si no fuera de mal gusto, apostaría su cabeza a que era culpable. La familia Francetti debía de tener un gen maligno que se transmitía de generación en generación.

Giacomo abrió una puerta, situada en un lateral y les invitó a pasar. El ambiente allí, cambiaba por completo. Se encontraron en una habitación bellamente decorada con algunos muebles antiguos, donde los tonos de cortinas, tapizados y cojines combinaban entre sí de manera armoniosa. Con toda probabilidad, se había encargado él mismo de la decoración. Se veía la mano de un artista en todo el conjunto.

–¿Y bien? –preguntó una vez estuvieron sentados.

Mario dudaba en la manera de plantear el tema, venían de ver a alguien que se había molestado mucho y no quería repetir la experiencia. No le dio tiempo a decir nada, la puerta se abrió de nuevo y apareció una mujer con un servicio de café. Debía de ser la misma que había abierto la puerta.

–¿Les apetece un café? –ofreció su anfitrión.

Aceptaron. ¿Por qué no? El hombre era correcto y parecía que para él eran muy importantes las formas.

La mujer, una joven rubia y bien parecida, se volvió a retirar con discreción después de servir las tazas.

Bien, había llegado el momento.

–Señor Forza, estamos buscando un artista que se dedique a hacer copias perfectas de obras de arte.

El hombre arqueó una ceja en un gesto irónico.

–Señor Rusconi, creo que esas actividades le han metido ya en algún problema.

Mario sintió la sangre hervir, estuvo a punto de mandarlo a paseo pero no le dio tiempo. Gabriela, viendo que se avecinaba una buena tormenta provocada por un choque de temperamentos fuertes, intervino. Si peleaban, no sacarían nada.

–No es lo que cree, señor –marcó su acento extranjero. No sabía bien por qué pero creyó necesario que él supiera que no era italiana–. Mario es inocente. Él no ha robado ningún cuadro. Mi amiga, Helena de Martino, nos envió a una tiendecita esta mañana y su dueño nos ha proporcionado su nombre.

Forza les dirigió una mirada especulativa. Conocía a Helena de Martino de vista; alguna vez había ido a su galería y, aunque no se movían en los mismos círculos, en ese mundillo todo el mundo se conocía de una u otra manera.

–¿Por qué buscan ustedes un falsificador?

Ella volvió a intervenir.

–No buscamos un falsificador –aclaró–, pensamos que la persona que ha hecho las copias no sabía que eran para cambiarlas por las auténticas. Sabemos que en la ciudad hay muchos pintores que viven de vender sus copias sin ningún ánimo de hacerlas pasar por las verdaderas. Hemos visitado durante la mañana a algunos colegas, pero no hemos conseguido información valiosa.

–¿Y qué quieren de mí? –Preguntó con suspicacia.

–Información. Algo que pueda ayudarnos a demostrar que el señor Rusconi es inocente.

A esas alturas de la conversación, Mario había dejado las riendas de la misma a Gabriela. Ella era bastante más diplomática y ponía menos nervioso al señor Forza, quien se mostraba muy susceptible. O había hecho las copias sabiendo para qué eran o no se fiaba de nadie, tal vez por el mismo motivo que él. Alguna vez había sido víctima de una trampa. De eso sí que estaba convencido.

Giacomo Forza volvió a evaluarlos con la mirada, midiendo, calibrando si eran merecedores de depositar en ellos su confianza.

–Como ya les he dicho, yo puedo hacer réplicas exactas y no es presuntuoso si les digo que, a simple vista, es muy difícil distinguir las de las originales.

Eso estaba muy bien. Tampoco tenían que ser copias perfectas ya que no estaban expuestas y que, con toda probabilidad, pasarían años sin que nadie les echara un vistazo.

–Eso puede rozar la ilegalidad –apuntó Mario.

El hombre sonrió con ironía de nuevo.

–No, si no intento colarlas por lo que no son. De hecho, me hacen un montón de encargos para colgar en paredes particulares. Desde los clásicos a los más modernos. Ahora mismo estoy trabajando en un Picasso –se levantó mientras les pedía que lo acompañaran. Volvieron al taller.

Giacomo Forza les llevó hasta un caballete donde destacaba un Arlequín que podría haber sido pintado por Picasso.

–Tengo que entregarlo mañana –dijo mostrándolo con orgullo.

Apilados contra la pared, había dos reproducciones de los *Girasoles* de Van Gogh, una de *El grito* de Munch y dos o tres de *El beso* de Klimt. Él siguió la dirección de sus miradas.

–Son muy populares –comentó–. A la gente le encanta.

–¿Ha pintado recientemente un Veronés?

La pregunta tomó desprevenido al artista, que lo miró con curiosidad.

–Hace unos dos meses terminé uno. Era una tabla de dimensiones reducidas. ¿Cómo lo saben?

Mario y Gabriela intercambiaron una mirada jubilosa. ¡Lo habían encontrado!

–El último robo que se llevó a cabo en el palacio ducal fue en mi despacho –explicó Mario–. Se trataba precisamente de una pequeña pintura de Veronés. Era una de sus representaciones de la última cena.

El pintor lo reconoció de inmediato.

–Es ése. Me pagaron muy bien por él.

–¿Nunca pensó que podrían utilizar sus copias para dar un cambiazó?

–Son lo suficientemente buenas para hacerlo, sin embargo, nunca he pensado que sirvieran para llevar a cabo un robo de esas características. Lo normal es que la gente las quiera para decorar sus casas.

–¿Y la persona que se lo llevó? ¿La conoce?

–Claro. Me ha hecho varios encargos en los últimos años. Paga bien y sin problemas. Es un buen cliente.

Se dirigió al ordenador situado al fondo de la estancia, escribió algo y lo imprimió. Volvió con una hoja de papel, que le tendió a Mario.

–Ahí lo tiene. Nombre y teléfono. No sé más cosas de él.

Mario leyó con rapidez. El nombre no le decía nada, pero por algo se empezaba. Se lo guardó en el bolsillo, pensativo. Después se lanzó a hacer la petición que no hacía más que rondarle por su cabeza.

–Me gustaría que hiciera una última cosa por mí.

Capítulo 29

LA ADVERTENCIA

Dos horas después, la policía salía de casa de Giacomo Forza con nuevas pruebas.

Mario le había preguntado cómo le habían pagado los encargos. Al escuchar la respuesta, se abrieron un montón de posibilidades. El pago se había hecho en efectivo y todavía conservaba parte del dinero recibido por la venta de su última obra.

Le explicó que el marchante había marcado los billetes y le preguntó si estaría dispuesto a dejar que los examinaran.

Aún a riesgo de perderlos y viendo que antes o después la policía aparecería por allí, accedió. No le apetecía nada que se hiciera publicidad y que su nombre y prestigio quedaran en entredicho.

Llamaron al comisario. Éste mandó rápidamente un equipo que estudió con una luz ultravioleta los billetes que el señor Forza les mostró.

No había duda. Allí aparecieron las manchas fluorescentes de color verde que el marchante detenido había hecho con el espray.

Se había establecido la primera relación entre los ladrones y las obras robadas.

El marchante pagaba al ladrón y éste al artista quien, en principio, no sabía que su obra serviría para llevar a cabo un robo.

Gabriela y Mario sintieron que habían conseguido un gran logro. La policía salió de allí con un nombre, un número de teléfono y algunos billetes marcados. Giacomo dijo que eran todos los que le quedaban. Aunque con toda seguridad no era cierto, no siguieron investigando. Tenían unos cuantos que servirían como prueba. Podía quedarse con los demás.

Había llegado el día temido. El peor día de su vida. No había dormido nada en toda la noche, aunque en realidad llevaba muchos días sin dormir. Sus ojos estaban rodeados de unas profundas y oscuras ojeras que, empezaban a ser preocupantes. Salió de la cama y se acercó a la chimenea de la que no salía, a aquellas horas tempranas de la madrugada, ni un poquito de calor. El fuego se había extinguido hacía horas. Gabriella tembló, no solo por el frío sino por el horror que se avecinaba. Sin llamar a Marta, ya que no quería testigos, se vistió con la ropa más humilde que tenía, un atuendo sencillo que no llamaba la atención, salvo por la calidad del tejido. Lo cubrió con una especie de abrigo

negro y largo. Estaba decidida a salir a la calle porque, si permanecía un segundo más encerrada en aquel cuarto, explotaría.

Bajó las escaleras en silencio. A aquellas horas no había nadie. Los criados estaban en la cocina preparándose para comenzar la jornada. Abrió la puerta y se precipitó al aire helado de la mañana. Giró hacia la derecha y se dirigió a la Plaza de San Marcos. Al pasar junto al puente de los Suspiros, se detuvo y elevó la mirada hacia la intrincada celosía de piedra. Por allí pasaría Angelo en una hora por última vez. Sus ojos se anegaron de lágrimas otra vez. Parecía que no podía controlarlas pero ¿cómo iba a lograrlo si iban a ejecutar a la persona que más amaba en su vida? La indignación creció en su interior. No había podido hacer nada ante el poderoso Lucca Francetti. Nunca habría imaginado que, por culpa de su negativa, ese ser oscuro y egoísta propiciaría la muerte de Angelo como venganza.

Se retiró del puente y siguió su camino. No tardó ni dos minutos en llegar a la plaza. Otro estremecimiento la recorrió por completo, impidiendo que pudiera dar un paso más. Se apoyó en una de las columnas del palacio para recobrar la fuerza.

Frente a la ventana donde se leían las sentencias de muerte, presidiendo la inmensa explanada de la plaza, se erguía solitario y siniestro el patíbulo donde iba a tener lugar la ejecución. Maldito fuera Francetti, su familia y todos sus descendientes. Por culpa de uno de ellos, iba a morir un hombre joven con un prometedor futuro, y ella cumpliría la condena de no poder compartir la vida con él. La furia se mezclaba con la tristeza, la ira con la impotencia. Ojalá ese ser miserable y vengativo tampoco consiguiera la felicidad, ni él ni su familia. Debían pagar por todo el daño que habían causado, tanto a los Rusconi como a ella.

“Yo os maldigo a todos” susurró en voz baja, sin despegar la vista de la horca. Se mantuvo en aquel lugar mucho tiempo, hasta que empezó a llegar la gente que iba a presenciar la ejecución. Con desesperante lentitud, la plaza se llenó de curiosos. No concebía cómo había personas que asistían a esas cosas, solo por el gusto de ver a alguien morir. Ella permaneció resguardada en los soportales, esperando el fatídico momento. El reloj de la plaza dio las horas conforme avanzaba la mañana, anunciando el inexorable final.

Angelo apareció escoltado cuando el sol ya calentaba todo menos su alma, que permanecería helada para siempre. Sus ojos se cruzaron. Era tan joven y tenía tanta vida por delante... Ella le lanzó un beso y entonces sí, se dio la vuelta. Era la imagen que quería guardar de él en su mente. La de un hombre lleno de vida. Cuando se volvió para iniciar el

camino de vuelta, sus ojos miraron al frente. Había descubierto a alguien ante ella y tenía que darle un mensaje, uno muy importante y vital.

«No vayas, Gabriela. No vayas. Ten cuidado y no te fíes nunca de ningún Francetti».

Gabriela se sentó en la cama de un salto. Había vuelto a soñar. Se pasó una mano por la cara para intentar aclarar sus pensamientos, por otro lado, bien claros. Había estado metida, otra vez, en la piel de su antepasada, había visto los preparativos de la muerte de Angelo y la había advertido sobre el peligro de los Francetti. No le quedaban dudas de quiénes eran los culpables de tanta desdicha. «*No vayas*» le había dicho. Sentía una profunda tristeza, la misma que sentía su predecesora.

Una mano cálida se posó en su espalda desnuda. Dio un respingo. Había olvidado que no estaba sola.

–¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Ella hizo un gesto negativo. Tenía que contarle el sueño, por mucho que él odiara ese tema extrasensorial en el que no creía.

–Acabo de tener un sueño.

Él se incorporó y dio la luz de la mesilla. Su aspecto dormido y su barba crecida, le daban un aspecto arrebatador. Sus ojos brillaban preocupados. No estaba acostumbrado a compartir cama y mucho menos los sueños del tipo de los que Gabriela decía tener.

–¿Una pesadilla? –quiso cerciorarse.

Ella volvió a negar.

–Era real –explicó–. Otro pasaje de la vida de Gabriella. El peor–. Un sollozo salió de su garganta. No imaginaba cómo lo había podido aguantar ni cómo había sobrevivido a tanta desgracia. Pero su ascendiente era una mujer muy fuerte. Había rehecho su vida, lejos del lugar donde había muerto emocionalmente, y había creado una nueva familia. Eso tenía que agradecerse.

Mario se asustó. Gabriela no lloraba. Solía enfadarse y ponerse muy cabezota, pero no lloraba y ese temblor descontrolado lo desconcertaba. Si eso era ver fantasmas, prefería seguir sin verlos. No sabía qué hacer con ella, se sentía torpe. Parecía que su amigo Marc actuaba en esas situaciones mejor que él, se dijo con ironía.

Al final, la recostó sobre su hombro y la tapó con el edredón murmurando alguna palabra tranquilizadora.

El calor del cuerpo masculino era reconfortante y, poco a poco, volvió a la realidad. Se hallaba en la cama de un sano y salvo Mario. No pasaba nada. «Todo va bien», se repetía una y otra vez. Pero no era así, Mario también estaba en peligro.

–Gabriela –Insistió– ¿Qué pasa?

–Acabo de asistir al ajusticiamiento de Angelo. Susurró contra su pecho. Su respiración resultaba agitada todavía, como si realmente hubiera asistido a la ejecución.

Nunca se iba a acostumbrar a esas cosas, se dijo Mario. No tenía ni idea de qué hacer en esa situación. Tal vez lo mejor sería aceptarlo sin más, como si lo más normal del mundo fuera que alguien viera lo que había sucedido siglos atrás.

–¿Qué has visto?

–Todo. La plaza, la horca, los ojos de Angelo llenos de resignación... He sentido la desesperación de Gabriella... Mario, esto es inaguantable, no puedo soportarlo –gimió.

Él le acarició el hombro y el cuello en un gesto tranquilizador.

–Sí puedes. Eres fuerte. Lo has demostrado una y otra vez.

Ella levantó la cabeza para mirarlo de frente.

–Llevo encima el sufrimiento de esa pareja como algo propio y encima revivo la historia en mi propia carne. Tú estás en peligro.

El dedo índice de Mario se deslizó con delicadeza por el rostro femenino.

–No me va a pasar nada. No tienes por qué preocuparte.

–¡No lo entiendes! Ella me advierte una y otra vez. Me ha dicho que cuidado con Francetti. Le ha acusado directamente de su desgracia.

–Tranquila. Le haremos caso, tendremos cuidado. –Ella se dejó caer otra vez sobre su hombro– ¿Estás mejor?

–No lo sé. No quiero que te pase nada.

Era lo más cerca que había estado de reconocer algún tipo de sentimiento hacia él.

–Yo tampoco quiero que te pongas en peligro por mí –la besó en la frente. Sentía pánico al pensar que pudiera sucederle algo–. Dime que no harás ninguna locura– le pidió.

–Nunca las hago.

Le dieron ganas de reír. No había parado de hacerlas desde que la conocía, pero estaba visto que ella debía pensar que su comportamiento era normal. No volvió a insistir, empezaba a conocerla.

–Vamos a dormir un poco –propuso–. A lo mejor, mañana tenemos buenas noticias con respecto a los billetes y los números de teléfono.

Ella se incorporó de medio lado y se apoyó sobre él. Dejó sus labios a escasos milímetros de los suyos.

–¿Tenemos que dormir?

Él desplegó una arrebatadora sonrisa antes de capturar sus labios.

–De ninguna manera. Podemos hacer más cosas.

Volvió a besarla. En segundos, habían olvidado todo lo que no tuviera que ver con sus cuerpos, sus labios y sus besos.

El nuevo día llegó con buenas noticias. Los despertó una llamada del comisario, quien pedía a Mario que se acercase a verlo. Habían localizado al intermediario y éste

estaba declarando. Por fin creía que podría quedar libre de sospechas, solo tenían que escuchar que él no era quien le encargaba comprar los cuadros.

Gabriela aceptó la sugerencia de que fuera solo. Era posible que, así, el comisario tuviera más libertad para hablar, al fin y al cabo lo conocía desde pequeño. Ella aprovecharía esas horas para ir a ver a su madre, aunque tampoco le extrañaría encontrársela sentada en la sala de Mónica, a quien, por cierto, llevaba tiempo sin ver.

Se despidieron en la entrada del palazzo. Él usó su propia lancha y ella esperó la llegada del vaporetto para ir hasta el hotel donde estaban alojadas. Había llamado a su madre, quien la esperaba impaciente por conocer todas las novedades.

A su llegada encontró también a Helena.

–Tienes que contarnos las nuevas noticias. Me parece que hay mucho que decir.

Efectivamente lo había. Aunque habían hablado por teléfono, solo sabían algunas cosas, así que las puso al tanto de cómo habían aparecido los billetes marcados y de que el hombre que se los había entregado al pintor estaba declarando.

–Él aclarará que Mario es inocente –dijo Helena con satisfacción.

Lucía también sonreía aliviada.

–No estéis tan seguras. Tengo mucho miedo. Alguien se ha tomado mucho trabajo en involucrarle.

–Pero ahora, la policía está más cerca de la verdad –aseguró Lucía.

Era posible, pero hasta que no estuviera todo aclarado, ella no estaría tranquila.

–También he vuelto a soñar con Gabriella –añadió.

Las dos mujeres la miraron con curiosidad.

–Creía que los sueños habían desaparecido –comentó su madre.

–Yo también, pero esta noche han vuelto. Gabriella asistía a la ejecución de Angelo –explicó–. Resultó pavoroso y muy triste. No me extraña que se fuera de Venecia para siempre.

Hablaron durante un buen rato de los sueños, el robo y todo lo que les preocupaba. A media mañana, Helena dijo que tenía que ir a la galería y minutos después, Mónica llamó a Lucía para ver si quería ir con ella a hacer unos recados. Sin darse cuenta, Gabriela se encontró sola y aburrida. No duró mucho, su teléfono sonó anunciando una llamada inesperada.

–¿Gabriela? Soy Alessia –se sobresaltó al oír la voz de la *bruja*–. Tengo algo que quizá sea interesante, creo que ayudaría a Mario a demostrar su inocencia.

“*No vayas. No te fíes de ningún Francetti*” había dicho Gabriella, pero aquella oportunidad era única y Alessia disponía de información valiosa para el caso que les ocupaba.

–¿Dónde nos vemos? –preguntó sin pensarlo mucho más.

–Estoy en mi casa. Si puedes venir hasta aquí, hablaremos más tranquilas.

“*No vayas*”, sonó una voz en su cabeza.

–Está bien. Voy para allá.

Capítulo 30

LA CONFESIÓN

Mario estuvo toda la mañana en la comisaría junto al comisario. El inspector encargado del caso estaba interrogando al hombre que habían detenido, un comerciante de poca monta que se ganaba un dinero extra haciendo de chico de los recados para alguien a quien, por el momento, no había delatado.

Había reconocido que era él quien hacía los encargos a Forza y quien le pagaba. Alguna vez se había acercado a dejar un paquete al ghetto, pero no tenía ni idea de robos de obras de arte. Al menos, eso decía. Cuando llegaban al nombre de la persona que lo contrataba, se cerraba en banda. Probablemente por miedo. Debía de temerle más que ir a la cárcel.

Mario empezaba a desesperarse. A medio día llamó a Gabriela para preguntarle qué tal llevaba el día, pero no contestó al teléfono. Contrariado, guardó el suyo. Lo mismo estaba con su madre y su amiga y no lo oía. Supuso que le devolvería la llamada en cuanto viera que era él quien llamaba. Salió a comer solo, cerca de la comisaría porque no quería alejarse demasiado por si había noticias. Volvió a llamar a Gabriela. Ella seguía sin contestar. Solo esperaba que no hubiera vuelto a las mazmorras del palacio en busca de fantasmas. Era capaz. Se removió inquieto en la silla. Tenía un mal presentimiento, no podía explicar el por qué. A lo mejor se estaba volviendo como ella, hipersensible a las señales extrasensoriales. Si no fuera porque estaba preocupado, se habría echado a reír.

Cuando el móvil vibró, casi se arrojó sobre él. ¡Ya era hora de que contestara! Era el número de su madre.

–Hola, mamá –saludó esperando que hablara rápido y dejara la línea libre.

–Hola, hijo. ¿Cómo va todo?

–Seguimos sin saber nada. Ese hombre es más terco que una mula y tiene mucho miedo a delatar al ladrón. No dice nada cuando llegan a ese punto. Al final, Leo me ha mandado a comer porque lo estaba poniendo nervioso.

–No me extraña –dijo su madre–. Estás muy cerca de demostrar que todo ha sido un error.

–Más bien, ha sido una trampa –le rectificó.

–No te preocupes, todo se va a aclarar. Lucía dice que no te rindas, que ya falta poco para que todo acabe.

Los cinco sentidos de Mario se concentraron en el nombre que acababa de darle.

–Lucía ¿está contigo?

–Sí. Llevamos juntas gran parte de la mañana.

–Yo pensaba que estaba con Gabriela –comentó extrañado.

Oyó hablar a las dos mujeres y al rato reconoció la voz de la española.

–Mario, Gabriela se quedó en el hotel. Pensé que iba a comer contigo.

Ese mal presentimiento que había tenido en las últimas horas aumentó su peso sobre él como si fuera una losa de mármol.

–No la he visto y no contesta al teléfono.

–Voy a llamar a Helena –dijo Lucía–. A lo mejor está con ella.

En eso quedaron, ella llamaba a Helena y él insistía en el móvil de Gabriela. En algún momento tendría que oírlo.

Cada vez estaba más nervioso, no podía evitarlo. Ella que pensaba que era él quien estaba en peligro y quien tenía que tener cuidado, resultaba bastante más temeraria con su propia seguridad. Entonces recordó lo sucedido esa madrugada, el sueño de Gabriela, las supuestas palabras del fantasma de su antepasada. Se estremeció. Aquello no le gustaba nada. Al final, también iba a terminar creyendo en seres espectrales.

Llamó varias veces más sin obtener ninguna respuesta. La angustia empezaba a sustituir a los nervios. ¿Dónde se había metido?

Una nueva llamada lo sobresaltó. Era Lucía. Gabriela no estaba con Helena.

Gabriela llegó al palacio de los Francetti en tiempo record. Le urgía saber qué era lo que Alessia tenía que contarle. Bruno también estaba en casa. Se levantó del sofá cuando la vio entrar y se acercó a darle dos besos de bienvenida.

–Hola, Gabriela, ¿cómo estás? –la saludó con su tono más encantador–. No te esperaba por aquí.

–Me ha llamado Alessia –explicó.

–No tenía ni idea de que fuera a invitarte cuando me ha pedido tu número de teléfono.

En ese momento entró la aludida con una enorme y sospechosa sonrisa. Esa mujer no sonreía nunca con sinceridad.

–Hola, Gabriela. Qué bien que hayas venido tan pronto. Quería mostrarte una cosa.

–Yo me voy a trabajar un rato a mi despacho. Os dejo solas para que habléis con tranquilidad.

Bruno salió de la habitación, dejando un incómodo silencio tras de sí.

–¿Qué era eso que me querías enseñar? –preguntó con curiosidad.

–Está arriba, en el desván. Es algo que creo está relacionado con la familia de Mario. Unas cartas que escribió un antepasado mío.

Lucca, se dijo. Tenía que ser Lucca. Ojalá encontrara algo que pudiera demostrar que él era el culpable de la denuncia que mató a Angelo.

Siguió a Alessia por las bellas escaleras. Durante unos segundos se sintió observada, incluso comenzó a tener frío. ¡Oh, no! No quería encontrarse otra vez con el fantasma de Lucca Francetti. No le gustaba nada ese hombre, ni vivo, ni muerto.

–He pedido que nos suban un café, puede llevarnos tiempo –oyó que decía delante de ella. Lo agradecería porque esa casa, o palacio, parecía una nevera.

Cuando llegaron al último piso, le faltaba la respiración. El desván, como lo llamaba su dueña, era una habitación amplia y bastante más limpia de lo que se suponía era un desván. Había cajas amontonadas contra las paredes, pero también había un escritorio, varias sillas y sillones y una lámpara que iluminaba la superficie pulida de la mesa. Al fondo había una pequeña ventana bajo el techo abuhardillado. Se aproximó a ella y se asomó. La vista era similar a la que se veía desde cualquier punto alto de Venecia. Un mar de tejados rojos y alguna porción de agua serpenteando entre las casas. Desde esa parte, en concreto, se adivinaban los altos edificios del ghetto. Como habían imaginado, se veía el palacio de los Francetti.

Una chica uniformada entró con una bandeja en la estancia. Alessia se la quitó de las manos y la despidió.

–Ya me encargo yo –le dijo–. Puso la bandeja sobre el escritorio y sirvió dos tazas–. ¿Quieres leche?

Gabriela contestó afirmativamente sin apartar los ojos de la ventana, momento que la otra mujer aprovechó para vaciar un pequeño sobre en el recipiente en que a continuación añadió el líquido.

–Ya está. Cuando quieras te enseño esas cartas.

Gabriela se acercó a ella y tomó su taza a la vez que ojeaba los papeles que Alessia tenía en la mano. Desde luego parecían antiguas. Dejó la taza y alargó la mano para mirar una.

–Tómame el café –instó su anfitriona–, o se te enfriará.

Ella dio un pequeño trago con la vista fija en el fajo de cartas. Por fin pudo verlas de cerca. Estaban escritas con la misma caligrafía elegante y pulcra que había en el anónimo. Creía recordar que Mario había conseguido hacer una fotocopia de la denuncia. Distraída, dio otro sorbo a la bebida caliente. Ya no tenía tanto frío.

–No sé si habrá algo interesante –oyó la voz lejana de Alessia– pero puede que encuentres algo.

Asintió y empezó a leer otra de las cartas al tiempo que bebía un poco más.

–Será mejor que te sientes –sugirió Alessia.

Ella obedeció sin poner ninguna objeción. Le costaba trabajo leer, no podía concentrarse. Levantó la mirada y vio la sonrisa satisfecha en la cara de la otra mujer. Su figura se tambaleaba y le decía algo mientras su expresión malvada aparecía de nuevo. Intentó decirle que dejara de moverse pero no pudo hablar, sentía todos sus músculos paralizados.

Le pareció que la bruja le decía algo sobre dormir y luego vio cómo se alejaba. Extendió la mano para detenerla pero no pudo. Solo oyó cómo la puerta se cerraba con llave a la vez que caía sobre la mesa, sumida en un profundo sueño.

Mario tenía una sensación de impotencia que no había experimentado en su vida. No sabía qué hacer. Se encontraba atado de pies y manos. No quería abandonar la comisaría pero tampoco podía permanecer allí quieto sin saber dónde se encontraba Gabriela. Seguramente estaría en las *Piombi*. Era tarde y si había caído en uno de sus trances, no sería consciente del paso del tiempo. Se tranquilizó pensando en esa posibilidad. Volvió a llamar por teléfono pero tuvo la misma suerte que las veces anteriores. Ni rastro de Gabriela.

Gabriela oía el timbre de su teléfono pero no lo encontraba por ningún sitio. No podía moverse. Todo sucedía a su alrededor a cámara lenta. Tenía que levantarse. Vio cómo se abría la puerta y Alessia entraba de nuevo, agarraba su bolso, que había quedado sobre una caja a la entrada, y volvía a salir diciendo:

–No vas a necesitar esto.

Volvió a cerrar con llave. Eso solo indicaba una cosa: estaba encerrada en palacio de los Francetti. ¿Por qué? ¿Qué nueva locura estaría tramando aquella siniestra pareja de hermanos?

Lo peor de todo era que no podía moverse. Volvió a dejar caer la cabeza sobre el tablero del escritorio y perdió la conciencia de lo que la rodeaba.

Mario anunció a Leo que tenía que salir un rato y le pidió que si había novedades, por favor, lo llamara. Volvería en cuanto hubiera resuelto la emergencia que había surgido. No quería decirle todavía que Gabriela había desaparecido porque podía ser una falsa alarma. Fue al hotel y preguntó por ella. Nadie la había visto. Como no podía entrar en el palacio ducal, llamó a un amigo y le pidió que la buscara por las mazmorras. La última media hora fue interminable. Al final le llamó diciendo que no la había encontrado. Volvió a llamar a Helena, quien no la había visto desde esa mañana. Lucía y Mónica también la buscaban con preocupación. No tenía idea de qué más hacer.

Al fin, decidió que lo mejor era volver a comisaría y hablar con Leo. Era hora de empezar a buscarla en serio.

Cuando entró en el edificio, observó que había cierto revuelo. El ir y venir de varios agentes le indicó que algo había pasado. Se dirigió al despacho del comisario sin preguntar a nadie si podía hacerlo, tocó en la puerta y entró.

En el interior se encontraban el inspector de su caso, el que había estado interrogando al nuevo detenido, y Leo.

–Disculpa, Leo –se excusó–. No sabía que estabas ocupado.

–No te preocupes, ya hemos terminado.

Aunque eran amigos, él estaba implicado y no estaría muy bien visto que le diera todo tipo de explicaciones delante de los hombres que estaban investigando el robo. De todas maneras, los dos parecían relajados, casi aliviados. El inspector incluso le dirigió una ligera sonrisa.

–Es usted un hombre libre –le dijo al pasar por su lado.

Mario se quedó pasmado. Libre. Era libre y no encontraba a Gabriela para decírselo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó en cuanto el hombre abandonó el despacho.

–El detenido ha delatado al ladrón. A la persona que le encargaba los cuadros y los sustituía por los auténticos.

–¿Puede decirme quién es?

–Tú lo sabías. No sé cómo, pero siempre has sabido que era él. Bruno Francetti.

Se dejó caer en la silla que minutos antes había ocupado el inspector. Ahora sí se sentía liberado e inmensamente aliviado. La pesadilla había llegado a su fin. Sin embargo, acababa de empezar otra, para él más dolorosa.

Era Gabriela la que estaba convencida de la culpabilidad de Francetti.

–Han ido a detenerlo –explicó el amigo de su madre–. Ahora sabremos cómo lo hizo y por qué.

–Leo –interrumpió su euforia–, tenemos otro problema. Gabriela ha desaparecido.

Gabriela recuperó la conciencia al escuchar unos gritos procedentes del vestíbulo. Se levantó con dificultad y, tambaleante, se dirigió hacia la puerta. No entendía bien lo que decían pero le pareció distinguir la palabra *policía*. Estaba salvada. Se deslizó por la pared y se dejó caer en el suelo. Estaban buscándola. Pasó el tiempo y los ruidos seguían abajo. Nadie subía a por ella.

–¡Bruno! –Oyó a Alessia–. ¿Se puede saber qué has hecho?

–Señorita, apártese –ahora se oía una voz autoritaria–. Su hermano está detenido.

Habían ido a detener a Bruno. ¿Por qué? Las preguntas se agolpaban en su cabeza, que funcionaba muy, muy lenta. Se levantó y golpeó en la madera de la puerta. El sonido era tan débil que nadie la oyó.

–Subid –dijo en un murmullo–. Estoy aquí –Dio otro golpe–. Sentía cómo la desesperación se apoderaba de ella. Estaban a unos metros de allí y no podía decirles que la tenían encerrada en aquel desván. Empezó a tener miedo. No sabía si Mario o su madre la habían echado de menos. Probablemente no. Si habían detenido a Bruno, estarían muy ocupados con el tema del robo. Por otro lado, todas esas llamadas que había oído debían de ser de Mario, que la estaría buscando, se dijo esperanzada.

Volvió a sentarse. Necesitaba recuperar fuerzas. Tenía que huir.

Mario paseaba desesperado por el despacho del comisario. Éste le pidió que dejara de dar vueltas y se tranquilizara porque había puesto a varios de sus hombres a buscarla.

–No te preocupes, la encontraremos. Seguramente no lo oye. Los teléfonos dentro del bolso, sobre todo si hay ruido, nunca se oyen.

–Tengo un mal presentimiento –dijo él. No quiso añadir que Gabriela jugaba con fantasmas y con un mundo desconocido que, por lo que estaba experimentando, además era

peligroso. Lo único que le tranquilizaba era que si Francetti estaba bajo custodia policial, no podría hacerle nada.

Se oyeron unos golpes en la puerta y, acto seguido, apareció el inspector que ya conocía.

–Señor, Bruno Francetti está en la sala de interrogatorios. Por el momento dice que no sabe de qué le están hablando pero esperemos que hable cuando le enfrentemos a todas las evidencias que tenemos. De hecho, hay alguien que lo reconoce como la persona que pagaba las obras de arte, mientras que no encontramos a nadie que pudiera decir lo mismo del señor Rusconi. Ahora que hay algún indicio, pediremos una orden de registro para ver si encontramos dinero marcado en su palacio.

El comisario estuvo de acuerdo en todo el procedimiento. Respiró aliviado cuando el hombre abandonó el despacho.

–Parece ser que quedas totalmente exculpado –dijo a Mario–. Me alegro mucho, por ti y por tu madre.

–Gracias. Sé que te has saltado algunas normas por ayudarme.

–Lo he hecho porque estaba seguro de que eras inocente. Por eso me la he podido jugar. Ya ves que no me he equivocado –dijo propinándole un golpecito amistoso en la espalda.

–Ahora, solo nos queda encontrar a Gabriela.

Leo lo miró comprensivo. Parecía que, al final, el heredero de su amigo había caído en las redes del amor. Estaba muy preocupado por la muchacha extranjera. Nunca le había visto tan implicado en una relación. Mónica le había comentado que creía que iba en serio.

–Estás enamorado, ¿verdad?

A Mario le sorprendió esa pregunta y no supo qué responder. ¿Estaba enamorado? Probablemente. Si querer estar todo el tiempo con una persona, preocuparse al extremo por ella, desear hacer el amor con ella y esperar verla cada mañana durante el resto de su vida era estar enamorado, se declaraba culpable. Sonrió, aunque esa sonrisa no alcanzó sus ojos. No sabía si era bueno o malo. Con total seguridad estarlo le complicaría su, hasta entonces, tranquila existencia.

–Lo estoy, Leo. Lo estoy.

Gabriela escuchó a través de la puerta. No se oía nada. ¿Dónde se habría metido la bruja? Estaba más espabilada, aún así tenía miedo de enfrentarse a ella. La debía haber drogado con el café y no quería ni pensar qué intenciones tendría.

Manipuló con cuidado la manivela de la puerta. No quería hacer ruido. La puerta estaba cerrada. Había echado la llave desde fuera. Era una puerta antigua con una cerradura más antigua aún. No había muchas probabilidades de abrirla, se dijo con desaliento. La única oportunidad que tenía de escapar era tomar a su carcelera de improviso cuando abriera y salir de la habitación. Se dispuso a esperar. Ojalá no tardara en ir a buscarla. A través de la ventana se veía que había caído la noche. Empezaba a desesperarse. El tiempo pasaba con lentitud y nadie iba a buscarla. ¿Y si Alessia se había ido y la dejaba en aquel

lugar para que muriera de inanición? Nadie sabía que estaba allí. Bueno, Bruno sí, pero, tanto si estaba al corriente del plan como si no, no creía que, una vez detenido, le sirviera de mucha ayuda.

Tenía hambre y frío. Por lo menos, el fantasma de Lucca no estaba cerca.

Finalmente, el cansancio y la droga que le había suministrado hizo mella y cayó en un sueño ligero en el que aparecían las imágenes entremezcladas de Angelo, Gabriella, Mario y ella. También aparecía Lucca Francetti, que mostraba una risa cruel.

«*No permitas que un Francetti vuelva a vencernos*». Era la voz de Angelo, al menos eso creía.

«*Ayúdame*», decía Gabriella.

Todos giraban sobre ella y hablaban. Mario le gritaba y le decía que no debía haber ido allí sola. No podía soportarlo más. Todo giraba y giraba. Se tapó los oídos con ambas manos y cerró los ojos.

–Dejadme. No puedo más –gritó despertándose. Miró a su alrededor y descubrió que todo era un sueño. Un mal sueño que reflejaba sus problemas y su estado de ánimo. Tenía que terminar con aquello.

Se puso en pie y empezó a gritar con la esperanza de que alguien la oyera.

Cuando ya iba a darse por vencida, oyó los pasos de los tacones de diseño italiano de Alessia. Allí estaba. Se preparó para empujarla cuando abriera.

–Mario, ¿has encontrado a Gabriela?

Era la voz preocupada de Lucía.

–No consigo localizarla –respondió–. La he buscado en el hotel y en el palacio. Nadie la ha visto. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

Era duro decirle a su madre que no sabía dónde estaba.

–La policía la está buscando –Esperaba que, al menos, eso la tranquilizara, aunque con él no había servido para nada.

–Vamos para allá.

No le dio tiempo a responder. Suponía que Mónica había tomado el mando de la situación y se dirigían a la comisaría. Era lo que le faltaba para completar su desesperación; las dos mujeres dando vueltas, haciendo preguntas y poniéndolo más nervioso, si eso era posible.

–Prepárate –dijo a Leo–. Mi madre viene para acá.

El hombre sonrió.

–No te preocupes, sé cómo manejarla. Hace muchos años que la conozco.

–Pues te la dejo a ti. Yo tengo que encontrarla. Como sea.

En ese momento, volvió a abrirse la puerta. El inspector tenía un aspecto deplorable, no mucho mejor que el resto de los compañeros. Llevaban casi veinticuatro horas trabajando sin descansar y lidiando con un par de delincuentes testarudos y sinvergüenzas que no colaboraban en lo más mínimo. Por lo menos, el marchante les había dado todo tipo de facilidades, gracias a lo cual, saldría bastante bien parado de aquel asunto, aunque tendría que pagar con pena de cárcel ya que él sí sabía que las obras eran robadas.

–Francetti ha confesado –dijo en tono cansado, dejándose caer en la silla que quedaba libre.

–¿Qué ha confesado?

–Que lo hizo él. Que lleva años robando en el palacio y que lo había orquestado todo desde el principio para implicar al señor Rusconi si alguna vez lo atrapaban.

–¿Por qué a Rusconi y no a otro? –Quiso saber su jefe.

El inspector se encogió de hombros, dando a entender que las razones eran bastante insólitas.

–Mencionó algo de una antigua enemistad familiar. Por lo que yo sé, nunca ha habido nada entre las dos familias –comentó mirando a Mario.

Leo también lo miró, pidiendo una explicación. Él tampoco había oído nada.

La mente de Mario era un torbellino. Gabriela estaba desaparecida, Francetti lo había involucrado en un robo de obras de arte y ahora decía que era por una enemistad familiar. Nunca habían tenido nada. Era cierto que no lo soportaba porque era un niño malcriado, incluso su hermana había ido detrás de él. Así se lo comentó al comisario.

Una idea empezó a tomar forma. No. Aquello era del todo imposible. Sacudió la cabeza bajo la atenta mirada de los dos policías, que no entendían nada.

–Hay una cosa –empezó a decir captando la atención de los otros–. Hace mucho tiempo, casi dos siglos, un Francetti denunció a uno de mis antepasados y éste terminó en la horca por traidor. Nunca se pudo demostrar nada. Por eso vino Gabriela a Venecia.

Aquella extraña explicación hizo que los dos investigadores se miraran intrigados y sin entender nada.

–Conozco a tu familia de toda la vida –dijo Leo– y nunca he oído esa historia.

Mario asintió en silencio. Era cierto que nadie mencionaba en su casa aquella historia. Era algo de lo que nunca se hablaba. Por lo visto, no había sido así en casa de Bruno y Alessia porque él había aludido a la enemistad familiar. Solo podía referirse a eso.

–¿Recuerdas el retrato que hay a la entrada de mi apartamento?

El hombre hizo memoria.

–Sí. Uno de tus antepasados.

–Angelo –le explicó–. Él fue el denunciado. Estaba enamorado de Gabriella, la hija de conde de Monteverdi, pero Lucca Francetti la quería para él. Como ella se negó a casarse, él se vengó denunciando a Angelo, incluso hemos descubierto el anónimo que metió en la boca del león.

El inspector lo miraba alucinado y Leo se levantó visiblemente alterado. No entendía nada. Rusconi hablaba sin sentido.

La puerta volvió a abrirse y aparecieron dos mujeres: Mónica, que parecía estar en su casa, y Lucía, cuyo rostro mostraba preocupación.

–Hola. ¿La habéis encontrado? –preguntó la primera mirando a su hijo.

Mario se levantó y las miró contrariado.

–No teníais que haber venido, mamá.

–Es mejor estar aquí. Quería hablar con Leo. Por cierto –dijo dirigiéndose a él–, perdona esta invasión pero Gabriela es muy importante para mí –agarró del brazo a Lucía y la llevó hasta su amigo–. Ésta es Lucía, su madre.

A esas alturas, Leo había oído el nombre de Gabriela varias veces; la habían relacionado con el conde Monteverdi, pero si no recordaba mal, la amiga de Mario era española.

–Señor –dijo el inspector–, necesito hablar unos minutos con usted. Francetti ha reconocido su culpabilidad, pero deberíamos hacer un registro para ver si aún tiene el dinero que marcó el marchante en su casa. Esa prueba ayudaría mucho.

–Pide la orden al juez. Mientras, voy a ver si consigo aclarar todo este galimatías de la enemistad entre familias. A lo mejor lo que nos están contando arroja luz sobre la declaración de Francetti –se giró hacia Mario y le pidió que empezara otra vez con su explicación y, si podía ser, que lo hiciera de forma más sencilla.

Mario no hallaba el modo de explicarle los sucesos sin mencionar el tema de los fantasmas. Estaba aturdido y quería encontrar a Gabriela. Si seguían perdiendo tiempo, quién sabe qué podría pasarle, pero después de oír lo de la enemistad entre las familias y siguiendo las intuiciones que no tenían ningún fundamento, se inclinaba a pensar que Bruno sabía dónde podían encontrarla. Solo tenía que exponérselo a la policía sin que pensarán que se había vuelto loco. Decidió dar un pequeño resumen sin dar detalles.

–Hace más de doscientos años –comenzó– Gabriella Monteverdi, antepasada de nuestra Gabriela y de Lucía, se enamoró de un antepasado nuestro, Angelo Rusconi. Tú has visto su retrato colgado en nuestra galería –recordó a Leo para que se centrara en los personajes–. Lucca Francetti, antepasado del joven Bruno, también estaba enamorado de Gabriella, pero ella no lo quería y así se lo dijo. Lucca, para quitarse a su rival de en medio, lo denunció por traidor. Ya sabes que entonces era muy fácil hacer esas cosas. El consejo de los diez lo declaró culpable y lo ahorcaron. Gabriella, en vez de lanzarse a los brazos de Francetti, como él esperaba, se casó con un comerciante español y se fue de Venecia.

–Como verás, los Francetti están un poco resentidos con los Rusconi y los Monteverdi.

Leo escuchó la historia con atención. Ahora empezaba a entender.

–¿Y por qué nunca he oído hablar de esa historia? –Preguntó con curiosidad mirando a Mónica.

–Porque por un motivo u otro, los implicados se avergonzaban y no quisieron mencionar más el tema. De hecho, en nuestro palacio hay un retrato de Gabriella, conocida entre nosotros como la mujer misteriosa porque nadie sabía quién era.

–¿Y cómo es que ahora ha salido todo a la luz?

–Por un diario y unas fotos que yo tenía en casa –intervino Lucía–. Mi hija las descubrió y vino a Venecia para esclarecer la verdad. Por lo visto, nadie sabía quién había delatado a Angelo, pero han estado investigando y el otro día descubrieron la nota de la denuncia. Todo indica que la escribió Lucca –No iba a decir que un fantasma se lo había confirmado.

–Y ahora, Gabriela ha desaparecido –añadió Mario–. No me gusta nada. Es posible que esté en peligro.

Capítulo 31

LA DECLARACIÓN

Alessia abrió la puerta con la confianza de que su prisionera estaba durmiendo. Creía que la había drogado lo suficiente para que estuviera inconsciente un buen rato. La autosuficiencia de la italiana no dejaba lugar a que pudiera haberse equivocado. Ella estaba convencida de hacerlo todo de manera perfecta, así que cuando recibió el golpe, la pilló tan desprevenida que cayó al suelo, lo que permitió a su rehén salir tambaleante de la buhardilla en la que la había mantenido encerrada.

Gabriela se lanzó escaleras abajo con torpeza, por lo que solo sacó a la carcelera algún minuto de ventaja. La mujer se había recuperado con rapidez. Le dio el tiempo justo a meterse en una de las múltiples salas que había en el palazzo antes de que viera dónde lo hacía.

Alessia estaba furiosa. Aquella niña tonta con cara de buena, la había engañado y le había sacado ventaja. No lo permitiría. Ella estaba por encima de todos esos ignorantes. Terminaría venciendo. Por mucho que se escondiera, había cerrado la puerta principal con llave y había dado permiso al servicio, así que estaban solas. Sonrió de forma cruel. Estaba bien. Si quería jugar al escondite, lo harían. Ella ganaría sin dudarle, al fin y al cabo era su casa y la conocía mejor que nadie.

–Creo que deberíamos preguntar a Francetti de nuevo por Gabriela. A lo mejor él sabe dónde está –sugirió Mario. Ya que no tenían por dónde empezar, el detenido era un buen punto de partida.

Leo habló un momento por teléfono con el inspector. Ya tenían la orden de registro, pero si antes de salir les confirmaba si conocía el paradero de la desaparecida, ganarían tiempo. Además, no sabía cuánto podría aguantar a Mario Rusconi allí sentado sin intervenir.

Por lo visto, una vez había confesado, Bruno Francetti no tuvo ningún problema en admitir que Gabriela había estado en su casa y que no se fiaba nada de su hermana. Él creía que estaba obsesionada con Mario y su relación con la extranjera, como la llamaba en tono despectivo. Cada vez que él le recordaba que era de ascendencia veneciana y que procedía de una familia importante, se ponía furiosa. Si no habían encontrado a la muchacha, Alessia era la sospechosa número uno para él. Y aunque era un ladrón y lo reconocía, no quería que hicieran daño a la chica, que le caía muy bien.

–Ha dicho que su hermana está como una cabra y que puede ser peligrosa –explicó el inspector a su jefe.

–Salgan ahora mismo en su busca y aprovechen esa orden de registro para poner todo patas arriba hasta que encuentren a la desaparecida –ordenó–. Es muy probable que la tenga retenida en algún sitio del palacio o que sepa dónde está. Cuando vio a Mario ponerse en movimiento le conminó.

–¡Mario! Tú te quedas aquí.

¡Dios mío! Estaba loca. No solo era malvada, estaba como un cencerro.

–Gabrieeeeelaaaaaa.

Era una voz espeluznante, la voz de alguien que había perdido la razón por completo.

Gabriela estaba agazapada tras un sofá, entre éste y la pared. Tenía que encontrar la manera de salir de allí, pero la bruja estaba en el pasillo. Buscándola.

–Venga, Gabriela, sabes que al final te encontraré. Conozco esta casa mejor que tú.

En eso tenía razón, no tenía ni idea de dónde se encontraba. El único dato con el que contaba era que estaba en el tercer piso. Recordaba más o menos dónde estaba la escalera. La visita guiada que Bruno le había hecho hacía unos días, le servía para orientarse un poco.

–No vas a salir viva de aquí –la oyó decir con voz desquiciada–. Mario es mío. Te lo he insinuado durante todo este tiempo, pero tú no haces caso. Tenías que robármelo –su voz se acercaba.

Tenía razón en una cosa, y era que había hecho todo lo posible por marcar su territorio, lo que no había tenido en cuenta era que él no estaba interesado. La pirada no admitía un no por respuesta y, por lo visto, creía que si ella desaparecía, todo volvería a la normalidad, tal y como estaba antes de que llegara a Venecia. Seguía pensando que tenía una oportunidad con Mario.

Estuvo a punto de decirle que tenía vía libre, que ella volvería a Barcelona y él seguiría por allí. No dijo nada porque se delataría. Siguió inmóvil, sin hacer nada que indicara su presencia en esa habitación.

–¡Gabriela! –Ahora su voz sonaba dura. Se había detenido en la puerta de la sala donde se había escondido–. Te encontraré y no podrás hacer nada por salvarte. ¿Sabes una cosa? Creo que la historia se repite, pero ahora en vez de morir un Rusconi, morirá una Monteverdi –soltó una carcajada siniestra.

Tuvo que taparse la boca para que no saliera el grito de sorpresa. ¿Qué sabía aquella loca de su historia?

–Los Francetti siempre obtenemos lo que queremos, o nos vengamos. ¿Sabías que fue Lucca Francetti quien delató a Angelo Rusconi?

Gabriela tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y preguntarle mil cosas.

–Te preguntarás cómo sé tantas cosas –Alessia seguía hablando–. Te contaré todo, al fin y al cabo te llevarás el secreto a la tumba.

Sonaba tan tranquila que daba escalofríos.

–Supongo que recordarás cuando me preguntaste si había algún Lucca en la familia. Nadie lo había mencionado nunca y llegaste tú, una extranjera, y lo hiciste.

Se había reclinado sobre el marco de la puerta y tenía los brazos cruzados en actitud relajada. ¡Señor! Estaba loca, loca, loca. Disfrutaba con aquella situación, con toda seguridad porque sabía que tenía el control y el poder.

–Lucca denunció a Angelo –continuó con la confesión–. Él estaba enamorado de tu antepasada y como ella era una zorra, cómo tú, y estaba liada con un Rusconi, como tú, hizo que lo mataran. Lo mismo que te va a pasar a ti. Yo haré lo mismo porque me estorbas.

Así que esos eran los planes. Hacerla desaparecer. Tenía que escapar, pero se sentía tan débil y mareada que no se atrevía ni a asomarse.

Como venida del cielo, empezaría a creer en los milagros además de en los fantasmas, se oyó la campana que había sobre la puerta y que hacía las veces de timbre.

–No se te ocurra hacer ni el más mínimo ruido –le advirtió.

La oyó revolverse, tal vez, pudiera lograr alguna ventaja.

El ruido insistente del timbre puso más nerviosa a Alessia. Si se movía de donde estaba, la prisionera avisaría de su presencia. Se mantuvo apostada justo a la entrada de uno de los salones. Antes o después tendría que delatarse y entonces, no le daría más oportunidades para huir.

La persona que llamaba había empezado a golpear la puerta con el puño. ¡Maldita fuera! Podía insistir todo lo que quisiera hasta dejarse la piel pegada en la madera. No iba a abrir.

Por uno de los laterales del vestíbulo apareció el mayordomo. ¿Qué hacía allí? Creía que estaba sola en el palacio pero, por lo visto, no era así. ¿Cómo no se había cerciorado de ese detalle? Se riñó malhumorada. Ya no podía hacer nada, salvo permanecer donde estaba.

El hombre abrió la puerta y los golpes cesaron. Desde el lugar en que se encontraba no alcanzaba a ver la entrada, por lo tanto no pudo visualizar al visitante.

–Soy el inspector Marino –oyó una voz masculina que se identificaba– Tenemos una orden de registro.

Su acostumbrada sangre fría desapareció durante unos segundos. No podía permitir que entraran al palacio. Encontrarían a la española y ella se encontraría en serios apuros. Se desplazó un poco hacia adelante para poder distinguir lo que sucedía dos pisos más abajo.

–¿Está la señorita Francetti en casa?

El desconcierto del mayordomo le concedió un instante para recuperarse.

–No lo sé, señor. Yo tengo el día libre y no la he visto en todo la tarde. –A la vez que hablaba, se hizo a un lado y les permitió el acceso al palacio.

Alessia respiró aliviada. Aún no estaba todo perdido. No sabían dónde localizarla. Sin embargo, en ese instante otro actor entró en escena y descubrió su presencia en la galería

Mario entró como una tromba. Le pareció oír al inspector decirle que no podía estar allí pero sus ojos estaban clavados en el segundo piso. Al descubrirla no pudo permanecer callado.

–¡Alessia! –gritó– ¿Dónde está Gabriela?

Ella se adelantó un poco, no obstante, parecía renuente a moverse.

–Mario, querido, ¿qué haces aquí a estas horas?

Él no estaba para reglas sociales y cumplidos. Le urgía encontrar a Gabriela.

–Déjate de tonterías, Alessia. –Se acercó a las escaleras– ¿Qué has hecho a Gabriela?

Ella enarcó una de sus perfectas cejas en un gesto de sospecha.

–¿Ya la has perdido? Esa chica no te conviene.

En ese momento, la aludida apareció tras su guardiana e intentó esquivarla. No pudo. Todavía estaba aturdida, hecho que la otra aprovechó para agarrarla por el pelo.

–No os mováis –rugió mientras daba un tirón al cabello de Gabriela. Atrás quedaba su tono cándido y educado. Se habían terminado los disimulos. La serena belleza de la italiana desapareció para dar paso a una máscara deformada por la locura.

El corazón de Mario dejó de latir por la agitación y el aspecto que presentaba el objeto de su inquietud. Inició el movimiento para dirigirse hacia ella pero el inspector le agarró por el brazo.

–Rusconi, no se entrometa. Este es nuestro trabajo.

–A mí me conoce –argumentó para que lo dejara intervenir. Estaba desesperado por llegar hasta donde se encontraba y ponerla a salvo–. Confía en mí. Al menos confiaba. Si hablo yo, creo que tendremos una oportunidad.

Como única respuesta, el policía le liberó, dándole así, vía libre.

–Alessia, te estás creando un montón de problemas con tu actitud. Bruno está detenido y necesita tu ayuda –insistió con la esperanza de que soltara a Gabriela.

Avanzó hasta situarse al pie de la escalinata.

–Ese inútil... Nunca me hace caso. Le dije que tuviera cuidado pero no es capaz de hacer nada. Ahora tendrá que arreglarse él solo –comentó indignada.

–¿Quieres decir que sabías lo que estaba haciendo?

Ella soltó una carcajada.

–Querido Mario, ¿quién crees que le daba las instrucciones?

Mario cruzó la mirada con el policía. Así que era ella quien organizaba los robos que, después, Bruno llevaba a cabo. Nunca lo habría sospechado. Su premura por llegar junto a ellas aumentó. Subió el primer peldaño.

–Suéltala.

–No pienso soltarla hasta que os vayáis. –amenazó.

Gabriela tenía una posición forzada. Durante unos segundos, consiguió fijar su mirada en la de ella. A pesar de la distancia que los separaba, pudo distinguir su angustia. Sintió como si lo golpearan en el centro del pecho. Se quedó sin respiración e inmóvil durante unos segundos. Su demanda silenciosa de ayuda le alcanzó hasta lo más profundo. Subió otro escalón.

–¡No sigas subiendo!

–Alessia, no empeores las cosas –advirtió con una seguridad que no sentía.

–¿Empeorar? –habló con desconfianza–. Ya no pueden empeorar. Después de estar años soportando a tu distinguida madre y haciendo todo lo que te gustaba, la has elegido a ella –le espetó con desprecio a la vez que le daba otro tirón.

Mario sintió crecer su desesperación. No sabía cómo actuar ante la actitud irracional de la chica. Cualquier cosa que dijera podría tranquilizarla o alterarla mucho más.

–Nunca te prometí nada. Jamás hemos sido pareja.

La furia brillo en los ojos femeninos.

–Me diste esperanzas –le acusó–. Pensé que yo sería la próxima condesa de Rusconi.

Se imaginó junto a esa mujer fría y trastornada el resto de su vida y un estremecimiento cargado de repulsión lo recorrió de arriba a abajo. Tener como compañera a un ser semejante debía ser un suplicio. Sus ojos se movieron de ella a Gabriela, quien seguía sujeta con mano firme. Tenía que hacer algo, aunque fuera seguir entreteniéndola. Los policías permanecían expectantes. Lo peor era que la escalera en la que estaba, constituía el único acceso a la galería.

–A lo mejor interpretaste mal las señales. Lo que sí hemos sido siempre es amigos. Suelta a Gabriela en nombre de esa amistad –rogó.

Como única respuesta obtuvo una risotada desquiciada. Por unos segundos, pareció olvidar dónde se encontraba. Debió aflojar la presión que ejercía sobre su rehén porque ésta se revolvió inesperadamente y la empujó con todas sus fuerzas.

Todo se desarrolló en cuestión de segundos. El inicio de la pelea fue el pistoletazo de salida. Todos se abalanzaron hacia la escalera, incluido Mario. Arriba, la lucha se había vuelto más violenta. Faltaba muy poco para alcanzar su destino cuando un alarido le sacudió hasta las entrañas. Una de las dos contendientes había caído al vacío. ¿Quién? Su corazón dejó de latir, las piernas le fallaron en el último escalón. No veía a nadie, tampoco alcanzaba a distinguir quién de las dos se había estrellado contra el elegante suelo de mármol rosado.

Los hombres que lo seguían dieron media vuelta para acudir en auxilio de la accidentada. Él se dirigió, tembloroso, a comprobar la identidad de quien había quedado en el corredor.

Capítulo 32

EL ADIOS

Por fin pudo ver de quien se trataba. Gabriela estaba sentada con las piernas extendidas y la espalda apoyada en la pared. Tenía los ojos cerrados. Se agachó junto a ella y la sujetó por los hombros.

–¡Gabriela! –Ella casi no reaccionó al sonido de su voz–. ¡Gabriela! ¿Estás bien?

Los párpados de la muchacha se abrieron durante unos segundos para mostrarle una mirada vacía y asintió. Ya no necesitó saber más. La abrazó con todas sus fuerzas. Besó su rostro y su pelo una y otra vez hasta no dejarla ni respirar. Estaba bien. Estaba viva. No la había perdido. Un suave gemido le indicó que, aunque parecía ilesa, podía estar herida. Se puso en pie y la tomó en brazos. Bajó con ella hasta el vestíbulo y, sin esperar ningún permiso, comunicó al inspector que la llevaba al hospital. Allí ya no hacían falta. Por un momento, se sintió observado y un frío intenso lo envolvió. Antes de salir dirigió, por última vez, una mirada al cuerpo sin vida de Alessia.

En la galería del último piso, la imagen de Lucca Francetti se desvaneció en el aire.

A pesar de la insistencia de Gabriela, Mario consiguió llevarla al policlínico San Marco, donde tenía un amigo médico. Aparte de la droga suministrada por Alessia, que aún permanecía en la sangre, no parecía tener daños, sin embargo, quería asegurarse de que todo iba bien y que no tenía ninguna lesión. De camino al hospital, llamó a su madre y a Lucía y les contó que todo había terminado, que habían recuperado a Gabriela y que ésta se encontraba bien. A ellas no pudo convencerlas de que no era necesaria su presencia. Poco rato después de que llegaran al centro sanitario, aparecieron las dos en compañía de Helena. Se habían llevado a Gabriela para hacerle un reconocimiento y él solo tuvo que manejar a tres mujeres que no dejaban de asediarse a preguntas. Todavía con un temblor mal disimulado, debido a lo que había presenciado en el palacio Francetti y lo cerca que había estado de perderla, les contó cómo la habían encontrado y la lucha de la muchacha por salvar su vida.

Después de una hora que parecieron muchas más, apareció el médico amigo de Mario, quien en cuestión de segundos se vio rodeado por cuatro personas ansiosas por conocer el estado de la enferma.

–No hay de qué preocuparse –dijo dirigiéndose a Mario– Va adormir unas cuantas horas durante las cuales la observaremos. Mañana podrá irse a casa.

Un suspiro colectivo de alivio brotó de sus gargantas. La pesadilla había terminado.

Tras dar las gracias a su amigo y despedirse, Mario se ofreció para quedarse con Gabriela, sin embargo, Lucía no parecía muy dispuesta a abandonar a su hija.

–Lucía, estás agotada –intentó convencerla para que se marchara con su madre–. Gabriela va a pasar la noche durmiendo y no va a necesitar a nadie. Yo puedo quedarme con ella.

–Mario, es mi hija. La han drogado, la han golpeado y ha tenido que luchar por su vida. Necesita a su madre. –Ya veía de dónde había sacado Gabriela su testarudez.

–Lo que necesita es tranquilidad y si sabe que estás aquí en vez de en un lugar cómodo, descansando, no se va a relajar. Ya la conoces, va a estar más pendiente de ti que de recuperarse.

Sabía que con ese argumento la haría pensar. Para Lucía, como para cualquier madre, lo primordial era la salud de su hija y si para ello tenía que marcharse, lo haría.

La vio dudar. Iba por buen camino.

–No va a haber ningún problema. El personal sanitario es excelente y yo no pienso perderla de vista –Esa era la idea. Quedarse y asegurarse, personalmente, de que todo iba bien. No podía permitirse pasar otra noche de angustia.

La intervención de Mónica, fue definitiva.

–Lucía, Mario tiene razón. Gabriela se encuentra bien y él la cuidará perfectamente. –Se inclinó hacia su amiga en un gesto conspirador y habló en voz baja para que él no la oyera–. El pobre está deseando quedarse, lo ha pasado muy mal pensando que la había perdido y quiere asegurarse de que todo va bien. ¿No ves que está desesperado?

La mujer no había reparado en ese detalle. Miró a Mario y descubrió su palidez y sus ojeras, que, hasta entonces no había advertido. El chico quería a su hija y bien podía dejarla en sus manos. A lo mejor salía algo bueno de todo aquello.

Al final, aceptó que fuera él quien permaneciera en la clínica. Besó a su hija en la frente y miró a Mario, dispuesta a dar mil recomendaciones. Él la interrumpió antes de que empezara a hablar.

–No te preocupes. La cuidaré.

No solo Lucía estaba agotada, la tensión nerviosa de los últimos días, la espera y el miedo por no encontrarla también había causado su mella en Mónica, quien le ofreció quedarse en el palacio. En esta ocasión fue Helena la que intervino para convencerla y que aceptara aduciendo que aunque Mónica parecía fuerte hacía poco que había perdido a su marido y había estado a punto de ver a su hijo mayor en la cárcel. Por alguna extraña razón, las dos habían congeniado desde el principio y podían ayudarse la una a la otra. Era mejor que ninguna se quedara sola esa noche. Las dejó en el palazzo Rusconi y se dirigió a su casa, el antiguo hogar de los Monteverdi. Por fin, aquella triste historia había terminado. De pronto, recordó algo, sacó su teléfono y marcó un número. Al tercer pitido obtuvo respuesta.

–Marc, siéntate. Tengo algo que contarte.

–¿Mario?

Éste se incorporó sobresaltado cuando oyó su nombre. Se había dormido, agotado por los acontecimientos. Cuando se acercó a la cama, observó que Gabriela estaba despierta y que sus ojos brillaban. Tenía buen color.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó absorbiendo sus rasgos y sus gestos.

–Bien. Creo que bien. Me siento descansada.

Sin embargo, él no parecía que hubiera pasado una buena noche. Pasó la mano por su mejilla, cubierta por una sombra de barba. Sus ojos grises estaban algo hinchados y rojos. Aún así estaba atractivo.

–No deberías estar aquí. Tienes un aspecto terrible.

Él consiguió sonreír.

–Vaya, gracias –sujetó la mano de ella contra su piel–. No podía dejarte sola.

–Ya no corro peligro, ¿verdad? –Le preguntó con la mirada fija en él.

–No –contestó con tristeza.

–¿Está...? –No se atrevía a formular la pregunta pero él la continuó por ella.

–¿Muerta? Sí. Lo está.

–Lo siento mucho. Era tu amiga.

Él hizo un gesto con los hombros. Ya no sabía lo que era.

–La conocía, pero no era mi amiga y, desde luego, no tenía ni idea de esa obsesión por mí que casi nos destruye a todos.

–Tú no tienes la culpa –dijo ella apretando su mano–. Estaba loca. –soltó una risita–, y eso que pensabas que la loca era yo.

Él acercó el sillón a la cama y se sentó a su lado. Besó la mano que sostenía la suya.

–Llegué a pensarlo, pero enseguida me di cuenta de que no lo estabas. Solo cuando empezaste a hablar de fantasmas, empecé a considerarlo de nuevo.

Ella sonrió, recordando lo difícil que había sido tratar con él cuando se conocieron.

–Sí. Supongo que hablar de fantasmas no da una imagen muy cuerda y sensata de alguien.

–Después me dio miedo. No me gusta nada verte cuando *ves* algo. No sé cómo actuar contigo en esas circunstancias. Marc sí parecía apañárselas muy bien.

–Eso es porque él me conoce y sabe que hay que dejarme a mi aire. Es la mejor manera.

Bueno, tal vez ésa fuera la clave, pero para el carácter de Mario, dejar a alguien a su aire resultaba muy difícil. Él era bastante controlador, por lo menos hasta que la había conocido. Le gustaban las cosas hechas a su manera y no le hacía gracia que gente de fuera le dijera lo que tenía que hacer. Con la llegada de Gabriela, se habían roto todos los esquemas.

Iba a añadir algo cuando unos golpes en la puerta anunciaron visita.

Era el inspector Marino. Él no tenía mucho mejor aspecto que Mario. Por lo visto, había tenido otra mala noche. Al menos, todo había terminado y podían cerrar el caso. Lo

único que necesitaban era una declaración de Gabriela para que les contara qué había sucedido durante el tiempo que había permanecido secuestrada.

Por lo que ella sabía, Bruno no había participado, pero tampoco podía asegurarlo, declaró. También les habló de lo que le había contado sobre Lucca y su denuncia a Angelo Rusconi. Quería limpiar su nombre. En el desván, había unas cartas escritas con su puño y letra. Si un grafólogo las comparaba con la nota de la denuncia, se demostraría que era él quien había tendido la trampa y que Angelo era inocente. Era lo único que le quedaba por hacer.

Como el propio inspector había sido testigo de la muerte de Alessia, no les molestó mucho más con la declaración.

Minutos después, recibía el alta médica y pudieron marcharse a casa.

Mario dejó a Gabriela en el palazzo Rusconi con su madre y se marchó al palacio ducal. Tenía un trabajo que recuperar.

El consejo de administración había convocado una reunión urgente para tratar el tema de los robos y, por supuesto, de Francetti. Había sido todo un bombazo. Más tarde vería a Leo para dejar todo cerrado. La pesadilla había llegado a su fin. Lo único que quedaba por resolver era su situación con Gabriela. Tenía la impresión de que su futuro era bastante incierto, pero no podían retrasar más esa conversación que tenían pendiente. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Gabriela pasó la mañana con Mónica y su madre. Después de ducharse y ponerse ropa limpia, que Helena había mandado con un empleado del hotel, se sentía normal otra vez. Le dolían los brazos por el esfuerzo realizado en la lucha con Alessia. Iba a soñar con ese momento durante mucho tiempo. Por unos instantes, pensó que caería al vacío y se estrellaría contra el frío mármol del suelo. Sacudió la cabeza, no podía seguir pensando en eso. Todo había terminado. Ahora, solo tenía que resolver su relación con Mario.

Durante unas horas, aguantó los cuidados maternos de dos mujeres asustadas y una conversación surrealista con Marc, al que tuvo que explicar cada detalle de su secuestro y su secuestradora. Solo consintió en colgar cuando le prometió una narración completa en cuanto volviera a Barcelona.

Agotada, pasado ya el medio día, anunció que iba a salir para comer con Mario. Necesitaba aire y espacio y ésa era una buena excusa.

Cuando salió a la calle, aún oía las protestas femeninas. Entendía que lo habían pasado muy mal durante su desaparición, pero ya estaba bien, no corría ningún peligro y tenía asuntos que resolver.

Un empleado la llevó hasta el despacho de Mario. Por lo visto, se había vuelto muy popular en aquel lugar.

Él la miró desconcertado. Volvía a vestir formalmente pero se había deshecho de la corbata y la chaqueta del traje gris antracita. Tenía el pelo revuelto y su aspecto seguía siendo el de alguien que necesitaba un sueño reparador.

–¡Gabriela! –Se levantó y salió a su encuentro–. No te esperaba.

Ella paseó la vista por la bella estancia. El lugar que ocupaba el Veronés en su anterior visita, estaba vacío. Él adivinó sus pensamientos y le aclaró que la policía del estado se había llevado la copia como prueba y que tardarían unos días en devolver el original.

–¿Estás muy ocupado? Venía a invitarte a comer.

Él sonrió, por primera vez en muchos días, sin tensión ni preocupación. Una sonrisa sincera que le provocó un vuelco en el estómago.

–Esto es un caos, pero puedo tomarme una hora libre. El trabajo seguirá aquí cuando vuelva.

Agarró la chaqueta, que permanecía colgada en el respaldo de su sillón, y se la puso. Pasó de la corbata. Tenía un aspecto menos formal y más relajado a pesar del cansancio. Descolgó el abrigo y se lo echó sobre los hombros, después rodeó la cintura femenina y la acompañó a la salida.

–Me voy a comer –anunció a su secretaria sin soltar a su acompañante.

–No se preocupe. Tómese todo el tiempo que necesite, aquí podremos arreglarnos – después se dirigió a Gabriela–. Señorita, me alegro de que esté bien.

Sorprendida, le dio las gracias. Era un hecho. Todo el mundo la había reconocido, tal vez, le dijo Mario mientras recorrían los corredores del palacio y recibían felicitaciones y palabras cariñosas, porque su foto había salido en todos los periódicos de la mañana. Le entregó uno para que viera la noticia.

Por lo visto, la policía había dado un informe muy completo porque la periodista había escrito un artículo que ocupaba dos páginas con fotografías de todos los protagonistas. De dónde habían sacado la suya, era un misterio.

Magnífico, se dijo. Su historia circulaba de boca en boca por toda la ciudad; también la de sus antepasados. Por lo menos, una cosa había quedado clara: Angelo Rusconi había sido una víctima de los celos, no era ningún traidor. Habían conseguido limpiar su imagen. Esperaba que estuvieran contentos y que, por fin, pudieran descansar en paz.

–¿Qué se siente ahora que el nombre de Rusconi ha quedado limpio? –Le preguntó mientras se sentaban en un pequeño restaurante cercano a la plaza de San Marcos.

–Una gran satisfacción –reconoció–. Durante mucho tiempo intenté encontrar alguna prueba de que Angelo era inocente, pero nunca conseguí nada. Tuviste que ser tú quien lo lograra.

–No lo habríamos conseguido sin la ayuda de ellos.

–Ah, sí, tus fantasmas.

–No te burles –dijo bajando la voz–. Ellos me han ido guiando. Si no hubiera sido por el sueño que tuve, nunca habría venido a Venecia.

Mario alargó la mano y acarició la de ella.

–Entonces daré las gracias a mi mujer misteriosa por traerte hasta aquí.

–Mario, tenemos que hablar –su tono era serio.

Él se echó hacia atrás en la silla. Sabía que aquella conversación no iba a gustarle lo más mínimo y lo peor es que pensaba dejarla ir. Ella decidiría.

–Tú dirás.

Gabriela estaba nerviosa. Había temido que llegara ese momento pero, al final, tendría que decírselo.

–Mañana nos vamos. Vuelvo a Barcelona.

Mario encajó el golpe con rostro inexpresivo. Durante unos segundos se quedó inmóvil. Había intuido lo que le iba a decir pero le quedaba una pequeña esperanza. ¿De qué? ¿De que iba a romper con su vida por él y se iba a quedar allí para siempre? Por otro lado, él tampoco se lo había pedido. Sintió más dolor del que esperaba. Se había acostumbrado a su presencia, a su energía, a su testarudez y a sus caricias. Lo malo de su relación era que siempre había levantado una barrera entre ellos y se había controlado. Estaba a la defensiva, probablemente para evitar el sufrimiento que le provocaría la separación. Él, que tenía fama de frío y distante, había caído, se había vuelto más espontáneo y había decidido darse una oportunidad. «Estupendo», se dijo. Lo había hecho con la mujer menos adecuada.

–¿No dices nada?

Ella sufría. No quería irse, no quería romper lo que quisiera que hubieran comenzado. Si tan solo le dijera que se quedara, se lo pensaría, pero su cara se había convertido en una roca que no expresaba ningún sentimiento. Se parecía mucho a la del Mario que había conocido los primeros días.

–¿Qué quieres que diga? Lo has dicho tú todo. Yo me limito a aceptar tu decisión.

–Entiéndelo –le rogó con la mirada–. Pertenece a mundos muy diferentes, vivimos y trabajamos a miles de kilómetros. ¿Qué nos quedaría? Un montón de idas y venidas que terminarían destruyéndonos.

–Si eso es lo que crees, si tan poca fe tienes en nosotros, si tan poco te importo, tienes razón, lo mejor es que te marches.

Gabriela se sentía desesperada y enfadada porque él no peleara ni un poquito por ella. La estaba dejando marchar sin oponerle lo más mínimo.

–No es cuestión de si me importas o te importo. Es cuestión de sensatez. Mario, no tenemos ningún futuro.

Él se levantó. No podía permanecer allí más tiempo oyendo aquella sarta de tonterías sin hacer algo que terminara por romper del todo su amistad. Por lo menos les quedaría eso, una amistad lejana.

–Tengo que volver al trabajo –dijo poniéndose el abrigo.

–¡Mario! No has comido. Tenemos que hablar.

Él le lanzó una mirada que podría haber interpretado de mil maneras diferentes.

–Hay poco que pueda añadir a tu decisión. Y no tengo hambre –se inclinó y la besó en la frente–. Después nos vemos.

Gabriela se quedó paralizada. Cuando él se marchó, quedó un gran vacío. ¿Así iba a ser su vida a partir de entonces? Enterró la cabeza entre las manos y suspiró. Ahora sí que había acabado todo.

Capítulo 33

VUELTA A CASA

El ambiente de la cena no resultó tan tenso como se esperaba, tal vez porque Mónica había reunido a sus amigos para despedirlas. Estaban los padres de Helena, Helena, Leo, Lucía, Mónica, Mario y ella. La conversación era animada alrededor de la mesa redonda bellamente decorada con una vajilla y una cristalería dignas de cualquier rey. No se podía negar a la condesa viuda que sabía cómo organizar una velada encantadora. Si había observado cierta tensión entre su hijo y su invitada de honor, no lo había demostrado, aunque también era cierto que no les quitaba ojo de encima a ninguno de los dos. Gabriela sabía muy bien lo que las dos mujeres habían esperado de ellos y temía quedarse a solas con su madre porque sabía que el interrogatorio iba a ser duro. Miró a Mario quien, sentado a su derecha, conversaba de manera distendida con Helena.

–Entonces –dijo el padre de Helena dirigiéndose al comisario de la policía– ya está todo aclarado, ¿verdad? Por fin Mario está libre de toda sospecha.

–Sí –contestó Leo–. Por fin hemos podido cerrar el caso. Que Mario fuera acusado, provocó una conmoción en la ciudad. La prensa no nos dejaba en paz. Ya no quiero contaros lo que sucedió cuando supieron lo del secuestro de nuestra invitada –sonrió a Gabriela–y quién lo había llegado a cabo. Después, Bruno Francetti confesó su culpa. Os podéis imaginar que todo ha sido un bombazo.

–Que dos familias tan conocidas en Venecia se vean implicadas es un asunto tan escabroso es una noticia muy jugosa –comentó Helena–. Hoy todo el mundo hablaba de lo mismo.

–Sin olvidar la historia paralela de nuestros antepasados, Angelo y Gabriella, y la implicación del antepasado de ellos, Lucca Francetti. –Apuntó Mónica– Creo que se va a hablar de esto durante meses.

–Por lo menos. El nombre de los Rusconi ha vuelto a ocupar el lugar que se merecía. Ya podéis llevar la cabeza bien alta porque se ha demostrado que ningún miembro de la familia traicionó a su patria –concluyó Gabriela.

Todos estaban contentos, todo había terminado bien. Miró a Mario que seguía sin dirigirle ni una mirada.

–Al final –se dirigió éste a Leo–, ¿cómo lo hizo Bruno?

–Llevaba años esquilmando el patrimonio. Su hermana lo había organizado todo, él se limitaba a ejecutar el cambio. Para mantener ese palacio se necesita mucho dinero y sus negocios no iban tan bien como daban a entender. Mantener el ritmo de vida que llevaban era muy caro, así que decidieron sacar dinero extra.

»Bruno encargaba la copia de una pintura que estuviera en el almacén y que nadie echaría de menos. Normalmente eran obras pequeñas, que podía sacar y entrar en un maletín. Como él era miembro del consejo y conocía muy bien el lugar, no pasaba controles. Daba el cambiazó y entraba y salía tan tranquilo. Si no hubiera sido porque te denunciaron para implicarte, probablemente nunca se habría descubierto lo que hacían. Su

perdición fueron los celos y la locura de Alessia. También ayudó que el marchante marcara los billetes. Era un hombre precavido.

–Bueno, hemos pasado malos momentos pero ahora todo está bien y hemos podido conocer a Lucía y a Gabriela, dos mujeres encantadoras que, a partir de ahora, tendrán abiertas las puertas de nuestra casa –dijo Mónica levantando su copa–. Me gustaría brindar por ellas y por su amistad.

Todos respondieron al brindis con entusiasmo. Todos menos Gabriela y Mario, que cruzaron una mirada, triste por parte de ella y algo acusatoria por parte de él.

Un par de horas más tarde, Lucía y Gabriela salían para el hotel en compañía de la familia de Martino. Ella había recogido sus cosas del apartamento de Mario, aprovechando su ausencia. Ya no tenía ningún sentido permanecer allí más tiempo.

A la mañana siguiente, la sorpresa para Gabriela fue mayúscula. Mario y Mónica se presentaron en el hotel con su lancha, para acompañarlas al aeropuerto.

–No pensaríais que os íbamos a dejar que os fuerais solas– dijo Mónica.

–¿No tienes que trabajar? –preguntó Gabriela a Mario con curiosidad. Le extrañaba muchísimo que hubiera accedido a llevarlas, pero aquel hombre nunca hacía lo que se esperaba de él. Se salía de su papel encorsetado a la mínima. Seguro que lo hacía solo para desconcertarla.

–Llegaré más tarde. Han estado días sin mí, pueden aguantar unas horas más.

Ella se encogió de hombros. Eso era cierto. Al fin y al cabo, era el jefe.

Mario sacó un coche, un precioso Mercedes plateado del aparcamiento de la plaza de Roma. Les explicó que lo dejaba allí para sus desplazamientos fuera de la ciudad. Las dos mujeres mayores se sentaron detrás, obligándolos a que hicieran el viaje juntos. Con total seguridad era la última maniobra para que pudieran hablar y arreglar sus diferencias. Lo que no sabían era que no había ninguna diferencia. Los dos estaban de acuerdo en que cada uno debía seguir su propio camino.

Llegaron las despedidas. La tensión entre ellos eran tan palpable que una vez más, los dejaron solos. A Gabriela le pareció escuchar que eran un par de cabezotas que no sabían distinguir lo que tenían delante de las narices.

–Bueno –consiguió decir sin echarse a llorar–. Ha llegado la hora.

Él levantó la barbilla femenina con un dedo y buscó sus ojos azules. Le pareció ver que estaban húmedos.

–¿Estás segura? –Su voz sonaba ronca, quizá algo emocionada, al fin y al cabo la mujer que amaba iba a salir de su vida en unos minutos.

–No –contestó ella con una sonrisa llorosa–. No estoy segura de nada.

Iba a volverlo loco hasta el último minuto. Primero le decía que no tenían futuro y ahora lo miraba con ojos acuosos y le decía que no estaba segura de nada. ¡Señor! Se pasó la mano por el pelo sin apartar la mirada de su cara. ¿Qué quería de él? Decidió que, por lo menos, le daría algo en lo que pensar.

Se inclinó y atrapó sus labios sin darle tiempo a reaccionar. Después de pensar que nunca más la besaría, el mero roce despertó todos sus sentidos. La abrazó y apretó contra su cuerpo para que no se separara, cosa que ella no tenía intención de hacer, y profundizó el beso que había comenzado de forma superficial. Acarició su lengua y la sensible piel interna de los labios. Parecía que la iba a fundir contra sí.

Sus respectivas madres se miraron asombradas. Por lo visto, los chicos se habían olvidado del lugar en el que se encontraban. Aún así, decidieron dejarlos. A lo mejor había suerte y reconsideraban su relación.

Gabriela rodeó la cintura de Mario con sus brazos y respondió a ese inesperado beso. No quería irse, no podía quedarse y el muy traidor la besaba para mostrarle a lo que estaba renunciando. Como si no lo supiera.

Las manos de Mario abandonaron su espalda y sujetaron su cara, a la vez que su boca comenzaba a depositar pequeños besos por todo su rostro.

–Piensa en esto –le dijo en voz baja–. Piensa en nosotros.

Se volvió hacia Lucía y se despidió de ella sin esperar ninguna respuesta. Ésta miró a Mónica como diciendo que aquellos tontos no tenían arreglo.

–¿Has sabido algo de Mario? –preguntó Lucía esa mañana mientras desayunaban.

Hacía un mes que habían vuelto y cada mañana o casi todas, oía esa pregunta.

–No, mamá. Te he dicho mil veces que no hay nada que saber, que no hay nada entre nosotros.

Era verdad. No había nada pero le echaba mucho de menos. Era absurdo cómo alguien a quien había conocido hacía tan poco tiempo y con el que había convivido unos días, pudiera tener tanta influencia sobre ella. También era cierto que las vivencias compartidas habían sido muy intensas. Ella pensaba que conseguiría olvidarlo si ponía tiempo y espacio de por medio, pero había ocurrido todo lo contrario. Pensaba en él cada minuto del día. Tampoco ayudaba mucho su madre, quien le contaba punto por punto cómo le iba, con quién salía o lo mal que lo estaba pasando. Todo eso, según la versión nada objetiva de Mónica, con quien hablaba a diario. No terminaba de creérselo. No imaginaba a un hombre duro e independiente como él, sufriendo por su causa. Seguramente tenía toda la compañía femenina que quisiera.

Peor era enfrentarse con Marc. Éste era más diplomático que su madre y también más hábil para hacerla enfrentarse a lo que realmente sentía.

–¿Piensas seguir vagando como uno de tus fantasmas el resto de tu vida? –le preguntó esa tarde mientras esperaban al resto de sus amigos en la cafetería de siempre.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Marc, yo no vago y ya no veo fantasmas.

–¿No has vuelto a tener ningún sueño? –preguntó con curiosidad.

Ella hizo un gesto negativo.

–He vuelto a la normalidad.

–No del todo –la contradijo–. Desde que volviste, no te has comportado de manera muy normal.

–¿Cómo que no? –protestó–. He vuelto a mis investigaciones, quedo con vosotros, doy algunas clases. Dime que eso no es normal.

Marc la miró casi con pena. Gabriela no era la misma persona que se fue. Su amiga era divertida y atrevida, como lo había sido en Venecia cuando se empeñó en demostrar la inocencia de Angelo. Ahora estaba seria, pensativa y, sobre todo, triste.

–Eso no es normalidad. Es rutina. Mírate –hizo un gesto con las manos, señalándola–. Eres una sombra de lo que eras. Eres un fantasma más.

Aquello no le hizo ninguna gracia. De acuerdo en que estaba seria, incluso triste. Reconocía que cada cosa que hacía le recordaba a Mario, maldito fuera. Se había enamorado de él, de su carácter brusco y mandón, de sus ojos grises, que la miraban la mayoría de las veces inquisidores, aunque cuando la acariciaba se fundían y le calentaban el alma. Había llegado a amar su lealtad e integridad. Lo amaba. Suspiró al reconocerlo tan abiertamente ante ella misma.

Marc notó un sutil cambio y aprovechó la ocasión para seguir atacando.

–Habla. ¿Qué pasa? –Ella lo miraba fijamente, más bien miraba a través de él–. Di algo Gabriela. Me estás asustando. ¿No habrá algún ser de otro mundo detrás de mí, verdad?

Ella consiguió sonreír.

–Me gustaría que algún día vieras alguno; así me comprenderías y dejarías de gastar bromas a mi costa.

Él se echó para atrás en la silla e hizo un gesto con la mano, como si espantara algo invisible.

–No, gracias. Creo que me moriría de miedo –Volvió a acercar su cara a la de ella y le preguntó en tono confidencial–. Venga, dime qué ha pasado. Tu cara se ha iluminado y después ha pasado al pánico en cuestión de décimas de segundo.

–Acabo de descubrir que estoy enamorada de Rusconi.

Él dio un pequeño palmetazo en la mesa. Lo sabía.

–Ese tío es un hombre con suerte. No es un mal tipo; es más, me gustó mucho. Creo que podría hacerte muy feliz y, de paso, no dejará que mangonees su vida. Sí. Me gusta – Después le dedicó una mirada penetrante–. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

–¿Sabes algo de Gabriela? –La pregunta la hizo Mónica, por supuesto. No podía dejarlo pasar ni un solo día.

Estaban sentados alrededor de la mesa. Su hermano, su cuñada y su sobrina habían ido a pasar el fin de semana con ellos. Su madre estaba encantada de tener a sus dos hijos

bajo el mismo techo, sobre todo después de los malos momentos vividos. Como cabía esperar, durante la cena, la conversación giró en torno a los recientes acontecimientos.

Paolo no podía dar crédito a que la encantadora Alessia hubiera orquestado aquel fabuloso escándalo. Un mes después, aún se hablaba del robo en el palacio y del secuestro de una amiga de la familia Rusconi. La historia de Angelo y Gabriella había salido a la luz y habían corrido ríos de tinta sobre el paralelismo con los personajes actuales.

–Mamá, sabes que no mantengo ningún contacto con ella.

–Una tontería por tu parte, cariño. Estáis hechos el uno para el otro.

Su hermano se volvió hacia él con expresión sorprendida.

–¿Has dejado escapar a la dama del cuadro?

Iba a decirle que él no había dejado escapar a nadie cuando su cuñada, una mujer rubia, guapa y encantadora, intervino en la conversación.

–La dama del cuadro. Eso suena muy misterioso.

–Te lo conté el otro día, Marina, ¿recuerdas? La chica a la que secuestraron, la amiga de Mario es una copia exacta de la mujer que siempre ha fascinado a mi hermanito mayor. Si incluso se la llevó a su apartamento. Imagina cuál fue la conmoción cuando se la encontró en carne y hueso y dándole guerra porque, por lo que sé, la chica no se deja impresionar por su cara bonita y su título –su hermano lo fulminó con la mirada. No estaba para bromas.

–Bien por ella –dijo Marina–. Seguro que me cae bien.

–Dejad de hacer conjeturas y suposiciones. Gabriela se ha marchado a su país. Somos amigos. Punto.

Mónica soltó una risa divertida. Su hijo resultaba muy obstinado cuando se referían a ese tema.

–Amigas somos Lucía y yo. Tú y Gabriela habéis pasado aquí, en el palazzo, más de una noche juntos. Teníais que haber visto su despedida –dijo dirigiéndose a Paolo y a Marina–. Creo que se tambalearon los cimientos del aeropuerto.

–Tendrías que haberle pedido que fuera tu novia.

–¿Tienes novia, tío Mario? –preguntó la niña que había permanecido callada mientras los mayores hablaban. La palabra *novia* la había hecho entrar en escena– ¿Es una princesa guapa?

Él pensó que podía haber sido una princesa perfectamente, tanto por su aspecto como por su forma de comportarse. Sí, cuando la había visto la noche del baile, la noche que lo detuvieron, le había parecido una princesa, pero él no era un romántico que se parara a pensar esas cosas.

–No, cariño –le dijo a su sobrina–. No hay ninguna novia princesa.

–Porque no quieres –volvió a hablar su madre. Por lo visto, no iba a dejarlo estar y él estaba cansado. Cansado de oírla, cansado de esperar una llamada que no llegaba. Había esperado que ella reconsiderara la situación y le llamara para poder alcanzar algún acuerdo.

Él estaba dispuesto a todo. Eso le molestaba aún más porque ella había dado carpetazo a su relación con total frialdad mientras que él no conseguía olvidarla.

–Mamá, ella se ha olvidado de su estancia aquí. Arregló el asunto que la trajo a Venecia, se divirtió un poco y volvió sin más a su casa –había cierta amargura en sus palabras que no pasó desapercibida a su madre.

–Eso no es cierto –protestó–. Sabes que hablo con su madre a menudo y dice que lo está pasando mal, que se comporta de forma extraña y que hasta Marc está de acuerdo con ella.

Ah, sí, Marc. Por lo que había podido saber, el único hombre capaz de hacerse imprescindible en su vida.

–Hermanito –dijo Paolo–, vas a tener que hacer algo para que la dama vuelva.

Esa noche estaba siendo peor que todas las anteriores, tal vez porque habían vuelto a sacar el tema y hasta su hermano y su cuñada se habían permitido darle consejos sentimentales. Marina era una romántica empedernida que estaba muy enamorada de su marido. Desde el principio habían tenido suerte. Se gustaron, iniciaron una relación, se casaron y tuvieron una preciosa hija. Un cuento de hadas. Paolo no había sufrido que lo persiguieran por su título o, por lo menos, no había pillado a su prometida haciendo cálculos de lo que iba a ganar con su ventajoso matrimonio. A partir de ese momento, él siempre se había mantenido en guardia y, años después, se encontraba con otra mujer que parecía despreciarlo precisamente por lo mismo. Al final, parecía haberlo superado. Él, por sí mismo, no debía ser suficiente para ella porque había tirado todo por la borda con total tranquilidad. La única vez que había bajado la guardia, había vuelto a sufrir. Debía ser su destino, se dijo con pesar.

Estaba, como otras muchas veces, mirando el Gran Canal desde el balcón de su apartamento, su refugio. Allí era donde se apartaba del mundo y de los problemas, pero había cometido una equivocación: llevarla allí. Ahora, mirara donde mirara, la recordaba, sin mencionar el retrato de su habitación. Ella.

Capítulo 34

BUENOS ARGUMENTOS

Tras un fin de semana muy familiar, Mario recibió con alivio la llegada del lunes y con ella, la excusa de salir, más bien huir de la insistencia de su madre. Iba a terminar por volverlo loco de remate. Las atenciones de la familia, a veces, resultaban excesivas. A pesar de la presión materna, había podido hablar con Paolo de todo lo sucedido y había aprovechado la ocasión para darle las gracias por acudir tan pronto en su ayuda. Su hermano decidió cobrarse en información, así que al final tuvo que reconocerle que Gabriela era la única mujer que se había acercado a él lo suficiente para hacerle daño.

–Parece una mujer capaz e inteligente –había comentado.

Él sonrió al recordar cómo era. No se le podía poner una única etiqueta. Eso era lo que la hacía especial.

–Lo es. Y también muy testaruda. Se ha empeñado en que no tenemos un futuro juntos –le explicó pesaroso.

–Deberías hacer algo –había sugerido Paolo–. No puedes perderla.

–Solo le estoy concediendo un poco de tiempo. Y se le está terminado.

Mario recordaba la conversación que había tenido con su hermano mientras entraba en su despacho. Por la mañana temprano estaba frío. Sin quitarse el abrigo, se acercó a los arcos góticos que daban al canal y miró el exterior. Era una mañana gris y triste, muy semejante a su estado de ánimo. Tenía que ponerse en marcha y trabajar. Todavía estaban arreglando papeles y valorando los daños del robo de varias de las piezas que, al fin, habían sido localizadas. Cinco cuadros en total. El resto había sido imposible de localizar porque los nombres que había dado el marchante no sirvieron para nada. Todos resultaron caminos sin salida. Los compradores sabían que era mercancía robada y se habían cubierto las espaldas, así que solo quedaba que el azar los sacara a la luz algún día. El Veronés que tanto había llamado la atención de Gabriela volvía a estar en su sitio. Maldijo entre dientes. Ya estaba otra vez pensando en ella. ¿Alguna vez podría quitársela de la cabeza? Se sentó enfadado consigo mismo y abrió su agenda.

Era media mañana y los problemas se acumulaban sobre la mesa. Se pasó la mano por la cara, en ese gesto tan suyo que indicaba cansancio o aturdimiento, y después se alborotó el pelo sin darse cuenta. Había días que las cosas se torcían desde el principio y ése era uno de ellos. Pensaba salir a tomar un café cuando la voz de su secretaria le detuvo.

–Señor Rusconi, hay una emergencia en las *Piombi*.

Lo que faltaba. No imaginaba qué podía ser porque estaban casi todas las celdas cerradas al público.

–¿No puede resolverlo alguno de los guías o algún conserje? Estoy muy ocupado.

–No, señor. Parece que hay alguien que se ha metido en la zona restringida y dice que no piensa salir de allí.

Si el corazón se podía parar de golpe y empezar a latir de nuevo con mayor rapidez, el suyo acababa de hacerlo. Solo una persona podía ser tan atrevida como para saltarse la prohibición y tan cabezota como para negarse a salir.

–Está bien, dígales que la dejen sola. Ya me ocupo yo.

Al salir le pareció apreciar una sonrisa en el rostro de la secretaria.

Caminó con rapidez por los pasillos y salas del palacio, subió y bajó escaleras hasta encontrarse entre las paredes blancas de las mazmorras. Siempre le impresionaba aquel lugar. Se dirigió hacia donde la había visto por primera vez y allí estaba. Sentada dentro de la celda de Angelo, la misma donde una vez la había besado. Tenía la impresión de que habían pasado siglos desde entonces. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared. Sus emociones y sentimientos se arremolinaron y tuvieron respuestas encontradas. Por una parte quería abrazarla, estrecharla entre sus brazos y pedirle que no volviera a desaparecer otra vez, por otra, su instinto de supervivencia le decía que tenía que ser ella quien dijera a qué había ido. Él había dado el último paso cuando la había besado en su despedida, ahora le tocaba a ella.

–¿No sabe que no se puede permanecer en esta zona? –preguntó con voz seca.

Ella se sobresaltó y abrió los ojos, esos ojos claros que lo miraban con ansiedad.

–No molesto a nadie y antes sí se podía estar –replicó ella imitando su actitud del primer encuentro.

Él se encogió de hombros y entró en la celda hasta quedar muy cerca de ella, que permanecía sentada.

–¿Qué haces aquí? Te hacía a muchos kilómetros.

No sabía si ése era el recibimiento que esperaba. Después de hablar con Marc había decidido que no podía continuar viviendo a medias, así que sacó un billete de avión y se fue a aclarar las cosas de una vez por todas.

–No parece que te alegres mucho de verme –comentó algo temerosa. A lo mejor era cierto que no quería verla, a lo mejor ya tenía una pareja nueva. Eso ni lo había calibrado. Aunque Mónica decía que no, ella no se enteraba de todo. Se había precipitado, estaba segura. El rostro que la miraba era el mismo que se había encontrado el primer día, un rostro hosco y seco aunque infinitamente atractivo. El gris de sus ojos seguía destacando sobre el moreno de su pelo y su piel. Tuvo que hacer fuerza para no dejar que sus manos le acariciaran a su antojo. Ya no tenía derecho a hacerlo.

–La verdad es que no sé si me alegro –dijo con sinceridad–. Siempre que apareces, tengo problemas.

Ella se levantó airada. El movimiento la dejó muy cerca de su cuerpo. Casi podía sentir el calor que desprendía.

–¡Vaya! Muchas gracias por ser tan sincero. Si fueras un poco más educado podrías haber disimulado un poco.

–Nunca dije que fuera bien educado y tú sueles sacar lo peor de mí –no añadió que también sacaba lo mejor, que le hacía menos adusto y más alegre. Que en su compañía, su carácter era menos rígido. Eso lo mantuvo en secreto.

Le dieron ganas de darle un empujón y mandarlo al infierno pero se contuvo. Había ido a hablar con él, no a discutir.

–He venido a despedirme –dijo a modo de explicación.

El arqueó una ceja en un gesto irónico e interrogativo.

–¿No te despediste hace un mes?

Ella explotó. Su paciencia era bastante poca y no estaba dispuesta a que él se burlara. Le golpeó el pecho con el dedo índice a la vez que le hablaba.

–Escúchame, señor conde Rusconi, he venido a despedirme de Angelo y voy a hacerlo con o sin tu consentimiento. ¿Entendido? –Sus ojos lanzaban llamas y parecía estar resuelta a pelear con él físicamente si era necesario.

Mario estuvo a punto de lanzar una carcajada, se sentía feliz. Allí estaba su Gabriela y ¡cómo había echado de menos aquellos escarceos y aquel carácter volátil! Ahora que la conocía, sabía que igual que estallaba, volvía a la normalidad. Cogió su mano para que no siguiera golpeándolo y la apretó contra su pecho.

–Entendido –dijo muy serio–. ¿Has podido hacerlo?

Ella no pareció entender la pregunta, estaba demasiado ocupada sintiendo su mano cubierta por la de él.

–¿El qué?

–Despedirte de Angelo.

Al fin comprendió y respondió.

–No. No he vuelto a verlos. No he vuelto a soñar, así que decidí venir aquí, donde todo comenzó, donde lo vi por primera vez. Ésta fue la celda en la que estuvo prisionero.

–A lo mejor ya no están aquí, al fin y al cabo les ayudaste a conseguir lo que querían.

A Gabriela le sorprendió esa respuesta. Ella se había hecho ese razonamiento un montón de veces pero que viniera de él era muy extraño.

–No sabía que creías en fantasmas –lo dijo mirándolo de frente, sin separarse ni un milímetro.

La mano libre de Mario se paseó con ligereza por la mejilla femenina.

–Bueno, no sé en qué creer. Te he visto alguna vez cuando tú los veías, así que digamos que he abierto mi mente.

–No puedo creer lo que estoy oyendo. A lo mejor aún hay una oportunidad para ti.

Él la miró con los ojos entrecerrados, calibrando si aquellas palabras tendrían un doble sentido. Se acercó un poco más y le rodeó la cintura con uno de sus brazos, mientras que con el otro seguía teniendo su mano prisionera.

–¿Tú crees que tengo alguna oportunidad? –Su voz sonaba ronca y sugerente. Su mero sonido casi la hacía derretirse. La palma de su mano en la espalda le quemaba y sus labios estaban muy cerca. Sí. Él tenía una oportunidad y ella otra.

–Podrías darme algún argumento para considerarlo.

Mario cerró el espacio que quedaba entre ellos y rozó muy suavemente sus labios, arrancando un suspiro de satisfacción. Sonrió, iba a torturarla un poquito aunque esa tortura también fuera para él. Mordisqueó lentamente su boca, acariciándola después con la lengua. Besos suaves como una pluma aunque todo su interior hirviera y deseara atraparla con toda la pasión contenida.

Gabriela disfrutaba de la caricia pero quería más, esa suavidad la estaba desesperando. Al final agarró la cabeza masculina con las dos manos y fue ella quien le besó con fiereza, devorándolo.

Él lanzó algo parecido a un sonido triunfante y la estrechó contra su cuerpo. Por fin estaba junto a ella, por fin podía acariciarla y besarla como había soñado hacerlo desde que se fue. Y esta vez no pensaba dejarla marchar. Se besaron con ansiedad, con dulzura, con pasión. Se besaron hasta quedarse sin aire. La necesidad que sentía el uno por el otro era tan intensa que se olvidaron de que tenían que respirar. Cuando se separaron, Mario preguntó.

–¿Te sirve este argumento?

–Preferiría que lo intentaras de nuevo.

No le costaría nada hacerlo; es más, estaba deseándolo, pero se contuvo. Primero tenía que saber a qué atenerse. Dio un paso atrás y la agarró por ambos brazos. Sin despegar los ojos de los suyos, volvió a formular la pregunta.

–¿A qué has venido?

Ella se lamió los labios con nerviosismo. Le costaba mucho sincerarse pero había ido precisamente a eso, a contarle la verdad, a decirle cómo se sentía.

–Te echaba de menos –confesó dejándolo pasmado–. Cada cosa que hago me recuerda a ti y a lo que tú habrías hecho. Me desesperaba pensando en que estarías aquí con alguna amiga nueva; estaba insoportable, mi madre no paraba de darme la murga y Marc se ha puesto de tu parte.

Él procesó toda esa información. Demasiadas cosas y muy sinceras para venir de la reina del escaqueo, que era Gabriela. Poco a poco, una lenta sonrisa se fue extendiendo por su rostro, una sonrisa sensual y segura que lo hacían irresistible.

–Así que me echabas de menos –se acercó otra vez a ella–. Angelo y Gabriella no tienen nada que ver en eso, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Y tu madre está muy pesada.

Esta vez, afirmó.

La rodeó con sus brazos y añadió:

–Y el amigo de toda la vida, el hombre que te ha acompañado durante tu adolescencia y juventud, me ha dado el visto bueno.

No sabía si le gustaba el tono que había empleado para referirse a Marc. Siempre se mostraba muy celoso en todo lo que a él se refería.

–De hecho –consiguió decir–, estoy aquí por él.

Mario levantó la ceja en un gesto interrogante. La tenía entre sus brazos y la notaba tensa. Todos sus músculos estaban rígidos.

–Fue él quien me hizo ver que tenía que enfrentarme a lo que siento y que después tenía que decírtelo a la cara.

Los labios de Mario estaban, otra vez, muy cerca de los de Gabriela, pero para desesperación de ella no terminaban de cerrar el escaso espacio que quedaba entre ellos.

–Y eso a lo que te has enfrentado y me tienes que comunicar ¿es...?

–Que te amo –el sonido salió bajo, casi ahogado por la boca masculina–. Que quiero estar contigo y que no me importa dónde.

Mario había escuchado todo lo que quería escuchar, así que la besó una y otra vez con toda la pasión que había controlado durante un montón de tiempo.

–Yo también te amo mi pequeña cabezota. A ti y solo a ti. Nada de fantasmas.

Volvió a besarla una vez más. No se cansaba de hacerlo y mucho menos cuando sabía que lo quería y que correspondía a todos sus sentimientos y necesidades.

Durante unos segundos, la temperatura bajó en la celda varios grados pero el calor que ellos generaban era suficiente para compensarla. Algo suave les rozó, como si alguien los hubiera abrazado. Se separaron y se miraron desconcertados.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó él.

Ella se encogió de hombros y sonrió con picardía.

–Quizá Angelo y Gabriella también han venido a despedirse.

Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, haciendo evidente su estremecimiento. Nunca se acostumbraría a esas cosas.

–Creo que no voy a volver a bajar aquí nunca más –comentó mientras la empujaba fuera del habitáculo.

–Me parece que no volveremos a verlos o a sentirlos. Este sitio está limpio. Podemos bajar las veces que queramos.

El se detuvo.

–¿Podemos?

–Hombre, es un buen sitio para esconderse, ¿no crees?

No podía estar más equivocada. En el palacio ducal todos los empleados ya sabían que había vuelto la muchacha rubia que traía de cabeza al jefe, y que, por la manera de besarse, habían hecho las paces. Por lo tanto, se había terminado su mal humor.

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

El palazzo Rusconi brillaba en todo su esplendor. Era la noche del baile del carnaval y como siempre, siguiendo la tradición, la condesa Rusconi ofrecía una elegante velada a sus invitados.

Los asistentes habían comenzado a llenar el vestíbulo mientras que los anfitriones los recibían en la puerta.

La condesa vestía un modelo plateado estilo años veinte y llevaba su melena rubia recogida con un tocado característico de esa época. Estaba preciosa. Su marido, el conde, no podía apartar los ojos de ella. Cada vez estaba más enamorado de esa mujer voluntariosa que tan bien se había adaptado a la vida veneciana y a sus compromisos sociales.

Al sentirse observada, ella giró la cabeza hacia él y lo descubrió mirándola como otras muchas veces. Sus ojos quedaron prendidos y durante unos instantes se olvidaron del resto del mundo. Gabriela le guiñó un ojo y siguió atendiendo a uno de los recién llegados que reclamaba su atención. Un poco más tarde, consiguió susurrarle al oído.

–No me mires así o todo el mundo sabrá lo que estás pensando.

Él se inclinó y le dio un casto beso en la mejilla. Al menos era lo que parecía a simple vista. Nada de casto desde el punto de vista de ellos.

–Cariño, me da lo mismo que lo sepan, solo puedo pensar en sacarte de aquí y llevarte al apartamento.

Ella soltó una risita.

–Me temo que tendremos que esperar.

–Chicos –Mónica apareció por detrás, sorprendiéndolos–, todo el mundo está pendiente de vosotros; portaos bien o mañana seréis el tema de conversación de todos los cotilleos –dijo esto sin el menor gesto de contrariedad. Estaba feliz de verlos juntos. Había conseguido ver a su hijo con una mujer que lo adoraba.

–Como si eso nos sorprendiera o nos afectara –comentó Mario–. Recuerda que hace un año salimos en todas las portadas de la prensa. Eso ya no nos impresiona.

Era cierto, después de todas las fotos y comentarios que salieron cuando el asunto del robo y del secuestro, llegó la boda. Y otra vez toda la prensa se hizo eco de cómo los descendientes de la pareja enamorada habían terminado casándose. El destino había resultado muy romántico. A ellos les hizo gracia y no les importó nada que siguieran con el tema. Poco a poco se fue olvidando.

Ahora celebraban su primer carnaval como matrimonio en compañía de sus familias. Para el baile habían venido los padres de Gabriela. Helena andaba con Marc, que no se habría perdido la fiesta por nada del mundo, Paolo y Marina también habían podido asistir, así que no podía pedir más. Su familia y amigos estaban con ellos en un día tan importante como ése cuando Mónica, había cedido su papel de anfitriona a la nueva condesa.

La vida con Mario no era fácil, claro que si le preguntaran a él diría que la vida con ella no era un camino de rosas. Ambos tenían caracteres muy fuertes y no se dejaban comer terreno, lo que provocaba frecuentes disputas, y como consecuencia, muchas reconciliaciones en las que terminaban enredados en cualquier lugar del apartamento, besándose y haciendo el amor. Los enfados nunca duraban.

Gabriela había conseguido un trabajo en la universidad y se había adaptado perfectamente a su nueva vida, mientras que Mario seguía dando sus clases y dirigiendo el palacio. Por fin todo estaba bien.

–Tengo una idea –dijo ella acercándose a su marido.

–No sé por qué, vaticino problemas.

Ella sonrió y le tendió la mano para que él la cogiera. Sin decir nada, comenzó a subir la escalera. Él la siguió, intrigado. Llegaron al último piso, pasaron por delante del retrato de Angelo y ella abrió la puerta del apartamento. Una vez dentro, se lanzó a los brazos de Mario y lo besó con intensidad y urgencia.

–Gabriela, tenemos un palacio lleno de invitados. ¿Tú crees...?

–Yo creo que nadie nos echará de menos, me parece que pueden divertirse perfectamente sin nosotros. Si surge algún problema, nuestras madres sabrán resolverlo.

Mario adoraba la espontaneidad de su esposa y ese lado un poco inconsciente que mostraba algunas veces. La levantó en brazos y la besó mientras se dirigían al dormitorio. Con suavidad, la dejó sobre la cama.

–No sé cómo consigues que haga cosas como esta. Hasta que te conocí, nunca había dejado plantados a mis invitados –le recriminó, aunque en realidad no parecía muy arrepentido.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y sonrió complacida antes de volver a besarlo.

–¿Alguna queja de mi influencia sobre el carácter estirado del señor conde?

–Ninguna. –Fue la única palabra que salió de sus labios instantes antes de cubrir con ellos los de su esposa.

FIN

Si te ha gustado la novela, me gustaría que dejaras una breve reseña.

¡MUCHAS GRACIAS!

LA AUTORA

Menchu Garcerán nació en Cartagena (Murcia) – España, aunque ha pasado toda su vida en Albacete. Ha trabajado como maestra de lengua literatura española y como trabajadora social. En la actualidad trabaja en temas de educación, juventud y cultura.

Está casada y tiene dos hijos.

Sus otros libros

Infiltrada. Disponible en Amazon en ebook y papel

Territorio Prohibido. Disponible en Amazon en ebook y papel

El palacio de invierno. Editorial Versátil. Nominada a los premios Dama como mejor novela de suspense de novela romántica 2015

La huida de Carol. Editorial Versátil. Nominada a los premios RNR como mejor novela de suspense romántico nacional de 2014. Nominada como mejor libro thriller, policial y/o suspense en 2015

El viaje del presidente. Editorial El maquinista en papel y Editorial Versátil en Ebook.

Dos viejos desconocidos. Sello Zafiro (Planeta)

La fórmula deseada. Roca Editorial. Novela ganadora del V premio Terciopelo de novela romántica.

Alma. Harper Collins. Obtuvo una mención especial en el premio Harlequin 2016

Todas las noticias sobre la autora en su blog

[Blog de Menchu Garcerán](#)